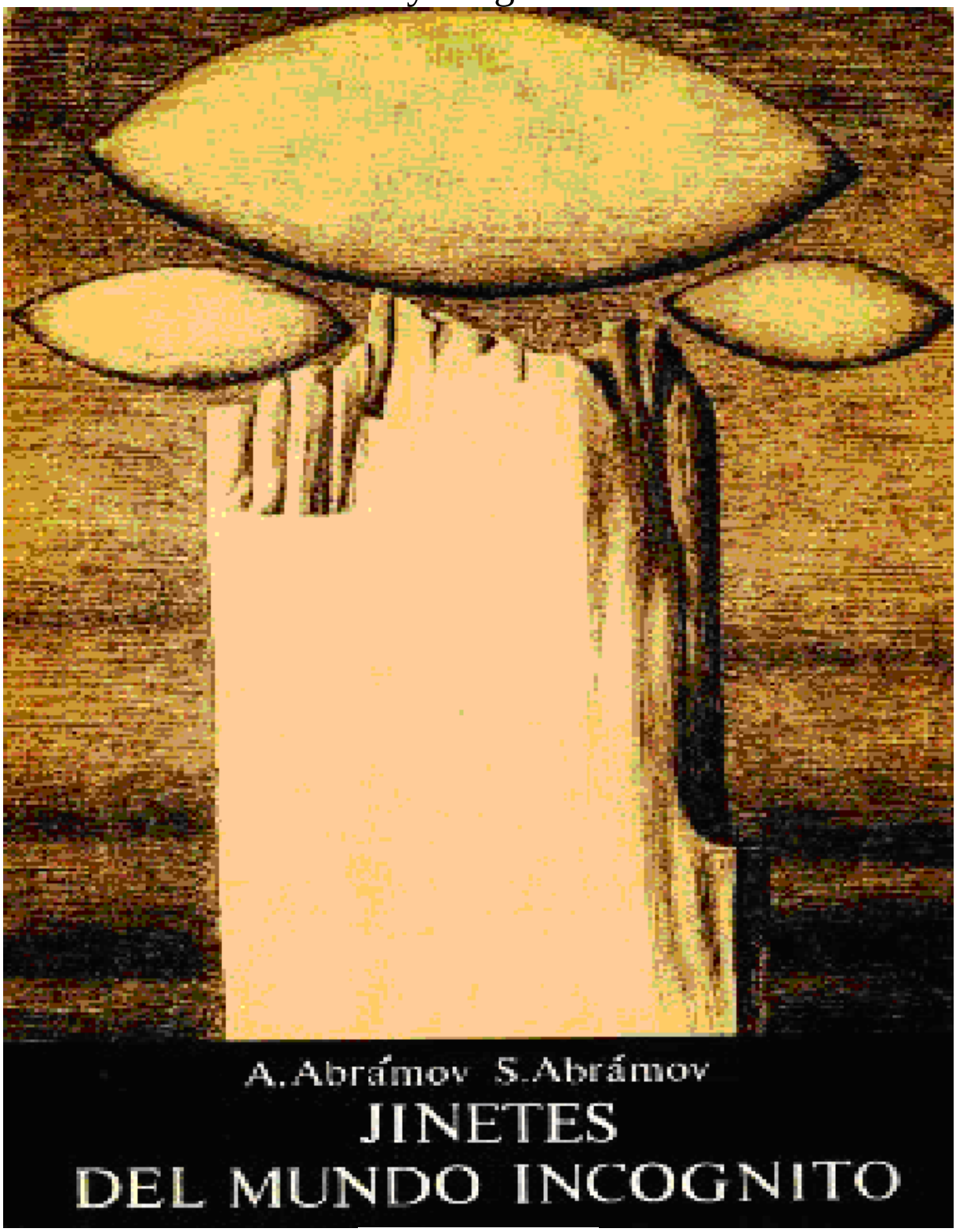
JINETES DEL MUNDO INCÓGNITO

Alexander y Serguei Abramov



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

¡Jinetes del mundo incógnito!
¿Qué es esto? ¿Un sueño? ¿Un mito?
La Tierra en espera de un milagro,
aterida ahoga su grito.

Primera parte: "Nubes" rosadas

Capítulo 1 - Catástrofe

La nieve estaba suave y blanda, diferente por completo de aquella neviza cristalina y dura, como el esmeril, del desierto polar. El verano antártico y la suave y alegre helada que ni las orejas pinchaba, creaban una ilusión de paseo turístico. En los lugares donde, en invierno, ni los esquíes de los aviones podían desprenderse de los frigidísimos cristales de la nieve, nuestro cruzanieves de 35 toneladas corría como un "Volga" por la autopista anular de Moscú. Vanó conducía el aparato de un modo artístico, no se detenía ni ante las dudosas ondulaciones del hielo.

-Sin temeridad, Vanó -le gritó Zernov desde el puesto de mando-: Pueden aparecer grietas.

-¿Dónde, mi querido? -inquirió incrédulo Vanó mirando con atención a través de las gafas negras hacia el haz de luz deslumbrante que se infiltraba en la cabina por la escotilla delantera. ¿Acaso es esto un camino? Más bien es la avenida Rustaveli. ¿Lo dudan? ¿No han estado nunca en Tbilisi? Está más que claro. Para mí también.

Salí del compartimiento de radio, me senté en una sillita plegable cerca de Vanó y, sin saber por qué, eché una mirada hacia la mesita del salón donde Anatoli Diachuk hacía sus resúmenes meteorológicos. No debería haberlo hecho.

-Estamos en presencia del nacimiento de un nuevo chofer aficionado -dijo y sonrió socarronamente-. Ahora el cinógrafo le pedirá a Vanó el volante.

-¿Sabes lo que quiere decir la palabra cinógrafo? -le pregunté irónicamente.

-Yo sólo he combinado científicamente tus dos especialidades: camarógrafo y mecánico de cine.

-Idiota. Cinografía es la ciencia que trata de los perros.

-Siendo así, corrijo un error terminológico.

Y por cuanto no contesté, él continuó:

-La vanidad te arruinará, Yuri. Miren qué tipo más raro es éste; tiene dos profesiones y todavía cree que es poco.

Cada uno de los participantes en la expedición dominaba dos y tres profesiones. Zernov podía reemplazar al geofísico y al sismólogo, pese a que su especialidad básica era la de glaciólogo. Anatoli tenía las obligaciones de meteorólogo, enfermero y cocinero de a bordo. Vanó era mecánico y chofer del cruzanieves gigante, construido especialmente para las regiones polares y podía además reparar todo, desde una oruga rota hasta una estufa eléctrica. Yo, por mi parte, tenía a mi cargo, además de la cámara de filmar y de proyección, el compartimiento de radio. Pero lo que me empujaba hacia Vanó no era el deseo vanidoso de aumentar el bagaje de conocimientos de otra profesión, sino el amor que profesaba a este aparato llamado "Jarkovchanka".

Cuando lo vi por primera vez desde el avión, me pareció un dragón de los cuentos infantiles; empero, más cerca, al observar sus anchas patas-orugas que sobresalían más de un metro por delante del fuselaje y sus grandes ojos cuadrados de las escotillas, me dio la impresión de que estaba ante la obra de seres de un planeta extraño y remoto. Yo, que sabía

conducir autos y camiones, ya había probado el cruzanieves con el permiso de Vanó, sobre la orilla helada de la estación antártica soviética Mirni. Ayer no quise arriesgarme: el día estaba nublado y ventoso; hoy, en cambio, la mañana me sedujo con su transparencia cristalina.

-Cédeme el volante, Vanó -pedí con los dientes apretados y sin mirar hacia los lados-. Por media horita.

Vanó empezaba ya a levantarse, pero fue detenido por la voz imperiosa de Zernov:

-Nada de pruebas con el volante, Vanó, usted responderá por cualquier desperfecto en el aparato. Usted, Anojin, mejor sería que se pusiera las gafas.

Al oír su voz imperiosa, me sometí en el acto: Zernov era el jefe de la expedición y poseía un carácter inflexible; además, no dejaba de ser peligroso mirar sin gafas protectoras las miríadas de chispas encendidas por el sol helado en el valle de nieve que solo en el horizonte se ensombrecía, identificándose con el ultramarino blancuzco del firmamento. Cerca de nosotros, hasta el aire parecía resplandecer al vestirse de color blanco.

-Anojin, mire hacia la izquierda -continuó Zernov-, mejor por la escotilla lateral. ¿Nada le desconcierta?

A nuestra izquierda, a unos cincuenta metros, se levantaba una pared de hielo completamente vertical. Esta era más alta que todos los edificios que conocía. Ni los rascacielos de Nueva York podían alcanzar su orladura esponjosa superior. Fulgurando intermitentemente como una cinta de polvo diamantino, se ensombrecía hacia abajo, donde la nieve laminada se congelaba en la neviza sombría y dura. Más abajo aún, una falla de hielo, como cortada por un cuchillo gigantesco, caía perpendicularmente, reflejando, cual espejo, el azul del firmamento taciturno que se extendía sobre nuestras cabezas. En la base de esta pared, el viento acumulaba una orladura de nieve de dos metros de altura tan suave como la que descansaba sobre su cima. La pared se prolongaba ilimitada y continuamente, hasta perderse en la lejanía nívea. Daba la impresión de que gigantes poderosos de los cuentos de hadas levantaron aquí esta fortaleza fantástica para proteger o para amenazar a alguien. Pero, pese a las variadas formas y figuras del hielo antártico, éste ya no asombra a nadie. Así le respondí a Zernov, pensando intrigado, que era lo atractivo de esto para un glaciólogo.

-Esta es una meseta de hielo, Boris Arkádievich. Quizás sea un glaciar que se desliza en dirección al océano. ¿No es así?

-¡Qué veterano! -dijo sonriendo Zernov, insinuando que era mi segunda visita al Polo Sur-. ¿Por qué dice usted que este glaciar se desliza en dirección al océano? ¿No sabe Usted que estamos en el interior del continente y muy lejos del océano? -Hizo silencio y luego, pensativo, agregó-: Deténgase, Vanó. Veamos esto más de cerca. Es un fenómeno bastante interesante. Vístanse, compañeros, y que no se le ocurra a nadie salir corriendo sin suéter.

De cerca, la pared resultó ser más hermosa: era una lámina azul increíblemente bella, un pedazo de cielo cortado hasta el horizonte. Zernov hizo mutis, como si la majestuosidad del espectáculo o su incomprensión le hubiesen aplastado. Miró prolongadamente la orladura nevada en la cresta de la pared; después, hundiéndonos en la incertidumbre, observó el suelo bajo las plantas de sus pies, pisoteó la nieve y la pateó hacia los lados. Nosotros le contemplábamos sin poder desentrañar la inquietud que le dominaba.

-Presten atención a la nieve que yace bajo nuestras plantas -dijo de pronto.

Pisoteamos la nieve, como él, y descubrimos que bajo la fina capa de ésta descansaba una capa dura de hielo.

-Esto es una pista de patinar -afirmó Diachuk-. Es un plano ideal que construyó el propio Euclides.

Pero Zernov no bromeaba.

-Estamos sobre hielo -continuó pensativo-. La nieve no tiene más de dos centímetros de espesor. Pero observen que sobre la pared tiene muchos metros. ¿Y por qué? Aquí hay un mismo clima, azotan vientos afines y existen las mismas condiciones para la acumulación de nieve. ¿Tienen ustedes algunas conjeturas?

Nadie respondió. Zernov continuó razonando.

-La estructura del hielo, por lo visto, es la misma, así como la superficie. Yo tengo la impresión de que éste es un corte artificial. Y si quitáramos esta fina capa de nieve que descansa bajo nuestros pies, encontraríamos el mismo corte. Pero esto es absurdo.

-Todo es absurdo en el reinado de la Reina de las Nieves -afirmé en tono aleccionador.

-¿Por qué dices reina y no rey? -inquirió Vanó.

-Anatoli, explícaselo -rogué-. Tú eres, pues, especialista en mapas. ¿Qué tenemos cerca? La tierra de la reina María. ¿Y más lejos? La de la reina Maud. ¿Y en la otra dirección? La de la reina Victoria.

-Simplemente, Victoria -corrigió Anatoli.

-Ella era reina de Inglaterra, erudito del Instituto de los pronósticos. A propósito de los pronósticos, ¿no fue en esta pared donde la Reina de las Nieves jugó con Kai? ¿No fue aquí donde él cortó los cubitos de hielo y los colocó formando la palabra "eternidad"?

Diachuk se puso en guardia, sospechando que le tomaban el pelo.

-¿Quién es ese Kai?

-¡Oh, dios mío! -exclamé-. ¡Por qué Hans Christian Andersen no pronosticaba el tiempo! ¿Sabes en qué consiste la diferencia entre él y tú? En el color de la sangre: la sangre de él era azul.

-Azul la tienen los pulpos.

Zernov no nos escuchaba.

-¿Estamos aproximadamente en la misma región? -inquirió de improviso.

-¿En qué región, Boris Arkádievich?

-¿En la región donde los norteamericanos observaron aquellas nubes?

-No. Estamos bastante alejados hacia el occidente -aseveró Diachuk-. Yo lo comprobé en los mapas.

-Yo dije, "aproximadamente". Las nubes corrientemente se mueven de sitio.

-Los patos también -señaló Anatoli riéndose.

-¿No me cree usted, Diachuk?

-No, naturalmente. Da hasta risa: "no son cúmulos ni cirros". A propósito, ahora no hay ninguna nube -apuntó él mirando al cielo despejado-. ¿O quizás son orográficas? "Estas son semejantes a lentes desgastados por la parte superior y de un color rosado. Pero no es el rosado que aparece por el reflejo del sol, sino un rosado intenso, fuerte, como el de una jalea de frambuesas. Se encuentran a menos altura que los cúmulos y se ignora si son sacos inflados de aire o dirigibles no controlados". ¡Disparates!

Se trataba de unas nubes misteriosas de color rosado cuya aparición habían difundido por la radio de MacMurdo los miembros de la expedición invernal norteamericana. Unas nubes, parecidas a dirigibles rosados, habían pasado sobre la isla Ross. Fueron divisadas sobre la tierra Adelia y en la región del glaciar Shackleton. Un piloto norteamericano dio con ellas a trescientos kilómetros de la estación Mirni. Nikolái Samóilov recibió el radiograma, al cual el radioperador del avión añadió por su propia cuenta: "Las acabo de ver con mis propios ojos. ¡Diablos! ¡Corrían por el cielo como los cerditos de Walt Disney!"

Pero esta información sobre las nubes rosadas no tuvo gran resonancia en la sala de Mirni. Las réplicas escépticas se oían con más frecuencia que las objeciones de contenido serio. A la sazón, Zhora Bruk, el rey de las bromas, atacó al sismólogo veterano, quien era bastante flemático:

-¿Ha oído hablar de los platillos volantes?

-Sí, ¿y qué?

-¿Y sobre el banquete en MacMurdo?

-También, ¿y qué?

-Estuvo usted presente cuando el corresponsal de "Life" partía para Nueva York?

-Bien, ¿y qué?

-Pues las bolas periodísticas rosadas llegaron a la redacción junto con él.

-¡Vete al...!

Zhora se sonreía y sus ojos buscaban una nueva víctima. Su mirada me esquivó, presumiendo quizás que él no estaba lo suficientemente fuerte como para jugar conmigo. Yo cenaba junto con el glaciólogo Zernov, que era apenas ocho años mayor que yo, pero que podía rubricar su firma con la palabra "profesor". Realmente no estaba mal ser doctor en ciencias a la edad de treinta y seis años, pese a que estas ciencias (tengo inclinación hacia las humanidades) no me parecían tan trascendentes como para coadyuvar al progreso de la humanidad. En una ocasión se lo hice saber a Zernov y como respuesta me interpeló:

-¿Sabe usted la cantidad de hielo y nieve que hay en la Tierra? La Antártida tiene, en invierno, una superficie de hielo de 22 millones de kilómetros cuadrados; el Ártico, 11 millones. Agreguemos además las orillas del Océano Glacial y Groenlandia. Sumemos a todo esto las cimas heladas y glaciares, exceptuando los ríos congelados en invierno. ¿Qué resulta? Que todo eso forma la tercera parte de la tierra firme. El continente glacial es dos veces mayor que África. Ya ve que no es tan insignificante para el progreso humano.

Me tragué todo ese hielo junto con la recomendación piadosa de que yo aprendiera algo durante mi estancia en la Antártida. Desde entonces, Zernov comenzó a prestarme una atención especial y, el día que comunicaron sobre las "nubes" rosadas, durante la comida, me propuso de improviso:

-¿Querría usted dar un pequeño paseo por el interior del continente? Unos trescientos kilómetros.

-¿Con qué objeto?

-Nos proponemos comprobar la veracidad de la información norteamericana con respecto a las "nubes" rosadas. Todos dicen que esto es una cosa muy poco verosímil. Pero, sea como fuese, es nuestra obligación prestarle cierta atención. Y usted, en especial, ya que debe filmar con película de color, puesto que las "nubes" son rosadas.

-¡Vaya, vaya! -objeté-. Esto no es más que un fenómeno óptico corriente.

-No sé. Declino negarlo categóricamente. En la información se dice que su color es independiente de cualquier iluminación. No está descartado, sin embargo, que sea una mezcla de aerosol de origen terrestre o, digamos, polvo meteorítico del espacio cósmico. A decir verdad, me interesa otra cosa.

-¿Qué?

-El estado del hielo en esa área.

En aquel entonces no les di importancia a las palabras de Zernov, pero me vinieron a la mente ahora, cuando éste razonaba en voz alta frente a la misteriosa pared de hielo. Él, evidentemente, relacionaba ambos fenómenos.

Al entrar en el cruzanieves, tomé asiento junto a la mesita de trabajo de Anatoli.

-Es una pared extraña y un corte bastante singular -le dije a Anatoli- ¿cómo lograron cortarla? ¿Con un serrucho? Pero, ¿qué relación tiene todo esto con las nubes?

-¿Por qué lo relacionas? -interrogó Anatoli asombrado.

-No soy yo quien relaciona, es Zernov. ¿Por qué él recordó las nubes mientras pensaba sobre el glaciar?

-Tú estás complicando la situación. El glaciar es, realmente, bastante insólito; pero las nubes no tienen ninguna conexión con él, porque no es éste el que las forma.

-¿Y si por casualidad?

-Por casualidad saltan sólo los sapos. Mejor sería que me ayudaras a preparar el desayuno. ¿Qué consideras mejor, tortilla de huevos en polvo o conservas?

Antes de que hubiera podido contestar, algo nos estremeció y lanzó sobre el piso. "¿Será posible que estemos cayendo? ¿A un precipicio o a una grieta?" cruzó fugaz por mi mente. En ese momento un golpe terrible de frente lanzó al cruzanieves hacia atrás. Yo fui arrojado contra la pared opuesta y algo frío y pesado cayó sobre mi cabeza, haciéndome perder el conocimiento.

Capítulo 2 - Dobles

Volví en sí y no volví en sí, porque yacía privado de movimiento, sin fuerzas ni siquiera para abrir los ojos. Despertó sólo mi conciencia o, quizás, mi subconsciente: sensaciones difusas e imprecisas surgieron en mí, y un pensamiento vago e incomprensible pugnaba por dilucidarlas. Me parecía haber perdido el peso y nadar o estar suspendido no en el aire ni en la nada, sino en un coloide tibio, incoloro, espeso e intangible, que al mismo tiempo me llenaba todo. Penetró por los poros, por los ojos, por la boca, llenó mi estómago y mis pulmones, lavó mi sangre y cambió, tal vez, su circulación. Tenía la impresión extraña y persistente de que alguien no visible me examinaba atentamente, atravesándome todo el cuerpo, tocaba con su mirada escrutadora cada nervio y cada arteria y observaba cada célula de mi cerebro. Y no experimentaba ningún terror o dolor, dormía y no dormía, veía un sueño deforme e inconexo y, al mismo tiempo, tenía la seguridad de que no era un sueño.

Cuando finalmente recobré la conciencia, todo estaba tan claro y tranquilo como antes. Mis pestañas se levantaron con dificultad, provocándome un dolor agudo y punzante en las sienes. Ante mí se erguía un tronco rojo, liso y como pulido. ¿Qué es esto, un eucalipto o una palma? Quizás es un pino, cuyas ramas no logro ver: el dolor me impedía volver la cabeza. Mis manos tocaron algo duro y frío, tal vez una piedra; le empujé y rodó por el césped. Mis ojos buscaron la verdura del parque moscovita, pero, sin explicármelo, todo tornasolaba ocre. Y arriba, desde la ventana o desde el cielo, difundíase una luz blanca encegadora, tan encegadora que la memoria me trajo en el acto la inmensidad del desierto blanco y el brillo azul de la pared helada. Al momento lo comprendí todo.

Superando el dolor, me levanté un poco y me senté. Cuando miré alrededor caí en la cuenta: el césped marrón resultó ser el linóleo; el tronco rojo, la pata de la mesa, y la piedra bajo mi mano, la cámara de filmar. Ella fue posiblemente la que me golpeó en la cabeza cuando el cruzanieves se precipitó hacia abajo. ¿Mas, dónde estará Diachuk? Le llamé, pero no recibí respuesta. Zernov tampoco respondió, así como Vanó Chojeli.

En este silencio, diferente del silencio de la habitación donde se habita y trabaja (casi siempre hay algo que hace ruido: el goteo del agua, el crujir del piso, el tic-tac del reloj o el zumbido de una mosca que entra por la ventana) resonaba sólo mi voz. Llevé mi reloj de pulsera a mi oído: eran las doce y veinte minutos.

Logré levantarme y, sosteniéndome contra la pared, me acerqué al puesto de mando. Se encontraba vacío: de la mesa desaparecieron hasta los guantes y binóculos, y del respaldo de la silla, la cazadora de piel que pertenecía a Zernov. No se encontraba allí ni la libreta de apuntes de Zernov. Vanó desapareció también, así como su cazadora y manoplas. Eché una mirada a la escotilla anterior: su vidrio exterior estaba aplastado y abollado hacia adentro. Tras él, como si no hubiera ocurrido una catástrofe, resplandecía la nieve llana y diamantina.

Pero la memoria y el dolor de cabeza me convencían de que todo había sido real. En el espejo de a bordo vi la sangre coagulada sobre mi frente. Palpé la herida; el hueso estaba intacto: la cámara había abierto sólo la piel. Entonces, pese a todo, había ocurrido algo. ¿No se encontrarían ellos cerca de aquí, en la nieve? Examiné la secadora en busca de los esquíes: no había esquíes. Tampoco estaba el trineo de duraluminio utilizado en los casos de emergencia. Se esfumaron todas las cazadoras y gorros, a excepción de los míos. Abrí la puerta de salida y salté sobre el hielo: éste brillaba con un color azul bajo la nieve granulosa azotada por el viento. Zernov tenía razón al hablar sobre lo enigmático que era encontrar una capa tan fina de nieve en el interior del continente polar.

Cuando miré atentamente a mi alrededor, creí comprenderlo todo. Junto a nuestra "Jarkovchanka" se encontraba su hermana, igual de alta, igual de roja y cubierta por una ligera neviza. Seguramente ésta nos había alcanzado en el camino o, tal vez, nos había encontrado cuando regresaba a la estación Mirni. Ella misma fue la que nos salvó de la catástrofe. Así fue. Nuestro cruzanieves realmente cayó a una grieta, porque yo vi la huella de la caída a diez metros de allí: un agujero negro abierto en la nieve que ocultaba la grieta. Los tripulantes del

otro cruzanieves vieron quizás nuestra caída (nos atascamos, evidentemente, en algún lugar cercano a la boca de la grieta) y lograron sacarnos junto con el desgraciado aparato.

-¡Eh! ¿Hay alguien en el cruzanieves? -grité, en tanto que contorneaba su parte frontal.

Ni un solo rostro asomó por ninguna de las cuatro escotillas, ni una sola voz respondió a mis gritos desaforados. Al examinar con curiosidad el cruzanieves-gemelo, quedé petrificado: su vidrio frontal estaba aplastado y abollado hacia adentro. Nuestro cruzanieves tenía un rasgo característico que lo distinguía de los otros: la costura de su oruga izquierda había sido soldada de nuevo. Ahora, al observar la oruga izquierda del cruzanieves-gemelo, veía la misma soldadura. Ante mí se encontraban, no dos máquinas afines producidas en serie en una misma fábrica, sino dos máquinas-dobles, que se identificaban hasta lo absoluto. Al abrir la puerta de la "Jarkovchanka" doble, un temor de algo terrible hizo estremecerse todo mi ser, presintiendo algo funesto.

Mis presentimientos se cumplieron. El cancel estaba vacío. No encontré en éste ni los esquíes, ni el trineo, hallé sólo mi cazadora de cuero forrada de piel colgando solitariamente en la percha. Justamente "mi cazadora": la misma manga rota y cosida, la misma piel en la bocamanga y las dos mismas manchas de grasa en el pecho, que alguna vez hice al tomarla con las manos sucias de aceite. Entré rápido en la cabina y... tuve que apoyarme en la pared para no caer de la sorpresa... creía que mi corazón se había detenido: en el suelo, junto a la mesa, con el mismo suéter marrón y pantalón de guata... yacía "yo". "Su" cara se apoyaba contra la pata de la mesa tal como se apoyó la mía; en "su" frente se coagulaba también la sangre y "su" mano agarraba, tal como lo hice yo, la cámara de filmar. "Mi" cámara de filmar.

¿Era esto un sueño del cual no había despertado y que me obligaba a verme en el suelo como en una segunda visión? Me pellizqué la piel de la mano para comprobar si dormía: sentí dolor; por consiguiente, ya estaba despierto y no dormía, lo que significaba que me había vuelto loco. Pero es que los libros me han enseñado que los locos nunca se dan cuenta de sus anomalías. Entonces, ¿qué es esto? ¿una alucinación? ¿un espejismo? Toqué la pared para verificarlo, pero ella no era una ilusión. Siendo así, mi cuerpo que descansaba sin conocimiento en el suelo no era un fantasma. ¡Absurdo! Recordé mis propias palabras sobre el enigma de la Reina de las Nieves. ¿Será posible que ella exista, así como los milagros y los fantasmas-dobles, y la ciencia sea solamente un absurdo y un autoconsuelo?

¿Qué hacer pues? ¿Correr a todo pulmón o encerrarme en el cruzanieves-doble y esperar que suceda algo que me enloquezca por completo? Me llegó a la mente el proverbio: "si lo que ves contradice las leyes de la naturaleza, el equivocado eres tú y no las leyes de la naturaleza". Mi temor había pasado, sólo me quedó la incomprensión y la ira. Entonces, sin esforzarme siquiera por tener cuidado, le pegué un puntapié al que yacía en el suelo. Este gimió y abrió los ojos. A poco se levantó sobre los codos, como lo hice yo, se sentó y miró inexpresivamente a su alrededor.

-¿Dónde están los otros? -inquirió.

Yo no reconocía su voz: no era la mía, o tal vez era la mía, pero en grabación magnetofónica. Pero este fantasma era tan idéntico a mí, que ¡hasta pensaba en lo mismo en que yo había pensado cuando recobré el conocimiento!

-¿Dónde están ellos? -interrogó de nuevo y gritó-: ¡Anatoli! ¡Diachuk!

Nadie le respondió, talmente como a mí.

-¿Qué ha sucedido? -quiso saber.

-No lo sé -contesté.

-Creí que nuestro cruzanieves se había caído en una grieta y que algo nos había estremecido y lanzado contra la pared de hielo. Yo caí... después... Pero, ¿a dónde se fueron?

El no me reconocía.

-¡Vanó! -llamó de nuevo mientras se levantaba.

Luego imperó el silencio, y todo lo que había sucedido quince minutos atrás se repetía asombrosamente igual. El llegó tambaleándose hasta el puesto de mando, tocó el sillón vacío del conductor, echó a andar hacia la secadora, notó allí, como yo, la ausencia de los esquíes y

del trineo; luego recordándose de mí, se dio la vuelta:

-¿De dónde ha venido usted? -inquirió mientras me miraba con atención y, de pronto, tapándose el rostro con la mano, dio un paso atrás y exclamó-: ¡No puede ser! ¿Estoy durmiendo?

-Yo también creía eso... al principio -le dije.

Yo ya no tenía miedo.

Se sentó en el diván.

-Usted... tú... perdón... ¡Oh, diablo...! tú eres tan parecido a mí, que creo estar ante un espejo. ¿No eres tú un fantasma?

-No. Puedes palparme y comprobarlo.

-Entonces, ¿quién eres?

-Yo soy Yuri Anojin, el operador de cine y radista de la expedición -apunté con firmeza.

El dio un brinco.

-¡No, eso no es cierto! ¡El Yuri Anojin soy yo; operador y radista de la expedición! -gritó él y se sentó de nuevo.

Ahora ambos hacíamos mutis, examinándonos mutuamente: uno miraba con más tranquilidad, porque había visto y conocido un poco más; otro miraba con los ojos enloquecidos y repitiendo seguramente todos los pensamientos que surgieron en mi mente en el momento en que le vi a "él". Así, en el silencio de la cabina respiraban pesada y rítmicamente dos personas idénticas.

Capítulo 3 - "Nubes" rosadas

Ignoro el lapso que se prolongó esta escena. Sólo sé que finalmente él fue el primero en hablar:

-No comprendo nada.

-Yo tampoco.

-Ningún hombre puede, pues, duplicarse.

-Eso mismo creía yo.

Quedó pensativo.

-¿Será posible que exista, a pesar de todo, la Reina de las Nieves?

-Repites -le dije- lo mismo que yo he pensado. Pensé también que la ciencia es un absurdo y un autoconsuelo.

Se rió confuso, como si hubiese sido llamado al orden por un compañero superior. Actualmente yo era respecto a él un superior. Y en el acto, le hice una proposición:

-Hemos bromeado y basta. Esto es un engaño físico y psíquico. ¿Qué tipo de engaño? Yo todavía no puedo responder a esa pregunta, pero sí sé que es un engaño, algo no real. Óyeme, vayamos a la caseta de Zernov.

El tomó mis palabras al vuelo: pues él era mi reflejo. Nuestros pensamientos se concentraron en una misma cosa: ¿quedó intacto el microscopio? Resultó que no sufrió daño, pues se encontraba en su lugar dentro del armario. Los cristales para preparados tampoco sufrieron daño. Mi doble los sacó de la caja. Al comparar nuestras manos, hasta los callos y grietas eran idénticos.

-Ahora lo sabremos -le dije.

Nos pinchamos un dedo, regamos la sangre por los cristales y por turno observamos los preparados a través del microscopio. Nuestra sangre era también idéntica.

-Estamos hechos de un mismo material -afirmó sonriendo maliciosamente-. Eres una copia.

-La copia eres tú.

-No, eres tú.

-Espera -le detuve-, ¿quién te invitó a la expedición?

-Zernov. ¿Quién más podría ser?

-¿Con qué objeto?

-¿Me estás preguntando para después repetir lo que digo?

-No, estás equivocado. Yo mismo podría decírtelo. Para buscar las nubes rosadas, ¿no es así?

Arrugó el entrecejo tratando de recordar algo y preguntó con malicia:

-¿Qué escuela terminaste?

-Querrás decir, instituto.

-Te pregunto sobre la escuela. ¿Qué número? ¿Lo olvidaste?

-Tú eres el que lo olvidaste. Yo terminé la N° 709.

-Correcto. ¿Y quién se sentaba a tu izquierda en el pupitre?

-¿Por qué razón tú me interrogas a mí?

-Es sólo una prueba y nada más. Quiero saber si olvidaste a Lena. A propósito, ella después contrajo nupcias.

-Con Fibig -le señalé. Él suspiró.

-Nuestras vidas coinciden.

-Y, a pesar de todo, yo tengo la plena seguridad de que eres una copia, un fantasma, un alucinamiento -apunté furioso-. ¿Quién fue el primero en despertar? Yo. ¿Quién fue el primero en ver las dos "Jarkovchankas"? También yo.

-¿Por qué dos? -inquirió de sopetón.

Me sonreí con aire de triunfo. Mi primacía estaba confirmada.

-Por la simple razón de que hay otra junto a ésta. La verdadera. Puedes admirarla.

Se pegó a la escotilla lateral, luego me miró confuso, se puso en silencio la copia de mi cazadora y salió al hielo. La soldadura idéntica en la oruga y el abollado similar en el vidrio de la escotilla le hicieron fruncir el entrecejo. Echó con cuidado una mirada al cancel, cruzó hacia el puesto de mando, regresó a la mesita donde estaba mi cámara de filmar y colocó su mano sobre ella:

-Hermana querida -dijo sombrío.

-Como puedes ver, ella y yo nacimos antes.

-Tú solamente despertaste antes -afirmó ceñudo- pero ignoramos aún quién es el verdadero. Yo, a decir verdad, lo sé muy bien.

-¿Y si él tiene razón? -me interrogué a mí mismo-. ¿Y si el doble-fantasma no es él, sino yo? ¿Y quién puede determinarlo ¡demonios!, si hasta nuestras uñas tienen idénticas rajaduras y los amigos escolares son los mismos? Coincidían hasta nuestras ideas y sentimientos cuando eran análogos los estímulos exteriores.

Nos mirábamos mutuamente, uno frente a otro, como ante un espejo. ¡Quién se hubiera podido imaginar una cosa como ésta!

-¿Sabes en lo que pienso? -me preguntó de repente.

-Lo sé -respondí-. Vamos.

Yo conocía su pensamiento, porque éste era el mío: si hay dos "Jarkovchankas" en el hielo y se desconoce cuál de ellas cayó a la grieta, entonces, ¿por qué ambas tienen la escotilla rota? Y si ambas cayeron a la grieta, ¿cómo lograron salir?

Sin mediar palabras corrimos hacia el agujero abierto en la capa de nieve. Nos tendimos boca abajo, avanzamos hacia el borde de la grieta y, en el acto, comprendimos todo. Sólo se había desplomado una "Jarkovchanka", porque había una sola huella de la caída. Durante la caída, la "Jarkovchanka" se había atascado a tres metros del borde de la grieta, entre las paredes que se estrechaban hacia la profundidad. Vimos también peldaños en el hielo, hechos a lo mejor por Vanó o Zernov: por el primero que logró subir. En resumidas cuentas, la segunda "Jarkovchanka" apareció después de la caída de la primera. Pero, ¿quién sacó a la primera, si ella no podía salir sola?

Miré de nuevo al precipicio. Este se obscurecía según se profundizaba y tenía el aspecto de algo siniestro que carecía de fondo. Tomé en mis manos un trozo de hielo cortado en el borde

del precipicio -tal vez por el pico de minero utilizado al cortar los peldaños- y lo tiré al fondo. Desapareció rápido de mi vista, pero no oí su caída. Por mi mente cruzó una idea: ¿por qué no empujar hacia el precipicio al brujo que se me ha pegado? Si yo me lanzara sobre él y lo agarrara por las piernas...

-No creas que lo lograrás -me dijo.

Al principio me turbé y sólo después caí en la cuenta.

-¿Has pensado en ello?

-Naturalmente.

-Peleemos, entonces. Tal vez uno de nosotros mate al otro.

-¿Y si ambos nos matamos?

Estábamos frente a frente, furiosos, coléricos, proyectando sombras completamente iguales sobre la nieve. De pronto, a ambos nos pareció cómico.

-Esto es una farsa -proferí-. Cuando regresemos a Moscú nos mostrarán en un circo: "Los dos Anojin".

-¿Por qué en un circo? Más bien en la Academia de Ciencias: "Un nuevo fenómeno tan extraordinario como las nubes rosadas".

-Como las nubes que no existen.

-¡Mira! -exclamó señalando hacia el cielo.

En el azul tenue del cielo se movía una nube rosada. Una sola, sin otras acompañantes, como una mancha de vino sobre el mantel. Se aproximaba muy lentamente y a baja altura, a mucha menor altura que las nubes de tormenta; además, no parecía una nube. Yo incluso no la compararía ni con un dirigible. Asemejábase, más bien, a una masa rosada obscura, extendida sobre la mesa o a una gran cometa morada lanzada al cielo. Temblando de un modo raro, como si pulsara, se acercaba oblicuamente a la tierra como algo vivo.

-Es una medusa -afirmó mi "doble", repitiendo mi pensamiento-. Es una medusa rosada y viva, pero exenta de tentáculos.

-No repitas mis disparates. Esto es una sustancia y no un ser.

-¿Crees eso?

-Como lo crees tú. Mírala con más detenimiento.

-Siendo así, ¿por qué palpita?

-No palpita, sino que lanza bocanadas de gas. Eso es gas o vapor de agua o, quizás, no es vapor de agua. Posiblemente sea... polvo -agregué indeciso.

La cometa morada se detuvo sobre nosotros y empezó a descender. Estaba separada de nosotros no más de quinientos metros. Sus bordes vibrantes se doblaban hacia abajo y adquirían un color negruzco. La cometa se transformaba en una campana.

-¡Qué tonto soy! -exclamé al recordar la cámara de filmar- ¡Debo filmar esto!

Y eché a correr hacia mi "Jarkovchanka"

Comprobé rápido si la cámara trabajaba y si la película de color estaba en el chasis. Empecé a filmar desde la puerta abierta de la "Jarkovchanka". Salté luego al hielo y, contorneando a los cruzanieves, me coloqué en otro lugar para la toma. En ese momento noté que mi alter ego, indeciso y sin cámara de filmar, observaba mis ajetreos.

-¿Por qué no filmas? -le grité sin apartarme del visor de la cámara.

El no me respondió en el acto, sino con cierto retraso incomprensible.

-No... sé. Algo me lo impide... no puedo.

-¿Qué quieres insinuar con eso de "no puedo"?

-No puedo... explicarlo.

Fijé mi mirada en él olvidando hasta la amenaza que llegaba desde el cielo. ¡He ahí la diferencia! No somos completamente iguales: él se inquieta por algo que a mí no me afecta; algo le molesta; yo, en cambio, soy libre. Sin pensarlo dos veces lo coloqué en mi objetivo y tomé la película teniendo en el fondo a su cruzanieves-doble. Por unos momentos olvidé hasta la existencia de la nube rosada, pero él me la hizo recordar:

-Viene en picado.

La campana morada no descendía ya lentamente, sino que caía. Salté instintivamente a un lado.

-¡Huye! -le grité.

El, por fin, comenzó a moverse de su sitio, pero no huía, sino que retrocedía de modo extraño hacia su "Jarkovchanka".

-¿A dónde vas? ¡Estás loco!

La campana descendía directamente sobre su cabeza, pero él no me respondía. Pegué de nuevo mi ojo al visor de la cámara para no perder tales cuadros. Incluso mi terror desapareció, porque lo que se desarrollaba ante mis ojos era, sin lugar a dudas, un fenómeno extraterrestre que ningún operador de cine había filmado antes.

La nube disminuyó bruscamente de tamaño y adquirió un tono más oscuro. Asemejábase ahora al cáliz invertido de una gigantesca flor tropical, suspendido a seis o siete metros sobre la tierra.

-¡Cuidado! -le grité.

Y, olvidando de repente que él era un fenómeno y no una persona, pegué un salto gigantesco e inconcebible en su dirección a fin de ayudarle. Como se aclaró después, mi salto no le podía salvar, pero acortaba a la mitad la distancia que nos separaba. Con otro salto igual lo hubiese alcanzado, pero, al intentarlo, algo semejante al golpe de una ola o viento huracanado no me dejó avanzar y me empujó hacia atrás. Estuve a punto de caer, pero me mantuve de pie y ni la cámara se desprendió de mis manos. La flor gigantesca alcanzaba ya la tierra, y sus pétalos, antes morados y ahora purpúreos, moviéndose con pulsaciones insólitas, cubrían a los dos dobles: al cruzanieves y a "mí". Pasados unos segundos tocaron ya el hielo cubierto de nieve. Junto a mi "Jarkovchanka" se levantaba ahora una colina purpúrea, que parecía burbujear o hervir sumergida en un humo morado permutable que relumbraba con chispas áureas a guisa de cargas eléctricas. Yo continuaba filmando, tratando de acercarme cada vez más a la colina morada. Un paso... otro paso... otro... Mis piernas iban adquiriendo una pesadez inexplicable, como si algo las obligara a doblarse o las atrajera hacia el hielo. Un magnetismo ignoto parecía ordenar: ¡párate! ¡ni un paso más! Y yo me detuve.

La colina emblanqueció levemente, el color purpúreo pasó al de frambuesa, y se levantó de repente. El cáliz invertido aumentó de tamaño y dobló hacia arriba sus bordes arrebolados. La campana se transformó de nuevo en cometa, y la nube rosada, en una concentración de gases que adquiría formas variadas bajo los embates del viento. No se notó ningún tipo de concentración o espesamiento en su interior, como si no hubiese tomado nada de la tierra; sin embargo, en el hielo sólo quedó mi "Jarkovchanka". Su misterioso doble se desvaneció tan rápido como apareció. Sólo quedó sobre el hielo la huella de las anchísimas orugas, aunque ya el viento la cubría con una frazada de nieve esponjosa. En el cielo, ocultándose tras los bordes de la pared de hielo, desaparecía la "nube". Miré mi reloj: habían pasado treinta y tres minutos desde el momento en que, volviendo en sí, marqué la hora.

Yo sentía un extraño sentimiento de alivio al comprender que algo horrible se había apartado de mi vida, horrible porque era incomprensible, y más horrible aún, porque ya empezaba a acostumbrarme a lo incomprensible como el loco se acostumbra a su delirio. Mi delirio se desvaneció junto con el gas rosado, se desvaneció también el obstáculo invisible que me impidió acercarme a mi doble. Ahora, eché a andar sin dificultad hacia mi cruzanieves y me senté en el peldaño de hierro, sin pensar que podía quedarme adherido al metal a causa de la temperatura descendente del aire. No me inquietaba nada, excepto el pensamiento de cómo explicar esta pesadilla de media hora. Una y otra vez, apretando mi cabeza con las manos, no dejaba de preguntarme en voz alta:

-¿Qué fue en realidad lo que sucedió después del accidente?

Capítulo 4 - ¿Substancia o ser vivo?

Y recibí como respuesta:

-Lo más importante de todo es que usted está vivo, Anojin. Hablando honradamente temía lo peor.

Levanté la cabeza: ante mí se encontraban Zernov y Anatoli. En tanto que Zernov me hablaba, Anatoli pisoteaba la nieve con sus esquíes y movía uno y otro bastón de esquiar. Desgreñado y grueso, con bigotes y vello en las mejillas, en vez de nuestras barbas hirsutas, Anatoli parecía haber perdido su escepticismo burlón y miraba ahora excitado y alegremente como un chiquitín.

-¿De dónde vienen? -inquirí.

Yo estaba tan agotado que ni tenía fuerzas para sonreír.

Anatoli chilló:

-Acampamos cerca de aquí: a un kilómetro y medio o dos. Allí instalamos nuestra tienda de campaña...

-Espere, Diachuk -le detuvo Zernov-, ya tendrá tiempo para hablar de ello. ¿Cómo se siente, Anojin? ¿Cómo logró salir? ¿Qué tiempo hace de eso?

-Me hace simultáneamente muchas preguntas -le dije. Mi lengua articulaba las palabras con dificultad, como la de un borracho-. Empecemos por orden, desde el final. ¿Cuánto tiempo hace que salí? No lo sé. ¿Cómo? Tampoco lo sé. ¿Cómo me siento? Más o menos bien, sin contusiones ni fracturas.

-¿Y moralmente?

Me sonreí al fin, pero mi sonrisa al parecer resultó falsa e insincera, porque Zernov inquirió rápido:

-¿Acaso cree que nosotros le abandonamos a su suerte?

-Jamás lo he pensado -repuse-. Por otra parte, quiero decirles que mi destino está lleno de fantasías.

-Yo lo veo -contestó Zernov, observando nuestra desdichada "Jarkovchanka"-. Después de todo, este aparato resultó sólido: sólo se abolló levemente. Pero, en resumidas cuentas, ¿quién le sacó?

Me encogí de hombros.

El continuó:

-Por cuanto aquí no hay volcanes capaces de presionar el aparato desde abajo y expulsarlo, por tanto debemos presumir la intromisión de alguien. ¿Quién fue?

-No sé nada -respondí-. Volví en sí cuando me encontraba ya en la meseta.

-¡Boris Arkádievich! -gritó de repente Anatoli-. Aquí hay una sola máquina. Lo que significa que la otra simplemente se fue. Ya le dije que era un cruzanieves o un tractor. A nuestro aparato, lo amarraron con un cable y ¡para arriba!

-Lo sacaron y se fueron -repitió dudoso Zernov-. Y no se llevaron a Anojin. Ni le ayudaron. ¡Qué raro! ¡Sumamente raro!

-¿Y si no pudieron volverle en sí y creyeron que pereció? Tal vez estén estacionados cerca y decidan regresar junto con el médico...

Me fastidiaban estas fantasías idiotas de Anatoli. Si se le daba cuerda, no se detenía.

-¡Cállate, profeta! -dije ceñudo-. Aquí, ni diez tractores hubieran podido hacer algo positivo. Esos cables de los cuales hablas, existieron sólo en tus sueños. Además, el segundo cruzanieves no se fue, sino que desapareció.

-Entonces, ¿hubo un segundo cruzanieves? -preguntó Zernov.

-Sí, lo hubo.

-¿Qué quiere usted insinuar con la palabra "desapareció"? ¿Que se perdió?

-Hasta cierto grado, sí. Es difícil relatarlo en dos palabras. Este era un doble de nuestra "Jarkovchanka". No era una copia en serie, sino un doble. Un fantasma. Una ilusión. Pero un espectro real, material.

Zernov me escuchaba atentamente, con interés y en silencio. En sus ojos no se leían palabras de reprobación: ¡Loco! ¡Psicópata! ¡Debes hacerte un tratamiento psiquiátrico!

Anatoli, en cambio, sin escatimar en su fuero interno los epítetos correspondientes, afirmó en voz alta:

-Estás igual que Vanó. Los dos ven milagros. Vanó llegó corriendo a nuestra tienda de campaña gritando desaforado: "¡Allá hay dos máquinas y dos Anojin!" Sus dientes tiritaban...

-Tú, en su lugar, habrías corrido a cuatro patas de espanto -le repliqué-. Ni Vanó ni yo vemos visiones, porque, en realidad, ¡hubo dos "Jarkovchankas" y dos Anojin!

Anatoli movió sus labios y, sin proferir palabra alguna, miró a Zernov; éste esquivó su mirada y en vez de responder hizo un ademán con la cabeza, señalando a la puerta situada a mi espalda:

-¿Está todo incólume ahí dentro?

-Así creo, aunque no lo he averiguado -respondí.

-Bien; desayunemos. ¿No te opones? Nosotros no hemos comido nada desde entonces.

Comprendí la maniobra psicológica de Zernov: quería atenuar mi extraña inquietud, y de ese modo crear la atmósfera apropiada para la conversación. Sentados a la mesa, en la cual devorábamos apetitosamente las malísimas tortillas de huevos hechas por Anatoli, el jefe de la expedición fue el primero en relatar lo ocurrido después del accidente en la meseta.

Cuando el cruzanieves cayó a la grieta, rompiendo la engañosa capa de nieve y se detuvo a una profundidad relativamente no muy grande, retenido por los escalones de la hendidura helada, sufrió solamente el rompimiento del vidrio exterior de la escotilla. En la cabina no se apagó ni la luz. Anatoli y yo, sin embargo, perdimos el conocimiento. Zernov y Vanó se mantuvieron en sus sitios; afortunadamente no sufrieron más que leves contusiones y en el acto trataron de que Diachuk y yo recobrásemos el conocimiento, Diachuk volvió en sí rápidamente, aunque su cabeza le daba vueltas y las piernas estaban blandas como el algodón. "Es una leve conmoción cerebral" afirmó. "Pasará pronto. Será mejor que veamos cómo está Anojin". Hacía ya el papel de médico. Lo arrastraron hasta donde yacía yo y los tres juntos esforzáronse en que yo volviera en sí; pero ni el amoníaco, ni la respiración artificial pudieron lograrlo. "Creo que ha sufrido un shock" indicó Anatoli. Vanó, a través de la escotilla superior, logró ya llegar al techo del cruzanieves y comunicó que era posible salir fácilmente de la grieta. Sin embargo, la proposición de sacarme del cruzanieves recibió firme rechazo por parte de Anatoli, quien señaló: "Debemos cuidarle del frío. A mi juicio, ya el shock está concluyendo y llegará pronto un estado de sueño que liberará las defensas naturales de su organismo". A la sazón Anatoli estuvo a punto de perder el conocimiento; la tripulación decidió comenzar la evacuación por él y dejarme a mí cierto tiempo en la cabina. Entonces, tomaron los esquíes, el trineo, la tienda de campaña, el horno portátil, las briquetas de calefacción, la linterna y parte de las provisiones. Pese a que el cruzanieves se atascó firmemente y no había peligro de más caídas, ellos no deseaban proseguir al borde del precipicio. En ese momento Zernov les hizo recordar el hueco en la pared helada, semejante a una gruta natural, no lejos del sitio del accidente y se decidió llevar primeramente a Anatoli hacia ese lugar, levantar allí la tienda de campaña y luego regresar por mí. Así lo hicieron. En treinta minutos llegaron a la gruta. Zernov, junto con Anatoli que ya se había restablecido completamente, se quedaron a fin de arreglar la tienda de campaña, en tanto que Vanó, con el trineo vacío, regresaba por mí. Luego sucedió lo que ellos pensaban que era una locura pasajera de Vanó. No había transcurrido ni una hora desde el momento de su partida, cuando regresó corriendo con los ojos dementes, en un estado de excitación febril. El cruzanieves, según sus palabras, en vez de estar en la grieta, se encontraba en la meseta; además, a su lado había otro idéntico con la misma abolladura en el vidrio delantero y en cada cruzanieves me encontraba yo sin conocimiento, acostado en el suelo. Al ver eso dio un grito de terror creyendo que había enloquecido y huyó de vuelta; al regresar bebió de golpe un vaso lleno de alcohol y renunció categóricamente a volver por mí, declarando que estaba acostumbrado a tener asuntos con personas, pero no con Reinas de las Nieves. Entonces, Zernov y Anatoli salieron en mi busca.

Como respuesta, empecé a relatarles mi historia, la cual era más asombrosa que el delirio

de Vanó. Me escuchaban crédula y apasionadamente, como escuchan los niños los cuentos de hadas. Ni una sola sonrisa escéptica asomó a sus labios, a excepción del farfulleo insistente de Diachuk: "¿Y luego? ¿Y luego?". Los ojos de ambos brillaban de tal modo que, en mi opinión, tanto Diachuk como Zernov debían repetir lo que hizo Vanó con el vaso de alcohol. Cuando concluí, ambos permanecieron en silencio un rato muy largo, prefiriendo, por lo visto, escuchar mis explicaciones.

Pero yo también callaba.

-Yuri, no te enfurezcas -dijo por fin Diachuk y comenzó a mascullar-. Leí el diario de Scott o algo por el estilo; no lo recuerdo ahora. A decir verdad, esto no es más que autohipnotismo. Alucinaciones del hielo. Sueños blancos.

-¿Y qué me dice de Vanó? -inquirió Zernov.

-Bien, yo, como médico, considero...

-Usted es un matasanos -replicó Zernov-; así que, lo mejor sería que no hablara. En todo esto hay demasiadas incógnitas que nos impiden resolver a la ligera la ecuación. Comencemos por la primera incógnita. ¿Quién sacó el cruzanieves? Este estaba a una profundidad de tres metros y apresado por tenazas que ni las fábricas pueden construir. Además, su peso es de treinta y cinco toneladas. Ni un tractor-tren hubiese tenido fuerzas para hacerlo. ¿Con qué lo sacaron? ¿Con cables? ¡Absurdo! Los cables de acero hubieran dejado huellas en el cuerpo de la máquina. Ahora bien, ¿dónde están esas huellas?

Se levantó en silencio y caminó hasta su puesto de mando.

-Pero, Boris Arkádievich, ¡esto es una locura! -exclamó Anatoli a su espalda.

Zernov se dio la vuelta:

-¿De qué habla usted?

-¿Cómo que de qué? De las aventuras de Anojin, un nuevo Münchausen. "Dobles, nubes, flor vampiro, misteriosa desaparición..."

-Anojin, si no me equivoco, usted tenía su cámara de filmar en la mano cuando nosotros llegamos -recordó Zernov-. ¿Logró filmar algo?

-Sí, fotografié todo lo que pude fotografiar: la nube, la máquina doble y el acompañante similar a mí. Tomé películas durante unos diez minutos.

Anatoli pestañeó, dispuesto a continuar aún la discusión. No quería entregarse.

-Ignoramos lo que veremos en esas películas después de ser reveladas.

-Ustedes lo verán ahora mismo -llegó a nosotros la voz de Zernov desde el puesto de mando-. Miren por la escotilla.

En dirección a nosotros, a medio kilómetro de altura volaba un largo buñuelo morado. Se destacaba claramente sobre el fondo del cielo cubierto de cirros y no tenía el aspecto de una nube. Asemejábase a una vela encarnada o a una enorme cometa de papel. Diachuk lanzó un grito y se abalanzó hacia la puerta. Nosotros seguimos en pos de él. La "nube" cruzó por encima de nosotros sin cambiar su curso y se dirigió hacia el norte, en dirección al recodo de la pared de hielo.

-Van hacia nuestra tienda de campaña -susurró Anatoli-. Perdóname, Yuri -y, extendiéndome su mano, agregó-: he sido un pobre idiota todo el tiempo.

No quise celebrar mi victoria.

-Esto no es una nube -continuó él pensativo, sopesando ciertas ideas que le inquietaban-, o sea, no es la condensación ordinaria del vapor de agua. No está constituido de gotas ni de cristales; por lo menos, a primera vista. Además, ¿por qué se sostiene tan cerca de la tierra y tiene un color tan raro? ¿Acaso es un gas? Lo dudo. Tampoco es polvo. Si hubiésemos tenido un avión, yo habría intentado tomar una muestra.

-Si te hubiesen dejado aproximar -señalé, recordando el obstáculo invisible y mis intentos por atravesarlo, llevando conmigo la cámara de filmar-. Esa "nube" presiona hacia abajo, como en los virajes cerrados. Y hasta con más fuerza. A la sazón, yo creía que mis botas eran magnéticas.

-¿Crees que es algo animado?

-Es muy probable.

-¿Crees que es un ser vivo?

-Es difícil aseverarlo. Podría ser una sustancia -recordé mi conversación con mi doble y agregué-: es probable que sea una sustancia controlada.

-¿Cómo?

-Debes saberlo mejor que yo: eres meteorólogo.

-Pero, ¿tienes la convicción de que esto guarda relación con la meteorología?

No respondí. Y cuando regresamos a la cabina, Anatoli expresó una idea completamente descabellada:

-¿No podrían ser habitantes del continente polar desconocidos para la ciencia?

-Brillante idea -le dije-. Tiene el espíritu de Conan Doyle. Exploradores valientes descubren un mundo perdido en la meseta antártica. ¿Y quién es Lord Roxton? ¿Tú?

-No digas sandeces. Propón tu hipótesis, si acaso la tienes.

Yo, ofendido, expuse la primera cosa que me vino a la mente:

-Yo diría que es más bien un aparato cibernético.

-¿De dónde?

-¡Oh! De Europa o de los Estados Unidos. Alguien lo inventó y ahora lo está probando aquí.

-Pero, ¿con qué propósito?

-Digamos que con el propósito de utilizarlo a modo de excavadora, ya sea para extraer tierras como para levantar cargas pesadas. La "Jarkovchanka" era un objetivo ideal para el experimento. Esa es la razón por la cual ellos la sacaron de la grieta.

-Pero, ¿qué sentido tiene la duplicación?

-Tal vez emplearon ciertos ingeniosos mecanismos desconocidos por nosotros para la reproducción de cualquier estructura atómica, tanto albuminoidea como cristalina.

-Sí, pero, ¿cuál es el propósito? ¿Cuál es la idea? Yo no comprendo...

-De acuerdo con los datos de Baudouin, un cerebro no muy desarrollado es capaz de comprender cerca del 75 por ciento de lo que comprendería una persona normal. Te dejaré comparar y pensar; yo esperaré. Existe además otro elemento fundamental de la hipótesis.

Anatoli estaba tan ansioso de comprenderlo todo, que se tragó sumiso todos los tantos por ciento de Baudouin.

-Me rindo -dijo-. ¿Cuál es ese elemento?

-La duplicación -afirmé-. Cuando hablabas del autohipnotismo, estabas en el camino de la verdad; pero sólo en el camino, pues la verdad se encontraba en dirección opuesta a la tuya y en otra ruta. Esto no es autohipnotismo, sino intervención en el proceso de información. No hubo, en realidad, ningún doble, no existió la segunda máquina ni el segundo Anojin, tampoco fue real la duplicación de mis cosas: mi cazadora y mi cámara de filmar. No. Lo único que ocurrió fue que la "nube" reestructuró mi psiquis y creó una percepción dualizada del mundo. Y como resultado, el desdoblamiento de la personalidad y el hundimiento en un estado crepuscular del alma.

-A pesar de todo, tu hipótesis carece de lo más importante: no aclara la naturaleza físico-química de estos aparatos, no explica su base técnica ni el objeto para el cual fueron creados y son utilizados.

Llamar hipótesis a mi disparate, era posible sólo en un estado de delirium tremens. La inventé apresurado, como un juego, y persistí en su desarrollo por testarudez. Yo mismo comprendía muy bien que ésta no aclaraba nada y, esencialmente, no respondía a la pregunta por qué era necesario destruir los dobles que existieron sólo en mi mente e impedir que yo me acercara al misterioso laboratorio. Todo dependía ahora de la revelación de la película. Si el ojo de la cámara filmó lo mismo que vi yo, entonces la hipótesis mía no sería más que una broma pueril.

-Boris Arkádievich, necesitamos su ayuda -imploró Anatoli.

-¿Para qué? -preguntó a su vez Zernov, que a primera vista parecía no escuchar nuestra

conversación-. Anojin posee una gran imaginación; ésta es una cualidad maravillosa, tanto para un pintor, como para un científico.

-El ha expuesto ya su hipótesis.

-Cualquier hipótesis requiere verificación.

-Pero toda hipótesis tiene un límite de probabilidad real.

-El límite de la de Anojin -afirmó Zernov- está en el estado del hielo en esta región. Esa hipótesis no puede aclarar por qué y para qué son necesarias decenas o, quizás, centenas de kilómetros cúbicos de hielo.

Nosotros no comprendimos el pensamiento de Zernov y éste, al notarlo, se dispuso a explicárnoslo paciente y condescendientemente:

-Aún antes del accidente, llamé su atención sobre el perfil impecable de la pared de hielo que no se sabe de dónde surge ni hasta dónde se extiende. Me pareció que era un corte artificial. Y debajo de nuestras plantas el corte era también artificial. Noté a la sazón la insignificante densidad y grosor de su capa de nieve. Yo no puedo apartar de mi cabeza el pensamiento de que a unos kilómetros de aquí pueda encontrarse una pared similar y paralela a la nuestra. Esto es sólo una conjetura, por supuesto. Pero si esto es cierto, ¿qué clase de fuerza pudo haber extraído y transportado esta mole de hielo? ¿Una nube? Tal vez. Después de todo, desconocemos sus capacidades. ¿Pero de origen americano o europeo? -se encogió de hombros-. Entonces, dígame, Anojin, ¿para qué extrajeron esos millones de toneladas de hielo y dónde las transportaron?

-Pero, ¿hubo excavación, Boris Arkádievich? Según usted opina, hay dos bordes en la capa extraída.

-¿Por qué? -inquirí yo-. ¿Dónde están los cortes transversales? Además es más natural hacer la excavación en forma de cráter.

-Así es, si no se tiene en cuenta el tránsito a través del continente. Aparentemente ellos no quisieron obstaculizar este tránsito. ¿Por qué? Aún es prematuro hacer conclusiones, pero yo pienso que ellos no nos son hostiles; por el contrario, tratan de ser amigos. Además, ¿para quién es más natural excavar el hielo precisamente de esta forma y no de otra? ¿Para nosotros? Nosotros hubiéramos colocado barreras protectoras alrededor del sitio, indicadores de dirección e instrucciones, y se lo habríamos comunicado a todos por la radio. Pero suponga usted que ellos no pudieron ni quisieron hacerlo.

-¿Quiénes son "ellos"?

-Yo no estoy formulando hipótesis -repuso fríamente Zernov.

Capítulo 5 - Letargo sin sueños

En el pequeño recorrido hasta la tienda de campaña tomé conmigo la cámara de filmar, pero la "nube" no apareció. En nuestro consejo de guerra decidimos regresar de nuevo al cruzanieves, hacer las reparaciones necesarias y continuar nuestro viaje. Justamente antes de nuestra "conferencia", conecté a Zernov con Mirni y recibimos el permiso para seguir investigando las "nubes" rosadas. Zernov informó en breves palabras sobre el accidente, mencionó las "nubes" que nosotros habíamos visto y la película filmada por mí. Pero no dijo nada sobre los dobles y otros misterios. "Es demasiado temprano para hacerlo" me dijo.

Mis compañeros habían elegido para su campamento un sitio muy apropiado, distante a un cuarto de hora en esquíes con viento favorable. La tienda de campaña estaba instalada en una gruta que la defendía del viento por tres lados. Pero la gruta de por sí producía una extraña impresión: era un cubo con paredes de hielo cuidadosamente cortadas, como si hubiesen sido pulidas con un cepillo, sin carámbanos ni salientes. Zernov, en silencio, golpeó el corte geométricamente correcto del hielo con el agudo bastón de esquiar, como si insinuara que la naturaleza no es capaz de realizar tales trabajos.

Vanó no se encontraba en la tienda de campaña y todo estaba en desorden. El horno y la

caja con briquetas rodaban por el suelo, los esquíes estaban dispersos y la cazadora de conductor tirada en la entrada. Esto nos desconcertó y nos puso en guardia. Sin quitarnos los esquíes, corrimos en busca de Vanó, a quien encontramos cerca de la pared de hielo. Este estaba tendido sobre la nieve, abrigado sólo con un suéter. Su rostro sin afeitar y la cabellera negra cubierta por una fina capa de nieve. En su mano, separada del cuerpo, apretaba un cuchillo manchado de sangre congelada. En la nieve, cerca de su hombro, notábase una mancha de sangre. La nieve a su alrededor había sido pisoteada y todas las huellas que en ésta se veían eran de Vanó. Lo notamos por el tamaño gigantesco de sus zapatos. Él estaba vivo. Cuando lo levantamos del suelo empezó a gemir, aunque no abrió los ojos. Por cuanto yo era el más fuerte, me lo subí a los hombros y eché a andar, en tanto que Anatoli lo sostenía por detrás de mí. Cuando llegamos a la tienda de campaña le despojamos del suéter: la herida era superficial y había perdido poca sangre. La sangre del cuchillo pertenecía posiblemente a su contrarío. Nosotros no temíamos tanto por la pérdida de sangre como por el sobreenfriamiento, porque desconocíamos el tiempo que había permanecido sobre la nieve. Pero, por suerte, el frío no era muy intenso y él poseía una contextura física bastante desarrollada. Frotamos su cuerpo con alcohol y, separando sus apretados dientes, le obligamos a beber un vaso lleno de éste. Vanó tosió, abrió los ojos y farfulló unas palabras en su idioma georgiano.

-¡No te muevas! -le gritamos, en tanto que lo introducíamos en la bolsa de dormir, dejándolo como una momia.

-¿Dónde está él? -preguntó de repente en ruso al volver en sí.

-¿Quién? ¿De quién hablas?

No pudo responder, las fuerzas le abandonaron y comenzó a delirar. Era imposible comprender algo en el caos de palabras rusas y georgianas.

-La Reina de las Nieves... -llegué a oír.

-Está delirando -dijo acongojado Anatoli.

Sólo Zernov se mantenía en calma.

-Hombre de hierro -afirmó Zernov refiriéndose a Vanó, aunque hubiera podido aplicar esas palabras a sí mismo.

Decidimos aguardar hasta la noche antes de emprender el viaje, tanto más que la mañana y la noche tenían la misma claridad y Vanó necesitaba dormir: el alcohol empezaba a actuar. Un sueño extraño se apoderó también de nosotros. Anatoli gruñó, se metió en el saco de dormir y quedó inmóvil. Zernov y yo nos esforzamos por permanecer despiertos, fumamos un cigarrillo, hasta que, finalmente, nos acostamos, después de reírnos al mirarnos mutuamente.

-Descansaremos una horita y luego emprenderemos el camino.

-Bien, boss, dormiremos una hora.

El silencio se apoderó de nosotros.

Por una razón desconocida, ni él ni yo expresábamos ideas sobre lo ocurrido a Vanó. Como confabulados, rechazábamos los comentarios; empero, a pesar de todo, yo estaba convencido de que pensábamos en lo mismo. ¿Quién fue el enemigo de Vanó? ¿Y de dónde llegó al desierto polar? ¿Por qué Vanó fue encontrado desabrigado fuera de la gruta? ¿Por qué no tuvo tiempo de ponerse la cazadora? ¿Significaba esto que la lucha empezó dentro de la tienda de campaña? ¿Qué sucedió antes de eso? ¿Por qué Vanó tenía un cuchillo ensangrentado en la mano? Era bastante extraño, debido a que Vanó, pese a su natural excitabilidad, no habría utilizado el arma a menos que se hubiera visto obligado a ello. ¿Qué le obligó a hacerlo? ¿El deseo de auxiliar a alguien o la necesidad de defender su vida frente a bandidos? Pero esto es absurdo. ¿Quién puede realizar asaltos en el desierto polar donde la amistad es una ley en cada encuentro? ¿Y si fue obra de un criminal fugitivo de la justicia? De nuevo es absurdo. Ningún gobierno deporta criminales a la Antártida y huir a este desierto polar por iniciativa propia a fin de evadir la justicia es prácticamente imposible. Quizás el enemigo de Vanó fue un náufrago que perdió la razón a causa de la soledad. Pero no hemos recibido ninguna información sobre naufragios en las cercanías de la costa antártica. ¿Y de

qué modo un náufrago pudo llegar tan lejos de la costa, al interior del continente helado? Zernov posiblemente se hacía estas mismas preguntas, pero callaba; yo también guardaba silencio.

En la tienda no hacía frío (el horno estaba todavía caliente) ni había oscuridad. La luz que penetraba a través de las minúsculas ventanas de mica no iluminaba en realidad a los objetos, pero ayudaba a distinguirlos en el opaco crepúsculo. Sin embargo, gradualmente o al instante -yo no noté ni cómo ni cuándo- el crepúsculo, sin adquirir un tono más denso y oscuro, fue tornándose color violeta, como si alguien disolviera granos de manganeso en el aire. Quería levantarme, empujar a Zernov y gritarle, pero no podía: algo me apretaba la garganta, aplastaba y presionaba contra el suelo, lo mismo que en la "Jarkovchanka" cuando recobraba el conocimiento. En aquel momento me parecía que alguien me atravesaba con la mirada, me llenaba por completo, mezclándose con todas las células de mi cuerpo. Ahora, utilizando esos mismos símbolos descriptivos, alguien me miró el cerebro y se alejó. La niebla brumosa se alejó también, abandonándome dentro de un capullo color violeta: yo podía mirar, pero era incapaz de ver algo; podía pensar en lo que había sucedido, pero era impotente para comprender qué sucedió en realidad; podía moverme y respirar, pero sólo dentro de los límites de mi capullo. La más pequeña intromisión en las tinieblas de color violeta, provocaba una reacción semejante a un choque eléctrico.

Ignoro el tiempo que se prolongó este estado, porque no miré mi reloj. De improviso el capullo se abrió y me dejó ver la tienda de campaña y a mis compañeros, que dormían rodeados por la misma niebla brumosa, que ya no era violeta. Algo me empujó, obligándome a salir del saco en que dormía, tomar la cámara de filmar y echarme corriendo hacia afuera de la tienda. La nieve caía, el cielo estaba cubierto por turbulentos cúmulos. Sólo a lo lejos, en el cénit, divisábase la mancha rosada tan familiar para mí. Se mostró y desapareció. Quizás todo esto fuera un sueño.

Cuando retorné, Anatoli, bostezando a toda boca, se encontraba sentado sobre el trineo y Zernov salía lentamente de su saco. Este último echó una mirada rápida a mi cámara y a mí y, como siempre, no dijo nada. Anatoli, a través de su bostezo, dijo:

-¡Qué sueño más extraño vi, compañeros! Como si durmiera y no durmiera. Yo quería dormir, pero era incapaz de hacerlo. Me encontraba desvanecido y no veía nada, ni la tienda de campaña ni a ustedes, como si sobre mí hubiera caído algo viscoso, espeso y denso, parecido a la jalea. No era ni frío ni caliente: era intangible. Y esa cosa me llenó por completo, dándome la impresión de que me disolvía. Me sentía como en un estado de imponderabilidad en el que nadara o flotara. Y no me veía a mí mismo ni me sentía. Yo estaba aquí, y no existía. Es cómico, ¿verdad?

-Es bastante curioso -señaló Zernov y se dio la vuelta.

-¿No vio usted nada? -le pregunté.

-No. ¿Y usted?

-Ahora no, pero en la cabina, justamente antes de despertarme, sentí lo mismo que ha sentido Anatoli hace unos minutos. Imponderabilidad, intangibilidad, ni sueño, ni realidad.

-Es muy misterioso -afirmó entre dientes Zernov-. Anojin, ¿a quién ha traído?

Me di la vuelta. Apartando la lona impermeabilizada de la entrada, detrás de mí, entraba un hombre robusto, llevando sobre la cabeza un gorro de piel artificial y abrigado con una cazadora de nylon forrada con la misma piel y cerrada por una cremallera. Era alto, ancho de hombros; en su rostro notábase la barba de varios días y parecía estar terriblemente asustado. Era difícil tener una idea de lo que podía atemorizar a este atleta.

-¿Habla alguien de ustedes inglés? -inquirió, masticando y alargando las palabras al hablar.

Ninguno de mis antiguos maestros de inglés tenía una pronunciación como ésta. "Sureño -pensé-. Probablemente de Alabama o de Tennessee".

Zernov, que hablaba inglés mejor que nosotros, respondió:

-¿Quién es usted y qué desea?

-¡Soy Donald Martin! -anunció en voz alta-. Piloto de la base de MacMurdo. ¿Tienen

ustedes algo para beber? Cuanto más fuerte sea, mejor. -Se pasó la palma de la mano por la garganta-. Lo necesito...

-Anojin, dale de beber alcohol -pidió Zernov.

Llené el vaso con alcohol y se lo entregué al joven. Pese a su rostro barbudo, él no era probablemente mayor en edad que yo. Bebió de un trago el contenido del vaso y perdió el aliento, su garganta se contrajo y sus ojos se llenaron de sangre.

-Gracias, sir -dijo finalmente, y dejó de temblar-. He hecho un aterrizaje forzoso, sir.

-Deje el "sir" a un lado -le rogó Zernov-. Yo no soy su jefe. Mi nombre es Zernov. Zernov -repitió silabeando-. ¿Dónde ha aterrizado?

-No lejos de aquí. Muy cerca.

-¿Sin averías?

-Sí, sin averías, pero no tengo bencina y la radio falla.

-Entonces, quédese aquí. Usted nos ayudará en el traslado hasta el cruzanieves. -Zernov se detuvo tratando de encontrar la palabra apropiada en el idioma inglés, y, notando que el norteamericano seguía sin entenderle, aclaró-: Vaya, esto se parece a un autobús con orugas. En él hay lugar para usted y tenemos radio.

El norteamericano se retrasaba en responder como si no se decidiera a decir lo que tenía en la mente, luego se puso rígido y militarmente dijo:

-Le ruego que me arreste, sir. He cometido un crimen.

Zernov y yo cambiamos las miradas: en nuestro cerebro apareció lo que le sucedió a Vanó.

-¿Qué clase de crimen? -inquirió Zernov poniéndose en guardia.

-Creo que he matado a un hombre.

Capítulo 6 - La segunda flor

Zernov dio unos pasos en dirección a Vanó, que se encontraba forrado de los pies a la cabeza, apartó la piel que protegía su rostro y dirigiéndose al norteamericano preguntó severo:

-¿Es éste el hombre?

Martin, cauteloso y por lo visto bastante asustado, se aproximó a Vanó y repuso indeciso:

-Nnnoo...

-Obsérvele mejor -dijo Zernov con mayor severidad.

El piloto movió la cabeza con irresolución.

-No se parece a él, sir. El mío está junto al avión. Además... -agregó inseguro-, ignoro si él es un ser humano.

En este momento Vanó abrió sus ojos, observó al norteamericano que estaba a su lado, levantó la cabeza sobre la almohada y la dejó caer de nuevo.

-Este... no soy yo -susurró y cerró sus ojos.

-Sigue delirando -afirmó Anatoli.

-Nuestro compañero está herido. Ha sido atacado por alguien, pero ignoramos quién lo hizo -explicó Zernov al norteamericano-. Por esa causa, cuando usted dijo que... -Se calló por delicadeza.

Martin se sentó en el trineo de Anatoli cubriéndose el rostro con las manos y tambaleándose como si sufriera de un terrible dolor.

-No sé si ustedes me creerán, pero lo que les relataré es algo único e increíble -empezó diciendo Martin-. Yo volaba en un avión monoplaza Lockheed, que era antes un avión de caza. ¿Lo conocen? Está armado con un par de ametralladoras para fuego circular. Aquí no son necesarias, naturalmente, pero por las reglas se deben tener siempre listas para el combate: por si acaso. Y ocurrió ese caso... pero no me sirvieron de nada. ¿Han oído hablar de las "nubes" rosadas? -inquirió de pronto, y sin esperar la respuesta, continuó con un rictus amargo-: Tuve un encuentro con ellas hora y media después de mi despegue...

-¿Con ellas? -pregunté absorto-. ¿Eran muchas?

-Una escuadrilla completa. Volaban muy cerca de la tierra, unas dos millas por debajo de mí. Eran como medusas grandes y rosadas; quizás no eran rosadas, sino moradas. Yo conté siete de formas diferentes y tonos variados, desde el rosado pálido de un morado débil hasta el granada encendido. Al mismo tiempo, sus colores cambiaban constantemente, se ensombrecían y se aclaraban como si se lavaran con agua. Disminuí la velocidad de mi avión y empecé a descender con la intención de tomar una muestra en el container especial que llevaba debajo del fuselaje. Pero no pude lograrlo: las medusas huyeron. A poco las alcancé, empero ellas se escaparon nuevamente sin dificultad, como si jugaran conmigo. Cuando aumenté la velocidad, éstas se elevaron y pasaron por encima del avión. Eran ligeras, semejantes a los globos infantiles, sólo que planas y grandes. Podían cubrir no sólo mi pequeño canario, sino hasta un Boeing cuatrimotor. Se movían como seres animados. Sólo un ser vivo habría podido actuar de ese modo ante el peligro. En aquel momento pensé que si tenían vida, podían ser peligrosas. Por mi mente pasó la idea de huir. Pero ellas adivinaron mi maniobra y tres medusas moradas, a velocidad increíble, volaron en mi dirección y se lanzaron sobre el avión. No tuve tiempo de gritar, porque el avión de súbito fue envuelto por una niebla de origen desconocido. No era una niebla, sino más bien una mucosidad espesa y resbaladiza. En ese momento perdí la velocidad, el control y la visibilidad. Era incapaz de mover mis piernas y mis manos. Creí que había llegado mi hora final. Mas el avión no caía de golpe, sino que resbalaba hacia abajo como un planeador. Y aterricé, sin saber cómo ni cuando lo hice. Yo tenía la sensación de que me hundía, de que me ahogaba dentro de la mucosidad morada; pero que continuaba viviendo. Miré a mi alrededor: la nieve lo cubría todo, y cerca de mí se encontraba otro avión Lockheed similar al mío. Salí de la cabina y eché a correr en su dirección. Desde su cabina salió un piloto tan alto como yo. Ignoraba si lo había visto antes. Entonces, le pregunté: "¿Quién eres tú?". "Yo soy Donald Martin", me respondió. "¿Y tú?". Me parecía estar ante un espejo. "No mientas. Donald Martin soy yo" le dije. El trató de pegarme. Incliné la cabeza haciendo que su derechazo se perdiera en el aire y le envié un izquierdazo a la mandíbula. Cayó y se golpeó la sien contra la puertecita del avión produciendo un sonido seco. Quedó inmóvil. Le di una patada, pero no se movió. Lo agité, mas sólo la cabeza se movió sin control. Lo arrastré hasta mi avión, con la intención de conducirlo a la base para ayudarle, pero al comprobar el combustible, me di cuenta de que no tenía ni una gota. Probé comunicarme con la base por la radio, empero, ésta no trabajaba. Entonces me turbé, di un salto y eché a correr sin dirección, lo más lejos posible de este circo satánico. Olvidé todas las oraciones y no tuve tiempo de persignarme, sólo susurré: ¡Jesucristo! Y de pronto vi vuestra tienda de campaña y aquí estoy.

Al escucharle, recordaba mi propia experiencia y tribulación y entonces empecé a comprender lo que le había ocurrido a Vanó. Era difícil adivinar el pensamiento de Anatoli con sus ojos desorbitados; él probablemente comenzaba a dudar y comprobar cada palabra de Martin. Empezaría ahora a hacer preguntas en su inglés escolar; pero Zernov se le anticipó:

-Usted se quedará con Vanó, Anatoli; Anojin y yo nos iremos con el norteamericano. Vámonos, Martin -le dijo en inglés.

El instinto o el presentimiento -ignoro cómo lo llamaría un psicólogo- me obligó a tomar conmigo la cámara de filmar, lo que agradecí luego. Hasta Anatoli, según me pareció, me miró sorprendido: ¿qué intentaba yo filmar? ¿La posición del cadáver o la conducta del asesino ante el cuerpo del asesinado?

Pero me vi en la necesidad de filmar algo distinto, cuando todavía caminábamos hacia el sitio del accidente de Martin. Allí no había dos aviones, sino uno, el canario plateado de Martin, su veterano polar de alas en forma de delta. Pero a su lado se encontraba la colina color frambuesa que yo ya conocía y que lanzaba espumas. Esta humeaba, cambiaba sus tonos y pulsaba, como si respirara. Llamaradas blancas corrían por su superficie como las chispas de los trabajos de soldadura.

-¡No se acerquen! -les advertí a Zernov y Martin cuando ellos trataron de aventajarme.

El cáliz invertido ya había extendido su barrera de protección invisible. Martin, quien se

había lanzado hacia adelante, se encontró con ella y empezó a aminorar el paso; Zernov, simplemente, hizo una genuflexión de rodillas. Pese a ello, ambos esforzábanse por moverse hacia adelante y vencer la fuerza que los aplastaba contra el suelo.

-¡Demonios! ¡La sobrecarga es por lo menos de diez "g"! -exclamó Martin, dándose la vuelta hacia mí y sentándose en el suelo.

Zernov retrocedió, secándose el sudor de la frente.

Sin detener el rodaje de la película, contorneé la colina y tropecé con el cuerpo muerto, o quizás herido, del doble de Martin. El llevada puesta, igual que Martin, la misma cazadora de nylon de piel sintética y estaba cubierto por una fina capa de nieve, a unos tres o cuatro metros del avión adonde lo había llevado Martin asustado.

-¡Vengan acá! ¡está aquí! -les grité. Martin y Zernov se acercaban corriendo en mi dirección, o más bien resbalaban por el patinadero, balanceando los brazos como el que por primera vez camina sobre el hielo sin patines. Aquí también, la nieve granulosa y blanda cubría someramente la capa lisa de hielo.

En ese instante ocurrió algo completamente nuevo para mi visor y para mí. Un pétalo morado se separó de la flor vibrante, se elevó, se ensombreció, transformándose en un cartucho purpúreo, se extendió, y una serpiente viva de cuatro metros de longitud con la boca abierta tapó el cuerpo rígido que yacía ante nosotros. Por un minuto o dos el tentáculo, a guisa de serpiente, chisporroteó y burbujeó, luego se separó de la tierra sin que se pudiera ver nada dentro de su bocaza de casi dos metros de longitud: solamente un vacío color violeta. Parecía una campana sumamente alargada que cambiaba de forma ante nuestros ojos: ahora era un cartucho, a poco un pétalo que vibraba por los embates del viento, y que se pegó finalmente al cáliz. Lo único que quedó sobre la nieve fue la huella, la silueta deforme del hombre que yacía allí.

Yo continuaba filmándolo todo, esforzándome por captar la transformación final. Ya ésta empezaba. La flor se separó de la tierra y comenzó a elevarse, invirtiéndose hacia arriba. Esta campana, inflándose en el aire, estaba vacía.

Pudimos notar claramente que dentro de ella no había nada. Vimos sus entrañas color rosa y sus delgados bordes que se expandían con delicadeza. Ahora se transformará en una nube rosada y desaparecerá tras las nubes verdaderas, y en la tierra quedará tan sólo un avión y un piloto. Eso fue exactamente lo que sucedió.

Zernov y Martin estaban de pie rígidos, taciturnos y conmovidos, justamente como yo cuando aquella mañana lo viví por primera vez. A mi parecer, Zernov se estaba acercando ya a la resolución del enigma. Yo, por el contrario, tenía ante mis ojos sólo una pequeña lucecita de posibilidad para comprender. Esta lucecita no alumbraba, sino que me insinuaba los contornos fantásticos, pero lógicos, de un cuadro admisible. Martin estaba simplemente oprimido por el terror, terror infundido, no tanto por lo que había visto, como por el pensamiento de que lo visto había sido fruto de su imaginación desordenada. Posiblemente anhelaba preguntar algo: su mirada espantada se detenía en mí y en Zernov; finalmente Zernov sonrió como invitándole a preguntar. Y Martin preguntó:

-¿A quién maté?

-Admitiremos que no mató a nadie -respondió Zernov sonriendo.

-Pero, éste era un hombre, un hombre vivo -repitió Martin.

-¿Está usted seguro? -inquirió Zernov. Martin estaba confuso:

-No lo sé.

-Vaya, vaya. Yo diría que él es un ser de vida temporal. La misma fuerza que lo creó, lo destruyó.

-Pero, ¿por qué? -pregunté cauteloso.

El respondió con una exasperación que no le era habitual:

-¿Cree que yo sé más de lo que sabe usted? Revele usted la película y veremos lo que ésta nos dice.

-¿Y cree usted que de ese modo podremos comprenderlo? -quise saber, sin ocultar la

ironía.

-Es posible -respondió pensativo. Y echó a andar sin invitarnos a seguirle.

Nos miramos mutuamente y echamos a andar tras él.

-¿Cómo te llamas? -preguntó Martin con familiaridad, tomándome por el brazo. Debió de haber notado que éramos de la misma edad.

-Yuri.

-Yuri, Yuri -repitió el-. Se recuerda fácilmente. Mi nombre es Don. Yuri, ¿piensas que aquello era un ser vivo?

-Sí.

-¿Es un ser de esta región?

-No lo creo. Ninguna expedición ha visto cosa igual.

-Entonces, un forastero. ¿De dónde vino?

-Pregúntale a alguien más inteligente que yo.

Ya me cansaba su palabrería. Sin embargo, él no se ofendió.

-¿Qué crees que era aquello, un gas o una jalea?

-Deberías saberlo mejor que yo, porque ¿quién fue el primero en tratar de coger la muestra?

Se rió.

-No le aconsejaría a nadie hacer tal cosa. A veces pienso por qué aquella nube no me tragó. Ella sólo me retuvo en su boca y luego me escupió.

-Creo que la nube no te encontró muy sabroso.

-Sin embargo se tragó al otro.

-No lo sé -repuse.

-Tú lo viste, pues.

-Yo sólo vi que lo cubrió, pero no vi que se lo tragara. Diría más bien que lo disolvió... o lo volatilizó.

-¿Qué grado de temperatura se necesita para eso?

-¿La mediste tú?

Como fulminado por una idea que cruzó por su mente, Martin se detuvo.

-¿Para derretir un avión como ése? ¿En tres minutos? A propósito, éste fue construido de duraluminio superresistente.

-¿Estás completamente seguro de que aquel aparato fue construido de duraluminio y no del vacío?

Martin no me comprendió. Le dejé en la incertidumbre. Marchamos en silencio hasta la tienda de campaña. Al llegar a ella notamos que allí también había sucedido algo extraño. Quedé sorprendido por la postura extraña de Anatoli: encogido sobre el cajón de briquetas y castañeteando ruidosamente los dientes de terror o de frío. El horno se había apagado ya; sin embargo, dentro de la tienda todavía se sentía el calor que despidió.

-¿Qué le sucede, Diachuk? -preguntó Zernov-. Encienda el horno si es que tiene frío.

Anatoli no respondió; se sentó en cuclillas ante el horno como hipnotizado.

-Estamos jugando a los locos -dijo Vanó desde su refugio de piel, quien parecía bastante vivaz y alegre.

-Nosotros también hemos tenido visita -agregó e hizo un gesto en dirección a Anatoli.

-¡No he tenido a nadie! ¡Mejor sería que hablaras de ti mismo! -chilló Anatoli, y se volvió hacia nosotros. Su rostro estaba crispado, distorsionado, como si quisiera llorar.

Vanó se puso un dedo en la sien y le dio un giro, insinuando que Anatoli había enloquecido.

-Los sentidos de este individuo están estropeados -afirmó, y dirigiéndose a Anatoli agregó-: No arrugues el rostro; me callo. Cuenta tú mismo la historia si quieres -y se dio la vuelta hacia nosotros-: Yuri, a mí se me desordenaron también los sentidos cuando te vi duplicado. Fue demasiado terrible para mí y corrí de regreso. ¡Pero qué terrible! A poco bebí alcohol, me acosté y abrigué con la cazadora. Quería dormir, pero no podía. Dormitaba y no dormitaba;

sin embargo, veía un sueño, un sueño largo, cómico y terrible. Tenía la impresión de que bebía jalea, una jalea obscurísima, no roja, sino violeta. Tanta era la cantidad de jalea, que me llenaba hasta la cabeza y casi me ahogaba. No acierto a precisar el tiempo que duró todo eso. Pero tan pronto como abrí mis ojos, noté que todo estaba en orden, solitario, frío y sin ustedes. Entonces, de repente, entró él. Mi propia fisonomía, como si me viera ante un espejo, aunque sin cazadora y sin botas.

Martin escuchaba atentamente, a pesar de que no entendía nada del idioma ruso. Su rostro mostraba gran interés, como si adivinara que el relato de Vanó se refería a algo muy importante para él. Yo, apiadándome de él, empecé a traducirle. Se mantenía a mi lado mientras Vanó relataba su historia, y me tocaba continuamente la mano exigiendo que continuase. Pero no pude traducírselo todo y sólo posteriormente le relaté en pocas palabras el relato de Vanó. A diferencia de nosotros, Vanó apreció en seguida la diferencia entre él y el visitante. Su estado de embriaguez había pasado, su miedo también, sólo su cabeza le daba vueltas por la poca costumbre de beber alcohol. El hombre que entró en la tienda le miró con ojos sombríos y turbios: "¡Deja esas locuras!" le gritó a Vanó en georgiano. "¡Yo no temo a las Reinas de las Nieves! ¡Con ellas preparo pasteles de carne!". Lo cómico de eso era que Vanó había pensado en lo mismo y en idénticos términos cuando Zernov y Anatoli lo dejaron solo. Si alguien hubiese estado a su lado, Vanó se habría abalanzado sobre él sin vacilar. El visitante se dispuso a saltar sobre Vanó, mas éste, ahora en sus cabales, tomó la cazadora y salió corriendo de la tienda de campaña, pensando en seguida que lo más apropiado era mantenerse alejado de tales huéspedes. Vanó, sin detenerse a meditar que esta aparición contradecía las leyes de la naturaleza por él conocidas, deseaba sólo más espacio para maniobrar en la batalla inminente. Su doble sostenía en la mano el famoso y maravilloso cuchillo de Vanó (objeto de envidia de todos los choferes de Mirni). El cuchillo original se encontraba en el bolsillo de Vanó, y él, sin pensar que todo esto era muy extraño, lo sacó del bolsillo justamente en el momento en que el fantasma borracho le lanzaba la primera cuchillada. Vanó escapó de ser herido gracias a la protección de su cazadora. La tiró a los pies de su contrario y llegó tan pronto como pudo al recodo de la pared de hielo, donde ésta se dirigía hacia el norte. La segunda cuchillada le alcanzó aquí, pero felizmente resbaló hacia arriba, al ser obstaculizada por el suéter. La tercera la rechazó al lograr tirar al suelo al que era su contrario. Lo que sucedió después, se borró de su mente: una sombra sangrienta se abalanzó sobre él y una fuerza desconocida, como una onda explosiva, lo tiró a un lado. Cuando abrió los ojos, se hallaba en la tienda de campaña forrado con pieles y completamente sano. Pero los milagros prosiguieron. Ahora fue Diachuk quien se duplicó...

Vanó no tuvo tiempo de terminar la frase, porque Anatoli, tirando la briqueta (estaba encendiendo el horno) y saltando hacia él, gritó histéricamente:

-¡Cállate! ¿Me oyes?

-Estás loco -afirmó Vanó.

-Bien, estoy loco, ¿y qué? ¿Crees que soy el único loco? Ustedes están locos también. ¡Todos están locos! Aquí no hubo nadie, a excepción de mí. Y nadie se duplicó. ¡Han perdido la razón!

-¡Basta, Diachuk! -le detuvo Zernov-. ¡Condúzcase con más decencia! Usted es un hombre de ciencia y no un payaso. Si no es capaz de dominar sus nervios, no debió haber venido en la expedición.

-Me iré de aquí -afirmó Anatoli en un tono más bajo: las palabras de Zernov le calmaron un tanto-. Yo no soy Scott ni Amundsen. Me bastan esos sueños blancos y no deseo ir a parar a un manicomio.

-¿Qué le sucede? -me preguntó Martin. Cuando se lo expliqué me dijo:

-Yo también habría abandonado este lugar, si hubiera tenido combustible. Aquí hay demasiados milagros.

Capítulo 7 - Sinfonía de hielo

No supimos lo que le sucedió a Anatoli, pero por lo visto fue más cómico que extraño. Vanó se negó a contárnoslo y afirmó:

-Si él no quiere relatarlo, no le pregunten nada. Ambos nos aterramos por lo sucedido... pero yo no soy chismoso. -Él no se burlaba de Anatoli, sin embargo, éste quería discutir:

-Tienes la dicción parecida al sonido de una máquina de escribir -dijo con rabia.

Vanó sólo se sonrió y calló: estaba trabajando.

Martin y yo, bajo la dirección de Vanó, cambiábamos el vidrio abollado de la escotilla. Vanó no podía hacerlo solo porque le molestaba el brazo vendado. Se decidió que Martin y yo le ayudaríamos por turno a conducir el aparato. Ya nada nos detenía aquí. Zernov consideraba concluida la expedición y se apresuraba por llegar a Mirni. Yo creo que él simplemente quería huir de su doble, ya que era el único que había logrado escapar de ese encuentro. A poco de instalarnos en la cabina del aparato, Zernov, violando el estricto régimen de trabajo y descanso que él mismo había impuesto, no durmió en toda la noche. Me desperté más de una vez y cuantas veces lo hacía, tantas veces veía la lucecita de su lámpara en el compartimiento superior: estaba leyendo algo y se ponía a temblar al oír susurros sospechosos.

No hablamos más sobre los dobles. Y por la mañana, después del desayuno, cuando emprendimos ya el camino rumbo a Mirni, el rostro de Zernov dibujó una expresión de alivio. Martin conducía el aparato, mientras Vanó, sentado a su lado en una sillita plegable, le daba instrucciones por medio de señas. Yo envié un radiograma a Mirni y cambié algunas bromas con Nikolái Samóilov que se encontraba de servicio en la estación de radio; además, hice unas anotaciones relacionadas con el boletín meteorológico. El tiempo favorecía nuestro retorno: claro, apenas sin viento y con temperatura de dos o tres grados bajo cero en la escala de Celsius.

El silencio de la cabina pesaba tanto como el disgusto de un pleito, y sin poder contenerme dije:

-Boris Arkádievich, quisiera hacerle una pregunta. ¿Por qué no enviamos un radiograma informando detalladamente de todo lo ocurrido?

-¿Qué desearía usted informar?

-Todo. Lo que le ocurrió a Vanó y lo que me sucedió a mí; lo que hemos averiguado sobre las "nubes" rosadas y lo que filmé con la cámara.

-¿Y de qué modo se debería transmitir una historia como ésa? -inquirió Zernov-. ¿Con matices psicológicos, con un análisis de las sensaciones, con insinuaciones e intríngulis? Desafortunadamente no tengo talento para ello; no soy escritor. Por lo demás, no creo que usted lo lograría, pese a que tiene una imaginación frondosa y una gran viveza en la exposición de hipótesis. Si lográsemos poner todo lo sucedido en un código telegráfico, resultaría "el diario de un loco".

-Podríamos explicarlo científicamente -insistí.

-¿A base de qué dato experimental? ¿Qué tenemos nosotros como prueba, a no ser las observaciones visuales? ¿Su película? Esta aún no ha sido revelada.

-Pero, podríamos suponer algo.

-Bien, ¿qué supone usted? ¿Qué es, a su juicio, la "nube" rosada?

-Un organismo.

-¿Vivo?

-Indudablemente. Un organismo vivo, pensante, con una estructura físico-química desconocida por nosotros. Un tipo de biosuspensión o de biogas. El académico Kolmogórov postuló la posibilidad de que exista un moho pensante. Podríamos suponer, con el mismo grado de probabilidad, que exista un gas pensante, un coloide pensante o un plasma pensante. El cambio de color que notamos, podría ser una reacción de defensa o la manifestación de emociones: sorpresa, interés, furia. El cambio de forma sugiere una reacción motora, la capacidad de maniobrar en el espacio aéreo. Guando una persona camina, mueve sus brazos,

dobla su cuerpo y flexiona las piernas. La "nube" alarga su cuerpo, dobla sus bordes y toma la forma de campana.

-¿De qué están hablando? -quiso saber Martin.

Le traduje y él agregó:

-Esta, además, burbujea al respirar y saca tentáculos cuando ataca.

-Entonces es una bestia, ¿no es así? -inquirió Zernov.

-Sí, es una bestia -afirmó Martin. Zernov no hacía preguntas inútiles, sino que cada una de sus palabras iba dirigida a un objetivo determinado que no estaba claro para mí. Me parecía que nos examinaba y se examinaba a sí mismo, sin apresurarse en sus conclusiones.

-Bien -dijo-, contésteme entonces, ¿cómo esa bestia duplica los hombres y las máquinas? ¿Para qué lo hace? ¿Y por qué destruye la copia después de comprobarla en las personas?

-Lo ignoro -reconocí sincero-. Está claro que la "nube" sintetiza cualesquiera estructuras atómicas, pero lo misterioso es para qué las crea y por qué las destruye.

Anatoli, que se había mantenido con una indiferencia inexplicable para nosotros, se entrometió en la conversación.

-A mi juicio es ilógico el propio planteamiento de las preguntas de cómo y por qué crea a los dobles. La "nube" no duplica nada. Esto es simplemente una ilusión de las percepciones sensoriales que debe ser objeto de estudio no de la física, sino de la psiquiatría.

-¿Y la herida mía? ¿Es también una ilusión? -prorrumpió Vanó ofendido.

-Te heriste tú mismo, el resto es una ilusión. En realidad no sé por qué Anojin desistió de su hipótesis original. Es indudable que esa "nube" es un arma. No quisiera decir de quién -continuó, y miró a Martin-, pero no se puede negar que es un arma; un arma superperfecta y, lo que es más importante, un arma orientada hacia un objetivo. Ondas psíquicas que desdoblan la conciencia.

-¿Y el hielo? -le pregunté.

-¿Qué tiene que ver el hielo con esto?

-Te hago esa pregunta, porque el hielo debió ser partido para poder sacar la "Jarkovchanka".

-¡Miren a la derecha! -gritó Vanó.

Lo que vimos a través de la escotilla lateral interrumpió nuestra discusión. Martin frenó bruscamente, nos pusimos las cazadoras y salimos a la nieve. Yo filmaba corriendo por la nieve, tratando de no perder ni un solo detalle de lo que ocurría y que me daría la creación de una película fenomenal.

Aquello era un milagro, un cuadro de la otra vida. No había nubes ni nieve que pudieran ocultar su majestuosidad. El sol colgaba sobre el horizonte entregando toda la fuerza de su luz a la capa de hielo esmeralda azul que se levantaba ante nosotros. Su corte liso e ideal que se extendía hacia arriba a una altura de muchos metros, asemejábase al vidrio. No se veía ni un ser humano, ni una máquina en todo su extensión. Divisábanse tan sólo discos gigantescos de color rosa -más de diez- que cortaban el hielo delicada y silenciosamente, como si éste fuese mantequilla. Imagínese un pedazo de mantequilla que se corta con un cuchillo caliente. El cuchillo penetra en la masa rápido, casi sin fricción y resbala entre paredes derretidas. Esto era exactamente lo que estaba sucediendo allí, cuando este cuchillo rosado penetraba en la masa de hielo. El cuchillo tenía la forma de un óvalo irregular o de un trapecio con ángulos curvos; su área debía de tener más de cien metros cuadrados. Esto era lo único que yo podía apreciar desde lejos y a simple vista. Su grosor, en cambio, era ínfimo: de dos a tres centímetros aproximadamente. La familiar "nube" podía, por lo visto, encogerse, alargarse y transformarse en un instrumento enorme, capaz de trabajar a extraordinaria velocidad y precisión.

Separados uno de otro por una distancia de medio kilómetro, dos "cuchillos" cortaban la pared de hielo perpendicularmente a su base. Otros dos la cortaban de través a un mismo ritmo y con el movimiento de un péndulo. Otro cuarteto trabajaba junto al primero, y un tercer grupo, que yo no podía ver, estaba internado en el hielo. En seguida, el segundo grupo

desapareció dentro del hielo y el más cercano a nosotros realizó un verdadero truco de circo digno de Guliver. Levantó al aire un perfecto paralelepípedo de hielo color azul, una viga de vidrio de casi un kilómetro de longitud, geométricamente correcta. Este paralelepípedo se desprendió lentamente del suelo y empezó a flotar hacia arriba, fácil y negligentemente como el globo de un niño. Sólo dos "nubes" tomaban parte en esta operación. Se contrajeron, adquirieron un color más oscuro y se transformaron en nuestro cáliz familiar, pero no invertido, sino dirigido hacia el cielo; eran dos flores purpúreas, gigantescas e inconcebibles, suspendidas por tallos invisibles. Las flores no tocaban la viga flotante; ésta se mantenía a distancia considerable sin conexión alguna y sin amarre.

-¿Cómo se sostiene la viga? -inquirió Martin sorprendido-. ¿Sobre una onda aérea? ¡Qué fuerte necesitará ser ese viento!

-Eso no es viento -aclaró Anatoli, eligiendo las palabras inglesas-: Es un campo. La antigravitación... -y miró a Zernov implorando ayuda.

-Es un campo de fuerza -expuso éste-. ¿Recuerda usted, Martin, la sobrecarga que sufrimos cuando tratamos de acercarnos al avión? En aquel momento el campo de fuerza hizo que la gravedad aumentara; ahora, la neutraliza.

En ese momento, otra viga de un kilómetro de larga, sacada de la meseta de hielo, fue lanzada al espacio por un titán invisible. Se elevó más rápidamente que la anterior y pronto llegó a su nivel, a la altura de los vuelos polares ordinarios. Pudimos ver claramente cómo las vigas de hielo se aproximaban en el aire, se pegaban una a otra y se transformaban en una viga ancha que flotaba inmóvil en el cielo. Esta fue inmediatamente aumentada por una tercera, que se acostó sobre un lado, en tanto que la cuarta la equilibraba. El bloque aumentaba de volumen con cada nueva viga: las "nubes" requerían de tres a cuatro minutos para cortarlas de la capa de hielo y arrojarlas al aire. Con cada nuevo envío, la pared de hielo retrocedía hacia el horizonte y junto con ella se alejaban las "nubes", que parecían disolverse y desvanecerse con la distancia. Allá, en lontananza, insinuábanse las dos rosas rojas que pendían en el cielo y el gigantesco cubo cristalino atravesado por la luz del astro.

Permanecíamos en silencio, cautivados por este cuadro que era casi musical por sus tonalidades. La gracia peculiar y la plasticidad de los discos-cuchillos rosados, el movimiento rítmico y coordinado, el vuelo de las gigantescas vigas azules que formaban en el cielo cubos inmensos y fulgurantes, todo esto sonaba en nuestros oídos como notas musicales de una música muda, silenciosa, interpretada por esferas misteriosas. Ni notamos -sólo mi cámara lo captó- cómo el cubo diamantino y resplandeciente empezó a disminuir de tamaño, elevándose cada vez más hasta desaparecer al fin tras la red de los cirros. Las dos "rosas" que dirigían la operación también desaparecieron.

-Mil millones de metros cúbicos de hielo -farfulló Anatoli.

Cuando miré a Zernov, nuestros ojos se encontraron.

-Anojin, ésa es la respuesta a su pregunta fundamental -me dijo él-. A la pregunta, de dónde apareció la pared de hielo y por qué hay tan poca nieve debajo de nuestras plantas. Ellos se están llevando la capa de hielo de la Antártida.

Capítulo 8 - El último doble

El informe oficial de nuestra expedición consistía en lo siguiente: el informe de Zernov sobre el fenómeno de las "nubes" rosadas; mi relato de los dobles y la proyección de la película que filmé. Sin embargo, apenas empezada la conferencia, Zernov propuso un plan diferente. Afirmó que carecíamos de materiales para hacer un informe científico, a excepción de las impresiones personales y de la película tomada por la expedición. Agregó, además, que las observaciones astronómicas, con las cuales él mismo se había familiarizado en Mirni, no daban base para exponer conclusiones definitivas. Resultó que la aparición de acumulaciones enormes de hielo en la atmósfera a diferentes alturas fue registrada no sólo por nuestro

observatorio de Mirni, sino también por los observatorios de otros países en la Antártida. Pero ni las observaciones visuales ni las fotografías especiales han permitido establecer la cantidad de estos cuerpos cuasicelestes ni la dirección de su vuelo -siguió diciendo Zernov-. Siendo así, podríamos hablar sólo de impresiones y conjeturas personales, conjeturas que a veces se les da el nombre de hipótesis. Empero, por cuanto la expedición regresó hace tres días y la gente es parlanchina y curiosa, todo lo visto por los miembros de la expedición se conoce ya más allá de los límites de Mirni. Por esta razón es preferible, naturalmente, hacer conjeturas después de la exposición de la película. ¿Por qué? Porque contiene más que suficiente material para las conjeturas.

Ignoro a quién se refería Zernov al hablar de la charlatanería de la gente. Sólo sabía que Vanó, Anatoli y yo no nos dormimos para agitar a las mentes y que el rumor sobre nuestra película se había difundido por todo el continente. Un francés, dos australianos y un grupo de norteamericanos, incluyendo al almirante retirado Thompson, que hacía tiempo que había cambiado sus galones de almirante por el chaleco de piel y el suéter de invernante, arribaron a Mirni con el fin de ver la película. Ellos, que habían oído hablar de la película, la esperaban impacientes y habían expresado todo tipo de suposiciones. Nosotros ya habíamos visto la película en el laboratorio y resultó más que sugestiva. Evgueni Lazébnikov, nuestro segundo operador de cine, viendo la película, gritó de envidia: "¡Vaya, vaya! ¡Ya eres famoso! Nadie, ni Ivens soñó con una pieza como ésta. ¡Pronto tendrás en tus manos el Premio Lomonósov!". Zernov no comentó nada, mas al salir del laboratorio, preguntó:

-Anojin, ¿no tiene usted miedo?

-¿Por qué debo tener miedo? -respondí asombrado.

-Usted ni se imagina lo sensacional que es eso para el mundo.

Lo aprecié cuando mostraban la película en la sala de la base. A ésta llegaron todos los que pudieron y se sentaron o permanecieron de pie en cada rincón donde era posible colocarse. Durante el tiempo en que se proyectaba la película, un silencio imperaba en el ambiente, como en una iglesia abandonada, y sólo a veces, cuando ni siquiera los veteranos del polo, templados y acostumbrados a todo, podían dominar sus nervios, oíanse explosiones de asombro y casi de terror. Aquel escepticismo y aquella duda de los que escucharon nuestro relato, desaparecieron en el instante en que aparecieron las dos "Jarkovchankas" con abolladuras idénticas en el vidrio anterior y la "nube" rosada flotando sobre éstas en un cielo azul pálido. Los cuadros eran excelentes y transmitían con exactitud los colores del fenómeno: en la pantalla, la "nube" enrojecía, adquiría tonos violetas, cambiaba de forma, se transformaba en una flor, burbujeaba y se tragaba la máquina gigantesca. En cambio, el cuadro de mi doble, al principio, no causó sorpresa y no fue convincente; todos pensaron simplemente que éste era yo, pese a que les aclaré que ni el más grande maestro del documentalismo podría filmar películas de sí mismo en movimiento y desde diferentes ángulos. Lo que realmente les obligó a creer en las duplicaciones humanas, fueron los cuadros del doble de Martin en la nieve -logré captarlo en grandes planos- y la aproximación de Martin y Zernov al sitio del accidente. En la sala se levantó un rumor cuando la flor morada extendió su tentáculo y el Martin muerto desapareció dentro de su boca. Alguien hasta gritó en la oscuridad. Pero el efecto más asombroso lo produjo la parte final de la película, su sinfonía de hielo. Zernov tenía razón: yo había subestimado la película.

Pero el público le dio su valor merecido y en cuanto terminó la proyección, en la sala se oyeron voces exigiendo su repetición. Esta vez el silencio fue total: ni una exclamación resonó en la sala, nadie tosió, ni cambió palabras con su vecino, ni se oyeron susurros. El silencio continuó aun después de terminar la proyección, como si la gente no se hubiera liberado de la tensión experimentada; hasta que, al fin, el más viejo de los veteranos, a quien llamaban el decano del cuerpo de invernantes, el profesor Kedrin, preguntó lo que inquietaba a todos:

-Bien, Boris, dinos ahora, ¿qué piensas de todo esto? Será mejor que lo digas, pues nosotros tendremos también en qué pensar.

-Ya les dije que nosotros carecemos de pruebas materiales -respondió Zernov-. Martin no logró coger la muestra: la "nube" no le dejó aproximarse. En la tierra, a nosotros tampoco nos dejó acercarnos. Nos aplastó con fuerza, como si llenara de plomo nuestros cuerpos. Esto evidencia que la "nube" puede crear su campo de gravedad, lo que puede ser confirmado por el bloque de hielo que flotaba en el aire y que ustedes han tenido la oportunidad de ver en la película. Posiblemente, utilizando ese mismo método, obligaron a aterrizar al avión de Martin y lograron sacar de la grieta a nuestro cruzanieves. De todo lo visto podemos hacer conclusiones irrefutables: la "nube" cambia fácilmente su forma y color -todos lo pudieron ver-, crea cualquier régimen de temperatura, ya que para cortar una capa de hielo de cien metros de grosor es necesaria una temperatura muy alta; flota en el aire como un pez en el agua y al instante puede cambiar de dirección y de velocidad. Martin asevera que la "nube" que él perseguía escapó a una velocidad hipersónica, en tanto que sus "colegas" se quedaron para crear evidentemente una barrera gravitacional alrededor del avión. La conclusión definitiva es que las "nubes" rosadas no tienen ningún tipo de relación con los fenómenos atmosféricos. La "nube" es o bien un organismo vivo pensante o bien un biosistema con un programa específico, cuyo objetivo principal es cortar y transportar al espacio cósmico enormes masas del hielo continental, y, de paso, sintetizar (yo diría, simular), por una razón y gracias a un método desconocido por nosotros, cualesquiera estructuras atómicas (gente, máquinas, cosas) y luego destruirlas.

El almirante norteamericano Thompson hizo la primera pregunta a Zernov:

-Hay un punto que no está claro para mí en su informe. ¿Son estas "nubes" criaturas hostiles a los hombres?

-No lo creo. Destruyen solamente las copias que ellas mismas crean.

-¿Está usted seguro de ello?

-Pero si usted mismo lo acaba de ver -replicó asombrado Zernov.

-Yo quisiera saber si usted está convencido de que las criaturas destruidas son de verdad copias y no gente. Porque si las copias son idénticas a los humanos, entonces, ¿quién me convencería de que mi piloto Martin es realmente mi piloto y no una copia atómica?

Conversaban en inglés, pero la sala estaba al corriente del diálogo porque muchos de los asistentes comprendían el idioma y traducían a sus vecinos. Nadie se sonreía: la pregunta era terrible. Hasta Zernov se turbó buscando la respuesta.

Senté de un tirón a Martin y me levanté para decir:

-Almirante, le puedo asegurar que yo soy en realidad yo, el camarógrafo de la expedición, Yuri Anojin, y no una copia creada por la "nube". Cuando yo filmaba la película mi doble se apartó de mí y se dirigió hacia el cruzanieves como si estuviera hipnotizado. Usted mismo lo acaba de ver en la pantalla. El me dijo que alguien o algo le forzaba a retornar a la cabina. Por lo visto, a él le estaban preparando para la eliminación.

Cuando terminé de hablar, observé las gafas plateadas del almirante y me llené de rabia.

-Eso es posible -dijo-, aunque no muy convincente. Yo tengo una pregunta para Martin, levántese, por favor.

El piloto se levantó mostrando sus dos metros de altura de todo un experto jugador de baloncesto.

-A sus órdenes, sir. Yo destruí mi copia con mis propias manos.

En los labios del almirante se dibujó una sonrisa:

-¿Y si fue la copia quien le destruyó a usted? -Movió sus labios y agregó-: ¿Disparó usted al notar las intenciones agresivas de la "nube"?

-Sí, disparé, sir. Lancé dos ráfagas con balas trazadoras.

-¿Con éxito?

-No, sir, no tuve éxito. Es como disparar con una escopeta contra una avalancha de nieve.

-¿Y de haber tenido otra arma? Por ejemplo, un lanzallamas o una bomba de napalm. ¿Eh?

-No lo sé, sir.

-¿Habría evitado la "nube" el encuentro?

-No creo eso, sir.

-Siéntese, Martin, y no se ofenda; yo sólo quería aclarar unos detalles de la información del señor Zernov que me habían desconcertado. Señores, gracias por sus exposiciones.

La insistencia del almirante desató la lengua de los otros presentes. Las preguntas surgieron unas tras otras, como en una conferencia de prensa.

-Usted afirmó que las masas de hielo son transportadas al espacio. Pero, ¿a qué espacio, al aéreo o al cósmico?

-Y si son transportadas al espacio aéreo, ¿qué se hará con esa masa de hielo en la atmósfera?

-¿Permitirá la humanidad ese robo masivo del hielo?

-¿Quién, en general, necesita el hielo aquí en la Tierra?

-¿Qué ocurrirá con los continentes al ser liberados del hielo? ¿Se elevará el nivel del agua en los océanos?

-¿Cambiará el clima?

-Compañeros, por favor, no hablen todos al mismo tiempo -imploró Zernov levantando los brazos-. Empecemos por orden. ¿A qué espacio se transporta? Supongo que al espacio cósmico. Los glaciares son necesarios en la atmósfera terrestre solamente para los glaciólogos. Hablando en términos generales, consideraba a los científicos personas de conocimientos profundos; empero, a juzgar por las preguntas que me han hecho, comienzo a dudar de ese axioma. ¿Cómo puede elevarse el nivel del agua de los océanos, si no se aumenta la cantidad de agua? Esta es una pregunta de geografía para los escolares. Así como la pregunta de que si cambiará o no el clima.

-¿Cuál es, a su juicio, la estructura posible de la "nube"? A mí me pareció ser un gas.

-Un gas pensante -dijo uno riéndose-. ¿De qué libro de texto ha sacado esa idea?

-¿Es usted físico? -inquirió Zernov.

-Sí, ¿y qué?

-Entonces, usted escribirá este libro de texto.

-Yo, desgraciadamente, no poseo actitudes de comediante. Le estoy preguntando en serio.

-Y yo le respondo en serio. Desconozco la estructura de la "nube". Quizás sea una estructura físico-química desconocida para nuestra ciencia. Pienso que es más bien coloide que gas.

-¿De dónde, a su parecer, surgió?

-¿Y al suyo?

El corresponsal del periódico "Izvestia" y conocido mío, se levantó:

-En una novela de ciencia-ficción leí sobre los visitantes llegados desde el planeta Plutón. Incidentalmente, llegaron también a la Antártida. ¿Será posible que usted crea en esa eventualidad?

-No sé. Además yo no he mencionado el planeta Plutón.

-Aceptemos que no hayan llegado desde el planeta Plutón, sino desde el cosmos, desde cualquier sistema estelar. Siendo así, ¿por qué volaron ellos por el hielo a la Tierra, a los límites de nuestra galaxia? Sabemos que en el Universo hay hielo suficiente y éste se puede obtener mucho más cerca.

-¿Más cerca de qué? -inquirió sonriente Zernov.

Yo lo admiraba: pese a la lluvia de preguntas, conservaba la tranquilidad y el humor. El no era el autor de un invento científico que necesitara aclaración, sino el testigo ocasional de un fenómeno único e inexplicable y sobre el cual sabía tanto como los espectadores de la película; pero éstos lo olvidaban y él seguía respondiendo a sus preguntas con paciencia y calma.

-El hielo es agua -afirmó él con la entonación de un cansado maestro hacia el final de la lección-. El agua es un compuesto muy raro incluso en nuestro sistema estelar. Nosotros desconocemos si hay agua en Venus. La hay en Marte, aunque en cantidad muy limitada, y no hay en absoluto en Júpiter y Urano. Como pueden ver, en el Universo no hay mucho hielo. Si

acaso no tengo razón, que los astrónomos me corrijan, pero creo que el hielo cósmico es sobre todo una formación de gases congelados: amoníaco, metano, dióxido de carbono y nitrógeno.

-¿Por qué nadie pregunta sobre los dobles? -le susurré a Anatoli.

Y en el acto, como adivinando mi pensamiento, el profesor Kedrin inquirió:

-Quisiera que Anojin me contestara una pregunta. Anojin, ¿conversó usted con su doble? Es interesante, ¿cómo y sobre qué?

-Sí, conversé con él. Hablamos mucho y de diferentes cosas -repuse.

-¿Notó usted alguna diferencia exterior pequeña, algún detalle insignificante? Me refiero a una diferencia entre ustedes dos.

-Entre nosotros no había ninguna diferencia. Hasta la sangre de él y la mía eran idénticas-. Les relaté lo que sucedió junto al microscopio.

-¿Y la memoria? ¿El recuerdo de la infancia, de la juventud? ¿Lo comprobó usted?

Le conté mi conversación con el doble sobre el pasado. Aunque yo seguía sin comprender a dónde quería llevarme el profesor. Hasta que, por fin, él mismo aclaró:

-La pregunta que hizo el almirante Thompson es inquietante y terrible, y nos debe poner alerta. Porque si los dobles de las personas aparecen en lo sucesivo y al mismo tiempo son indestructibles, entonces, ¿cómo podríamos diferenciar al hombre de su copia? Además, ¿cómo ellos mismos se diferenciarían? En todo esto, a mi juicio, el asunto no radica en la semejanza absoluta, sino en la convicción de cada uno de que él es el verdadero y no la copia creada artificialmente.

A la sazón recordé la discusión que tuve con mi desafortunado doble y me turbé. Zernov me sacó del apuro:

-Hay un detalle muy curioso -afirmó él-, y es que el doble aparece siempre después de un mismo sueño. El individuo cree estar sumergido en una sustancia roja o morada (a veces violeta), espesa y fría, semejante a la jalea. Esta extraña sustancia llena por completo todo su interior y todas sus arterias. Yo no puedo aseverar que lo llena realmente, pero ésa es la sensación del hombre que la experimenta. El individuo yace privado totalmente de movimiento, como si estuviera paralizado, y empieza luego a experimentar sensaciones iguales a las de un hipnotizado: le parece que alguien invisible observa su cerebro, palpando cada una de sus células. A poco, la oscuridad escarlata se disipa, su pensamiento se aclara y vuelve la libertad en los movimientos y cree que ha visto simplemente un sueño absurdo y terrible. Luego, pasado un rato, aparece el doble. Empero, el hombre, después de desadormecerse, piensa, conversa con alguien o hace algo. El doble no lo sabe. Guando Anojin despertó, encontró no una sola "Jarkovchanka", sino dos, con las mismas abolladuras en el vidrio delantero y con idénticas soldaduras en las orugas. Todo esto fue un descubrimiento para su doble, porque este último recordaba solamente lo que recordaba Anojin antes de su inmersión en la oscuridad escarlata. Discrepancias semejantes se observaron en otros casos. Diachuk, después de despertarse, se afeitó, produciéndose una pequeña herida en la mejilla. Su doble apareció sin la herida. Chojeli se acostó ebrio porque se bebió un vaso de alcohol, pero se levantó cuerdo, con la mente despejada. Su doble, por el contrario, apareció frente a él completamente borracho y excitado, sosteniéndose a duras penas sobre las piernas y mostrando una mirada turbia. Creo que en lo sucesivo, este momento o, más bien, la acción del hombre después del "sueño escarlata" ayudará en los casos dudosos a diferenciar el original de la copia; siempre y cuando no hayamos encontrado otro modo para saberlo.

-¿Tuvo usted también un sueño de esa naturaleza? -inquirió alguien de la sala.

-Sí, lo tuve.

-Pero, ¿no tuvo su doble?

-No. Eso es justamente lo que me desconcierta. ¿Por qué fui yo una excepción?

-Usted no fue una excepción -le respondió a Zernov su propia voz.

El que habló estaba de pie detrás de todos los presentes, casi en la puerta y vestido algo diferente que Zernov. Zernov llevaba puesto un traje gris hermoso, en tanto que aquél llevaba

el viejo suéter verde que utilizaba Zernov en la expedición. Completaban la vestimenta del extraño los pantalones de guata de Zernov y sus botas canadienses de piel, cuya belleza yo había mirado con envidia en el transcurso de la expedición. Sin embargo, no se podía decir que éste fuese un extraño, porque hasta yo, que había convivido con Zernov mucho tiempo, no podía ahora diferenciar uno del otro. Zernov estaba en la tribuna, mas en la puerta se encontraba su copia perfecta y exacta.

En la sala se oían exclamaciones de asombro, unos se pusieron de pie observando confusos a ambos Zernov y otros permanecieron en sus asientos con la boca abierta. Kedrin, entornando sus ojos, examinaba detenidamente al doble de Zernov. En los finos labios del almirante se dibujó una sonrisa burlona: él parecía satisfecho por la confirmación inesperada de su idea. Zernov, a mi juicio, estaba también satisfecho al ver consumados su duda y su temor.

-Ven acá -dijo casi alegre-. Hacía tiempo que esperaba este encuentro. Ven y conversemos. Será interesante para todos.

El doble de Zernov echó a andar con calma hacia la tribuna acompañado por las miradas de los presentes, miradas que mostraban un interés cautivador, con las cuales se honra únicamente a las grandes celebridades mundiales. Miró a su alrededor, acercó una silla y se sentó a la misma mesa que Zernov. El espectáculo en sí no era extraño: en la mesa se hallaban dos gemelos que se encontraron después de una larga separación. La única diferencia consistía en que cada uno de nosotros sabía que entre ellos no hubo ninguna separación y que no eran hermanos. Simplemente, uno de los dos era un fenómeno incomprensible para la razón humana. Sí, pero, ¿cuál de ellos? Comprendía ahora la idea del almirante Thompson.

-¿Por qué no apareciste durante el viaje? Te estaba esperando -dijo el Zernov número uno.

El Zernov número dos, perplejo, se encogió de hombros:

-Yo recuerdo todo lo que sucedió antes del sueño rosado; después del mismo me falló la memoria y, de pronto, entré en esta sala. Aquí, he visto y escuchado y, si no me equivoco, ya he empezado a comprender... -El miró a Zernov y se sonrió con ironía-: ¡Qué parecidos somos!

-Me lo imaginaba -observó Zernov.

-Pues yo no. Si nosotros nos hubiésemos encontrado allá como Anojin encontró a su doble, yo no habría cedido en mi prioridad. Porque, ¿quién me habría demostrado que tú eres el real y yo soy solamente la reproducción? Tanto más que yo soy tú. Yo recuerdo toda mi... o tu -no sé de quién- vida en sus detalles más ínfimos; mejor que tú quizás: la memoria sintetizada es más fresca. Antón Kuzmich -dijo él dirigiéndose al profesor Kedrin que estaba en la sala-, ¿recuerda usted la conversación que sostuvimos antes del viaje? No concretamente sobre los experimentos, sino las últimas palabras que cambiamos. ¿Las recuerda usted?

El profesor Kedrin se sonrió turbado:

-No, no las recuerdo; las olvidé.

-Yo también las olvidé -manifestó el Zernov número uno.

-Usted golpeó su paquete de cigarrillos con la boquilla -recordó el Zernov número dos con un tono de superioridad- y dijo: "Quiero dejar de fumar, Boris. Desde mañana será definitivo".

Sonó una risa general: el profesor Kedrin masticaba la boquilla con el cigarrillo apagado.

-Quisiera hacer una pregunta -dijo el almirante Thompson levantándose-. Desearía que fuese el Zernov de suéter verde el que me la contestara. ¿Recuerda usted nuestro encuentro en MacMurdo?

-Sí, por supuesto, -respondió en inglés el Zernov-doble.

-¿Y recuerda también el souvenir que tanto le gustaba?

-Sí, por supuesto -repitió el Zernov-doble-. Usted me regaló una pluma con sus propias iniciales grabadas en oro. La tengo ahora en mi habitación en el bolsillo de mi cazadora de verano.

-De "mi" cazadora de verano -corrigió Zernov con burla.

-Tú no me habrías podido convencer de ello, si yo no hubiera visto la película. Sé ahora que no regresé con ustedes en el cruzanieves y no encontré al piloto norteamericano. La muerte de su doble la vi en la película. Yo espero ese mismo fin para mí, ya lo adivino.

-¿Quizás nosotros seamos una excepción? -inquirió Zernov-. ¿Quizás nos regalen la coexistencia? ¿No lo crees?

Notaba ahora la diferencia que existía entre ambos. Uno hablaba tranquilamente, sin perder la calma; el otro, por el contrario, tenía un volcán interior, una tensión inefable. Hasta sus labios temblaban como si le fuera difícil decir todo lo que su mente estaba pensando.

-Ni tú mismo lo crees -respondió él-. Nosotros fuimos creados para un experimento y seremos eliminados como productos del experimento. ¿Por qué? Nadie lo sabe, ni ustedes ni nosotros. Recuerdo el relato de Anojin a través de tu memoria o de nuestra memoria común. -Él me miró y sentí un escalofrío al encontrar esa mirada tan familiar-. Guando la nube empezó a descender, Anojin le propuso a su doble huir. El doble se opuso: "No puedo", dijo, "algo me ordena quedarme". A poco regresó a la cabina, para morir. Lo vimos con nuestros propios ojos. La diferencia que existe entre nosotros consiste en que tú puedes levantarte y huir, y yo no puedo hacerlo. Algo me ha ordenado ya no moverme.

Zernov le extendió una mano, pero ésta se detuvo ante un obstáculo invisible.

-Es inútil -dijo el doble sonriéndose con tristeza-. El campo -yo uso una terminología comprensible para ustedes y para mí, pues ninguno de nosotros conoce otra-, el campo, repito, ha sido ya creado. Me encuentro en él como dentro de una escafandra.

Un individuo sentado a su lado trató también de tocarle, pero no pudo: su mano chocó contra una barrera de aire comprimido tan sólida como una pared.

-Es horrible conocer su propio fin y no poder evitarlo -afirmó el doble-. Porque, a pesar de todo, yo soy una persona y no una biomasa. ¡Cómo quisiera vivir...!

Un silencio horrible aplastó la sala. Alguien respiraba con dificultad como un asmático; otro se cubría los ojos con la mano. El almirante Thompson se quitó las gafas.

Yo cerré los ojos.

La mano de Martin que descansaba sobre mi rodilla se contrajo convulsa.

-Look up! -gritó éste.

Miré hacia arriba y quedé pasmado por el terror: un tentáculo color violeta de pulsaciones lentas bajaba firme e impasible desde el techo en dirección al Zernov de suéter verde, quien permanecía inmóvil en su silla. El tentáculo se ensanchó burbujeando, adquirió la forma de una campana y cubrió al hombre que se encontraba debajo de su boca. Un minuto más tarde vimos una especie de estalactita de jalea violeta unirse a la estalagmita que ascendía a su encuentro. La base de la estalagmita descansaba sobre la tribuna junto a la mesa; la estalactita se infiltraba a través del techo pasando por los tres metros de nieve cristalina que cubrían a éste. En otro medio minuto, el borde espumoso de la campana doblóse hacia arriba, mostrándonos su vacía garganta rosada y en la cual no vimos ni la silla ni al hombre. Un minuto más y la espuma violeta se fue a través del techo, como algo inmaterial, sin dañar siquiera el plástico o su aislamiento térmico.

-Eso es todo -concluyó Zernov levantándose-. Finis, como solían decir los antiguos romanos.

Segunda parte: La creación del mundo

Capítulo 9 - El fin del "Titanic"

En Moscú no tuve suerte, porque yo que había soportado el gélido invierno antártico sin estornudar ni una sola vez, a pesar de los sesenta grados bajo cero, me enfermé ahora en un otoño templado que apenas hacía descender hasta cero el termómetro colocado fuera de mi ventana. El médico me había asegurado que el próximo martes estaría en perfecto estado de

salud, sin embargo, el domingo por la mañana yo continuaba acostado en mi cama sin poder levantarme, con la espalda forrada de sinapismos e impotente incluso para bajar al buzón por los periódicos. Anatoli Diachuk, mi primer visitante en esta mañana dominical, me los trajo. Después de regresar de Mirni, Anatoli retornó al Instituto de Meteorología, a sus mapas y ciclones, y no tomaba parte ahora en el alboroto que se había producido con relación a las "nubes" rosadas. Sin embargo, pese a ese alejamiento temporal de Anatoli, me sentí sinceramente alegre al verle entrar en mi habitación. Las vicisitudes que juntos habíamos pasado un mes atrás seguían palpitando aún en nuestra memoria. Además, Anatoli poseía la cualidad de ser un visitante complaciente y cómodo. Uno podía permanecer en silencio total frente a él y pensar en sus propios problemas sin correr el riesgo de ofenderlo. Por otra parte, las bromas y exageraciones de Anatoli no ofendían nunca al dueño de casa. Se arrellanó cómodamente en el sillón colocado junto a la ventana y comenzó a tararear al son de la guitarra una música de su propia inspiración, en tanto que el dueño de casa yacía en la cama soportando las "delicias" de los sinapismos y pensando en el último día transcurrido en Mirni, cuando, junto con Konstantin Ozhogin, probábamos el helicóptero nuevo que acabábamos de recibir de Moscú.

Ozhogin había arribado a Mirni con un grupo nuevo de invernantes y tenía una idea muy superficial sobre las "nubes" rosadas. Nuestro primer encuentro tuvo lugar el día aquel en que él insistió en que le mostrase aunque fuera algunos cuadros de la película. Le proyecté la película hasta el final. Me respondió con una invitación para probar el helicóptero nuevo en un vuelo sobre la costa. A la mañana siguiente -mi última en Mirni- llegó por mí y me comunicó "en secreto" una cosa "muy rara". Su helicóptero había permanecido toda la noche en el hielo a cincuenta metros de la orilla donde se encontraba atracado el barco "Obi". "Ayer por la tarde" relató él "celebrábamos nuestro arribo a Mirni. En la fiesta bebí un poco y, antes de acostarme, decidí echar una mirada a mi aparato. Y cuál no fue mi sorpresa al ver dos helicópteros en vez de uno. Creyendo que el segundo había sido probablemente descargado del barco, me fui a dormir. Empero, por la mañana encontré sólo un helicóptero. Cuando le pregunté al mecánico sobre el segundo, éste se rió y me respondió: "El helicóptero se te duplicó a causa de la cantidad de alcohol que bebiste". Sin embargo, yo apenas había tomado medio vaso de vodka".

Yo sospeché quiénes habían sido los verdaderos culpables de esa duplicación, pero no dije nada; tan sólo me llevé conmigo la cámara de filmar, pues el corazón me presagiaba grandes acontecimientos. Y no me equivoqué. Volábamos a unos trescientos metros sobre el nivel del océano, siguiendo su orilla helada. Divisábamos con claridad los cajones y las máquinas descargadas del barco, el baturrillo de agua y hielo junto a la orilla y los icebergs azules sobre el fondo del agua pura del océano. El más grande de éstos se encontraba a varios kilómetros de la línea de la costa, pero no flotaba ni boyaba sobre las olas, sino que se mantenía firme en el agua pegado al fondo del océano por la parte gigantesca que se sumergía en él. Lo llamamos "El fin del Titanic", en memoria de aquel famoso trasatlántico que se hundió al chocar contra un iceberg colosal a principios de siglo. Aunque el nuestro, probablemente, era mucho más grande (nuestros glaciólogos calcularon que tenía unos tres mil kilómetros cuadrados). En dirección a él y formando en el cielo una larga fila, se dirigían los cerditos de Disney que nos eran tan familiares.

En el acto, sin esperar su aproximación, empecé a filmar. Volaban a nuestra altura y lucían un color rosado sin ninguna mancha; los de la cola asemejábanse a dirigibles. Los que encabezaban la fila tenían el aspecto de bumerangs o de alas en forma de delta de los aviones.

-¿Regresamos? -inquirió Ozhogin susurrando-. Podríamos aumentar la velocidad.

-¿Para qué? -le pregunté sonriendo-. No podrás huir de ellos de ningún modo.

Aunque sin tocarle apreciaba la tensión de sus músculos, mas ignoraba si esto se debía al miedo o a la excitación. Luego me preguntó:

-¿Empezarán ahora a duplicarnos?

-No, no lo harán -repuse.

-Pero, ¿cómo lo sabes? -quiso saber intrigado-. Porque ellos han duplicado ya tu helicóptero.

-Tú mismo lo viste anoche -le respondí. Hizo mutis.

La fila ya se acercaba al iceberg. Tres "dirigibles" rosados se detuvieron en el aire, tornándose rojos, se abrieron a modo de cáliz de una amapola exenta de tallo y formaron un triángulo suspendidos en vilo sobre la isla de hielo. Los bumerangs, mientras tanto, se lanzaron en picado hacia abajo, se sumergieron en el agua a modo de peces, y sin salpicar ni chapotear, rodearon el iceberg, despidiendo solamente un vapor blanco. Por lo visto, la temperatura de esta sustancia extraña era muy diferente a la del agua. Luego todo quedó tranquilo: las "amapolas" quedaron floreciendo sobre la isla y los bumerangs no se dejaron ver más. Esperé con paciencia que el helicóptero volara alrededor de la isla a una altura un poco inferior a la de las "amapolas" que seguían suspendidas en el aire.

-¿Qué sucederá ahora? -preguntó Ozhogin con inquietud-. ¿Es éste nuestro final?

-No lo creo así -le respondí inseguro.

De pronto, antes de que hubiesen transcurrido diez minutos, la montaña de hielo se sacudió y empezó a elevarse lentamente.

-¡Apartémonos! -le grité a Konstantín.

Este, dándose cuenta del peligro, lanzó el helicóptero a un lado de la peligrosa ruta. El témpano azulado de hielo resplandecía al ser tocado por los rayos del astro y pendía por encima del agua. Imagínese usted a una montaña enorme cortada por la base y levantada al aire como un globo de juguete. Y esa montaña fulguraba con miríadas de zafiros y esmeraldas como derretidos sobre su superficie. Esta era una escena tan majestuosa, que todos los camarógrafos del mundo hubiesen dado la vida por verla.

Yo era ahora el rey de todos ellos. Solamente Ozhogin, yo y los astrónomos de Mirni tuvimos la suerte de presenciar este espectáculo incomparable: una montaña de hielo levantándose del agua, flotando sobre las tres amapolas encarnadas y alejándose junto con ellas hacia la profundidad insondable del espacio cósmico. Y los "bumerangs", saliendo del agua y lanzando chorros de vapor, adentráronse en el continente en orden de caballería. Los cúmulos arremolinados servían de camino por el que ellos corrían a guisa de jinetes. ¡Jinetes!

Esta comparación fue inventada ulteriormente, y no por mí. Ahora la oía de boca de Anatoli que tocaba su guitarra.

-¿Te gusta? -preguntó él.

-¿Qué? -inquirí a su vez sin comprenderle.

-La canción, naturalmente -explicó.

-¿Qué canción? -quise saber sin entenderle aún.

-Entonces no la has escuchado -afirmó y suspiró-. Me lo suponía. Tendré que repetirla: no soy orgulloso.

Y empezó a cantar como un chansonnier sin voz que no deseara alejarse del micrófono.

Yo, a la sazón, desconocía el destino envidiable que le estaba destinado a esta canción compuesta por una celebridad fortuita futura.

-Jinetes del mundo incógnito... ¿Qué es esto? ¿Un sueño? ¿Un mito...? La Tierra en espera de un milagro... Aterida ahoga su grito... Late el pulso del Planeta... ¿Quién interrumpe su ritmo...? Los jinetes del mundo incógnito... ¿No es más que un espejismo? La trama es conocida... La tragedia es vieja como el mundo... Hamlet resuelve de nuevo... La misma y eterna pregunta... ¿Quiénes son? ¿Gentes? ¿Dioses...? Gime la nieve derretida... Los jinetes del mundo incógnito... Siguen su ruta desconocida...

Hizo una pausa y luego continuó, ahora con un tono mayor.

-¿Quién penetra sus intenciones...? Y ellos, ¿a quién conocerán...? Ya es tarde, amigo, ya es tarde... a nadie podemos culpar... Es imposible creerlo... Mas mira, mira allá... Los jinetes del mundo incógnito... El cielo vuelven a cruzar...

Suspiró y me miró, esperando mi reacción.

-No está del todo mal -le dije-. La canción se puede cantar, pero...

-Pero, ¿qué?

-¿De dónde has sacado ese pesimismo? "Ya es tarde, amigo, ya es tarde, a nadie podemos culpar..." -canté con burla-. ¿Qué es tarde? ¿Y por qué es tarde? ¿Y por qué debemos de culpar a alguien? ¿Te da lástima el hielo? ¿Te compadeces de los dobles? Sería mejor que me quitaras los sinapismos; ya no puedo soportarlos más.

Anatoli, quitándome los sinapismos, me dijo:

-A propósito, los acaban de ver en el Ártico.

-¿A los sinapismos?

-No bromees; no tiene ninguna gracia.

-Más bien da espanto. "Jinetes del mundo incógnito".

-Podría ser terrible. Ya están cortando hielo hasta en Groenlandia. Los telegramas lo informaron.

-Bueno, ¿y qué? Habrá más calor.

-¿Y si se apoderan de todo el hielo que hay en la Tierra? O sea, en el Ártico, en la Antártida, en las montañas y en los océanos. ¿Eh? ¿Qué sucedería, pues?

-Deberías saberlo mejor que yo; eres climatólogo. Pienso que en el Mar Blanco podríamos pescar sardinas y en Groenlandia sembraríamos naranjas.

-Sí, pero en teoría -afirmó y suspiró-. ¿Quién puede predecir lo que sucederá en realidad? Nadie. Y no es tanto el hielo lo que me intranquiliza, sino... Lee sin falta el discurso de Thompson publicado por la agencia TASS -me rogó, señalando el paquete de periódicos.

-¿Qué sucede? ¿Está sembrando pánico?

-¡Y cómo!

-El sembró pánico hasta en Mirni. ¿Lo recuerdas?

-Sí, él es un tío muy difícil. No sólo a nosotros hará perder la calma. A propósito, él empleó nuestra palabrita, transmitida por Lisovski: "Jinetes del mundo incógnito".

-Pero si ese término fue inventado por ti -le recordé.

-Sí, pero, ¿quién lo difundió?

Un artículo sobre las "nubes" rosadas escrito por el corresponsal del periódico "Izvestia", Lisovski, al regresar de Mirni, había encontrado eco en todos los periódicos del mundo. En él, Lisovski empleó el término: "Jinetes del mundo incógnito". Aunque el verdadero inventor fue Anatoli, quien, al mirar las "nubes" desde la ventana del avión, gritó: "¡Jinetes! ¡Juro que son jinetes!".

-¿De dónde llegaron? -inquirió alguien.

-¿Crees que lo sé? Del mundo incógnito.

A la sazón Lisovski repitió en voz alta:

-Jinetes del mundo incógnito. Como título del artículo no está mal.

Al rememorarlo, Tolia y yo nos miramos. Eso fue exactamente lo que sucedió.

Capítulo 10 - El avión fantasma

¿Y qué sucedió realmente?

Nuestro avión a reacción volaba desde el aeródromo helado de Mirni en dirección a las costas sureñas del continente africano. Bajo nosotros flotaba la bruma blanquecina de las nubes, semejantes a un campo nevado cerca de una estación de ferrocarril sombreado por el hollín de las locomotoras. A ratos, las nubes separábanse y entre su nebulosidad surgían ventanas por las que atisbábamos el plomizo océano.

La cabina del avión la llenaban personas que habían sido familiarizadas entre sí gracias al invierno antártico: geólogos, pilotos, glaciólogos, astrónomos y aerólogos. Los acompañaban, como invitados, varios periodistas, que olvidaron posteriormente su calidad de invitados y se mezclaron con los invernantes de ayer en una masa homogénea. Los presentes charlaban, como es natural, sobre las "nubes" rosadas, aunque no con seriedad, sino de un modo

humorístico, lanzando bromas y expresiones ingeniosas. En una palabra, tenía lugar una conversación amena y habitual en la que todos tomaban parte.

Los "bumerangs" rosados surgieron inesperadamente sobre las nubes, penetrando en ellas y dando saltos a guisa de jinetes, que trotaron por la estepa. Fue ésa precisamente la razón por la que los compararon con jinetes, a pesar de que podían ser parangonados con cualquier cosa, debido a sus constantes cambios de forma, muy a menudo por causas desconocidas para nosotros. Lo mismo ocurrió ahora. Seis o siete -no recuerdo la cantidad- "bumerangs" remontáronse a nuestro encuentro, tomaron el aspecto de buñuelos, ensombreciéronse y cubrieron el avión con un capullo purpúreo impenetrable. Para suerte nuestra, el piloto continuó conduciendo el avión como si no hubiera sucedido nada. Tal vez se dijo para sí: "Si esto es un capullo, ¡volemos por el capullo!"

En el compartimiento de pasajeros imperaba un silencio sepulcral. Todos aguardaban algo y, temerosos, se miraban mutuamente sin osar articular palabras. La niebla roja penetraba ya en el compartimiento a través de las paredes del avión. Nadie sabía de qué modo lo hacía. Daba la impresión de que para esta niebla no existían obstáculos sólidos, o que ella misma era inmaterial, ilusoria y creada por nuestra mente. Pronto la niebla ocupó todo el compartimiento y sólo una extraña sombra purpúrea más intensa nos hacía notar a los pasajeros vecinos. "¿Comprende usted algo?" oí la voz de Lisovski desde el otro lado del pasillo. Le respondí a modo de pregunta: "¿No le parece a usted que alguien mira su cerebro y atraviesa su cuerpo de lado a lado?". Guardó silencio por un momento, quizás pensando que yo me había vuelto loco a causa del terror; luego inquirió tartamudeando: "Nnno, no me parece. ¿Por qué?". Alguien a su lado afirmó: "Es sólo una niebla y nada más". Yo pensé lo mismo, acaso porque esta niebla se diferenciaba de aquella que surgió en el cruzanieves y en la tienda de campaña. En aquella ocasión, alguien o algo me observaba, me analizaba imperceptiblemente como si calculara y determinara la disposición de las partículas que forman mi estructura anatómica, para luego, basándose en ese examen, crear mi copia. En ésta, el proceso se detuvo a mitad del camino, como si el creador de las copias se hubiese dado cuenta de que mi estructura ya había sido tomada. Ahora me rodeaba simplemente la niebla que inundaba todo el compartimiento, asemejándose al aire pintado de carmín, opaco, como el agua turbia en un jarrón, ni frío ni caliente y talmente intangible. Ni irritaba mis ojos ni cosquilleaba mis fosas nasales. Rodeaba mi cuerpo y, por lo visto, no tocaba mi piel. Luego, lentamente, comenzó a disiparse. A poco, ya eran visibles mis manos, la ropa, el forro del sillón y los pasajeros a mis lados. Entonces oí una voz a mi espalda: "¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde que empezó? ¿Lo ha podido notar?". "No, no lo he podido notar. No he mirado mi reloj" le respondí. Y, en verdad, yo no pude calcular el tiempo. Quizás transcurrieron tres minutos, tal vez, diez. Lo ignoro. Entonces fue cuando vimos algo verdaderamente extraño. Si usted probara entornar sus ojos y apretar fuertemente sus párpados, el objeto que observara se desdoblaría, produciendo una copia que se separaría de él. Eso fue exactamente lo que ocurrió con las cosas del avión y con todos los pasajeros que se encontraban en nuestro campo visual. Vi claramente -esto lo vieron todos, según supe posteriormente- cómo su duplicado se separaba de nuestro compartimiento con todo su contenido, llevándose consigo el piso, las ventanillas, los sillones y los pasajeros; se separó, se levantó a medio metro de altura y flotó hacia afuera. Me vi a mí mismo, a Anatoli con su guitarra, a Lisovski, y noté este último tratando de atrapar su reproducción, dando manotazos inútiles en el aire. Vi el exterior del compartimiento y noté la facilidad con que cruzó a través de la pared real; apreció cómo le seguía el ala, atravesando nuestros cuerpos de lado a lado, como la sombra gigantesca de un avión, y cómo todo esto desapareció a modo de vapor desfalleciente. Pero no desapareció, no se disipó, porque cuando nos lanzamos hacia las ventanillas, vimos nuestro avión volando a corta distancia de nosotros. Era una copia exacta, absolutamente idéntica y no una ilusión. Esto fue corroborado por la foto de Lisovski -que resultó ser el más ágil de todos, fotografiándolo-; y en esta foto que dio la vuelta al mundo notábase claramente la figura de nuestro avión duplicado, fotografiado desde una distancia de diez metros.

Lamentablemente, todo lo que sucedió posteriormente no pudo ser fotografiado por nadie. A Lisovski se le terminó el rollo de la cámara de películas, y yo no recordé a tiempo sobre la existencia de mi cámara de filmar, tanto más que ésta se encontraba en su estuche y era difícil prepararla a tiempo. Ante nosotros se desarrollaba velozmente un milagro aéreo cuyos creadores eran invisibles. El familiar capullo de color de frambuesa envolvió al avión-doble, se alargó enrojeciéndose y tornándose violeta, hasta que finalmente se desvaneció. No quedó nada: ni el avión ni el capullo, solamente la misma bruma blanquecina allá abajo.

El piloto entró en el compartimiento de pasajeros y tímidamente inquirió:

-¿Podría alguien explicar lo que acaba de suceder?

Nadie respondió. El piloto esperó un rato y luego en tono irónico prosiguió:

-Señores científicos, ¿qué ha ocurrido? ¿Un fenómeno inexplicable? ¿Un milagro? Los milagros no existen.

-Por lo tanto, existen -respondió alguien.

Todos se rieron. Entonces Lisovski se dirigió a Zernov:

-Tal vez el camarada Zernov pueda explicarlo.

-Yo no soy Dios ni tampoco el oráculo de Delfos -farfulló Zernov-. Las "nubes" fueron las creadoras del avión-doble; todos han podido verlo. Por lo demás, ignoro tanto como ustedes el motivo y el objetivo de las duplicaciones.

-Entonces, ¿podría yo escribir textualmente todo lo que ha dicho? -preguntó Lisovsk.

-Sí, escríbalo -cortó Zernov y calló.

Volvió a este tema en Karachi donde aterrizó nuestro aeroplano. Un sinnúmero de periodistas, enterados por el radista de nuestro avión sobre lo acontecido en el aire, nos daba la bienvenida. En tanto que los periodistas atacaban a la tripulación del avión llevando en sus manos las cámaras fotográficas y los aparatos de cine, Zernov y yo nos colamos furtivamente entre ellos y llegamos al café a fin de saborear algún refresco. Recuerdo que le hice a Zernov una pregunta, mas no me respondió; luego, como si no me contestara a mí, sino a la idea que le intranquilizaba, afirmó:

-Este fue un método de simulación totalmente diferente de los otros.

-¿Se refiere a los "jinetes"? -le pregunté.

-Esa palabrita no me deja tranquilo -manifestó irónicamente-. Aparece por todas partes. Respecto a la simulación tengo que decirle que fue completamente diferente.

Sin entenderle, pregunté:

-¿Está usted hablando sobre el avión?

-No, no hablo del avión. El avión posiblemente fue copiado por completo del mismo modo que antes. Primeramente lo copiaron inmaterial e ilusoriamente y, luego, materialmente, o sea, repitiendo con exactitud toda su estructura atómica. La gente, sin embargo, fue copiada de otro modo: sólo crearon su aspecto exterior, su caparazón, su función de pasajero. ¿Qué es lo que hace un pasajero? Se sienta en el sillón del avión, mira por la ventanilla, toma refrescos y hojea libros o revistas. Dudo mucho que la vida psíquica del individuo haya sido reproducida en toda su complejidad. Por lo demás, esto no era necesario; lo fundamental era la copia real y activa del avión con sus pasajeros reales y activos. Estoy haciendo conjeturas, naturalmente.

-Pero, ¿por qué ellos destruyen la copia?

-Y, ¿por qué ellos destruyen a los dobles? -inquirió él a modo de respuesta-. ¿Recuerda usted la despedida de mi doble? Hasta hoy día no lo he podido olvidar.

Hizo mutis y dejó de responder a mis preguntas. Sólo cuando nos dirigíamos a la salida y pasábamos por el lado de Lisovski, a quien rodeaban los periodistas, Zemov se sonrió y dijo:

-Tengo la plena convicción de que él les lanzará algunos "jinetes" y de que aquéllos los atraparán y traerán a la memoria el Apocalipsis. ¡Oh, habrá de todo: un caballo pálido, un caballo negro y jinetes portadores de la muerte! ¿Leyó la biblia? ¿No? Entonces léala y parangónela con lo que vendrá.

Las predicciones de Zernov fueron exactas en todos sus detalles. Estuve a punto de saltar de la cama cuando, junto con los telegramas que informaban sobre la aparición de las "nubes"

rosadas en Alaska y en el Himalaya, Diachuk me leyó la traducción del artículo del almirante Thompson publicado en un periódico de Nueva York. Hasta la terminología que Zernov había empleado bromeando coincidía plenamente con la del almirante.

"Alguien las llamó con acierto, "jinetes" -escribía el almirante-. Pese a todo, no dio en el blanco. Estas nubes no son simplemente jinetes, sino jinetes del Apocalipsis. Y no es una comparación accidental. Recordemos las palabras del profeta: "...y apareció un caballo pálido. El que lo monta se llama La Muerte y un poder le fue dado para hacer perecer a los hombres por la espada, por el hambre, por la peste y por las bestias salvajes..." Perdónenme todos mis lectores por utilizar la terminología que más convendría a un cardenal católico que a un marinero militar retirado. Empero, yo estoy compelido a hacerlo, debido a que la humanidad está recibiendo a estos intrusos con demasiada despreocupación". El almirante no estaba interesado en saber de dónde venían ellos, si de Sirio o del Alfa de Centauro y no le inquietaba que el hielo de la Tierra fuese transportado al espacio cósmico; lo que le molestaba eran los dobles. Ya en Mirni había expuesto su duda con relación a que se destruía: el hombre o el doble. Ahora, esa duda se manifestaba en una forma agresiva y convincente: "...los dobles y las personas suelen ser idénticos en todo: la misma fisonomía, la misma memoria y el mismo proceso de pensamiento. Pero, quién me puede probar que la afinidad en el pensamiento no tiene un límite tras el cual se manifieste el sometimiento a los creadores". Cuanto más escuchaba a Diachuk, tanto más me asombraba de la convicción fanática del almirante. El hasta rechazaba la realización de un estudio y de una observación objetivos, y exigía la expulsión de los intrusos con la ayuda de todos los medios disponibles. El artículo concluía con una sugerencia extraordinariamente fantástica: "Si de repente cambio de opinión y desdigo mis propias palabras, entonces yo soy el doble y he sido sustituido. En ese caso, les ruego que me ahorquen en el primer farol".

Lo curioso de este artículo no era solamente su contenido, sino también su tono que sembraba pánico y alarma. Era esto precisamente lo que inquietaba. Ya que personas incautas, acostumbradas a tomar en serio cualquier palabrería propagandística, podrían atemorizarse seriamente al conocer este artículo producto de un individuo inteligente, pero prejuiciado en sus ideas. Y lo que es peor, este artículo podría ser utilizado con propósitos malévolos en la ciencia y en la política por individuos inescrupulosos.

Felizmente debemos agradecer al almirante que no haya pedido el apoyo de estos últimos y que no haya competido con ellos en palabras anticomunistas.

Cuando le expuse a Anatoli mis razonamientos, éste dijo:

-El artículo del almirante es sólo una cuestión particular. El problema que surge ahora es otro. Hasta el momento presente, cuando los científicos o escritores de ciencia-ficción han escrito sobre la posibilidad de un encuentro con otro raciocinio del cosmos, lo que les interesaba era la cuestión de si sería amistosa u hostil la actitud de este raciocinio para con los hombres. Mas nadie pensó siquiera en la posibilidad de una actitud hostil de los hombres respecto a este raciocinio. He ahí el quid de la cuestión. Ahora todo el mundo está excitado. Si encendieras la radio por la noche, te enloquecerías. El mundo grita por todas las ondas: los clérigos, los ministros, los senadores y los astrólogos. Los platillos voladores son insignificantes comparado con esto. Hasta en los Parlamentos hubo interpelaciones con relación a este problema.

Esto era algo en lo que se debía pensar. Anatoli a veces expresaba juicios razonables.

Capítulo 11 - Ellos ven, escuchan y sienten

El problema que Anatoli había tocado fue discutido en una reunión especial de la Academia de Ciencias, en cuyo debate yo estaba presente por ser quien filmó a los visitantes del cosmos. Se habló mucho de todo, pero especialmente de la naturaleza del fenómeno y de sus peculiaridades. Esto me llevó de nuevo a la órbita de las "nubes" rosadas.

Llegué al edificio de la Academia de Ciencias donde se debía realizar la reunión, una hora antes, aproximadamente, de la apertura de ésta, pues debía comprobar el proyector, la pantalla y el sonido: la película se proyectaba ya acompañada de texto. En la sala de conferencias encontré solamente a la taquígrafa Irina Fateieva, de la cual me habían dicho que sería la futura secretaria de una comisión especial que se formaría después de la reunión. Yo había sido advertido de que ella era una cobra, una políglota y una sabelotodo. Me habían dicho: "Si le preguntaras, qué resultaría si se mojara un cerebro abierto con una solución de cloruro potásico, recibirías de ella la respuesta exacta. Lo mismo resultaría si le preguntaras algo sobre el cuarto estado de la materia. Aun más, si tú desearas saber el significado de la palabra topología, podrías consultarle a ella". Pero no inquirí nada, lo único que hice fue mirarla, lo que me bastó para convencerme de la veracidad de las advertencias.

Ella llevaba un suéter de color azul oscuro con una ornamentación abstracta muy estricta, sus cabellos se hallaban recogidos en un moño sobre la cabeza, aunque no al estilo del siglo XIX. Sobre su nariz descansaban unos espejuelos ahumados sin montura de lentes rectangulares, a través de los cuales notábanse unos ojos inteligentes, penetrantes y exigentes. Ella escribía en su cuaderno de apuntes y cuando yo entré ni siquiera levantó la cabeza para mirarme.

Tosí.

-No tosa, Anojin, y no se pare en el medio de la sala -dijo ella sin mirarme-. Yo le conozco y sé todo lo relacionado con su persona. Así que, creo superflua la presentación. Siéntese en cualquier lugar y espere que yo termine esta sinopsis.

-¿Qué es una sinopsis? -inquirí.

-No trate de mostrarse más ignorante de lo que es en realidad. Usted no necesita conocer la sinopsis de la reunión, si no fue invitado a ella.

-¿A qué reunión? -quise saber.

-A la reunión del Consejo de Ministros. Ayer mostramos allí su película.

Yo estaba enterado de ello, pero no dije nada. Sus espejuelos rectangulares se dieron la vuelta hacia mí. "¡Qué bueno sería si ella se quitara esos espejuelos!" pensé.

Y se los quitó.

-Ahora empiezo a creer en la telepatía -le dije. Ella se levantó. Era alta como una basketbolista de primera clase.

-Anojin, ¿ha venido usted para examinar el aparato, la tensión de la pantalla y el regulador del sonido? Ya todo eso ha sido comprobado.

-Escuche, ¿qué es la topología? -le pregunté.

Sus ojos sin espejuelos no tuvieron tiempo de incinerarme, porque en esos momentos empezaron a llegar los invitados a la reunión. Nadie quería llegar tarde. El quorum fue reunido en un cuarto de hora. No hubo introitos. El presidente de la reunión le preguntó a Zernov que si habría algunas palabras de introducción. "¿Para qué?" preguntó a su vez aquél. A poco, la luz se apagó y en el cielo azul de la Antártida, proyectado sobre la pantalla, empezó a inflarse la campana morada.

Esta vez no tuve necesidad de comentar la película, porque la voz del locutor en la grabadora lo hacía en mi lugar. A diferencia de aquella reunión tensa que tuvo lugar en Mirni durante la proyección de la película por primera vez, ésta parecía una reunión de amigos ante la pantalla del televisor. De tiempo en tiempo las réplicas le "pisaban los talones" al locutor, eran alegres en su mayoría, algunas eran comprensibles sólo para los iniciados en las ciencias que dominaban aquí; otras eran punzantes como las estocadas de los esgrimistas y, en ocasiones, eran tan ingeniosas como las expresadas en un club de bromistas. Yo recuerdo algo de esto. Cuando la flor morada se tragó a mi doble junto con su cruzanieves, alguien, con una voz de bajo, gritó:

-¡Que levante la mano el que considere al hombre como la cúspide de la creación!

Se oyó una risotada. La misma voz prosiguió:

-Debemos tener en cuenta una cosa irrefutable: ningún sistema creador de copias es capaz

de construir una copia estructural más compleja que él mismo.

Cuando el borde de la flor, doblándose, empezó a desprender espuma oí:

-Es la espuma líquida, ¿verdad? ¿Cuáles serán sus componentes? ¿Gas? ¿Líquido? ¿O una sustancia capaz de formar espuma?

-¿Está usted seguro de que eso es espuma?

-Yo no estoy seguro de nada.

-Quizás sea plasma a baja temperatura, ¿verdad?

-El plasma es un gas. Siendo así, ¿qué lo retiene?

-La trampa magnética. El campo magnético puede generar las paredes necesarias.

-Tonterías, colega. ¿Por qué ese gas disperso y efímero no se desintegra ni se esfuma bajo la presión de este campo? Pues éste no sería un campo privado de fuerza en el sentido de que no tiende a cambiar la forma.

-¿Cómo, a su juicio, las nubes de gases interestelares forman campos magnéticos?

Otra voz se mezcló en la conversación:

-La presión del campo es variable, por cuya causa varía también la forma.

-La forma sí, pero, ¿por qué varía el color?

Lamenté no haber traído conmigo el magnetófono. La sala calló por unos minutos: en la pantalla apareció la flor gigante tragándose el avión, y el tentáculo-serpiente violeta engulléndose el modelo insensible de Martin. Aún estaba pulsando sobre la nieve, cuando una voz dijo:

-Quisiera hacerles una pregunta a los autores de la hipótesis del plasma. ¿Creen ustedes que ambos, el avión y el hombre, se fundieron en el chorro de gas dentro de la "botella" magnética?

Una risotada proveniente de la primera fila llenó la sala. Yo lamenté de nuevo no haber traído conmigo el magnetófono: ya empezaban a intercambiarse "disparos".

-En esto hay mística. Considero que es improbable.

-Para reconocer como posible la existencia de lo improbable no es necesaria la mística, sólo bastan las matemáticas.

-Eso es paradójico.

-Aquí, los matemáticos hacen más falta que los físicos. El matemático encontraría resoluciones más positivas que las que podrían lograr los físicos.

-Sería interesante saber qué es lo que encontraría.

-El matemático no necesitaría ningún tipo de muestras, sino más fotos. ¿Qué observaría en ellas? Observaría figuras geométricas distorsionándose a voluntad, sin desgarros y sin pliegues. Ese es un problema que se encuentra en el curso de topología.

-Perdone usted, pero, ¿quién resolvería entonces el "pequeñísimo" problema sobre la composición de esa biomasa rosada?

-¿La considera usted una masa?

-Yo no puedo, a base de esos cuadros de color, considerarla un organismo pensante.

-Pero es evidente que puede elaborar información.

-Eso no es sinónimo de raciocinio.

Las réplicas se continuaban. La sala se excitó grandemente cuando en la pantalla apareció la sinfonía de hielo: nubes trabajando a modo de serruchos y gigantescas barras de hielo colgando sobre el fondo del cielo azul.

-¡Mirad cómo se alargan! ¡Una nube de tres metros de longitud crece hasta el tamaño de un kilómetro y aseméjase a un buñuelo!

-Eso no es un buñuelo, sino un cuchillo.

-No entiendo nada.

-¿Por qué no? Un solo gramo de cualquier sustancia en un estado de dispersión coloidal poseería una superficie enorme.

-Entonces, ¿es una sustancia?

-Es difícil hacer ahora una conclusión definitiva. ¿Cuáles son los datos que poseemos?

¿Qué nos dicen estos datos sobre este biosistema? ¿Cómo reacciona éste bajo la influencia del medio ambiente? ¿Creando un campo de fuerza? ¿Y quién o qué controla a este biosistema?

-Agregue, además, ¿de dónde este biosistema toma la energía? ¿En qué acumuladores la conserva? ¿Qué transformadores aseguran su conversión?

-Añada, entonces...

Pero nadie añadió nada: la película terminó, las luces se encendieron y todos callaron, como si la claridad hubiese traído la habitual cautela en la exposición de los juicios. El presidente de la reunión, académico Osovets, lo percibió:

-Camaradas, no estamos en un simposio, ni tampoco en una asamblea académica -dijo pausadamente-. Nosotros, todos los aquí presentes, representamos un comité especial creado por el Gobierno con los objetivos siguientes: determinar la naturaleza de las "nubes" rosadas, el objeto de su llegada a la Tierra, la agresividad o amistad de sus intenciones y el contacto posible con ellas, caso de que sean seres racionales. Desgraciadamente, lo que hemos visto no nos permite aún llegar a conclusiones o decisiones determinadas.

-¿Por qué no? -le interrumpió la conocida voz de bajo-. ¿Y la película? Podemos hacer ya la primera conclusión, y es que esta película es una excelente joya científica y un material inapreciable para empezar a trabajar. Propongo la primera decisión: que sea exhibida en todo el mundo.

Me era bastante agradable escuchar todo lo expresado; lo reconozco. Agradable era también escuchar las palabras del presidente:

-La película fue valorada por el Gobierno como se lo merecía. Y ha sido tomada una resolución muy similar a la expresada por usted. El colega Anojin ha sido incluido en el grupo de trabajo de nuestro comité. Pero, a pesar de todo -continuó el académico-, la película no puede responder a un sinnúmero de preguntas e interrogantes que nos interesan. Por ejemplo, ¿de dónde, de qué región del universo han venido esos seres? ¿Qué forma de vida representan? (Dudo mucho que se base en proteínas.) ¿Cuál es su estructura físico-química? ¿Son seres animados y racionales o simplemente biorrobots con un programa específico de acción? Podemos formular un sinnúmero más de preguntas que somos incapaces de responder. Por lo menos, por ahora. Sin embargo, nosotros podríamos hacer algunas conjeturas y exponer hipótesis de trabajo que se publicarían no solamente en las revistas científicas, sino también en todos los periódicos del mundo. La humanidad quiere saber la verdad sobre las "nubes" rosadas, quiere escuchar, no disparates y cacareos de vaticinadores imbéciles, sino una información científica competente y seria, por lo menos, dentro de los límites de lo que hemos conocido y de lo que podemos conjeturar. Nosotros podemos informar, por ejemplo, sobre la posibilidad y los proyectos para el contacto, sobre los cambios del clima terrestre debidos a la pérdida del hielo y, fundamentalmente, podemos oponer un argumento sólido a la idea en boga de la hostilidad de esa civilización hasta ahora desconocida; demostrar con hechos y pruebas fehacientes la lealtad de ésta para con la humanidad.

-Quisiera añadir algo más, para completar lo que ya han escrito los periódicos -señaló un científico sentado junto a Zernov-. La proporción de deuterio o hidrógeno pesado en el agua corriente es muy insignificante y más insignificante aún en el hielo y en el agua derretida. Esto demuestra que estos últimos elementos son más activos biológicamente. Es también un hecho conocido, que el agua cambia sus principales propiedades físico-químicas bajo la acción del campo magnético. Y los glaciares terrestres, son, hablando con propiedad, agua ya expuesta a la acción del campo magnético de la Tierra. Tal vez esto derrame alguna luz sobre los objetivos de los visitantes.

-Me interesa más otro objetivo de los visitantes, a pesar de que soy glaciólogo -intervino Zernov-. Se sabe que ellos copian todas las cosas que ven para estudiar mejor la Tierra. Ahora bien, lo que no se comprende es por qué destruyen esas copias.

-Yo correré el riesgo de contestarle -dijo Osovets mirando a la sala. Se disponía a contestar a toda la sala y no sólo a Zernov-: Considero que ellos se llevan no la copia, sino solamente la

grabación de la estructura de la copia. Para hacer tal grabación se necesita destruir esas copias, o mejor dicho, descomponerlas hasta el nivel molecular, o tal vez, hasta el atómico. Ellos no quieren destruir a los humanos, hacerles daño, como tampoco desean destruir las obras de los humanos. De todo esto resulta la sintetización y, posteriormente a la prueba, la eliminación subsiguiente de la copia.

-Esa actitud manifiesta su amistad y no su hostilidad, ¿verdad? -inquirió alguien.

-Sí, eso es lo que creo -respondió con cautela el académico-. Ya veremos.

Hubo muchas preguntas, algunas no las comprendí, otras las olvidé. Pero recuerdo muy bien la pregunta de Irina dirigida a Zernov:

-Profesor, usted ha expuesto que ellos copian todas las cosas que ven. Pero, ¿dónde están sus ojos? ¿Cómo ven?

Respondió no Zernov, sino el físico que estaba a su lado:

-Los ojos no son necesarios -aclaró él-. Ellos podrán reproducir cualquier objeto con la ayuda de la fotografía. Podrán, por ejemplo, crear una superficie sensible a la luz del mismo modo que crean cualquier campo magnético y grabar en esta superficie la luz reflejada por el objeto. Y nada más. Esta es, naturalmente, una de las posibilidades entre un sinnúmero de suposiciones probables. Con el mismo grado de probabilidad se puede suponer una "sintonización" acústica o aromática.

-Tengo la firme convicción de que ellos ven, oyen y perciben todas las cosas mucho mejor que nosotros -afirmó Zernov con una extraña solemnidad.

Esta vez no se rió nadie. Las palabras de Zernov parecían haber hecho un balance de lo que todos habían visto y escuchado; parecían revelarles a todos los presentes el significado de lo que necesitaban meditar y entender.

Capítulo 12 - La carta de Martin

Después de la salida de Anatoli, permanecí largo rato junto a la ventana, observando detenidamente el camino de asfalto cubierto de nieve que unía mi entrada con los límites de la calle. Tenía la esperanza de que Irina llegara. Ella podía venir, no por ternura, naturalmente, sino porque de otro modo no me podría informar sobre las noticias ni transmitir los encargos: yo no tenía teléfono. A nosotros nos unía ahora un mismo trabajo, pues ella era la secretaria del Comité especial y yo un colaborador del mismo, con una variedad de obligaciones, desde agregado de prensa hasta mecánico de cine. Por lo demás, a nosotros nos esperaba un trabajo mancomunado en Paris, ciudad a la que iríamos a fin de tomar parte en el Congreso internacional de científicos dedicado a las "nubes" rosadas: ese fenómeno incomprensible que inquietaba a todo el mundo. El académico Osovets encabezaría la delegación; Zernov y yo iríamos en calidad de testigos oculares; Irina, en cambio, nos acompañaría con un cargo más modesto, pero probablemente más importante que el nuestro, el de secretaria-traductora, dominando seis idiomas. En la delegación se incluyó también a Rogovin, físico de fama mundial, dueño de aquella voz de bajo que me intrigaba tanto durante la proyección de la película en la sala de conferencias. La designación ya estaba preparada, todos los documentos necesarios habían sido recibidos y sólo quedaban días contados para nuestra partida y teníamos aún que discutir muchas cosas. Zernov se encontraba en Leningrado despidiéndose de la familia y debía llegar de un día a otro...

Pero, hablando honestamente, ésa no era la razón por la que deseaba ver a Irina. Yo simplemente añoraba su presencia durante esta semana de confinamiento involuntario. Quería escuchar sus palabras irónicas y ver sus espejuelos ahumados, rectangulares, que le privaban en parte de encanto y feminidad. Me empujaba hacia ella, no la amistad ni el amor, sino algo vago e imperceptible que nos obliga a veces a buscar la presencia de alguien y que se esfuma cuando ese alguien aparece ante nosotros.

“¿Qué? Te gusta ella?" me pregunté a sí mismo. "Sí, mucho". "¿Estás enamorado?" "No lo

sé". A veces ella me resultaba difícil y otras veces me hacía enfadar. A veces la simpatía que le profeso se vuelve repulsión y me dan ganas de hablar palabras ofensivas. Quizás se deba a que somos completamente diferentes y esa diferencia se aguza a veces como una navaja de afeitar. Cuando tal cosa ocurre, ella dice que mi cultura no es más que una ensalada hecha de Kafka, Hemingway y Bradbury; y mi respuesta es que la de ella es una sopa hecha con la revista "Técnica para la juventud" del año antepasado. Pero a pesar de todo tenemos algo de común que hace que nuestros encuentros sean interesantes y agradables.

Esta amistad tan extraña y graciosa empezó justamente al concluir la proyección memorable de la película en la Academia de Ciencias. A la sazón permanecí sentado en mi sillón, esperando la salida de los doctores y candidatos a doctor en ciencias y la extinción de la luz. Recogí todo mi bagaje y equipo, los introduje en mi maletín deportivo y me senté de nuevo.

Irina, en silencio, me observaba a través de sus espejuelos ahumados.

-¿No es usted el doble? -inquirió de improviso.

-Sí, yo soy el doble -afirmé-. ¿Cómo lo ha adivinado?

-Comparando su actitud con la de una persona normal. Una persona normal, no agravada por conocimientos especiales, se hubiera marchado antes de concluir la reunión. Empero, usted sigue sentado, escuchando y dando vueltas en un mismo sitio, y no se va. ¡Qué extraño!

-Estoy estudiando la vida terrestre -le respondí fatuo-. Nosotros, los dobles, somos sistemas autoprogramados, capaces de cambiar el programa de acuerdo con el objeto que se estudia.

-¿Y ese objeto soy yo?

-Usted posee una intuición asombrosa.

-La función ha terminado. Ahora puede considerar que ha terminado su estudio.

-Tiene usted razón. Ahora encargaré una copia suya con algunas correcciones.

-¿Sin espejuelos?

-No sólo sin espejuelos, sino también sin aires de sabelotodo y sin megalomanía. Mi copia será una muchacha corriente que poseerá su inteligencia y su físico y que adorará ir al cine y pasear por las calles.

Tomé mi maletín y eché a andar en dirección a la salida.

-A mí también me encanta ir al cine y pasear por las calles -dijo a mi espalda.

Me di la vuelta. Al otro día llegué a la sala de conferencias todo limpio y afeitado, como un agregado diplomático. Ella estaba escribiendo algo en una máquina. La saludé y me senté a su mesa.

-¿Qué desea? -me preguntó.

-Vengo a trabajar -repuse.

-A usted todavía no lo han designado para trabajar con nuestro grupo.

-Me designarán.

-Debe pasar por la sección de personal...

-La sección de personal no representa nada para mí -le respondí con ademán de desprecio-. Sólo me interesan los estenogramas de anteayer.

-¿Para qué? Usted no comprenderá nada.

-Me interesa, en particular, la resolución de la reunión -continué con majestuosidad y sin prestar atención a sus ataques-. Si no me equivoco, ya se han designado cuatro expediciones: al Ártico, al Cáucaso, a Groenlandia y al Himalaya.

-Cinco expediciones -corrigió ella-. La quinta irá al Glaciar Fedchenko.

-Yo eligiría Groenlandia -insinué.

Ella se rió, como si hablara con un miembro del equipo de ajedrez escolar que se presentara para jugar con el campeón del mundo. Me turbé:

-Entonces, ¿a dónde debería ir?

-A ninguna parte.

No entendí:

-Pero, es que en cada expedición es necesario un operador de cine.

-Lamento desilusionarle, Yuri, pero nosotros no necesitamos su ayuda. En la expedición tomarán parte científicos y técnicos de institutos especializados. Y, por favor, no me mire con esos ojos de carnero. Observe que no le digo: "ojos tontos". Quisiera preguntarle sólo una cosa: ¿Sabe usted trabajar con un introscopio? No, no sabe. ¿Sabe fotografiar a través de una "pared opaca", digamos, utilizando rayos infrarrojos? No, no sabe. ¿Sabe transformar lo invisible en visible con la ayuda del transformador acústico-electrónico? Tampoco lo sabe. Lo puedo leer en su rostro idealmente afeitado. Así que, hizo muy mal en afeitarse.

-Bien, pero, ¿y qué me dice de los trabajos ordinarios de operador? -inquirí sin comprender nada-. ¿De la filmación vulgaris?

-Para realizar una filmación vulgaris se necesita tan sólo una cámara de aficionado. Eso lo pueden hacer todos. Lo fundamental consiste en captar la imagen situada dentro de un medio opaco, o sea, oculta en el interior de las nubes. Así podríamos saber, por ejemplo, lo que le sucede a la copia dentro del tubo morado que vimos en la película.

Yo guardaba silencio: para un operador corriente esto era igual al cálculo diferencial.

-Esa es la realidad, Yuri -afirmó, y se echó a reír de nuevo-. Usted no puede hacer nada. ¿Y sabe usted emplear el método de Kirlian? ¿Eh?

Yo ni había oído hablar de ese método.

-Ese método, entre otras cosas, permite distinguir lo vivo de lo no vivo.

-Eso lo puedo hacer yo con mis propios ojos -repuse.

Ella tomó una pose de conferenciante:

-En la foto tomada con la ayuda de ese método, el tejido vivo aparece rodeado por un halo transparente, formado por las descargas de corriente de alta frecuencia. Cuanto más intensa es la actividad vital, tanto más claro es el halo.

-Incluso para un erizo desnudo está claro que ése es un tejido vivo -afirmé furioso y me levanté-. Olvide la sección de personal; no necesito hacer nada en ese departamento, ni aquí tampoco.

Ella se rió esta vez de un modo diferente, alegre y amablemente:

-Siéntese, Yuri, y no se altere. Usted irá junto con nosotros.

-¿A dónde? -Yo seguía ofendido-: ¿A los alrededores de Moscú?

-No, a Paris.

No le creí a esta pequeña diabla hasta tanto no vi en sus manos el papel de nuestra designación al congreso de Paris. Ahora, junto a la ventana de mi habitación, yo esperaba a esta misma diabla como se podría esperar tan sólo a un ángel, apoyando mi cuerpo sobre una pierna y otra y mordiendo fósforos con impaciencia. Y, por ir a buscar cigarrillos en la mesa, no la noté al cruzar en dirección a mi edificio. Ella llamó a mi puerta en los momentos en que por mi mente cruzaban ya ideas sobre el rompimiento de relaciones diplomáticas.

-¡Dios mío! ¡Por fin! -exclamé.

Lanzó su capa a mis manos y empezó a bailar dentro de la habitación:

-¿Ya eres un creyente?

-Sí, desde ahora. Ya creo en el ángel que me trajo la gracia de los cielos. ¿Cuándo partiremos? ¡Dímelo!

-Pasado mañana. Zernov retornará mañana y al otro día, por la mañana, volaremos a Paris. Los pasajes han sido ya reservados. Pero, ¿por qué nos hablamos de "tú"?

-Por instinto. Pero creo que no es eso precisamente lo que te intranquiliza.

-Tienes razón. Me intranquiliza el hecho de que "ellos" ya están en el Ártico, ¿comprendes lo que eso significa? El capitán del rompehielos "Dobrinia", que acaba de retornar a Arjánguelsk, estuvo ayer en nuestro Comité. Asegura, que un área extensa del Mar de Kara y del Océano Glacial, al norte de la Tierra de Franz-Joseph, está libre de hielo. Del observatorio de Púlkovo han informado que los satélites de hielo circunvuelan el Polo Norte varias veces al día.

-Y sin embargo, el Comité acordó suspender la filmación -dije con desaliento-. Este es

precisamente el momento para filmar.

-Ya los aficionados lo están haciendo. Dentro de poco recibiremos paquetes de películas. Eso no es lo más importante.

-¿Y qué es lo más importante?

-Hacer contacto con los visitantes.

Silbé.

-No silbes. Ya se ha intentado, aunque sin resultado hasta ahora. Científicos holandeses e ingleses han propuesto un programa para establecer contacto con ellos. Todo el material está en las manos de Osovets. Por otra parte, quiero decirte que el grupo de Thompson nos dará dolores de cabeza en el Congreso. La delegación norteamericana está actualmente dividida en dos grupos. Un grupo, el mayoritario, no apoya a Thompson; empero, el otro ha formado un bloque a su alrededor. Este último no es muy sólido, a decir verdad, pero nos podría traer problemas en Paris. He ahí lo más importante. ¿No lo ves? Espera un minuto. -Riéndose, tomó su capa de entre mis manos y sacó del bolsillo un paquete voluminoso cubierto con sellos extranjeros-. Me olvidé de lo más importante. Aquí tengo una carta para ti recibida desde los Estados Unidos.

-Es de Martin -le dije al ver la dirección. Era una dirección extraña:

"Para Yuri Anojin, el primer observador de los fenómenos de las "nubes" rosadas. Comité de Lucha Contra los Intrusos del Cosmos. Moscú. URSS".

-"Comité de Lucha..." -repitió riéndose Irina-. He ahí un programa para establecer contacto. El programa Thompsoniano.

-Ahora la leeremos.

Martin escribía que él había retornado de la expedición antártica a su base situada cerca de Sand City, en el suroeste de los Estados Unidos. Por una proposición de Thompson fue designado a una sociedad de voluntarios creada por el almirante para combatir a los intrusos del cosmos. Martin no se sorprendió por la designación, pues Thompson le había hablado de ella en el avión que los conducía a América. Tampoco fue una sorpresa para él el nombramiento que le dieron. Cuando el almirante se enteró de que Martin había escrito artículos en las revistas estudiantiles del colegio, lo nombró su agente de prensa. "Yo creo que el viejo no se fía de mí y piensa que yo soy un doble, algo así como un agente de la quinta columna, y trata de conservarme a su lado para verme y comprobar sus conjeturas. Este es el motivo por el cual no le he relatado lo que me sucedió en la carretera que conduce desde la base aérea a Sand City. Pero, ¿a quién más que a ti podría comunicárselo? Eres el único capaz de desentrañar los misterios de esta diablura. Ambos, tú y yo, conocemos esas brujerías por lo que ocurrió en el Polo Sur; pero aquí las cosas están maquilladas de una forma muy diferente".

La misiva estaba a máquina y tenía más de diez páginas abarrotadas de líneas: "...Mi primer artículo no es para el periódico, sino para ti -escribía Martin-. Apreciarás si tengo o no dotes de periodista". Hojeé varias páginas y quedé atónito.

-Lee las primeras páginas -le dije a Irina, entregándole las páginas leídas-. Creo que todos nosotros nos hemos metido en un buen embrollo.

Capítulo 13 - Un nuevo estilo de western

He aquí lo que Martin escribía:

"Cuando el Astro mostraba su faz en el horizonte, yo salía ya por la puerta de la base aérea. Tenía que apresurarme, porque disponía tan sólo de 24 horas de permiso y nada más el viaje hasta Sand City duraba más de una hora. Le dije adiós con la mano al centinela de la puerta, y mi viejo "corvette" de dos asientos salió disparado por el asfalto de la carretera ablandado por el calor. El ruido del portaequipaje y el golpeteo de los cilindros me hicieron recordar los defectos de mi automóvil. "Es hora de cambiar esta máquina" pensé. "Ocho años son

suficientes. Aunque lamento separarme de ella, por el hábito que me ha creado y porque a María le gusta".

Yo iba ahora a Sand City precisamente para ver a María y pasar con ella mi último día libre, en la víspera del viaje que realizaría a Nueva York a fin de verme con el almirante. Los muchachos de la base aérea me habían presentado a María por la tarde del mismo día que retorné de MacMurdo. Ella era una camarera nueva en el bar, con una fisonomía nada particular; era una muchacha como otra cualquiera. Aquella vez llevaba una bata blanca y un peinado a lo Elizabeth Taylor: todas ellas copiaban a las actrices de cine. Sin embargo, en ella había algo que me atraía; y posteriormente, en mis tardes libres, me dirigía a la ciudad. Hasta escribí a mi madre hablándole de ella y explicándole que ya había encontrado una muchacha muy agradable... En fin, para qué hablar de eso.

En este viaje lo había decidido todo y hasta meditaba la conversación que sostendría con ella. No, yo no quería retenerme en la carretera ni por un minuto. Pero tuve que hacerlo: un joven desconocido, dando tumbos por la carretera, vislumbrábase a lo lejos; le hice señales, pero él, en vez de salir de mi ruta, se turbó y se tiró debajo de mi auto. Frené, me asomé por la ventanilla y le grité:

-¡Eh! ¿No has visto el automóvil?

Me miró, elevó su mirada al cielo y lentamente se levantó del suelo, sacudiendo el polvo de su viejo pantalón.

-Hay algo que asusta más que los automóviles -afirmó y, acercándose a la ventanilla, inquirió-: ¿Se dirige usted a la ciudad?

Asentí con la cabeza, y él se sentó en el automóvil, mostrándome la misma mirada temerosa de minutos antes. Por su frente rodaban gotas de sudor y en su camisa, bajo las axilas, notábanse negros círculos húmedos.

-¿Por qué se entrena tan temprano? -le pregunté.

-¿Entrena? Lo que me sucedió es peor que eso -afirmó él introduciendo su mano en el bolsillo del pantalón "jean" y sacando de él, junto con el pañuelo, una pistola "Barky Jones" del año 1952.

Silbé sorprendido:

-¿Qué es esto? ¿Una persecución?

Lamenté profundamente haberlo tropezado: no me gustan los encuentros de esta naturaleza.

-Idiota -dijo sin maldad al notar mi mirada-. Esta pistola no es mía, sino de mi patrón. Yo estoy vigilando el rebaño del rancho Viniccio.

-¿Es usted cowboy?

-No -repuso, y frunció el entrecejo al secarse la frente sudada-. Yo no sé ni siquiera montar a caballo. Pero necesito dinero para estudiar.

Me reí interiormente: el gángster sangriento que se le escapó al sheriff se transformó en el estudiante que trabaja en vacaciones.

-Me llamo Mitchell Casey -se presentó él. Al darle mi nombre yo acariciaba la idea, no sin vanidad, de que ese nombre que había aparecido en todos los periódicos del mundo desde el día del encuentro con los dragones de MacMurdo hubiese llegado hasta él; pero me equivoqué. El no había oído hablar nada de mí ni de las "nubes" rosadas: hacía dos meses que no escuchaba la radio ni leía periódicos: "Quizás empezó ya la guerra o los marcianos invadieron la Tierra. En una palabra, no sé nada".

-La guerra aún no ha empezado -le dije, pero los marcianos, al parecer, llegaron ya.

Le relaté brevemente la historia de las "nubes" rosadas. Pero jamás pensé que mi relato pudiese provocar en él una reacción tan violenta: se lanzó contra la puertecilla como si quisiera tirarse del automóvil, luego abrió la boca y, con labios trémulos, preguntó:

-¿Del cielo?

Asentí con la cabeza.

-¿Y son pepinos largos y rosados que hacen picadas como los aviones? ¿Eh?

Me sorprendí: decía que no había leído periódicos y, sin embargo, estaba al tanto de las "nubes".

-Las acabo de ver -susurró y, nuevamente, se secó el sudor de la frente: el encuentro con nuestros conocidos de la Antártida lo había extenuado.

-Bueno, ¿y qué? -le dije-. Ellas vuelan, se lanzan en picado y tienen el aspecto de pepinos. Empero, no hacen daño. Son simplemente una niebla. Eres un miedoso, ¿no lo crees?

-Cualquiera en mi lugar habría tenido miedo -empezó diciendo aún inquieto-. Estuve a punto de enloquecer cuando ellos duplicaron el rebaño.

Y mirando hacia los lados, como si temiera que alguien le escuchara, susurrando, agregó:

-Y a mí también.

Quizás te has dado cuenta, Yuri, que Mitchell había experimentado la misma sensación que experimentamos tanto tú como yo. Estas diabólicas "nubes" se interesaron por su rebaño, hicieron picadas sobre las vacas, y nuestro valiente cowboy trató de alejarlas. Entonces ocurrió algo completamente inexplicable. Uno de los pepinos rosados se aproximó a él, se detuvo sobre su cabeza y le ordenó retroceder. Sin palabras, naturalmente, pero a manera de hipnotizador: retroceda y móntese al caballo. Mitchell me relata que no pudo oponerse ni huir. Retrocedió hacia el caballo sin ofrecer resistencia y saltó a la silla. Estoy persuadido de que esta vez querían la estructura del jinete, porque de la gente habían adquirido ya una buena colección. El resto fue rutinario: niebla roja, inmovilidad absoluta, inactividad completa de los brazos y piernas y la impresión de que se le examina minuciosamente. En una palabra, fue un cuadro muy familiar. A poco, cuando la niebla se disipó, el muchacho volvió en sí y no podía creer lo que veía: el rebaño se había duplicado en número y, a su lado, sobre un caballo, se encontraba otro Mitchell. El caballo era el mismo, y él era el mismo, como ante un espejo.

En ese momento, el joven perdió el control de sí mismo. (Recordé que a mí me sucedió lo mismo.) El muchacho corrió, corrió desesperado para alejarse de ese lugar y de la alucinación, mas al pensar que el rebaño no era suyo, sino de su patrón y que de él debía responder, el joven se detuvo, recapacitó y regresó al lugar de donde había huido. Al llegar sólo encontró la misma cantidad de vacas; su doble a caballo se había ido y todo estaba tal como antes de la aparición de las "nubes" rosadas. Entonces tuvo reflexiones agobiadoras: "o he visto un espejismo o me he vuelto loco". Arreó las vacas hacia el corral y emprendió el camino en dirección a la ciudad a fin de ver al patrón.

Como tú comprenderás, Yuri, todo esto es el introito de mi carta. Antes de que pudiese tranquilizarlo, me alarmé: las nubes venían por la carretera en vuelo rasante. Eran justamente los cerditos de Walt Disney, como las llamó nuestro radista de MacMurdo, y diferentes de los pepinos. Mitchell las vio y guardó silencio, respirando sofocado.

"Ya empieza" pensé, recordando sus espolonazos en el "combate" aéreo que tuve contra ellas. Pero esta vez no descendieron, sino que cruzaron a velocidad sónica sobre nosotros como relámpagos en un cielo color lila.

-Se dirigen a la ciudad -susurró Mitchell desde el asiento posterior del automóvil.

No respondí: ¡quién las comprende!

-¿Por qué no nos tocaron?

-No les interesamos. Dos personas en un automóvil no es para ellas una gran cosa: ¡tantos hay! Además, yo estoy marcado.

El no comprendió.

-Quiero decir, que ya me conocen -aclaré-, y me recuerdan.

-No me gusta nada de esto -afirmó, y calló.

Nuestro silencio duró hasta el momento en que divisamos la ciudad. Nos encontrábamos a una milla de ella, pero, por una razón desconocida, yo no podía reconocerla. Tenía un aspecto extraño, envuelta en un humo color lila, como un espejismo distante sobre arena movediza amarilla.

-¿Qué diablos es esto? -exclamé-. ¿Será posible que mi cuentakilómetros se haya estropeado? Este señala que nos falta una decena de millas para llegar a la ciudad ¡y ésta ya se

divisa!

-¡Mira hacia arriba! -gritó Mitchell. Sobre el espejismo de la ciudad las nubes rosadas colgaban a modo de cadena: ora medusas, ora sombrillas. ¿No es un espejismo?

-La ciudad no está en su sitio -dije-. No comprendo nada.

-Nosotros debimos ya haber cruzado por enfrente del motel del viejo Johnson -afirmó Mitchell-. Este se encuentra a una milla de la ciudad.

Recordé el rostro arrugado del dueño del motel y su voz estentórea de comandante: "En el mundo todo está al revés, Don. Yo ya comienzo a creer en Dios". Sostengo que es hora de que yo empiece también a creer en Dios. ¡Veo tantos milagros asombrosos e inexplicables! Johnson, que de costumbre recibía a todos los automovilistas sentado sobre la escalerita de piedra de su motel, desapareció sin dejar huellas. Esto de por sí era un milagro, porque nunca, en todos los años que trabajaba en la base aérea, había dejado de ver a este viejo bonachón sentado en su escalerita, abriéndonos la ruta de la ciudad. Un milagro mayor era la desaparición de su motel. Nosotros no pudimos dejarlo de lado y ni siquiera notamos indicios de construcciones a lo largo de la carretera.

Por el contrario, la ciudad se hacía cada vez más visible. Sand City, envuelta en humo de color lila, dejó de ser un espejismo.

-Es una ciudad como otra cualquiera -dijo Mitchell-, aunque en ella hay algo insólito. ¿No crees que hemos entrado por otra carretera?

Pero habíamos entrado en la ciudad por la carretera usual. Empezaron a surgir las cosas que ya conocíamos: las casas rojas cerca de la entrada, el mismo cartelón a través de la carretera pintorreado con letras grandes: "Los bistecs más jugosos son los de Sand City"; y la misma estación de gasolina. Hasta Fritch, su dueño, llevando como siempre su bata blanca, se encontraba junto al roble destruido por un rayo, preguntando con amable sonrisa: ¿En qué puedo servirle, señor? ¿Aceite? ¿Gasolina?"

Capítulo 14 - La ciudad embrujada

Detuve mi automóvil con el habitual chirrido de ruedas que conocían todos los dueños de las estaciones de gasolina del lugar.

-¡Hola, Fritch! ¿Qué le ocurre a la ciudad?

Me pareció que Fritch no me reconocía. El se aproximó a nosotros inseguro, privado de su rapidez habitual en el servicio, como el hombre que desde la oscuridad entrara de repente en una sala iluminada. Lo que más me intrigaba era sus ojos: sin vida, como los de los muertos. Nos miraban sin vernos. Sin llegar al automóvil, se detuvo:

-Buenos días, señor -saludó indiferente, con una voz seca.

No pronunció mi nombre.

-¿Qué le ocurre a la ciudad? -inquirí gritando-. ¿Le salieron alas?

-No lo sé, señor -respondió Fritch tan indiferente y monótonamente como antes-. ¿Qué desea, señor?

No, éste no era Fritch.

-¿Hacia dónde se fue el motel del viejo Johnson? -pregunté impaciente.

El, sin sonreírse, repitió:

-¿El motel del viejo Johnson? No lo sé, señor. -Se acercó más a nosotros y con una sonrisa artificial, tan artificial que daba miedo, agregó-: ¿En qué puedo servirle, señor? ¿Aceite? ¿Gasolina?

-Bueno -le dije-, nos las arreglaremos a nuestro modo. Vámonos, Mitchell.

Cuando me alejaba de la estación de gasolina volví la cabeza: Fritch estaba todavía al borde de la carretera, acompañándonos con la mirada helada y sin vida, de los muertos.

-¿Qué le sucede a ese individuo? -preguntó Mitchell-. Parece que empezó a beber demasiado temprano.

Pero yo, sabiendo que Fritch sólo bebía pepsi cola, pensé que lo que corría por su cuerpo no era licor, sino algo completamente inhumano.

-El es un muñeco -farfullé-, un muñeco de cuerdas. "No lo sé, señor. ¿En qué puedo servirle, señor? ¿Qué desea, señor?"

Yuri, tú sabes muy bien que yo no soy un cobarde, pero, hablando con sinceridad, mi corazón se contrajo al presentir un peligro inminente. Eran demasiadas las casualidades inexplicables, muchas más que en la Antártida. Quise dar la vuelta, pero no había otro camino a la ciudad y ¿acaso no era tonto regresar a la base aérea?

-Mitchell, ¿sabes dónde se encuentra tu patrón?

-En el club, posiblemente.

-Entonces empezaremos por el club -le dije y suspiré. Quieras o no quieras la ciudad está ya aquí, así que no tiene sentido detenernos ahora.

Doblé hacia la calle Eldorado y aceleré el automóvil, pasando a lo largo de los chalets pulcros y amarillos, parecidos a pollitos salidos del cascarón. No se veían transeúntes caminando por las aceras. Todos los habitantes de este barrio viajaban en "Pontiacs" y "Buicks". Pero los "Pontiacs" y "Buicks" habían llevado ya a sus dueños a las oficinas y las amas de casa se desperezaban aún en las camas o desayunaban en sus cocinas modernas. El patrón de Mitchell desayunaba siempre en el club, sito en un callejón que desembocaba en la calle principal de la ciudad, que se llamaba State Street o la calle del Estado. Me sentía ahora avergonzado por mis temores infundados. El cielo azul, la inexistencia de "nubes" rosadas sobre nuestras cabezas, el asfalto ablandado por el sol, el viento tibio que hacía volar sobre la carretera pedazos de periódicos, que hablaban seguramente de las "nubes" rosadas como invento de los locos de Nueva York y de que Sand City estaba protegida contra cualquier invasión cósmica, trajeron a mi mente la idea de que ésta era una ciudad real y tranquila, tal como debía ser una ciudad en esta mañana de verano.

Por lo menos, ésa era mi impresión, Yuri, aunque todo ello resultó ser nada más que una ilusión. La ciudad carecía de amanecer y ni bullía ni dormía. Lo pudimos notar al doblar hacia la calle del Estado.

-¿No crees que sea muy temprano para ir al club? -le pregunté a Mitchell, pensando por inercia en la ciudad amodorrada.

El se sonrió, porque en aquel momento, como respondiendo a mi pregunta, un grupo de personas detuvo el tránsito. Mas no era una muchedumbre matutina, ni éste era el amanecer de una ciudad. A pesar de que el Astro alumbraba ya todo el firmamento, la iluminación eléctrica de las calles continuaba encendida como si la noche pasada no hubiese concluido. Las vitrinas y los anuncios brillaban con luces de neón. Al pasar por enfrente de un cine, disparos atronadores llegaron a nuestros oídos a través de las puertas de vidrio que cerraban la entrada: James Bond, el temerario, hacía uso de su derecho para matar. Chasqueaban las bolas de billar al rodar sobre las mesas verdes. En el restaurante "Selena" la orquesta de jazz hacía estremecer las ventanas, dándome la impresión de que cerca cruzaba un tren, y las puertas de los boliches estaban abiertas de par en par. Por las aceras, los transeúntes vagaban, sí vagaban, paseaban lentamente sin ninguna premura y ni se apresuraban al trabajo, porque el trabajo ya había terminado y la ciudad vivía no la vida matutina, sino la vespertina; como si la gente de la calle, en contubernio con las luces eléctricas, tratara de engañar al tiempo y a la naturaleza.

-¿Por qué no apagan la luz? ¿Acaso el sol no basta para iluminar? -inquirió Mitchell intrigado.

Sin responderle, me detuve frente a un quiosco de tabacos. Tiré sobre el mostrador unas monedas y le pregunté con cautela a la bella vendedora:

-¿Están de fiesta hoy?

-¿De qué fiesta está hablando? -replicó ella entregándome los cigarrillos-. Es una tarde corriente de un día habitual.

Sus ojos azules y sin vida miraban a través de mí como los ojos muertos de Fritch.

-¿Tarde? -repetí-. Observe usted el cielo. ¿Cree que el sol de la tarde tiene esa posición?

Ahora es mañana.

-No lo sé -repuso con un tono tranquilo e indiferente-. Ahora es tarde, y yo no sé nada.

Me aparté lentamente de la tienda. Mitchell me esperaba en el automóvil. Había oído la conversación que yo acababa de tener con la muchacha y posiblemente pensaba lo mismo que yo:

¿Quiénes son los locos, nosotros o los habitantes de la ciudad? ¿Y si en verdad es tarde y nosotros estamos alucionados? Observé de nuevo la calle. Esta era un tramo de la Ruta 66 que cruzaba toda la ciudad en dirección a Nuevo Méjico. Los automóviles corrían en dos columnas en ambas direcciones. Eran automóviles norteamericanos corrientes que rodaban por una carretera norteamericana corriente. Pero todos llevaban los faros encendidos.

Impulsivamente y sin pensar en nada, detuve al primer transeúnte que encontré en la calzada.

-¡No me toques, muñeco maldito! -gritó él tratando de deshacerse de mi mano.

El era un hombre gordo, pequeño y ágil con una ridícula gorrita de ciclista. Sus ojos, llenos de vida y de furia, me miraban con repulsión. Miré a Mitchell, quien me hacía señas, dándome a entender que el desconocido estaba loco. El desconocido, al notarlo, dirigió su furia contra Mitchell:

-¿Quién está loco? ¿Yo? -chilló él acercándose a Mitchell-. ¡Locos están todos ustedes, todos los habitantes de esta ciudad! Encienden las luces eléctricas por la mañana y responden a todas las preguntas con un: "No lo sé". Bien, contéstame. ¿Es de mañana o de tarde?

-Es de mañana, naturalmente -respondió Mitchell-; pero en esta mañana hay algo extraño en la ciudad. No puedo decir lo que es ese algo.

La metamorfosis que tuvo lugar en el gordo fue asombrosa. Dejando sus gritos, rió en silencio y acarició la diestra sudorosa de Mitchell, mostrando unas lágrimas en su rostro.

-Gloria al Todopoderoso: he encontrado un hombre normal en esta ciudad de locos -dijo finalmente sin soltar la diestra de Mitchell.

-Ha encontrado dos -le aclaré, extendiendo mi mano-. Usted es el tercero. Cambiemos ahora nuestras impresiones, quizás logremos comprender este enredo.

Nos detuvimos en el borde de la acera, separados de la carretera por una fila cerrada de automóviles estacionados y vacíos.

-Señores, explíquenme lo más absurdo -comenzó diciendo el gordo-. Explíquenme estos trucos con los automóviles. Estos corren y luego, de improviso, desaparecen, se desvanecen en la nada.

Sinceramente yo no le entendía. ¿Qué era eso: "en la nada"? Nos lo explicó, mas antes de hacerlo, pidió un cigarrillo para tranquilizarse: "No fumo, saben, pero los cigarrillos calman los nervios".

-Mi nombre es Lesley Baker, y mi especialidad es agente comercial: ropa de mujer y cosméticos. Estoy todo el tiempo de viaje, un día aquí, otro día allá, como un nómada. Arribé a este lugar en ruta hacia Nuevo Méjico, por la carretera N° 66. Yo viajaba horriblemente mal, como un caracol. Recuerdo ahora un gran camión verde que iba delante de mí y no me dejaba pasar. ¿Saben ustedes lo que es ir despacio? El dolor de muelas es una delicia en comparación con eso. A mi memoria llega también el recuerdo de aquel letrero: "Está usted entrando en la ciudad más tranquila de los Estados Unidos". Y la ciudad más tranquila crea cosas que no se ven ni en las manos de los prestidigitadores. En los límites de la ciudad, allí donde la carretera sin aceras ya se ensancha, traté de nuevo de pasar al camión que me torturaba. Aceleré, viré levemente a la izquierda y... aquél desapareció, se desvaneció. ¿No lo comprenden? Yo tampoco lo comprendí. Viré levemente a la izquierda y reduje mi marcha, mas al mirar a ambos lados de la carretera no vi el camión: desapareció, se diluyó como azúcar en una taza de café. Y en ese momento choqué contra una barrera de alambres espinosos. Por suerte yo corría despacio.

-¿De dónde apareció esa barrera de alambres en la carretera? -inquirí asombrado.

-¿En qué carretera? Allí ya no había ninguna carretera; ésta desapareció junto con el

camión. Había tan sólo un valle rojo pelado con una islita verdosa a distancia, y todo ello rodeado por una barrera de alambres. Era propiedad privada. ¿No lo creen? Al principio yo tampoco lo creía. Bien, desapareció el camión, al diablo con él; pero, ¿qué sucedió con la carretera? ¿Deliré acaso? Cuando me di la vuelta, estuve a punto de morir de terror: un "Lincoln" negro se lanzaba sobre mí y la barrera. Esta era la muerte negra que se acercaba a una velocidad de no menos de 100 millas por hora. Yo ni salté de mi coche, sólo cerré los ojos: era mi final. Transcurrió un minuto y el final no llegaba. Abrí los ojos: ni final ni "Lincoln"

-¿Y no cruzó por su lado...?

-¿Hacia dónde? ¿Por qué carretera?

-Entonces, ¿desapareció también?

Él asintió.

-¿Siendo así, los automóviles desaparecieron antes de llegar a la barrera de alambres?

-Exacto. Uno tras otro. Durante los diez minutos que permanecí allí, desaparecieron todos en el borde de la carretera. Yo estaba de pie, pestañeando como Rip Van Winkle. Los habitantes de esta ciudad tienen para todas las preguntas una sola respuesta: "No lo sé". ¿Por qué los automóviles llevan los faros encendidos? No lo sé. ¿Hacia dónde desaparecen? No lo sé. ¿Se dirigen acaso al infierno? Tampoco lo sé. ¿Dónde está la carretera? No lo sé. Y sus ojos son glaciales como los de los muertos.

Para mí estaba claro la clase de ciudad que era ésta. Todo lo que necesitaba para comprobarlo era una prueba más: verlo con mis propios ojos. Miré hacia los lados, levanté mi brazo y detuve uno de los automóviles que pasaba por la carretera; éste se detuvo. Su chofer tenía también los ojos glaciales. Empero, me arriesgué a pedirle:

-Yo quisiera llegar a los límites de la ciudad, a dos barrios de aquí, ¿me lleva?

-Siéntese -propuso indiferente.

Me senté a su lado, en tanto que el gordo y Mitchell, sin comprender nada, se acomodaban en el asiento de atrás. El chofer, con apatía, dio la vuelta y aceleró el automóvil. Dejamos atrás estos dos barrios en medio minuto.

-Miren -susurró inquieto Baker. Delante de nosotros, allí donde la carretera era cortada por la arcilla roja, estaba la barrera de alambres espinosos. Sólo divisábamos una parte de ella, pues el resto se ocultaba detrás de las casas de la carretera, dando la impresión de que la ciudad estaba rodeada de alambres y aislada del mundo de los vivos. Todo lo que veía ahora me lo había imaginado después de escuchar el relato de Baker, pero la realidad resultó ser más absurda que las palabras de éste.

-¡Cuidado con los alambres! -gritó Baker agarrando el brazo del chofer.

-¿Dónde están? -preguntó éste liberando su brazo-. ¡Está loco!

Evidentemente, él no veía los alambres.

-Párate -le dije-, nos bajaremos aquí.

El chofer dejó de acelerar, pero yo ya comenzaba a ver cómo el radiador se evaporaba en el aire, como si algo invisible se tragara el carro pulgada por pulgada; desaparecía el vidrio delantero, el panel de instrumentos, el volante y las manos del chofer. Esto era tan horrible que instintivamente cerré mis ojos de terror; de súbito, un golpe fuerte me lanzó contra la tierra; mi nariz dio de sopetón contra el polvo del suelo y mis pies rozaron el asfalto. "Caí en el mismo borde de la carretera" pensé. ¿Pero cómo fui lanzado a tierra, si la puerta del automóvil estaba cerrada y éste no se volcó? Al levantar la cabeza noté la carrocería de un automóvil gris, desconocido. A su lado, en el polvo, al borde de la carretera, yacía sin sentido el pobre agente comercial.

-¿Estás vivo? -preguntó Mitchell, arrodillándose a mi lado. Este tenía un ojo amoratado-. A mí me lanzó de frente contra el coche de Baker -me dijo, señalando la máquina enredada en la barrera de alambres.

-¿Y dónde está nuestro automóvil?

Se encogió de hombros. Por un minuto o dos permanecimos de pie y en silencio al borde de la carretera cortada, mirando el fenómeno fantástico que nos había dejado sin automóvil. El agente comercial se levantó también e hizo suyo nuestro asombro. El milagro se repetía cada tres segundos, cuando los automóviles -a toda velocidad- cruzaban el límite de la carretera. Los "Fords", "Pontiacs" y "Buicks", reyes de la carretera, desaparecían sin dejar huellas, como pompas de jabón. Algunos automóviles se dirigían directamente en dirección a nosotros, pero ni nos movíamos del sitio, porque ellos se evaporaban casi a nuestro lado. Sí, se evaporaban, ésta es la palabra precisa. Este proceso de desaparición tan misterioso e inexplicable era visible ahora con claridad al ser iluminado por los rayos del sol. En realidad, no desaparecían de improviso, sino paulatinamente, como si se introdujeran en un agujero del espacio y se volatilizaran de él, comenzando por el radiador y terminando por la chapa de la matrícula. La ciudad parecía estar rodeada por un vidrio transparente, tras el cual no existían ni la carretera, ni los automóviles, ni la propia ciudad.

A los tres nos inquietaba probablemente un mismo pensamiento. ¿Qué hacer? ¿Retornar a la ciudad? Pero, ¿qué clase de milagros nos esperaba todavía en esta ciudad embrujada? ¿Qué tipo de personas encontraríamos y con quiénes podríamos cruzar unas palabras humanas, normales? Hasta este momento no habíamos encontrado ni una persona normal, excepto el viajante gordo. Supuse que los culpables de todo lo acontecido eran las "nubes" rosadas, a pesar de que los habitantes de la ciudad no se asemejaban a los dobles aparecidos en el Polo Sur. Aquellos eran, o parecían ser, personas, en tanto que éstos tenían el aspecto de resucitados que no recordaban nada, a excepción de la necesidad de ir a algún lugar, conducir el auto, golpear las bolas del billar o beber whisky delante del mostrador del bar. Recordé la versión de Thompson y, por primera vez, sentí verdadero miedo. ¿Será posible que "ellos" hayan reemplazado a todos los habitantes de la ciudad? ¿Acaso...? No, yo necesitaba hacer un nuevo ensayo psicológico; solamente uno.

-Regresemos a la ciudad, muchachos -les dije a mis acompañantes-. Nosotros debemos poner en orden nuestras ideas, si no queremos ser enviados al manicomio. A juzgar por los cigarrillos, el whisky de la ciudad tiene que ser real.

En ese momento pensé en María.

Capítulo 15 - La persecución

Cerca del mediodía llegamos al bar donde trabajaba María. El letrero y la vitrina estaban iluminados con luz de neón. Los dueños no economizaban energía eléctrica ni de día. Mi chaqueta blanca se encontraba bañada de sudor; por suerte, dentro del bar la temperatura era agradable y apenas había gente. Los taburetes altos del mostrador estaban vacíos; algunas parejas susurraban junto a la ventana y un viejo semiborracho en un rincón del bar saboreaba su brandy con jugo de naranja.

María no nos oyó al entrar. Ella, de espaldas a nosotros tras el mostrador, colocaba botellas en la estantería. Trepamos a los taburetes y cambiamos entre nosotros miradas expresivas sin pronunciar palabra. Mitchell estuvo a punto de llamarla, pero le detuve a tiempo, obligándole a guardar silencio: el ensayo psicológico me pertenecía a mí.

Este era el experimento más difícil de todos en esta ciudad loca.

-María -la llamé en voz baja.

Ella se dio la vuelta rápida, como si mi voz la hubiese asustado. Sus ojos miopes y semicerrados, desprovistos de espejuelos, y la luz viva que caía del techo cegándola, fueron quizás la causa de su indiferencia para con nosotros. No me reconoció.

Ella iba vestida y peinada como a mí me gustaba: un rizado simple sin presunción de artista de cine; y sobre su cuerpo jugueteaba el vestido rojo de mangas cortas que yo prefería entre todos. Todo ello evidenciaba una cosa: que ella sabía de mi llegada y me esperaba. Me sentí mejor y por unos minutos olvidé mis dudas y temores.

-¡María! -la llamé en voz alta.

Su respuesta fue una sonrisa coqueta con una pequeña inclinación de cabeza, típica de cualquier muchacha de bar, pero no de María: el trato con las personas que conocía era diferente.

-¿Qué te sucede, niña? -inquirí-. ¡Yo soy Don!

-¿Cuál es la diferencia entre Don o John? -respondió ella coqueta y jugando con los ojos; pero sin reconocerme-. ¿En qué puedo servirle, señor?

-Mírame -le supliqué.

-¿Para qué? -quiso saber ella asombrada y me miró. Observé no los dos ojos azules y rasgados como los de las muchachas de los cuadros de Salvador Dalí, siempre vivos, cariñosos y a veces furiosos, sino otros completamente diferentes, fríos, muertos, como los de Fritch, los ojos de la muchacha del quiosco de tabaco, los del chofer que se evaporó en la carretera junto con su automóvil; los ojos de una muñeca. Aparato de cuerda. Brujo. Nada vivo. El ensayo fracasó: en la ciudad no había seres vivos. Entonces, una decisión rápida se apoderó de mí: huir, huir a cualquier lugar, antes de que fuera demasiado tarde, antes de que todo aquel horror se lanzara contra nosotros.

-¡Síganme! -ordené saltando del taburete. El gordo, sin comprender nada, esperaba la bebida encargada; Pero Mitchell lo entendió todo. Este era un joven maravilloso: todo lo cogía al vuelo. Cuando salimos a la calle, inquirió:

-¿Cómo podré encontrar aquí a mi patrón?

-Aquí no lo podrás encontrar -afirmé-. En este lugar no hay gente, hay solamente brujos y espíritus malignos.

El gordo, sin entender nada, seguía obediente en pos de nosotros: no deseaba quedarse solo en esta ciudad maldita. Yo tenía el temor de que Mitchell tampoco lo comprendía todo; empero, por lo menos, no argumentaba.

Le bastaban los milagros vistos en la carretera.

-Bien; si debemos huir, huiremos -remarcó él filosóficamente-. ¿Recuerdas dónde dejamos el automóvil?

Miré a mi alrededor. Mi "corvette" no se encontraba en la esquina. Quizás lo estacioné en algún lugar más cercano. En el lugar que había ocupado mi automóvil se hallaba ahora una máquina negra de la policía con los faros encendidos. En su interior había un grupo de policías uniformados, mientras que afuera, junto a la puerta abierta, charlaban dos de ellos. Eran un sargento y un policía raso; este último tenía la nariz achatada como la de un ex boxeador.

Enfrente, cerca de la entrada del "Banco Comercial", había dos más. Todos ellos, como por una orden, empezaron a seguir nuestros movimientos con la misma mirada falta de vida de Fritch, pero ahora fija, concentrada y penetrante. Esto no me gustó...

El sargento cambió unas palabras con los que estaban dentro del automóvil. Su mirada penetrante inquietaba. Por lo visto estaban esperando a alguien. "¿A nosotros?" me interrogué. Nadie podía sentirse seguro en esta ciudad inventada.

-Rápido, Mitchell -dije en tanto que miraba hacia los lados-, pienso que nos metimos en un gran lío.

Su reacción fue momentánea.

-¡Al otro lado de la calle! -gritó él, echando a correr y cruzando por entre los automóviles estacionados junto a la acera.

Eché también a correr, esquivé con agilidad un camión que se me venía encima y llegué a la acera opuesta, alejándome del sospechoso automóvil negro. ¡Y a tiempo! El sargento dio unos pasos por la calle, levantó el brazo y gritó:

-¡Eh! ¡Deténganse!

Pero yo ya había doblado hacia una callejuela: una grieta obscura entre edificios sin escaparates ni letreros. El gordo, con una agilidad sorprendente, me alcanzó y, al tomarme por el brazo, gritó:

-¡Mire lo que están haciendo!

Miré hacia atrás: los policías en fila india llegaban corriendo al callejón. Al frente corría el sargento jetudo, resoplando y abriendo la funda de la pistola. Cuando se dio cuenta de que yo le miraba, me gritó:

-¡Alto ahí o disparo!

Lo que yo menos deseaba era conocer el sistema de su pistola, sobre todo ahora cuando había adivinado el origen de la ciudad y de sus habitantes. Pero tuve suerte: oí el silbido de la bala después de esconderme tras la carrocería de un automóvil estacionado. La fila apretada de automóviles nos daba la posibilidad de maniobrar con facilidad. Baker y Mitchell, empujados por el terror y mostrando una agilidad asombrosa, se escondían detrás de los carros, caminaban a gatas y corrían agachados los trechos descubiertos del callejón.

Yo conocía este callejón. En algún lugar cercano debía haber dos casas divididas por una puerta en forma de arco. A través de ésta podríamos llegar a la calle vecina y detener un automóvil o quizás encontrar el nuestro. Nosotros lo abandonamos en la esquina de un callejón como éste. O tal vez podríamos escondernos en el taller de reparación, donde siempre arreglan o sueldan algo. Una semana atrás, cuando María y yo pasábamos por aquí, el taller se encontraba vacío y en la puerta pendía un candado con un letrerito: "Se alquila". Al virar en dirección a la puerta en forma de arco, recordé el taller. Los policías se habían estancado a cierta distancia detrás de nosotros.

-¡Síganme! -les grité a mis acompañantes y empujé la puerta del taller.

El candado y el letrerito seguían colgados en ella. Mi empujón no pudo abrirla. Luego el golpe que le di con mi hombro la estremeció haciéndola crujir, pero se mantuvo firme. Entonces Mitchell se lanzó contra ella con todo el cuerpo: la puerta se desplomó con estruendo sobre el piso.

Empero, detrás de ella no había nada. La puerta no conducía a ningún lugar. Ante nosotros se encontraba un alféizar oscuro, lleno de una masa densa y negra como el carbón. Al principio creí que ésta era simplemente la oscuridad de un portal carente de luz diurna y traté de avanzar, pero reboté: resultó ser algo elástico como el caucho. Lo podía ver ahora perfectamente: era algo negro y real, perceptible al tocarlo; daba la sensación de algo compacto y tenso, como la llanta de un automóvil inflada o como humo comprimido. Mitchell dio un salto de gato en dirección a la oscuridad, pero rebotó igualmente que una pelota. Este "algo" lo había lanzado hacia atrás. Quizás ni un proyectil de cañón lo habría podido penetrar. Yo llegué a la convicción de que toda la casa era parecida: sin apartamientos, sin gente y llena de la más completa oscuridad con la elasticidad del caucho.

-¿Qué es esto? -preguntó Mitchell asustado. Noté que el temor de la mañana en la carretera había vuelto a su rostro. Pero yo no tenía tiempo para analizar las impresiones, y abandoné tal propósito. Nuestros perseguidores dejaron oír sus voces a corta distancia del lugar en que nos encontrábamos. Probablemente, ellos estaban ya bajo el arco. Entre nosotros y la sustancia densa y negra había un espacio estrecho de no más de un pie, formado por una oscuridad ordinaria, quizás de la misma clase, pero enrarecida hasta la concentración de la niebla o del gas. Esta era la niebla típica de Londres, en la cual no se puede ver a más de una yarda. Sumergí la mano en ella y desapareció como si hubiese sido cortada de un tajo. Me levanté, pegué mi cuerpo a la oscuridad prensada en el alféizar de la puerta y oí el susurro de Baker que preguntaba:

-¿Dónde está usted?

La mano de Mitchell me encontró y, en el acto, él comprendió cómo podíamos salvarnos. Ambos introdujimos al viajante gordo en el alféizar y nos esforzamos en desvanecernos dentro de la oscuridad, haciendo presión hacia adentro para que el traicionero algo no nos rechazara de nuevo. La puerta del taller donde nos habíamos escondido estaba situada detrás de una mampostería de ladrillos. Los policías, que habían penetrado en el callejón, no nos podían ver. Pero hasta un idiota de nacimiento habría comprendido que nosotros no tuvimos tiempo para recorrer el callejón hasta el final y escondernos en la calle adyacente.

-Ellos están por aquí -llegó hasta nosotros la voz del sargento, traída por el viento-. ¡Prueba a todo lo largo de la pared!

Las ráfagas de los automáticos se sucedieron unas tras otras. Las balas no nos tocaban por la protección del saliente de la pared, pero silbaban y rechinaban al chocar contra los ladrillos. Los tres respirábamos pesadamente, transformados en ovillos sudorosos y con los nervios tensos: era una prueba difícil hasta para aquellos que poseyeran nervios de acero. Yo, temiendo que el gordo gritara, embargado por el terror, le puse mi mano en el cuello. "Si chista, le apretaré fuerte". Pero los disparos se alejaron hacia el lado opuesto del callejón. Los policías disparaban contra todas las entradas y nichos. Sin embargo, no se retiraban: poseían el instinto de un sabueso y la convicción canina de que la presa no se les iría. Conociendo a ese tipo de sabuesos, le susurré a Mitchell:

-¡Dame tu pistola!

Yo no hubiera hecho esto en una ciudad normal con policías normales, en el caso de haberme encontrado en una situación similar; pero en esta ciudad embrujada todos los medios se justificaban. Tal fue la razón por la que mi mano, en la oscuridad, apretó firme y sin vacilación el juguete de Mitchell. Desde el saliente de la pared observé cautelosamente la posición de los policías, levanté la pistola, atrapé en la mira la jeta carrilluda del sargento y apreté el gatillo. El disparo retumbó secamente y vi claramente la cabeza del policía estremecerse por el impacto. Creí ver hasta el orificio exacto en el entrecejo de su cara; pero él no cayó, ni siquiera se tambaleó.

-¡Los he encontrado! -gritó entusiasmado-. ¡Están detrás del saliente!

-¿Fallaste? -inquirió apenado Mitchell. No le respondí. Tenía la plena convicción de que mi bala había penetrado en la frente del policía embrujado. No podía errar el blanco: había ganado premios en competiciones de tiro. Resultó que estos muñecos estaban a prueba de las balas; entonces, tratando de dominar el temblor de mis piernas, descargué sobre el sargento todo el cargador de la pistola. Yo hasta logré sentir físicamente penetrar las balas en el cuerpo detestable del brujo.

Pero, de nuevo, no sucedió nada. El ni siquiera las sintió y ni trató de escapar. ¿Tenía él acaso dentro de su cuerpo una goma similar a ésta que se encontraba a nuestro lado?

Tiré la pistola ya innecesaria y salí del escondite. Daba igual: el final era el mismo.

En ese momento notamos la transformación que adquiría el ambiente, transformación que hacía rato había empezado a ocurrir, pero a la que no prestábamos atención por el calor de la lucha. El aire se torno rosado, como si lo hubiesen coloreado con fucsina y luego se puso rojo. Recordé que, al disparar la última bala al sargento, apenas pude distinguir su rostro envuelto en el humo rosado; y cuando la pistola cayó de mis manos, maquinalmente le eché una mirada... pero no la vi, bajo mis pies quedó una jalea densa, en tanto que todo se llenaba de una niebla del mismo color. Ahora, las figuras de los policías vislumbrábanse como sombras purpúreas. La niebla adquirió una densidad mayor, hasta que llegó a tener una espesura tal, que ya no era una niebla, sino algo como una mezcla de papilla con mermelada de fresas. Sin embargo, no estorbaba nuestros movimientos ni oprimía la respiración.

Ignoro el tiempo que nos rodeó la niebla -tal vez un minuto, quizás media hora o una hora entera-; pero se desvaneció repentina e imperceptiblemente. Al desaparecer, ante nosotros surgió un cuadro completamente diferente. No había ni policías, ni casas, ni calles, sino solamente un desierto quemado por el sol y un cielo de nubes normales a grandes alturas. En lontananza, como cinta ahumada que se ennegreciera paulatinamente, prolongábase la carretera; y sobre la alambrada descansaba el coche desafortunado del agente comercial.

-¿Qué fue esto? ¿Un sueño? -preguntó éste.

Su voz sonó ronca, no natural, como si la lengua no se le sometiera: así empieza hablar aquel que ha perdido temporalmente el habla.

-No, no fue un sueño -repuse, y le di unas palmadas tranquilizadoras en el hombro-. Quiero serle sincero, fue una realidad evidente y nosotros fuimos sus únicos testigos.

Pero no, nosotros no fuimos los únicos testigos. Hubo otro testigo que, estando fuera,

observó el fenómeno. Lo encontramos posteriormente. Anduvimos durante quince minutos antes de llegar al motel. Era una construcción antigua, ennegrecida por el peso de los años, pero con un garaje moderno, hecho de hormigón prefabricado en combinación con aluminio y vidrio. Johnson, como siempre, se encontraba sentado en los peldaños de la escalera de piedra. Se levantó al vernos, embargado por una alegría no natural e incomprensible.

-¿Don? -inquirió inseguro- ¿De dónde vienes?

-Del mismo infierno -repuse-. De su filial terrestre.

-¿Estuviste en esa Sodoma? -preguntó casi aterrorizado.

-Sí, estuve allí -afirmé-. Te lo relataré todo, mas, antes tráenos algo frío para beber, si acaso no eres un espejismo.

No, él no era un espejismo, como tampoco lo era el whisky con hielo. ¡Y qué agradable era estar sentado en la escalera y escuchar el relato de cómo se veía la ciudad desde afuera!

Johnson la vio inesperadamente. Se encontraba sentado en la escalera, dormitando, y, de repente, al levantar la cabeza, quedó petrificado: a su izquierda, donde nunca había existido nada excepto barro reseco, nació una ciudad melliza. A su izquierda, Sand City, y a su derecha, Sand City. "Pensé que era el fin del mundo, porque sin encontrarme en estado de embriaguez, veía dos ciudades idénticas ante mis ojos. Entré en mi casa y salí de nuevo: todo seguía tal como antes, yo en el medio y dos ciudades, Sodoma y Gomorra, a ambos lados. ¿Era un espejismo? Era posible, puesto que el desierto los hace aparecer. Sin embargo, la ciudad melliza ni se evaporaba ni se disipaba. Y, como ex profeso, a mi motel no llegaba ni un solo automóvil. A poco, la ciudad melliza se cubrió de algo parecido a una niebla o humo que, sin embargo, no era ni lo uno ni lo otro. Daba la impresión de que una nube rojo-anaranjada se posaba sobre ella a guisa de ocaso purpúreo que augurara la llegada de los vientos". Al escuchar el relato de Johnson, me di cuenta de que todos habíamos visto colores de matices diferentes. La niebla era o carmesí, o morada, o roja, o encarnada. Cuando se disipó, aparecimos nosotros caminando por la carretera.

Más tarde, María me contó sus impresiones sobre la niebla. Ella me esperaba y su traje era igual al de aquella muñeca-fantasma. Me puso al corriente de lo que sucedió en la ciudad. Sobre esto no te escribo, tan sólo te envío un par de recortes de periódicos. Ustedes comprenderán mejor que yo todos estos absurdos".

Coloqué a un lado la última página de la misiva y esperé a que Irina terminara de leerla: Cuando terminó, nos miramos mutuamente sin encontrar palabras que pudiesen expresar nuestras inquietudes. Quizás pensábamos en lo mismo: ¿será posible que nuestra vida cotidiana pueda mezclarse con los cuentos de hadas?

Capítulo 16 - Moscú-Paris

El recorte del periódico "Sand City Tribune" que Martin envió, comunicaba lo siguiente:

"Un curioso fenómeno meteorológico ocurrió ayer en nuestra ciudad. A las siete y media de la noche, cuando los bares, tiendas y cines a todo lo largo de la calle del Estado se hallaban iluminados, una extraña niebla roja descendió sobre la ciudad. Algunos testigos oculares aseguran que su color era violeta. A decir verdad, ésta no era una niebla corriente, pues la visibilidad conservaba su perfección a gran distancia y todas las cosas se distinguían claramente como en una mañana de verano despejada. Es cierto que posteriormente la niebla adquirió mayor densidad, tomando el aspecto del "smog" habitual de California. Algunos afirman que ésta era más espesa que la niebla londinense. Nadie sabe exactamente qué tiempo duró su condensación hasta llegar a la densidad completa; probablemente no mucho, porque la mayoría de los testigos interrogados por nosotros aseguran que la niebla permaneció transparente todo el tiempo y que sólo lo que les rodeaba -las casas, la gente, y hasta el aire- adquirió un matiz carmesí oscuro, casi punzó, como si miráramos con espejuelos con lentes rojos. Al principio la gente se detenía y miraba al cielo, pero, al no percibir en él nada

anormal, continuaba tranquilamente su camino. La niebla no afectó a los asistentes en los espectáculos y películas: allí nadie ni siquiera la notó. El fenómeno persistió cerca de una hora, luego, la niebla (si se puede llamar niebla) se disipó y la ciudad adquirió su normal aspecto vespertino.

El meteorólogo James Backely, nacido en Sand City y ahora visitante de la ciudad, declaró que el fenómeno no puede ser clasificado como meteorológico. Según sus palabras, esto era más bien una nube enorme enrarecida, formada por partículas ínfimas de un colorante artificial, dispersas en el aire y probablemente traídas por el viento desde alguna fábrica de lacas y pinturas situada a unas ciento o ciento cincuenta millas de la ciudad. Esta acumulación estable de partículas ínfimas colorantes, dispersas en el aire, es un caso muy raro, mas no excepcional, y puede ser llevada por el viento a muchas millas de distancia.

Los reporteros creen que los rumores propagados acerca de las "nubes" rosadas son completamente infundados. Las "nubes" rosadas se deben buscar en las regiones polares y no en las subtropicales del continente. En cuanto a los delirios del viejo Johnson, propietario de un motel en la carretera federal, en los que afirmaba haber visto dos ciudades idénticas a ambos lados de su motel, no asombran a nuestros reporteros ni a las personas que conocen a Johnson. La temporada de turismo no ha empezado aún y el motel continúa vacío. Es posible que Johnson, apenado, bebiese una botella de whisky en exceso y, de tal suerte, quién le reprocharía por haber observado la duplicación de las cosas".

"Respecto a este asunto, nuestro mosquetero Lammy Cochen, propietario del bar "Orion" y líder del club "Salvajes", nos da otra explicación: "Busquen a los rojos -nos dice-. Ellos enrojecen no sólo nuestra política, sino también el aire que respiramos". ¿No tiene relación con la niebla la paliza que recibió el abogado neoyorquino Roy Desmond en la puerta de un bar de esta ciudad, al negarse a responder a la pregunta relacionada con su votación en las próximas elecciones? La policía llegó al instante al lugar del hecho, pero, lamentablemente, fue incapaz de encontrar a los culpables".

La interviú al almirante Thompson publicada en la revista "Time and People" llevaba el encabezamiento siguiente:

"Sand City es una ciudad apestada -dice el almirante-. Busquemos el talón de Aquiles de las "nubes" rosadas".

"En estos días, la pequeña ciudad sureña, sita en la carretera N° 66, ha sido el punto donde coincidieron todas las miradas del continente americano. Los periódicos de nuestro país han publicado noticias sobre la niebla purpúrea que envolvió súbitamente la ciudad y el relato del agente comercial Lesley Baker acerca de los sucesos extraños acaecidos en la ciudad melliza. A este respecto, nuestro corresponsal conversó con el almirante retirado Thompson, miembro de la expedición antártica norteamericana y primer testigo ocular de las acciones de las "nubes" rosadas.

-Almirante, ¿cuál es su opinión respecto a los sucesos de Sand City?

-Por favor, soy simplemente Thompson, una persona sin uniforme. Bien, pues, creo que mi opinión es la alarma de un hombre corriente, preocupado por el futuro de la humanidad.

-¿Considera usted que hay motivos para inquietarse?

-Claro que sí. Las "nubes" ya no se limitan a copiar a individuos aislados, sino que van más allá y sintetizan masas humanas. Como ejemplo evidente de mis palabras pueden servir: el barco "Alameida" con sus tripulantes y pasajeros; la tienda de Buffalo, en un día de baratillo y la fábrica de plástico en Evansville. Es imposible creer que todos los testigos hayan visto un mismo sueño, como si al lado de su fábrica surgiera una fábrica-copia que luego desapareció. No, nadie puede convencerme de que todo esto fue sólo un espejismo provocado por la diferencia de temperaturas en las diversas capas del aire. Ahora bien, lo importante no es que la existencia de la segunda fábrica fue efímera, sino el que nadie podría demostrarme convincentemente ¡cuál de las fábricas desapareció y cuál quedó!"

-Al hablar sobre los sucesos de Sand City usted afirmó en el club "Apolo" que esa ciudad está apestada. ¿En qué sentido?

-En el sentido directo. Esa ciudad exige un aislamiento total, estudio sistemático y observaciones permanentes en el futuro. El problema que nos desconcierta es el mismo: ¿son gentes reales o sus dobles? Lamentablemente, ni el Gobierno ni la sociedad han prestado la debida atención a este problema.

-Señor, ¿no está usted exagerando? -objetó nuestro corresponsal-. ¿Acaso se puede acusar al país de indiferente a los visitantes cósmicos?

El almirante respondió con ironía:

-No, naturalmente, no podemos acusarlo de indiferente si hablamos de las faldas "nubes rosadas" o de los peinados "Jinetes del mundo incógnito". O si hablamos del congreso de espiritistas, que declaró que las "nubes" eran las almas de los difuntos regresadas a la Tierra, trayendo los sacramentos del Todopoderoso. ¡Eso no se llama indiferencia! ¿O quizás tiene usted en cuenta a los senadores-filibusteros que pronunciaron discursos de doce horas acerca de los "Jinetes" con el propósito de revocar el proyecto de ley respecto a los impuestos sobre las grandes fortunas? ¿O a los agentes de bolsa que utilizan a las "nubes" para jugar a las bajas y alzas? ¿O a los predicadores que proclaman el fin del mundo? ¿O quizás a los productores de películas como "Bob Merrile, el vencedor de los "Jinetes del mundo incógnito""? Todo esto no es más que un tubo de alcantarillado perforado por ambos lados, y solamente eso. Yo me refiero a otra cosa...

-¿A la guerra?

-¿A la guerra contra quién? ¿Contra las "nubes" rosadas? No soy tan idiota como para considerar a la humanidad lo suficientemente bien armada para luchar contra una civilización capaz de crear de la nada cualquier estructura atómica. Me refiero a la expulsión de las "nubes", mejor dicho, a la necesidad de encontrar un medio que ayude a tal expulsión. Porque, pese a todo, el poder de esa civilización -siguió diciendo el almirante-, podría tener su punto débil, su talón de Aquiles. Siendo así, ¿por qué nosotros no buscamos ese punto vulnerable? Considero que nuestros científicos no se esfuerzan como se debe para establecer contacto con los visitantes. No me refiero sólo al contacto en el sentido de comprensión mutua, sino en el sentido de acercamiento directo, inmediato, más acertadamente, de acercamiento espacial con los visitantes del cosmos, para, de ese modo, estudiarlos y observarlos. ¿Por qué no se ha podido localizar aún su base, su cuartel general terrestre? Yo enviaría a ese lugar más de una expedición, a fin de que, además de otros problemas, encontraron su vulnerabilidad, su talón de Aquiles. Entonces, todo tomaría otro aspecto completamente diferente".

Pese a la vocinglería de esta admonición, el almirante no me parecía un maníaco o una persona carente de inteligencia a quien le diesen la oportunidad de expresarse ante un sinnúmero de lectores. Sin embargo, pensé que su consecuente y convincente fanatismo podría resultar en el futuro más peligroso que las acciones aún desconocidas de nuestros visitantes del cosmos. Esta inquietud fue insinuada con cautela por el corresponsal que le hizo la interviú. Este señaló que la inclusión del almirante Thompson en la delegación científica norteamericana que tomaría parte en el Congreso internacional de Paris podría dificultar la realización de acuerdos conjuntos.

Los dos recortes del periódico y la carta de Martin se los entregué a Zernov ya en el avión. Ocupábamos un compartimiento que parecía aislado, porque los espaldares de los sillones nos separaban de los pasajeros que había delante y detrás. Osovets y Rogovin debían arribar a Paris dentro de dos días, justamente hacia la apertura del Congreso. Nosotros volábamos antes, a fin de tomar parte en la conferencia de prensa de los testigos oculares y platicar con los norteamericanos llegados de MacMurdo que no compartían las ideas del almirante Thompson y que después de la partida de éste habían acumulado propia experiencia en los encuentros con los visitantes del cosmos. Pasó cierto tiempo después del despegue del aeropuerto Sheremétievo de Moscú; nosotros acabábamos de desayunar. En el avión imperaba la quietud y todos los ruidos locales, las conversaciones de los pasajeros y los despliegues de los periódicos, se ahogaban con el zumbido suave y monótono de los motores. Era el momento preciso para conversar sobre la carta de Martin. En tanto que Zernov leía y releía las

páginas de la misiva, yo le susurré a Irina:

-Tú, naturalmente, recuerdas la carta. Bien, entonces trata de rememorar todos aquellos puntos esotéricos para tí y formular algunas preguntas. Zernov es como el profesor en la cátedra, que no soporta la incomprensión imprecisa.

-¿Crees que existe incomprensión precisa?

-Claro que sí. Yo no comprendo tal o cual cosa o dudo de algo concreto. Ahora bien, la imprecisión surge cuando uno no puede determinar cuál es el punto más confuso. Entonces se hacen preguntas estúpidas y se mira con ojos de carnero.

Ipso facto, me tapé con el periódico para no oír la réplica. Por otra parte, yo mismo debía formular todos los puntos confusos. ¿Cuál es la diferencia existente entre los brujos aparecidos ante Martin y nuestros dobles? Mentalmente agrupé las diferencias: los ojos vacíos; la incomprensión de muchas preguntas que les formulaban; el automatismo en los movimientos y acciones; las ideas confusas con respecto al tiempo, rayanas en una visión distinta que la del hombre: ellos no veían el sol ni el azul del cielo y no les sorprendía la iluminación eléctrica de las calles en pleno día. Estaban privados de memoria humana: la muchacha de Martin no solamente no lo había reconocido, sino que hasta lo olvidó. Las balas de la pistola de Martin penetraban en ellos sin causarles daño. En consecuencia, incluso la estructura interior de sus cuerpos era diferente que la humana. Al parecer, las "nubes" no copiaron en este caso a las personas, sino que construyeron solamente robots similares exteriormente, con un programa limitado. De aquí surge la primera diferencia: ¿por qué se cambió el método de copiar y entre qué límites se cambió?

Ahora bien, además de las personas, las "nubes" duplicaban también las cosas. El doble de nuestro cruzanieves fue real. Reales fueron también las cosas en la ciudad de Martin. Los refrescos se podían beber, los cigarrillos se podían fumar y los automóviles se podían conducir y utilizar. Las balas de los policías lograron perforar hasta las piedras. Las casas tenían ventanas y puertas reales y en los bares verdaderos se vendía café y salchichas calientes verdaderas. El dueño de una estación de gasolina verdadera vendía gasolina y aceite verdaderos. Y, al mismo tiempo, los automóviles reales surgían como fantasmas por la carretera que cruzaba la ciudad, aparecían de la nada y se disolvían en el borde de la carretera de un modo inconcebible, tragados por la nada y transformados en nada, dejando como única huella de su existencia una nubécula de polvo, levantada por sus ruedas que acababan de rozar el asfalto. No todas las puertas de las casas conducían a un lugar determinado. Algunas no daban a ningún sitio, tras ellas sólo había el vacío, aunque impenetrable y negro a guisa de humo comprimido. Esto significa que, para copiar el ambiente que rodea al hombre del mundo material se empleó también otro sistema, un sistema hasta cierto grado limitado. Formulemos ahora el segundo punto confuso. ¿Por qué se empleó otro sistema, con qué objeto y en qué consiste su limitación?

Y aquí surge una nueva pregunta: Zernov supuso la posibilidad de que en la creación del avión-doble en la ruta Moscú-Mirni se había empleado otro sistema. ¿No coincide esto con lo que Martin escribió? Esta pregunta la planteé a Zernov.

-Sí, en algunos aspectos -respondió Zernov, después de meditar-. Es obvio que las "nubes" crean diversas copias de manera distinta. ¿Recuerda usted la niebla purpúrea del avión, que no dejaba ver a los pasajeros vecinos? Desconocemos con exactitud la densidad que alcanzó la niebla de Sand City. Los periódicos informan que el aire era transparente y puro y estaba tan sólo coloreado de rojo. Posiblemente que los tipos de las copias estén en relación directa con la densidad del gas. Mi opinión es que la gente de la ciudad de Martin era menos humana que los pasajeros de nuestro avión-doble. ¿Por qué? Tratemos de resolver este problema. En Karachi, usted lo recuerda muy bien, yo afirmé que los pasajeros de nuestro avión no fueron copiados en toda su complejidad biológica, sino solamente en sus funciones específicas. Toda la compleja vida psíquica del hombre se echó a un lado, se rechazó, por la sencilla razón de que los creadores de las copias no la necesitaban. Empero, los pasajeros de nuestro avión no eran simplemente pasajeros, como otros cualesquiera. ¿Acaso su única relación social era la

de viajar en un mismo avión? No. Entre ellos existía algo más: el año vivido en conjunto, el trabajo, amistad o aversión para con los vecinos, los planes futuros, los sueños de encontrarse con personas amadas y parientes. Estas circunstancias ampliaban y complicaban su función de pasajeros. He ahí la razón por la cual los creadores de las copias no podían limitarse a una simple función y se vieron obligados a complicarla, conservando algunas células de la memoria y determinados procesos mentales. Yo creo que la vida en el avión-doble transcurría similarmente a la nuestra.

-Es decir, ¿que se repetía como una grabación magnetofónica? -le dije.

-Pienso que no. Recuerde que ellos crean copias y no patrones. Ni en la ciudad de Martin la vida repetía todo lo que sucedía en la Sand City real. Le puedo dar un ejemplo: la persecución policial. Pero preste atención a un dato muy curioso: la gente de la ciudad copiada se diferencia más aún de las personas reales. Las copias encarnan una función como tal: el transeúnte camina, el que pasea, pasea, el chofer sólo conduce el automóvil, el vendedor vende u ofrece mercancías, el comprador las compra o rechaza. Y nada más. Sin embargo, pese a esa actividad tan limitada, ellos no son muñecos. Pueden razonar, pensar y actuar, aunque sólo dentro de los límites de sus funciones. Si usted le dijese a la camarera de una cafetería de la ciudad-copia que no le agradan las salchichas, ésta le contestaría que las salchichas conservadas no se estropean, que la lata fue abierta un cuarto de hora antes, pero que, si usted insiste, ella le puede traer en cambio un bistec asado o un bistec con sangre, como lo desee. Puede coquetear con usted, y, si ella es aguda, hasta podría contarle un chiste. ¿Por qué? Porque todo esto entra dentro de su función profesional. He ahí la razón por la cual no recordó a Martin: él no estaba asociado con su trabajo.

-Pero, ¿por qué los policías lo recordaron? -inquirió Irina-. Él, pues, no asaltó ningún banco, no atentó contra los bolsillos de persona alguna y no anduvo como un boxeador borracho boxeando por las calles. ¿Dónde está la relación con la función?

-¿Recuerda usted el recorte del periódico? Durante la niebla, en Sand City fue golpeado un abogado neoyorquino, y la policía, lamentablemente, no pudo encontrar a los malhechores. ¿Le ha prestado atención a ese "lamentablemente"? La policía sabía naturalmente quiénes habían sido los autores del hecho, pero no se disponía a buscarlos. Pero, ¿por qué no encontrar a alguien que ocupara el lugar de los verdaderos culpables, a un borracho o a cualquier vagabundo? Estos eran los propósitos de la policía en aquel momento. En la Sand City real ella no pudo encontrar a nadie; en cambio, en la copiada se le vinieron a mano Martin y sus amigos.

-Yo hubiera querido estar en su lugar -dije con envidia.

-¿Y recibir un balazo en la frente? ¿Cree que sus balas no eran reales?

-Sí, pero las de Martin también eran reales. ¿No piensa que él probablemente falló el tiro?

-No, no pienso eso -repuso Zernov-. Posiblemente los traumas peligrosos para el hombre no lo son para estos biorrobots. Es muy probable que sus cuerpos no sean afines a los del hombre normal.

-¿Y sus ojos? Ellos vieron a Martin.

-Esto es como un crucigrama -dijo Irina riéndose-. Al poner la palabra en los cuadritos, te das cuenta de que es otra: unas letras coinciden y otras no.

-Ciertamente, esto es como un crucigrama -respondió alegre Zernov-. ¿Y qué otra cosa puede ser? Si colocáramos a aquel policía en la mesa de operaciones y le abriéramos el vientre, sabríamos si tiene o no tiene estómago e intestinos. Pero, ¿qué tenemos para resolver este problema? ¿Una regla de cálculo? No. ¿Un microscopio? No. ¿Rayos X? Tampoco. Resulta cómico, pero hasta ahora no poseemos nada, excepto nuestra lógica. Anojin, ni sus palabras ni sus ojos son iguales a los nuestros -afirmó, respondiendo a mi réplica-. Ellos podían ver a Martin, pero eran incapaces de notar el sol. Sus ojos no eran los nuestros, porque estaban programados para existir solamente dentro de los límites de cierta hora copiada; hasta el tiempo había sido copiado. Los automóviles que corrían por la carretera habían sido creados en movimiento, dentro de los límites del mismo intervalo de tiempo y del mismo

sector del espacio. A ello se debe que surgieran de la nada y desaparecieran en la nada. A decir verdad, esto es realmente un crucigrama -concluyó riéndose.

-Más bien un camuflaje -especifiqué-. Un camuflaje tal como sus casas, cuyas paredes exteriores eran reales y cuyo interior estaba vacío, solo existía la nada negra. Sin embargo, hubiera deseado verlo -dije suspirando-. Nos dirigimos al Congreso como testigos oculares, pero, ¿qué hemos visto? Podemos afirmar que no hemos visto casi nada.

-No se preocupe -repuso Zernov misteriosamente-. Veremos aún muchas cosas. Tanto tú, como Martin y yo estamos marcados. Nos mostrarán todavía algo nuevo, quizás accidental o tal vez premeditadamente. Temo que sea así.

-¿Tiene miedo? -inquirí asombrado.

-Sí, tengo miedo -respondió Zernov e hizo mutis.

El avión cruzó una nube y empezó a descender al encuentro de la ciudad distante, oculta en una niebla color lila en donde se notaba la perforada Torre Eiffel, familiar desde la infancia. Desde lejos, parecía un obelisco tejido del más fino hilo de nylon.

Tercera parte: Julieta y los espectros

Capítulo 17 - Conferencia de prensa en el hotel "Au Monde"

Debido a la próxima apertura del Congreso, Paris estaba abarrotado de turistas. Nuestra delegación se alojó en el hotel "Au Monde", un pequeño establecimiento no de primera, pero orgulloso, posiblemente, por lo vetusto de su construcción. Sus escaleras de madera crujientes, sus cortinas aterciopeladas y polvorientas y sus candelabros arcaicos y suntuosos nos retrotraían a los días de Balzac. Las velas ardían por doquier: en las mesas, en las peanas, en las lápidas marmóreas de las chimeneas; pero ardían, no como un tributo a la moda, sino como unos competidores testarudos de la electricidad que aquí soportaban a desgana. A los norteamericanos les agradaba todo esto y a nosotros nos tenía sin cuidado, tal vez porque apenas permanecimos diez minutos dentro de la habitación. Irina y yo, aprovechando las dos horas libres que teníamos antes de la apertura de la conferencia de prensa, hicimos un pequeño recorrido por la ciudad eterna. Yo abría la boca de admiración, al observar las maravillas de la arquitectura, en tanto que ella me explicaba condescendientemente cuándo y en honor a quién fue construido uno u otro edificio.

-¿Por qué conoces Paris tan bien? -pregunté intrigado.

-Es la tercera vez que visito esta ciudad. Además, yo nací en Paris. Aquí, por estas calles, me pasearon en el coche para niños. Te hablaré de ello algún día -dijo enigmática y, de repente, se echó a reír-: Hasta el portero del hotel me recibió como a una vieja conocida.

-¿Cuándo?

-Cuando le pagabas al chofer del taxi. En ese mismo momento Zernov y yo entrábamos en el hall. El portero -con aspecto de un lord calvo- nos miró con su indiferencia profesional y luego, repentinamente, abrió los ojos desmesuradamente, dio un paso atrás y fijó la mirada en mí.

-¿Qué le sucede?" -le pregunté asombrada. Pero él siguió inmóvil y sin articular palabra. A poco, Zernov inquirió: "¿Ha reconocido usted, tal vez, a la señorita?".

-"No, no -respondió, volviendo en sí-. Es que la señorita se parece mucho a una de nuestras huéspedes". Pese a sus palabras, yo tenía la impresión de que él me conocía, aunque yo nunca había estado en este hotel. Es muy extraño, ¿verdad?

Cuando regresamos al hotel, el portero ni siquiera miró a Irina; en cambio, me sonrió y me dijo, que ya me estaban esperando: "Vaya directamente al tablado".

La conferencia iba a empezar justamente en el hall del restaurante del hotel. Ya nos aguardaban. Los norteamericanos habían llegado y ocupado una gran parte del tablado de variedades. Los operadores de la televisión hacían girar sus fantásticos aparatos negros. Los

reporteros, armados de cámaras fotográficas, cámaras de filmar, libretas de notas y magnetófonos, se encontraban acomodados ya a las mesas. Los camareros, en constante trajín, llevaban botellas con etiquetas multicolores. En nuestra mesa, sita en el tablado, había también botellas: los norteamericanos se ocuparon de ello. Irina se quedó en la sala porque nadie necesitaba su ayuda: todos o casi todos los presentes hablaban francés e inglés. A decir verdad, mi francés no era muy bueno -yo lo comprendía mucho mejor que lo hablaba-; pero supuse que la presencia de Zernov me libraría de la necesidad de hablar. Fui mal profeta. Los periodistas se preparaban para sacarme todo lo que sabía de las "nubes", en calidad de "testigo del fenómeno"; tanto más que yo era el creador de la película que impresionaba a Paris ya la segunda semana.

La conferencia de prensa estaba presidida por MacAdo, astrónomo de MacMurdo, quien se había habituado a las bromas de los periodistas sobre MacAdo de MacMurdo, que, aludiendo a la comedia de Shakespeare "Mach ado about nothing", armaban mucho ruido en relación con MacAdo. Poseía un carácter firme, difícil de turbar. Como un timonel muy experimentado, conducía maestramente nuestra nave a través de las tempestades de la conferencia. Hasta tenía una voz de capitán, fuerte e imperativa, y era capaz de asediar, en los momentos necesarios, a los interrogadores latosos.

Al referirme a la tempestad, no lo hice accidentalmente. Tres horas antes los corresponsales habían tenido un encuentro, en un hotel de Paris, con otro "testigo del fenómeno" y delegado al Congreso, el almirante Thompson. Este se negó a tomar parte en la conferencia de prensa, aduciendo motivos que prefirió exponer posteriormente a los periodistas en conversaciones privadas. El quid de estos motivos y la esencia de sus declaraciones se pusieron en claro después de las primeras preguntas que nos hicieron los periodistas. Los delegados respondían a las preguntas dirigidas directamente a ellos; por otra parte, las preguntas indirectas eran contestadas por MacAdo. No acierto a recordarlas todas, pero aquellas que no olvidé se quedaron grabadas en mi memoria como en una cinta magnetofónica.

-¿Están ustedes al tanto de la conferencia de prensa dada por el almirante Thompson?

Esta fue la primera pelota de tenis que nos lanzaron desde la sala y que, en el acto, fue rechazada por la raqueta del presidente:

-Lamento decirles que no sé nada de ella, pero, hablando con honestidad, no me inquieta en absoluto.

-Pero las declaraciones del almirante son sensacionales.

-Es muy posible.

-El demanda medidas preventivas contra las "nubes" rosadas.

-Entonces, infórmelo en su periódico. Les ruego que empiecen a hacer las preguntas pertinentes.

-¿Qué diría usted si algunas delegaciones de la ONU demandaran acciones punitivas contra los "visitantes"?

-No soy ministro de la guerra para responder a tales demandas.

-Pero, ¿y si usted fuera ministro de la guerra, qué haría?

-Yo no aspiro a tal puesto.

Risas y aplausos fueron las respuestas de la sala. MacAdo arrugó el entrecejo: despreciaba los efectos teatrales. Y, sin reírse, se sentó, por cuanto el interrogador derrotado había hecho mutis.

Pero fue sustituido por el segundo, quien sin deseos de chocar con la elocuencia de MacAdo, buscó otra víctima:

-Yo quisiera hacerle una pregunta al profesor Zernov. ¿Está o no está usted de acuerdo con la afirmación de que las acciones de las "nubes" rosadas pueden amenazar la existencia de la humanidad?

-No, naturalmente, no estoy de acuerdo con esa afirmación -respondió rápido Zernov-. Hasta ahora las "nubes" rosadas no le han causado ningún daño a la humanidad. La

desaparición de las masas de hielo terrestre sólo mejorará el clima. Repito: ni la naturaleza ni las obras del hombre han sufrido daño.

-¿Insiste usted en ese punto de vista?

-Absolutamente. Las únicas pérdidas que tuvimos fueron el taburete que desapareció en Mirni junto con mi doble y el automóvil que Martin abandonó en la ciudad Sand City duplicada.

-¿Qué automóvil?

-¿Cuándo?

-¿Dónde está Martin?

-Martin llegará hoy por la tarde -dijo MacAdo.

-¿Estaba él en Sand City?

-Pregúntelo a él mismo.

-¿De qué modo el profesor Zernov se enteró de la desaparición del automóvil de Martin?

MacAdo se volvió hacia Zernov y le miró interrogativamente como preguntándole: "¿Vas a responder?" Zernov respondió:

-Lo sé por las informaciones personales del propio Martin. Considero que no tengo poderes para dar detalles de todo lo ocurrido. Ahora bien, creo que aquel taburete viejo y aquel automóvil de segunda mano no representan una gran pérdida para la humanidad.

-¡Quisiera hacerle una pregunta al profesor Zernov! -gritó alguien desde la sala-. ¿Cuál es su opinión respecto a las declaraciones del almirante Thompson en el sentido de que los dobles son la quinta columna de los invasores y el preludio de la futura guerra entre galaxias?

-Mi opinión es que el almirante ha leído muchos libros de ciencia-ficción y los ha tomado por realidad.

-Quisiera que mi pregunta fuera respondida por Anojin, el autor de la película. Según considera el almirante, usted es el doble, la película fue filmada por el doble y en el episodio donde perece el doble en la película el que pereció fue el propio Anojin. ¿Cómo podría usted demostrar que eso no es cierto?

Yo me encogí de hombros. ¿De qué modo podría demostrarlo? MacAdo respondió por mí:

-Anojin no necesita demostrarlo. En la ciencia se utiliza el principio inviolable de "presunción del hecho establecido". Los científicos no necesitan comprobar y verificar la falsedad de cualquier afirmación infundamentada. Está en manos del autor demostrar que la afirmación es verdadera.

La sala de nuevo aplaudió, pero esta vez, el largirucho MacAdo interrumpió los aplausos:

-Señores, esto no es un espectáculo.

-¿Qué nos puede decir el presidente sobre Thompson? -inquirió alguien-. Sabemos que usted trabajó con el almirante durante un año en la expedición antártica. ¿Cuál es la impresión que tiene de él como científico y como hombre?

-Esta ha sido la pregunta más razonable de todas -afirmó sonriéndose MacAdo-. Lamentablemente no puedo satisfacer la curiosidad del interrogador. El almirante y yo trabajamos en una misma expedición científica y en un mismo punto geográfico; pero en ramas diferentes. El es un administrador y yo soy un astrónomo. Nuestros contactos no eran frecuentes. El nunca mostró ningún interés particular hacia mis observaciones astronómicas y yo no quise saber nada de sus habilidades administrativas. Supongo que él mismo no pretende tener el título de científico; por lo menos, yo no conozco sus obras científicas. Como persona, no le conozco del todo, aunque tengo la plena convicción de que es un individuo honesto y que no actúa por intereses egoístas ni políticos. No es anticomunista ni toma parte en la campaña presidencial. Todo lo que proclama está basado, a mi modo de ver las cosas, en un prejuicio falso y en conclusiones erróneas.

-A su juicio, ¿cómo debe actuar la humanidad?

-Las recomendaciones las dará nuestro Congreso.

-Entonces, yo tengo una pregunta que le concierne como astrónomo. ¿De dónde cree usted que llegaron esos monstruos?

MacAdo se rió sincera e involuntariamente por primera vez.

-Yo no encuentro en ello nada monstruoso. A veces parecen jinetes o alas en forma de delta; otras veces, son semejantes a una flor grande y bella y en otras ocasiones toman el aspecto de un dirigible. Sus concepciones estéticas son posiblemente muy diferentes a las nuestras. Sabremos de dónde llegaron cuando ellos mismos deseen responder a esa pregunta, si es que logramos, naturalmente, hacerles esa interrogante. Puede ser que llegaron de un sistema estelar vecino al nuestro. Tal vez de la nebulosa de Andrómeda o de la nebulosa de la constelación del Triángulo. Es absurdo tratar de adivinarlo en estos momentos.

-Dijo usted: "Cuando ellos mismos deseen responder a esa pregunta". Siendo así, ¿cree usted que el contacto es posible?

-Hasta el momento, ni uno solo de los intentos ha dado resultado. Sin embargo, el contacto es factible. Estoy convencido de ello; siempre y cuando ellos sean seres racionales y no biosistemas con un programa determinado.

-¿Alude usted a los robots?

-No, no aludo a los robots; me refiero, en general, a sistemas programados, en cuyo caso el contacto dependería del programa.

-¿Y si ellos son sistemas autoprogramados?

-Entonces, todo dependerá de cómo varía el programa bajo los efectos de los factores externos. Las tentativas para establecer contacto con ellos son también un factor externo.

-Quisiera que mi pregunta fuese contestada por Anojin. ¿Observó usted el proceso mismo de la copia?

-Este no puede ser observado -repuse-, porque el hombre se encuentra en estado comatoso.

-Pero es que ante sus ojos apareció una copia del cruzanieves, una máquina gigantesca construida de plástico y metal. ¿De dónde surgió? ¿De qué materiales fue construida?

-Surgió del aire -afirmé. En la sala se rieron.

-Esto no es nada risible -dijo Zernov-. Surgió precisamente del aire, de elementos desconocidos e introducidos en éste por un procedimiento que ignoramos.

-Entonces, fue un milagro -afirmó una voz con ironía.

Pero Zernov no se desconcertó.

-Se consideraban milagros, en épocas remotas, todos aquellos fenómenos que la ciencia de entonces no sabía explicar. Nuestro nivel de desarrollo acepta también lo inexplicable, pero supone que las aclaraciones serán dadas posteriormente, a medida de que progrese la ciencia. Y el alcance actual de ésta nos permite suponer que, aproximadamente, en la mitad o al final del próximo siglo, será posible reproducir objetos con la ayuda de ondas y campos. Ahora bien, ¿qué ondas y qué campos? Eso ya es asunto de la ciencia futura. Personalmente estoy convencido de que en aquel confín del Cosmos de donde llegaron estos visitantes, la ciencia y la vida han alcanzado ya tal nivel de desarrollo.

-¿Qué clase de vida puede ser ésa? -inquirió una voz femenina, histérica, según pude notar, y dominada por el terror-. ¿Cómo podremos nosotros conversar con ellos si son líquidos, qué contacto lograremos si son gases?

-Tome un poco de agua -le propuso MacAdo tranquilamente-. No la veo a usted, pero, según parece, se encuentra superexcitada.

-Yo simplemente comienzo a creer en las palabras de Thompson.

-Felicito a Thompson por su nueva partidaria. En lo referente al líquido o a la estructura coloidal pensantes, quisiera decirle que nosotros existimos en un estado semilíquido y que la química de nuestra vida es la química del carbono y de las soluciones acuosas.

-¿Y la química de la vida de ellos?

-¿Cuál es el disolvente? El nuestro es el agua, pero, ¿y el de ellos?

-¿Es acaso vida fluórica?

La respuesta llegó de un norteamericano sentado en el extremo:

-Todo lo que les diré es solamente una hipótesis. ¿Es la vida de ellos fluórica? Lo ignoro, pero en ese caso el disolvente tendría que ser fluoruro de hidrógeno u óxido de flúor. Siendo

así, su planeta sería un planeta frío, puesto que para los seres fluóricos la temperatura ideal es la de cien grados bajo cero. En ese medio, algo frío, hablando con modestia, podría surgir la vida amoniacal. Esto es incluso más factible, debido al hecho de que el amoníaco se encuentra en la atmósfera de muchos planetas grandes, y el amoníaco líquido puede existir hasta con una temperatura de 35° bajo cero. O sea, casi las condiciones terrestres. Y si pensamos en la adaptabilidad de esos visitantes a las condiciones terrestres, entonces la hipótesis amoniacal resultará más probable. Ahora bien, si suponemos que los visitantes por sí mismos crean las condiciones necesarias para su vida, es posible exponer otras hipótesis cualesquiera, hasta las más absurdas.

-Tengo una pregunta para el presidente, como matemático y como astrónomo. ¿A qué se refería el matemático ruso Kolmogorov al decir que si nos encontráramos con una vida extraterrestre podríamos simplemente no reconocerla? ¿No es esto un caso idéntico?

MacAdo, de modo muy serio, le paró:

-Él, sin duda alguna, no pasaba por alto las preguntas que se hacen a veces en las conferencias de prensa.

La sala se rió de nuevo y los reporteros, esquivando a MacAdo, empezaron otra vez el ataque por los flancos. Su nueva víctima fue el físico Vierre, que acababa de tomar whisky con soda.

-Señor Vierre, ¿es usted especialista en física de las partículas elementales?

-Sí.

-Bien: si las "nubes" son materiales (el que interrogaba manejaba su micrófono a guisa de pistola), entonces deben estar constituidas de partículas elementales conocidas por la física. ¿No es así?

-No lo sé. Quizás no sea así.

-Pero es que la mayor parte del mundo que conocemos está formada de nucleones, electrones y cuantos de radiación.

-¿Y si esas "nubes" pertenecen a la menor parte del mundo que conocemos o al mundo que ignoramos en absoluto? ¿Y si el mundo de ellas es un mundo de partículas completamente nuevas para nosotros y que no tienen analogía en nuestra física?

El interrogador se rindió, abatido por las suposiciones inesperadas de Vierre. En ese momento alguien volvió a recordarse de mí:

-Señor Anojin, ¿nos podría usted decir su opinión respecto a la canción que acompaña a su película aquí en Paris?

-No conozco tal canción -repuse-. Yo no he visto aún mi película aquí en Paris.

-Pero ésta ha dado ya la vuelta al mundo. En todos los países la interpretan los cantores más conocidos. Tal vez la oyó en Moscú.

Me encogí de hombros.

-La canción, sin embargo, fue compuesta por un ruso. Javier solamente la adaptó al jazz -siguió diciendo; luego, comenzó a cantar en francés las familiares letras de... "los jinetes del mundo incógnito, el cielo vuelven a cruzar..."

-La conozco -le grité-. El autor es mi amigo Anatoli Diachuk, que participó también en nuestra expedición antártica.

-¿Dichuk? -inquirieron en la sala.

-No Dichuk, sino Diachuk -corregí-. El es poeta, científico y compositor... -Noté la mirada irónica de Zernov, pero no le presté atención: yo le daba fama mundial a Anatoli y lanzaba su nombre a todos los periódicos de Europa y América; y, descuidándome de la musicalidad, empecé a cantar-: "Jinetes del mundo incógnito... ¿Qué es esto? ¿Un sueño, un mito...? La Tierra en espera de un milagro... Aterida ahoga su grito".

Todos los presentes me acompañaban: unos en francés, otros en inglés y otros sólo tarareaban la melodía. Cuando todo quedó en silencio, el larguirucho MacAdo tocó delicadamente su campanilla y dijo:

-Señores, creo que la conferencia de prensa ha llegado a su fin.

Capítulo 18 - Una noche de transformaciones

Al concluir la conferencia de prensa y luego de acordar reunimos pasada una hora en el mismo lugar para cenar, nos dispersamos por las habitaciones del hotel. La conferencia me había agotado mucho más que las extenuadoras caminatas antárticas. Sólo un buen sueño podía aclarar mis pensamientos y sacarme del estado de apatía en que me encontraba. Pero el sueño, que tanto necesitaba, no llegaba, pese a las vueltas que daba en la cama. Finalmente, me levanté, metí la cabeza bajo el chorro de agua fría del grifo y eché a andar en dirección al restaurante, a fin de terminar este día tan cargado de impresiones. Pero el día no terminó aún y nuevas impresiones empezaron a llegar. Una de éstas pasó a la ligera por mi mente sin atraer mi atención, a pesar de que en el primer momento me parecía extraña.

Yo bajaba las escaleras del hotel en pos de un individuo vestido con un traje marrón que le sentaba como un uniforme militar. Sus hombros anchos, sus bigotes canosos y en forma de flecha y el pelo corto aumentaban aún más su aspecto militar. Recto, como una regla, cruzó por delante del portero francés calvo, y de repente, se detuvo, se volvió y preguntó:

-¿Etienne?

Tuve la impresión de ver dibujarse el miedo en los ojos fríos e indiferentes del portero.

-Sí, ¿qué desea, señor? -inquirió éste con su tono profesional.

Aminoré la marcha.

-¿Me recuerdas? -preguntó el bigotudo, sonriéndose levemente.

-Sí, le recuerdo, señor -contestó el portero casi susurrando.

-Eso es muy bueno -afirmó el bigotudo-. Es muy agradable saber que la gente se recuerda de uno.

Y siguió su camino al restaurante. Yo, retumbando intencionadamente los peldaños crujientes de la escalera, descendí y, con aspecto de inocente, le pregunté al portero:

-¿No conoce usted a ese señor que acaba de pasar por su lado en dirección al restaurante?

-No, señor -respondió el francés, deslizando por mi rostro su mirada indiferente-. Es un turista de la Alemania Occidental. Si desea saberlo con exactitud, lo podríamos buscar en el libro de registro.

-No, no vale la pena -le detuve, y seguí mi camino olvidando lo que había ocurrido.

-¡Yuri! -gritó una voz conocida cuando yo entraba en el restaurante.

Me di la vuelta. Era Donald Martin, quien se levantó levemente en forma de saludo. Llevaba de vestimenta su absurda cazadora de gamuza y una camisa de cowboy abigarrada de cuello abierto. Estaba sentado solo en la mesa larga del restaurante. Levantó una botella de brebaje marrón y bebió directamente de ella. Luego, al abrazarme, me lanzó a la cara un olor a vino que apestaba. Empero, no estaba ebrio; era el mismo Martin, grande, ruidoso y resuelto, cuya presencia ahora me acercaba a aquellos acontecimientos vividos juntos en el desierto glacial, al misterio sin desentrañar aún de las "nubes" rosadas y a la esperanza secreta, caldeada después de las palabras de Zernov: "Usted, Martin y yo estamos marcados. Nos mostrarán aún algo nuevo. Temo que sea así". A decir verdad, yo no temía, sino que esperaba con impaciencia ese algo.

Antes de que tuviésemos tiempo para rememorar nuestras aventuras, los camareros comenzaron a preparar la mesa para la cena. Zernov e Irina entraron en el restaurante y se acercaron a nosotros. Nuestra parte de la mesa adquirió de repente gran animación. Y acaso por eso, una joven dama y una niña con lentes se sentaron en el lado opuesto, alejado de nosotros. La niña colocó junto al cubierto un libro grueso con tapa irisada y un dibujo abigarrado. Frente a ellos se sentó un cura provincial -los de Paris no viven en hoteles-, de rasgos bondadosos, quien al mirar a la muchacha manifestó:

-¡Qué niña más pequeña y ya lleva espejuelos! ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!

-Es que lee demasiado -se quejó la madre.

-¿Y qué lees, niña? -quiso saber el cura.

-Cuentos -respondió la niña.

-¿Cuál de ellos es tu preferido?

-El flautista de Hamelin.

El cura, indignado, replicó:

-No acierto a comprender por qué dejan que los niños lean esas historias. ¿Y si la niña tiene una gran imaginación y ve toda esa diablura en sueños?

-¡Oh! Eso no tiene importancia -expresó la dama con indiferencia-. La leerá y la olvidará.

Irina distrajo mi atención:

-Cambiemos de asiento -me sugirió-. Deja que ese tipo me mire por la espalda.

Me di la vuelta y vi a mi espalda al hombre de bigotes en forma de flecha y a quien el portero no quiso reconocer como a su conocido: quizás no era una amistad muy agradable. El bigotudo observaba a Irina con persistencia.

-Tienes mucha suerte -le dije a Irina-. ¿Es otro viejo amigo?

-Lo conozco tanto como a ese portero con aspecto de lord. Nunca le he visto antes.

En ese momento se sentó junto a nosotros un periodista de Bruselas. Yo le había visto en la conferencia de prensa. Había llegado una semana antes y prácticamente conocía a todos los presentes.

-¿Quién es ese tipo? -le pregunté señalando al bigotudo.

-Lange -respondió el belga arrugando el entrecejo-. Hermann Lange. De la Alemania Occidental. Si no me equivoco tiene un bufete de abogado en Dusseldorf. Es un individuo poco agradable. A su lado, no en la mesa grande, sino en la adjunta, usted puede ver a un hombre con el rostro y las manos contraídas. Ese es un personaje célebre en Europa. Es Carresi, el productor de cine italiano, muy de moda en la actualidad, y esposo de Violetta Cecci, que no se encuentra aquí porque está terminando de filmar una película en Palermo. Comentan que él está preparando para ella una película sensacional de guión propio, y cuyo contenido es una variación de temas históricos: capas y espadas. A propósito, el individuo que está sentado al frente de él con una venda negra sobre el ojo es también tan célebre como Carresi. El es Gastón Mongeusseau, el primer floretista de Francia...

Continuó nombrándonos las celebridades presentes en la sala y dándonos detalles de sus vidas, detalles que olvidamos en el acto. Lo único que le obligó a callar fue la cena. Ignoro por qué todos hicimos mutis. Un silencio extraño se apoderó de la sala, dejando oír solamente el resonar de los cuchillos y de los platos. Miré a Irina: ésta comía también en silencio, perezosamente, de mala gana y con los ojos entornados.

-¿Qué te sucede? -le pregunté.

-Quiero dormir -respondió, ahogando un bostezo-. Me duele la cabeza. No, no esperaré a los dulces.

Se levantó y abandonó la sala. En pos de ella siguieron otros. Zernov, después de guardar unos minutos de silencio, dijo que también se marchaba, pues tenía que leer algunos materiales sobre su discurso. El belga se fue también. Tras unos minutos, el restaurante quedó prácticamente vacío, exceptuando a los camareros que caminaban dando vueltas por las mesas como moscas amodorradas.

-¿Por qué esa huida general? -le pregunté a uno de ellos.

-El ambiente está impregnado de una soñolencia extraña, señor. Pero, ¿es que usted no siente nada? Dicen que la presión atmosférica ha sufrido un cambio brusco. Habrá tormenta, seguramente.

Y cruzó por mi lado caminando como un sonámbulo.

-¿No le temes a las tormentas? -interpelé a Martin.

-No, en la tierra no -respondió riéndose.

-¡Veremos cómo son las noches Parisienses!

-¿Qué le sucede a la luz? -preguntó él.

La luz se extinguía o, más bien, adquiría un matiz de color rojo turbio.

-No entiendo nada.

-Es la niebla roja de Sand City. ¿Leíste mi carta?

-¿Crees que sean ellos de nuevo? Absurdo.

-¿Y si descendieron sobre Paris?

-¿Y por qué precisamente sobre Paris y justamente sobre nuestro hotel?

-¡Quién sabe! -exclamó Martin suspirando.

-Vamos a la calle -propuse.

Cuando pasábamos enfrente de la oficina de los porteros, noté que ésta era diferente que antes. Además, todo alrededor parecía haber cambiado: las cortinas eran otras, una pantalla ocupaba el lugar de la araña y apareció un espejo que no había antes. Le comuniqué a Martin mis observaciones, pero él, con ademán de indiferencia, me repuso:

-No lo recuerdo. ¡Cosas que estás inventando!

Al observar detenidamente al portero, quedé más sorprendido aún: éste era otro. Era muy parecido al primero, casi idéntico, pero otro. Este era mucho más joven, sin calvicie y con un delantal de rayas que no le había visto antes. ¿Era éste el hijo del portero?

-Vamos, vamos -me apresuró Martin.

-¿A dónde se dirigen, señores? -quiso saber el portero deteniéndonos. En su voz, según noté, había inquietud.

-¿Acaso a usted no le es igual? -le pregunté en inglés para que nos respetara más.

Empero él, sin prestar atención a mis palabras, nos dijo trémulo:

-Hay toque de queda, señores. Ustedes no deben salir. Están arriesgando sus vidas.

-¿Qué le sucede a este hombre? ¿Se ha vuelto loco? -consulté a Martin.

-No le prestes atención -me respondió-. Vamos. Y salimos a la calle.

Mas, al salir, nos detuvimos de golpe, como si hubiésemos chocado contra algo y nos agarramos de la mano para no caer. La oscuridad nos rodeaba completamente; no se veían ni sombras ni rayos de luz, sólo una tenebrosidad densa y negra como tinta china.

-¿Qué es esto? -inquirió ronco Martin-. ¿Paris sin luz?

-Ignoro lo que haya sucedido.

-Las casas parecen arrecifes en la noche sin estrellas. No brilla ni la más pequeña luciérnaga.

-Parece que se ha paralizado toda la red eléctrica.

-No se ven ni velas, ni refulge nada.

-¿No crees, Martin, que deberíamos regresar al hotel?

-No -respondió tercamente-, yo no me entrego tan fácilmente. Echemos una ojeada a este ambiente.

-¿A qué? -inquirí.

Martin, sin responderme, comenzó a caminar, penetrando más aún en la oscuridad. Yo iba en pos de él agarrándolo por un bolsillo. Nos detuvimos nuevamente. Una estrella brilló en la inmensa negrura del firmamento. Y algo centelleó a nuestro lado. Mis manos buscaron el origen del centelleo y chocaron con un vidrio. Nos encontrábamos ante una vitrina. Sin alejarme de Martin y atrayéndolo hacia mí, palpé la superficie del cristal.

-Esto no estaba aquí -le dije, deteniéndome...

-¿Qué? -quiso saber Martin.

-Esta vitrina. Y no sólo la vitrina; la tienda tampoco estaba aquí. Cuando Irina y yo cruzamos por aquí, en este mismo lugar se hallaba una verja de hierro; mas ya no está aquí.

-Espera -dijo Martin poniéndose en guardia. Por su mente no cruzaban ni la vitrina ni la verja: aguzó el oído.

Un estrépito continuo oyóse no lejos de nosotros.

-Parece un trueno -señalé.

-Es más parecido a una ráfaga de automático -objetó Martin.

-¿No bromeas?

-¿Crees acaso que no puedo diferenciar los disparos de los truenos de tormenta?

-Después de todo, ¿no piensas que deberíamos regresar?

-Caminemos un poco más. Tal vez logremos encontrar a alguien. ¿A dónde se fue la población de Paris?

-Siguen disparando. Pero, ¿quién? ¿Y contra quién?

Como confirmando mis palabras, el automático traqueteó de nuevo. El ruido fue ahogado por un automóvil que se acercaba. Dos haces de luces irrumpieron en la oscuridad y lamieron el adoquinado del pavimento. Me inquieté: ¿Por qué había adoquines, si las dos calles que contorneaban el hotel estaban asfaltadas?

Martin me empujó hacia la pared y presionó mi cuerpo contra ella. Un camión lleno de hombres cruzó por nuestro lado.

-Soldados -dijo Martin- con uniformes, cascos y armas.

-¿Cómo lo notaste? -inquirí asombrado-. Yo no pude distinguir nada.

-Mis ojos están entrenados.

-¿Sabes una cosa? -pensé en voz alta-. Sospecho que no estamos en Paris. Pienso que el hotel es otro, y otra es la calle.

-A eso me refería.

-¿A qué?

-¿Te acuerdas de la niebla roja del hotel? Ellos descendieron sobre Paris; eso es irrefutable.

En ese momento alguien abrió sobre nuestras cabezas una ventana. Oyóse el chirrido del marco y el tintineo del vidrio mal asegurado. No despidió luz. Pero desde la oscuridad, sobre nuestras cabezas, llegó hasta nosotros la voz ronca y gutural, típica de un locutor francés:

"¡Atención! ¡Atención! Escuchen la información de la comandancia de la ciudad. Los dos pilotos ingleses que por la mañana descendieron en paracaídas desde un avión derribado, se encuentran aún en las cercanías de St. Dizier. Dentro de un cuarto de hora empezará el registro. Será peinada manzana tras manzana, casa tras casa. Todos los hombres que se hallen en la casa que esconda a los paracaidistas, serán fusilados. Sólo la entrega a tiempo de los paracaidistas ocultos podrá detener la operación".

Oyóse un chasqueo dentro de la radio y la voz calló.

-¿Has entendido algo? -le pregunté a Martin.

-Un poco. Están buscando a unos pilotos ingleses.

-¿En Paris?

-No, en una ciudad llamada St. Dizier.

-¿A quién van a fusilar?

-A todos los hombres que se encuentren en la casa donde esos dos pilotos estén escondidos.

-¿Por qué? ¿Acaso Francia está en guerra con Inglaterra?

-¿Es que estamos delirando? ¿O nos han hipnotizado y vemos un sueño? Dame un pellizco.

El pellizco de Martin me hizo gritar.

-¡Calla! Nos pueden tomar por los pilotos ingleses.

-Es cierto -observé-. Tú eres casi inglés. Y piloto también. Regresemos, todavía estamos cerca del hotel.

Di un paso en la oscuridad y me encontré en una habitación iluminada; más exactamente, sólo una parte de ella estaba iluminada, como si a la oscuridad le hubiesen arrancado un pedazo y lo hubieran alumbrado con el fin de filmar. La ventana se cubría con una cortina, la mesa, con un hule de color; un papagayo grande y abigarrado descansaba sobre una cañita dentro de una jaula y una anciana limpiaba el fondo sucio de la jaula con un algodón.

-¿Entiendes algo de todo esto? -susurró Martin a mi espalda.

-No, ¿y tú?

Capítulo 19 - Este mundo, loco, loco, loco

La anciana levantó la cabeza y nos miró. En su rostro apergaminado y pálido, en sus bucles canosos y en su chal severo de Castilla había algo artificial, casi no real e inverosímil. Sin embargo, ella era una persona. Sus ojos penetrantes parecían enroscarse en nosotros fría y aviesamente. El papagayo era también real. Se dio la vuelta hacia nosotros y nos mostró su hinchado pico.

-Excúsenos, madam -empecé diciendo en mi francés escolar-. Hemos llegado a este lugar por accidente. Posiblemente su puerta estaba abierta.

-Aquí no hay puerta -repuso la anciana. Su voz era rechinante como las escaleras de nuestro hotel.

-Entonces, ¿cómo hemos entrado?

-Usted no es francés -rechinó ella sin responderme-. ¿Verdad?

Yo tampoco le respondí. Di un paso hacia atrás y choqué contra la pared.

-Efectivamente, aquí no hay puerta -recalcó Martin.

La anciana se echó a reír con malicia:

-Ustedes hablan el inglés como lo habla Peggy.

-Do you speak English?! Do you speak English! -chilló el papagayo.

Me sentí incómodo. No experimentaba temor, pero algo parecido a un espasmo apretaba mi garganta. ¿Quién se ha vuelto loco? ¿Nosotros o la ciudad?

-Su habitación tiene una iluminación muy extraña -le dije-. No se ve ni la puerta. ¿Dónde está? Nos iremos en seguida, no se asuste.

La anciana se rió de nuevo con malicia:

-Los que se asustan son ustedes. ¿Por qué no desean conversar con Peggy? Háblenle en inglés. Etienne, ellos tienen miedo; temen que tú los entregues.

Miré a mi alrededor: la habitación había adquirido más claridad y anchura. Ya se distinguía el otro lado de la mesa, a la cual estaba sentado nuestro portero del hotel, no el lord calvo con el rostro plegado, sino su copia joven que nos salió al encuentro en el hall extrañamente transformado del hotel.

-Mamá, ¿por qué piensas que yo los quiero entregar? -inquirió él sin mirarnos siquiera.

-Porque es tu deber encontrar a los pilotos ingleses. Yo sé que quieres entregarlos, quieres, pero no puedes.

El joven Etienne suspiró profundamente:

-No, no puedo.

-¿Por qué?

-Porque no sé donde están escondidos.

-Averigua.

-Mamá, ya no me creen.

-Lo importante es que Lange te crea. Entrégales esta mercancía; hablan también inglés.

-Ellos son de otro tiempo y no son ingleses. Vinieron para participar en el Congreso.

-En St. Dizier no hay ningún Congreso.

-Mamá, ellos están en Paris, en el hotel "Au Monde". De eso hace ya muchos años y yo he envejecido.

-Tú tienes treinta años ahora, y ellos están aquí.

-Lo sé...

-Entonces, entrégalos a Lange.

Mentiría si afirmara que comprendía todo lo que sucedía, pero una conjetura vaga surgió en mi conciencia, aunque no tenía tiempo para sopesarla con calma: entendía que los acontecimientos y las gentes que nos rodeaban no eran ilusorios y que el peligro encerrado en sus palabras y acciones era un peligro real.

-¿De qué hablan ellos? -se interesó Martin. Le aclaré.

-Esta es una locura total. ¿A quién nos quieren entregar?

-Supongo que a la Gestapo.

-Te has vuelto loco también.

-No, no me he vuelto loco -objeté lo más tranquilo posible-. Debes comprender que nos encontramos en otro tiempo, en otra ciudad y en otra vida. Ignoro, no sólo el cómo y el porqué de esta copia, sino también cómo saldremos de aquí.

Mientras hablábamos, Etienne y la anciana callaban, como si los hubieran "desconectado".

-¡Brujerías! -explotó Martin-. Ahora mismo saldremos de aquí. Ya tengo experiencias en asuntos como éste.

Martin le dio la vuelta a Etienne, lo agarró por la solapa y lo sacudió:

-¡Escucha, hijo de la gran...! ¿Dónde está la salida? ¡No dejaré que te burles de los seres vivos! ¿Entiendes?

-¿Dónde está la salida? -repitió el papagayo-. ¿Dónde están los pilotos?

Sentí escalofríos. Martin, furioso, tiró a Etienne a un lado como a un muñeco, haciéndole volar y caer junto a la pared. Allí, vislumbróse una abertura cubierta por una niebla roja.

Martin se lanzó a través de ella y yo le seguí. La situación cambiaba como en una película: de obscuridades a obscuridades. Y aparecimos en el hall del hotel que Martin y yo habíamos abandonado minutos atrás. Etienne, que había recibido un trato tan inhumano por parte de Martin, se encontraba ahora escribiendo algo en su oficina y no nos notaba, o tal vez lo fingía.

-¡Qué milagros! -suspiró Martin.

-¡Cuántos habrá todavía! -agregué.

-Este no es nuestro hotel.

-Eso fue lo que te dije cuando salimos a la calle.

-Salgamos de nuevo.

-Vamos.

Martin caminó rápido hacia la puerta de salida y, de repente, se detuvo: estaba bloqueada por soldados armados con automáticos como en las películas sobre la segunda guerra mundial.

-Necesitamos salir a la calle. A la calle -repitió Martin, señalando la oscuridad.

-Verboten! -gruñó el alemán-. Zurück! -y empujó a Martin con su arma.

Martin, limpiándose el sudor de la frente, retrocedió, furioso aún.

-Sentémonos y conversemos -le propuse-. Por suerte no han empezado a disparar todavía contra nosotros. Martin, no tiene sentido correr.

Nos sentamos a la mesa redonda, cubierta por un mantel de felpa polvoriento. Este era un hotel vetusto, mucho más viejo que nuestro "Au Monde" Parisiense. No poseía nada de qué vanagloriarse: ni prosapia, ni tradición; sólo polvo, trastos viejos y, probablemente, un terror que se agazapaba en cada objeto.

-En realidad, ¿qué es lo que ocurre? -preguntó cansado Martin.

-Ya te lo dije. Estamos en otra vida y en otro tiempo.

-No lo creo...

-¿No crees que esta vida es real? ¿No crees que sus armas son verdaderas? En un abrir y cerrar de ojos pueden acribillarte a balazos.

-Otra vida -repitió con odio Martin-. Todas sus copias son sacadas de la realidad, pero, ¿y ésta?

-No lo sé.

De la oscuridad que rodeaba el hall, emergió Zernov. En el primer momento pensé que él era un doble, pero la intuición me convenció de su existencia real. Estaba tranquilo, como si no hubiese ocurrido nada, y no mostró sorpresa o inquietud al vernos. Sin embargo, en su interior bullía un volcán de intranquilidad -no podía ser de otro modo- que no mostraba, porque sabía dominarse. El era así.

Aproximándose a nosotros y mirando hacia los lados, Zernov dijo:

-Martin, a mi parecer usted está de nuevo en la ciudad embrujada y nosotros le acompañamos.

-¿Sabe usted qué ciudad es ésta? -le pregunté.

-Quizás Paris, pero no Moscú.

-Ni una ni la otra. Esta es St. Dizier, ciudad que se encuentra al sureste de Paris, si mal no recuerdo. Es una ciudad de provincia que se encuentra ahora en el territorio ocupado.

-¿Ocupado por quién? Aquí no hay guerra.

-¿Está seguro de ello?

-Anojin, ¿no está usted delirando?

No, Zernov era magnífico con su imperturbabilidad.

-Ya deliré una vez en la Antártida -repuse mordaz-. Allá deliramos juntos. ¿Sabe usted en qué año estamos? No en nuestro "Au Monde", sino aquí, en esta novela de misterio. ¿Lo sabe? -inquirí, y para que no sufriera continué-: ¿En qué año los soldados alemanes gritaban "Verboten!" y buscaban paracaidistas ingleses en Francia?

Zernov seguía aún sin comprender mis palabras y esforzándose por encontrar una idea que surgía en su mente.

-Cuando me dirigía a este lugar noté la niebla roja y la transformación que sufrió el ambiente, pero no pude suponerme nada igual a lo que acaba de decirme. -Observó a los soldados rígidos entre la luz y la sombra.

-Sí, están vivos -le dije sonriente-. Y sus armas son reales. Si se aproxima a ellos le gritarán amenazando con el automático: "Zurück!..." Martin ya lo probó.

En los ojos de Zernov se dibujó esa curiosidad tan frecuente en los científicos:

-¿Y qué creen ustedes que está siendo copiado ahora?

-El pasado de alguien. Pero no por eso es menos grave para nosotros. Zernov, ¿de dónde ha llegado usted?

-De mi habitación. Me intrigaba el matiz rojo de la luz y, al abrir la puerta, me encontré de pronto en este lugar.

-Prepárese para lo peor -le aconsejé cuando vi a Lange.

De la sombra surgió el abogado de Dusseldorf del que me había hablado el belga. Era el mismo Hermann Lange de mostachos en flecha y el pelado corto. Era él, aunque un poco más alto, más elegante y un cuarto de siglo más joven. Llevaba puesto un uniforme militar negro que apretaba su talle juvenil, con la svástika en la manga, un quepis alemán y unas botas lustrosas hasta lo inconcebible. En conclusión, él era un policía de la élite de Himmler.

-Etienne -dijo él en voz baja-, tú me decías que eran dos. Yo veo tres.

Etienne, con el rostro blanco como empolvado a guisa de payaso, saltó de su asiento y se puso rígido.

-El tercero es de otro tiempo, Herr Ober... Herr Haupt... perdone... Herr Sturmbahnführer.

Lange arrugó el entrecejo:

-Puedes llamarme señor Lange. Te lo permito. Respecto a este tercero, puedo decirte que sé tanto como tú de dónde es él. La memoria del futuro me lo dice. Mas, ahora está aquí y esto me conviene. Te felicito, Etienne. ¿Y estos dos?

-Son pilotos ingleses, señor Lange.

-Miente -repliqué sin levantarme-. Yo soy ruso y mi camarada es norteamericano.

-¿Cuál es su profesión? -le preguntó Lange a Martin en inglés.

-Soy piloto -respondió Martin poniéndose firme por hábito.

-Pero no es inglés -aclaré yo.

Lange, con una risita burlona, dijo:

-¿Cuál es la diferencia, Inglaterra o Norteamérica? Nosotros estamos luchando contra ambos países.

Por un momento, olvidando el peligro que nos amenazaba, traté de poner en su lugar a este espectro del pasado. No pensaba si él podría comprenderme y simplemente le dije:

-La guerra terminó hace tiempo, señor Lange. Nosotros somos de otro tiempo y usted también. Treinta minutos atrás usted y nosotros cenamos en el hotel Parisiense "Au Monde". Usted llevaba un traje corriente de civil, señor abogado turista, y no este uniforme brillante de teatro.

Lange no se ofendió, por el contrario, hasta se sonrió. Su sonrisa seguía dibujándose en sus

labios en los momentos en que desaparecía envuelto por una neblina roja:

-Así es como nuestro querido Etienne me recuerda. El me idealiza y se idealiza. En realidad, todo ocurrió de un modo completamente diferente.

La neblina rojo-obscura lo cubrió por completo, y, de pronto, se disipó. Todo ocurrió en medio minuto. Empero, de la niebla emergió otro Lange, muy diferente al primero, no tan alto, más ordinario y rechoncho, con las botas sucias y llevando sobre los hombros una larga capa negra. Era un soldadote exhausto, con los ojos inflamados por las noches sin dormir. Sostenía sus guantes en la mano como si se los fuese a poner, pero no se los puso y agitándolos se acercó a la oficina de Etienne:

-Etienne, ¿dónde están? ¿Sigues sin saberlo?

-Señor Lange, ya no me creen.

-No trates de engañarme. Tú eres una figura demasiado prominente dentro de la Resistencia local para que no se fíen de tí. Quizás no te creerán en el futuro, mas no ahora. La razón es simple: tú temes a tus amigos de la clandestinidad.

Agitó los guantes y golpeó una y otra vez el rostro del portero. Etienne balanceaba la cabeza de un lado a otro y se encogía. La espalda de su suéter se arrugó como las plumas de un gorrión bajo la lluvia.

-Me temerás más que a tus amigos de la clandestinidad -siguió diciendo Lange sin levantar la voz y poniéndose los guantes-. ¿Será así, Etienne? ¿Verdad?

-Sí, señor Lange.

El gestapista se dio la vuelta y otra vez lo vimos transfigurado por el terror de Etienne, en un ser omnipotente. Ya no era una persona, sino un Nibelungo:

-Etienne no había cumplido su palabra, pues, efectivamente, no confiaban en él -afirmó-. Sin embargo, ¡cómo se esforzaba, cómo quería traicionar! ¡Y traicionó a la mujer que adoraba, a la mujer que amaba sin ser correspondido! ¡Cómo lo lamentó! Pero, no lamentó la traición que le hizo a ella, sino su propia incapacidad para traicionar a aquellos dos hombres que se escaparon. Bien, Etienne, enmendemos el pasado. Tenemos una buena oportunidad ahora. Yo fusilaré al ruso y al norteamericano en lugar de los pilotos escapados. Al otro ruso, simplemente, lo ahorcaré. ¡Llévenselos rápido a la Gestapo! ¡Patrulla! -gritó.

Tuve la impresión de que el hall polvoriento y oscuro estaba repleto de soldados. Me rodearon, ataron mis manos y me arrojaron de un puntapié a la oscuridad. Caí, haciéndome daño en una pierna y durante largo rato permanecí en el suelo sin poder levantarme. Mis ojos no veían nada, pero lentamente se iban habituando a la semioscuridad roja que los rayos de la lámpara apenas podían disipar. Los tres yacíamos en el suelo de una cámara estrecha desprovista de ventanas, o quizás, en una celda de castigo. La celda empezó a moverse, tirándonos de un lado a otro en las curvas, por lo que deduje que nos conducían en el furgón carcelario.

Martin fue el primero en sentarse. Yo flexionaba y extendía mi pierna magullada: por suerte no se había fracturado ni dislocado. Zernov yacía boca abajo con la cabeza descansando sobre sus manos.

-Boris Arkádievich, ¿no se ha golpeado?

-Hasta este momento no me ha sucedido nada -respondió lacónico.

-¿Cómo podría usted explicarnos todo este espectáculo?

-Esto es más bien una película -afirmó sonriente, y calló de nuevo como si no quisiera seguir hablando.

Pero yo no podía guardar silencio:

-Se está copiando el pasado de alguien -seguí diciendo-. Estamos en este pasado por pura coincidencia. Ahora bien, ¿por qué en este pasado nos tenían preparado este furgón?

-El pudo haber estado estacionado cerca de la puerta. Es muy probable que en el hayan venido los soldados -observó Zernov.

-¿Y dónde están ahora?

-Los de la escolta estarán ahora, probablemente, en la cabina del conductor. El resto se

encuentra en el hotel esperando las órdenes de Lange.

Tal vez los necesitaba también en aquel entonces, puesto que sólo muy poco corrige el pasado.

-¿Piensa usted que éste es su pasado?

-¿Y qué piensa usted?

-A juzgar por nuestras vicisitudes, éste es también el pasado de Etienne. Etienne y Lange se están corrigiendo mutuamente. Aunque no acierto a comprender, ¿para qué los directores de esta película necesitan todo esto?

-Amigos, ustedes se han olvidado de mí -interrumpió Martin-. No entiendo nada de ruso.

-Perdónenos, Martin -se excusó Zernov pasando al inglés-. Realmente le hemos olvidado. Eso no debimos hacerlo, no sólo por los sentimientos de camaradería, sino por algo más poderoso que nos une con enorme fuerza. ¿Saben ustedes en lo que siempre pienso? -continuó él, levantándose un poco y apoyándose en los codos sobre el piso sucio del furgón-. Pienso, ¿es accidental o no lo es todo lo que nos ocurre? A mi mente llega la carta que usted, Martin, le remitió a Anojin, y, particularmente, la expresión suya: "marcados". Con lo que dejaba entrever que hemos sido marcados por los visitantes del cosmos. Y tal vez por eso nos permiten adentrarnos sin obstáculos hasta las entrañas mismas de su creación. Ahora bien, ¿es todo eso accidental o no lo es? ¿Por qué no fue copiado un aeroplano cualquiera de la ruta Melbourne-Jakarta-Bombay, en vez de nuestro avión "IL" que llevaba a bordo a todos los "marcados"? ¿Es todo eso accidental o no lo es? Supongamos que las "nubes", yendo hacia el norte, se hayan interesado por la vida provincial de Norteamérica. Admitámoslo como posible. Mas, ¿por qué eligieron justamente la ciudad relacionada con la vida de Martin, y en el preciso momento en que éste tenía que visitarla? ¿Es eso coincidencia o no lo es? ¿Y por qué de los cientos de hoteles baratos de Paris eligieron para sus experimentos de turno el nuestro "Au Monde"? ¿Por qué? ¿No habitan acaso en los hoteles de Paris y las casas Parisienses individuos con pasados interesantes? Entonces, ¿por qué se copia el pasado de individuos que viven junto con nosotros bajo un mismo techo? ¿Por qué? Repito de nuevo la misma pregunta: ¿Es coincidencia o no lo es? ¿Acaso está todo esto calculado de antemano con un objetivo determinado que hasta ahora desconocemos?

Me parecía que Zernov estaba loco. Si bien es cierto que la imposibilidad de explicar todo lo ocurrido, la realidad y la ilusión de estas traslaciones en el tiempo y en el espacio, el mundo místico de Kafka, que para nosotros era realidad, podían aterrar a cualquier ser humano, no es menos cierto que ninguno de nosotros había perdido el control de sí mismo ni la claridad habitual del pensamiento. Martin y yo nos mirábamos mutuamente en la semioscuridad, pero no cambiamos ninguna palabra.

Zernov se echó a reír:

-¿Creen que me he vuelto loco? ¿Conocen ustedes la hipótesis de Bohr que cataloga a la locura como una prueba de la veracidad de las hipótesis científicas? No pretendo tener razón, simplemente expongo una de las suposiciones factibles. Ahora bien, ¿es éste el contacto sobre el cual sueña ahora toda la humanidad pensante? ¿No tratan las "nubes" de explicarle al mundo a través de nosotros, precisamente, a través de nosotros, qué hacen y para qué lo hacen? Permitiéndonos adentrar en sus experimentos, ¿no se dirigen ellas a nuestro intelecto con la esperanza de que podamos comprender su esencia?

-Es un medio de comunicación bastante raro -repuse yo.

-¿Y si no hay otro? ¿Y si nuestros medios de comunicación les son extraños o inaccesibles? ¿Y si ellos no pueden recurrir ni a los métodos ópticos, ni acústicos ni otros empleados por nosotros para transmitir información? ¿Y si ellos desconocen la telepatía e ignoran nuestra lengua, así como el alfabeto Morse u otros medios de señales? Y como nosotros desconocemos los medios de información que ellos emplean, ¿qué hacer?

Fuimos lanzados nuevamente a un lado. Martin me apretó contra la pared, y yo a Zernov.

-No le comprendo -respondió iracundo Martin-. Ellos crean, copian, buscan contactos, y a nosotros nos envían al paredón o al cadalso. Esto no es más que un delirio endemoniado.

-Posiblemente ellos no lo sepan. Son sus primeras pruebas y sus primeros errores.

-¿Y eso consuela su propia inmolación?

-No pienso que eso sea posible -afirmó Zernov. Y antes de que le pudiese replicar, la máquina dio un salto y se rompió en dos. Una fulguración luminosa lo alumbró todo, seguida de una explosión infernal que duró una fracción de segundo; luego, imponderabilidad y sombras.

Capítulo 20 - La doble de Irina

Abrí mis ojos con dificultad, como si estuviesen pegados con cola, y sentí un dolor agudo en la nuca. Luces brillaban en la lejanía límite a guisa de luciérnagas insomnes. ¿Estrellas? ¿Cielo? Al divisar la Osa Mayor, comprendí que me encontraba en la calle. Empecé a mover lentamente mi cabeza de un lado a otro y cada movimiento se acompañaba de un dolor agudo en la nuca. Pese a ello, vislumbré la negrura desigual de las casas en el lado opuesto de la calle y sentí bajo mi cuerpo el pavimento mojado por la lluvia. Este brillaba levemente en la oscuridad y sobre su superficie yacían sombras de cosas indistinguibles. Al observar más detenidamente, reconocí los restos del furgón carcelario. Pedazos negros de algo -quizás del pavimento levantado o de sacos con harapos- rodaban por el suelo a corta distancia de mí.

Yo yacía cerca del tronco de un árbol apenas visible en la oscuridad y cuya corteza arrugada podía palpar con mis manos. Arrastrándome por el suelo, me acerqué a su tronco y apoyé mi espalda contra él. Sentí más libertad para respirar y el dolor aminoró. Por cuanto el dolor aparecía sólo cuando movía la cabeza, deduje que mi cráneo estaba intacto. Toqué mis cabellos cerca de la nuca y olí los dedos mojados de mis manos: el líquido no era sangre, sino petróleo.

Superando mi debilidad, me levanté abrazando el tronco del árbol como si fuese mi amada, luego permanecí de pie largo rato observando la sombra desierta que cubría la calle. A poco, moviendo a duras penas los pies y tropezando a cada paso, llegué al furgón destruido:

-¡Boris Arkádievich! ¡Martin! -llamé con voz velada.

Nadie respondió. Finalmente me aproximé a algo deforme que yacía extendido sobre el pavimento. Lo observé... era la mitad del cuerpo de un soldado alemán, sin piernas y sin rostro. Era todo lo que había quedado de uno de los soldados de nuestra escolta. A dos pasos de él, di con el segundo cadáver. Este apretaba contra su pecho con ambas manos el automático, en tanto que sus piernas dentro de las botas cortas se mantenían abiertas como las de un títere; pero no tenía cabeza. Todo lo que había quedado de nuestro furgón era un montón de hierro retorcido que parecía en la oscuridad un periódico gigantesco todo arrugado. Lo contorneé y cerca del borde de la acera opuesta encontré a Martin.

Le reconocí en el acto por su cazadora corta de gamuza y los pantalones estrechos: ningún soldado alemán usaba tales pantalones. Al acercar mi oído a su pecho, noté que éste se levantaba rítmicamente: Martin respiraba.

-¡Don! -grité. Tembló levemente y susurró:

-¿Quién eres?

-¿Estás vivo, amigo?

-¿Yuri?

-Sí, soy yo. ¿Puedes levantarte?

El asintió. Le ayudé a sentarse en el borde de la acera y me acomodé a su lado. Respiraba con dificultad y, por lo visto, no se había adaptado a la oscuridad: sus ojos pestañeaban. Permanecimos sentados y en silencio cerca de dos o tres minutos, hasta que, por fin, inquirió:

-¿Dónde estamos? No puedo distinguir nada. ¿Acaso estoy ciego?

-Mira hacia el cielo. ¿Puedes ver las estrellas?

-Sí, las veo...

-¿No tienes luxaciones?

-Creo que no. ¿Qué ha sucedido?

-Posiblemente lanzaron una bomba contra el furgón carcelero. ¿Dónde está Zernov?

-No lo sé.

Me levanté y contorneé de nuevo los restos del furgón, observando con atención los cadáveres de los soldados; pero Zernov no estaba por ningún lado.

-La situación es penosa -dije al regresar a su lado-: no hay señales de Zernov.

-¿A quién observabas?

-A los cadáveres de los soldados. Uno está sin cabeza y el otro sin piernas.

-Él debió salir ileso, porque nosotros estábamos con él y estamos ahora vivos. Probablemente se marchó.

-¿Sin nosotros? Eso es absurdo.

-O tal vez haya regresado.

-¿A dónde?

-A la vida real. De estas bodas de brujas. Quizás tuvo suerte. ¡Ojalá nosotros también la tengamos!

Lancé un silbido.

-Saldremos de aquí -afirmó Martin-. Debes estar seguro de que saldremos.

-¡Silencio! ¿Estás oyendo?

Una puerta masiva se abría crujiendo prolongadamente detrás de nosotros. Un rayo de luz fugitivo se escapó a través de la brecha de la puerta, pero fue cortado rápido por la cortina interior. Y, otra vez, nos rodeó la oscuridad. Sin embargo, en el pequeño rayo de luz yo había vislumbrado la figura de una mujer vestida con un traje de noche. Insinuábase ahora su sombra imprecisa. Por entre las cortinas de la puerta llegaban a nuestros oídos las melodías de un vals popular alemán.

La mujer, aún indiscernible en la oscuridad, bajaba por las escaleras de la puerta. Sólo la acera estrecha nos separaba ahora de ella. Continuábamos sentados.

-¿Qué les sucede? -interrogó ella-. Les ha sucedido algo?

-No, nada de particular -respondí-. Simplemente que nuestro furgón voló en pedazos.

-¿Su furgón? -preguntó asombrada.

-El furgón en el cual íbamos o, para ser más exacto, en el cual nos llevaban.

-¿Quiénes les acompañaban?

-¿Quiénes podían ser? Los soldados de la escolta, por supuesto -repliqué rabioso.

-¿Sólo soldados?

-¿Desea recogerlos por pedazos?

-No se enfurezca. Le pregunto porque debió ir con ustedes el jefe de la Gestapo.

-¿Quién? ¿Lange? -inquirí sorprendido-. El se quedó en el hotel.

-Eso fue lo que debía ocurrir -afirmó ella pensativa-. Justamente eso. Aunque aquella vez hicieron volar un furgón vacío. ¿De dónde han venido ustedes? ¿Es posible que Etienne haya ideado también a ustedes?

-A nosotros no nos ha ideado nadie -repliqué-. Estamos aquí por pura casualidad, sin que nuestra voluntad haya tomado parte en ello. Excúseme, pero es que yo no hablo muy bien el francés; me es difícil darme a entender. ¿Habla usted inglés?

-¿Inglés? -dijo asombrada-. Pero, de qué modo...

-Eso no se lo podría explicar ni en inglés. Tanto más que no soy inglés.

-Hello, madam -me interrumpió Martin-. Yo soy de los Estados Unidos. ¿Conoce usted la canción "El yanqui Doodle en el infierno... exclamó: ¡Qué frío!"?. Le aseguro, madam, que este infierno es más caliente.

Ella se rió:

-¿Qué podría hacer yo por ustedes?

-Quisiera mojar mi garganta seca -afirmó Martin.

-Vengan detrás de mí. En el guardarropa no hay nadie y yo dejé libre al portero. Ustedes son afortunados, señores.

Seguimos en pos de ella hasta dar con un guardarropa iluminado pobremente. Lo primero que noté fueron las capas y los quepis militares alemanes. Próximo al guardarropa había un cuarto pequeño sin ventanas con las paredes cubiertas por las páginas de revistas de cine. En su interior había dos sillas y una mesa con un libro de registro.

-¿Qué es esto? ¿Un hotel o un restaurante? -quise saber.

-Es un casino para oficiales.

Le miré el rostro por primera vez... y quedé helado, más bien, paralizado, petrificado como la mujer de Lot. Ella se puso tensa y en guardia:

-¿De qué se asombra? ¿Me conoce acaso?

-Esto es interesante -dijo Martin.

Yo seguía encerrado en mi mutis.

-Señores, ¿qué significa todo esto? -preguntó asombrada.

-Irina, no comprendo nada -dije en ruso.

¿Por qué Irina se encontraba aquí, en el sueño de otras personas y con un vestido de los años cuarenta?

-¡Dios mío, es ruso! -exclamó ella también en ruso.

-¿Qué haces aquí?

-Irina es mi seudónimo de la clandestinidad. ¿Cómo lo sabe?

-Yo no conozco ningún seudónimo de la clandestinidad, ni sé si tú lo tienes, solamente sé que hace una hora cenamos juntos en el hotel "Au Monde" en Paris.

-Se ha equivocado usted -afirmó ella, extraña y fría.

Me enfurecí:

-¿No me reconoces? Entonces, frótate los ojos.

-Pero, ¿quién es usted?

Yo no notaba ni la palabra "usted", ni el vestido antiguo, ni la situación revivida por recuerdos ajenos.

-Uno de nosotros se ha vuelto loco. ¿Olvidaste que llegamos juntos desde Moscú? -Yo empezaba ya a tartamudear.

-¿Cuándo llegamos?

-Ayer.

-¿En qué año?

Al oír su pregunta, quedé frío y con la boca abierta. ¿Qué podía responderle, si ella preguntaba una cuestión como esa?

-Yuri, no te sorprendas -me susurró Martin por detrás. El no comprendía nuestra conversación, pero suponía el origen de mi intranquilidad-. Esta no es ella, sino una bruja.

Ella nos seguía mirando, pensativa y taciturna.

-Es la memoria del futuro -afirmó ella con cierto misterio-. Es muy probable que él haya pensado en esto alguna vez. Posiblemente les haya visto a usted y a ella. ¿Se parece ella a mí? ¿Y se llama Irina? ¡Qué extraño!

-¿Por qué? -interpelé curioso.

-Porque tuve una niña que se llamaba Irina. Cuando ella tenía un año, en el 1940, Osovets se la llevó a Moscú. Ocurrió eso antes de la caída de Paris.

-¿Qué Osovets? ¿El académico?

-No, él era a la sazón un simple científico y trabajaba junto con Paul Langevin.

Una chispa de comprensión cortó las tinieblas de mi mente. Como ocurre a veces cuando uno, después de romperse la cabeza pensando en un problema, ve de pronto un rayo que insinúa, aunque débil e indefinidamente, la posibilidad de una solución.

-¿Y qué me puede decir sobre usted y su esposo?

-Mi esposo se trasladó con la embajada para Vichy. El abandonó Paris un poco más tarde y sin acompañantes. En la carretera que conducía a Vichy, detuvo su automóvil junto a una granja provincial, porque el agua del radiador hervía o porque simplemente quería beber agua, no lo sé. Lo que sí sé es que en ese mismo momento los alemanes bombardeaban la carretera

y él fue fulminado por una bomba de aviación... -Ella se sonrió tristemente: por lo visto ya se había resignado a su muerte-. Soy así, porque Etienne me imagina de ese modo; pero todo fue más terrible que lo que podía suponer.

Todo coincidía. Osovets no era todavía académico, pero trabajaba ya con Langevin. De eso yo estaba enterado. Posiblemente él educó a Irina y le dio a conocer la vida de la madre y la similitud física entre ambas. Lo que yo no comprendía era una cosa: ¿qué tenía que ver con todo esto el portero del hotel? Sin poder contenerme le pregunté sobre el particular. Ella se rió y repuso:

-Porque yo soy su imaginación. El seguramente está pensando en mí ahora. Estuvo enamorado de mí con locura; pero, a pesar de ello, me traicionó.

A mi recuerdo llegaron las palabras de Lange: "Traicionó a la mujer que adoraba, a la mujer que amaba sin ser correspondido". ¡Cómo quería traicionar! De ser así, todo esto sucedía antes de nuestro encuentro con la Gestapo, lo que significaba que en esta vida el sistema de referencia del tiempo era completamente diferente a la vida real. El tiempo de esta vida estaba mezclado como las cartas de la baraja.

-¿Desean comer algo? -preguntó igualmente que un humano.

-Quisiera beber algo -dijo Martin. Ella asintió, entornando levemente los como Irina, y sonrió. Hasta sus sonrisas idénticas.

-Espérenme aquí. Nadie vendrá, pero si osan entrar... Ustedes naturalmente no tienen armas. -Ella corrió una tabla de debajo de la mesa y sacó una granada de mano y una pequeña pistola browning-. No se rían, no es un juguete, es un arma real, efectiva; particularmente a corta distancia.

Y se retiró. Yo tomé la pistola browning y Martin, la granada.

-Ella es la madre de Irina -le dije a Martin.

-Cuanto más tiempo pasa, tanto más difícil se pone la situación. ¿De dónde salió ella?

-Juzgando por su afirmación, Etienne la ideó. Ella tomó parte en la Resistencia junto con él.

-Otro brujo -profirió Martin y escupió disgustado-. Yo les haría volar a todos. -Y se tocó el bolsillo.

-No te sulfures. Ellos son personas reales y no muñecos. Esto no es como Sand City.

-¡Personas! -repitió sarcástico Martin-. Estas saben que repiten la vida de alguien y hasta conocen el futuro... de las personas que duplican. ¿Viste la película "Drácula"? Es una película sobre los vampiros, que de día están muertos y de noche reviven. He ahí a tus personas. Temo que después de esta noche me tengan que poner la camisa de fuerza; si es que antes no me rompen la crisma. Sería interesante saber qué informarían los periódicos: "Fueron asesinados por individuos que vivían en el pasado del señor Lange. Fantasmas con armas". O algo por el estilo. ¿Qué opinas...?

-No hables tan alto -le interrumpí-; nos pueden oír. Hasta ahora el asunto no está tan malo: ya tenemos armas. Viviremos y veremos, como decimos en ruso.

Irina retornó. Seguía llamándola mentalmente Irina, por cuanto desconocía su nombre.

-No puedo traerles bebidas a este lugar -afirmó-, porque podría provocar sospechas. Mejor es que vayamos al bar. Todos están borrachos y dos huéspedes más no llamarán la atención. El camarero está ya prevenido. Pero dígale al norteamericano que no hable ni una sola palabra en inglés y que responda a todas las preguntas con las siguientes palabras en francés: "Me duele la garganta y no puedo hablar". ¿Cómo se llama usted?

-Martin.

-Bien, Martin, repita: "Me duele la garganta y no puedo hablar".

Martin repetía las palabras, en tanto que ella le corregía.

-Bien, así está mejor. Durante cuarenta minutos no les amenazará ningún peligro, pero luego vendrá Lange con su zapador y soldados. El bar tiene una escalera interior que lo une con una habitación superior donde juega ahora al bridge el general Baer. Debajo de su mesa hay una bomba de tiempo, y dentro de cuarenta minutos este edificio volará en pedazos.

-¡Mama mía! -exclamé-. Entonces debemos apresurarnos.

-No volará en pedazos -afirmó ella riéndose tristemente-. Etienne le informó de todo a Lange, yo seré atrapada arriba en la habitación de Baer, el zapador desarmará la bomba y Lange será ascendido a Sturmbahnführer. Después que él llegue, ustedes deben esperar aquí dos minutos y luego alejarse con calma.

Abrí la boca y la cerré de nuevo. Esta era la conversación digna de un manicomio. Pero ella continuó:

-No se sorprendan. Etienne no estaba aquí en aquellos momentos, pero Lange lo recuerda todo. El me buscó por todos los rincones e interrogó a todos los presentes. Tiene una memoria magnífica. Todo ocurrió tal como lo verán ahora.

La seguimos, esforzándonos por no mirarnos y no razonar nada. En todo esto no había nada racional.

Capítulo 21 - Cambiamos el pasado

En la primera habitación jugaban a las cartas. Se sentía el olor penetrante de las cenizas y el tabaco, y tanto era el humo disperso que no se distinguía nada. A ratos el humo se hacía más denso, luego se aclaraba, pero aun en aquellos momentos más traslúcidos todo vislumbrábase extrañamente deformado. Las cosas perdían la forma, diluíanse, contraíanse como si la configuración de este mundo no se sometiera a las leyes geométricas de Euclides. Aparecía una mano larga como un esquí sosteniendo entre los dedos la carta, en tanto que voces roncas gritaban: "Cinco y cinco más... paso... abro...". De repente esa imagen era cortada, bien por una bandeja en la que se balanceaba una botella de coñac y cuya etiqueta -que se extendía como las imágenes de la televisión- mostraba un rostro con bigotes, o bien tomaba posteriormente el aspecto de un cartel abigarrado con las letras: "VERBOTEN! VERBOTEN! VERBOTEN!". En el cartel empezaron a surgir cabezas grises sin rostros, mientras que una voz repetía en medio del humo: "Treinta minutos... treinta minutos..." Las cartas susurraban como hojas al viento. La luz se hizo más densa y el humo hería los ojos.

-¡Irina! -llamé. Ella se dio la vuelta.

-Yo no soy Irina.

-Da igual. ¿Qué es esto? ¿La habitación de la risa?

-No le comprendo.

-¿No recuerdas la habitación de la risa en el parque de cultura de Moscú? ¿Los espejos que distorsionaban las imágenes?

-No -respondió sonriéndose-. Lo que ocurre es que ninguna persona puede recordar las situaciones con toda la exactitud y con todos sus detalles. Etienne trata de recordarlos. Lange, por otra parte, sólo tiene visiones discontinuas y no piensa en los detalles.

Yo seguía sin comprenderla. Más bien, discernía de su pensamiento pequeñas ideas, aunque no completas.

-Esto parece un sueño -afirmó Martin confuso.

-Están trabajando las células de la memoria de dos personas. -Yo trataba de encontrarle alguna explicación-: Las representaciones de esas dos personas se materializan, entran en conflicto y se suprimen una a otra.

-Eso es un buen embrollo -manifestó él.

Entramos en el bar. Este se encontraba separado de la sala por una cortina de bambú colgada del techo. Los oficiales alemanes, de pie ante la barra, bebían sombríamente. No había sillas. Unas parejas se besaban en el largo diván junto a la pared. Pensé que Lange debió de recordar muy bien esta escena. Ninguno de sus personajes nos miró. Irina le susurró unas palabras al camarero y desapareció tras el alféizar en donde se notaba una escalera que ascendía al otro piso. El camarero, en silencio, colocó ante nosotros dos copas de coñac y se alejó. Martin probó el coñac.

-Es real -dijo y se lamió los labios.

-Shh... -le susurré-, no eres norteamericano, sino, francés.

-"Me duele la garganta y no puedo hablar" -repitió él y me guiñó un ojo.

Pero nadie nos escuchaba. Miré mi reloj: Lange debía aparecer dentro de quince minutos.

De pronto, en mi mente surgió una idea: si Lange no llegara a la habitación superior y el zapador no lograra desarmar la bomba, entonces el general Baer y su camarilla volarían en pedazos a la hora destinada. ¡Qué interesante! Lange vendrá con un soldado y un zapador. Es probable que el zapador llegue desarmado y que el soldado se coloque en el alféizar de la puerta que conduce a la escalera. ¡Hay posibilidades!

Le susurré a Martin mi plan. Este asintió. No existía ningún peligro de que los oficiales del bar intervinieran en la lucha, porque éstos apenas se podían mantener en pie. Algunos roncaban ya en el diván. Las parejas de enamorados habían desaparecido. En una palabra, la situación era óptima.

Transcurrieron diez minutos más. Un minuto, dos minutos, tres... Quedaban sólo segundos. En ese momento apareció Lange, pero éste no era aquel Lange que conocíamos, sino el Lange de un tiempo anterior, sin ser ascendido aún a sturmbahnführer. Deduje que si él recordaba este episodio, significaba que nosotros no habíamos participado en él, por lo que estábamos fuera de peligro. Sus actos estaban programados por la memoria: desarmar la bomba y prevenir la catástrofe. Él llegó acompañado de un soldado de edad avanzada que usaba lentes y por un joven miembro de la Gestapo armado con un automático. Entró rápido, sin detenerse, miró mordazmente a los oficiales soñolientos que miraban meditabundos el coñac y empezó a subir apresurado por la escalera junto con el zapador. El soldado, tal como nos lo habíamos imaginado, se situó en la puerta que conducía a la escalera. En ese segundo Martin dio unos pasos hacia él y, sin agitar el brazo, le pegó un golpe en el entrecejo y lo derribó, quitándole el automático antes de que éste tuviese tiempo de caer al suelo. Yo, sosteniendo la pistola browning en el puño, corrí por la escalera hacia arriba en pos de Lange, que se dio la vuelta.

-¡Al suelo, Yuri! -gritó Martin a mi espalda.

Me tiré al suelo y sentí las balas cruzar sobre mí y cortar los cuerpos de Lange y del zapador. Todo ocurrió en fracciones de segundo. Desde el bar no apareció nadie.

"Irina", en cambio, se presentó en lo alto de la escalera, miró hacia abajo y, después de unos segundos, empezó a descender la escalera cruzando por entre los cadáveres de los alemanes.

-¿No oyó nadie los disparos? -la interrogué, señalando hacia arriba.

-Nadie, excepto yo. Ellos están tan ensimismados en el juego, que no oyen ni las explosiones. -Ella tembló de repente y se llevó las manos a la cara-: ¡Dios mío! ¡No desarmaron la bomba!

-Tanto mejor -afirmé-. Deja que vuelen todos al infierno. Huyamos.

Ella seguía sin comprender:

-Pero, es que no fue eso lo que ocurrió en realidad.

-Así será ahora. -La agarré por el brazo e inquirí-: ¿Hay otra salida?

-Sí.

-Entonces, señálanos el camino.

Moviéndose como una sonámbula, nos condujo a una calle oscura. Martin, empleando el mismo método, puso fuera de combate al soldado de la puerta.

-Este es el cuarto -dijo-, y ni siquiera utilizamos la granada.

-Este es el quinto -le corregí-. La cuenta tuya empezó en la Antártida.

-Ahora las "nubes" tendrán que comenzar a crear un paraíso para las copias.

Cambiábamos palabras corriendo. Huíamos en la oscuridad por el medio de la calle con rumbo desconocido. Se oyó una explosión a nuestras espaldas y un haz de chispas se dispersó por el cielo. Por un instante los enormes ojos de "Irina" brillaron frente a mí. Sólo ahora me di cuenta de que esta "Irina" no usaba espejuelos.

Una sirena aulló a distancia. Cerca de nosotros se oyó el motor de un camión. Luego otro.

Las llamas del incendio iluminaban levemente la calle.

-¿Cómo es posible? -interrogó ella-. Entonces, ¿yo estoy viva? ¿Es ésta otra vida y no aquélla?

-Sí, ahora esta vida se desarrolla independientemente y de acuerdo con las leyes del tiempo, porque nosotros la hemos cambiado -le respondí y, con goce maligno, le propuse-: Ya puedes saldar cuentas con Etienne.

La sirena aullaba con más fuerza. Los camiones oíanse ya cerca de nosotros. Miré a mi alrededor: Martin no estaba.

-¡Don! -llamé-. ¡Martin!

Nadie respondió. Entramos en el patio de una iglesia por una portezuela que estaba abierta. Tras la portezuela, la oscuridad se escondía temerosa, no herida aún por las luces del incendio.

-¡Ven! -susurró "Irina", mientras me agarraba por la mano. La seguí y, de pronto, la oscuridad comenzó a disiparse, descendiendo lentamente por una escalera que apareció frente a nosotros. Alguien estaba sentado en su escalón superior.

Capítulo 22 - La isla de la salvación

Al observar con más atención a ese alguien reconocí a Zernov.

-Boris Arkádievich, ¿es usted? El se dio la vuelta:

-¿Anojin? ¿De dónde viene usted?

Me llegó a la memoria la canción de Martin:

-"El Yanqui Doodle, en el infierno... exclamó: ¡Qué fríO!". Pero, ¿dónde está Martin?

-Lo ignoro -respondió Zernov-. Estoy solo.

-¿Y dónde estamos ahora?

Él se sonrió:

-¿No reconoces el interior? Nos encontramos en el hotel "Au Monde", en el segundo piso. Vine a parar a este lugar cuando el furgón carcelero nos lanzó al aire. A propósito ¿qué sucedió allí?

-Parece que alguien tiró una bomba por debajo de las ruedas.

-Tenemos mucha suerte -afirmó Zernov-. No en vano dudaba de que la horca de la Gestapo fuese resistente. Aunque, hablando con sinceridad, no debemos jugar de nuevo con el destino. Por eso estoy sentado aquí desde aquel momento y temo moverme del sitio; es como la isla de la salvación. A nuestro alrededor impera un ambiente familiar, y no hay fantasmas. Así que siéntese y cuénteme sus aventuras-. Se echó a un lado cediéndome sitio.

Mi relato, pese a los acontecimientos inesperados, no produjo en Zernov gran impresión. Me escuchó en silencio, sin preguntar nada. Entonces, inquirí:

-¿Vio usted la película de Fellini "Julieta y los espectros"?

A pesar de que mi pregunta encerraba ciertos argumentos e ideas debatibles, Zernov no se sorprendió de ella, ni expresó nada. Permaneció en silencio esperando que yo continuara. Y tuve que continuar:

-A mi juicio, las "nubes" y Fellini tienen una visión análoga del mundo: una pesadilla surrealista. Todo está dirigido al interior. Toda la realidad es sólo la proyección de los pensamientos de alguien, de la memoria de alguien. ¡Qué lástima que no haya visto aquel casino de St. Dizier! Las cosas estaban disgregadas, rotas en fragmentos, deformadas. Los detalles se veían nítidamente, mas las proporciones estaban distorsionadas. ¿Recuerda usted, cómo en el mundo real de Fellini se entrometía el mundo incoherente de lo subconsciente? Estoy buscando la lógica de todo esto, pero no la encuentro.

-Tonterías -replicó Zernov-. Usted, simple y llanamente, no está habituado a los análisis y no ha sabido unir las partes de lo observado. El ejemplo de Fellini está fuera de lugar. ¿Qué relación puede existir entre el cine o el arte en general y todo esto? Ellas copian las memorias

por motivos que no son estéticos. Y, posiblemente, ni el mismo Dios podría crear unas copias tan exactas.

-¿Copias de qué? -le interrumpí.

-Copias de la vida psíquica de algunos huéspedes del hotel "Au Monde".

-¿De qué huéspedes? Estos son cien personas; sin embargo, nosotros fuimos lanzados a ese estiércol líquido del pasado de un oficial de la Gestapo y del portero. ¿Por qué precisamente estos dos? ¿Qué representan esos dos individuos? ¿Dos ejemplos de vileza o simplemente dos gotas fortuitas de la memoria humana? ¿Y qué es precisamente lo que se copia? ¿El éxtasis del pasado o el remordimiento de la conciencia? Mas, ¿cuál puede ser el remordimiento de un oficial de la Gestapo o de un traidor? ¿Por qué, pues, nos permitieron meter las narices en los recuerdos ajenos? ¿Para qué ligaron a Irina con su madre y por qué este contacto resultó ser unilateral? Si es copiada la vida dictada por el recuerdo de alguien y nos permiten cambiar esa vida, entonces, ¿qué clase de copia es ésa, que no repite las pautas de su original? La madre de Irina salva su vida, Lange es muerto por la ráfaga de un automático y Etienne, seguramente, será ajusticiado por sus compañeros. Y todo eso, ¿para qué? ¿En nombre de la justicia suprema realizada con nuestra ayuda? Lo dudo: eso no es ya una copia, sino la creación de un nuevo mundo. ¿Qué es lo real en esa copia y qué es lo falso? ¿Por qué nos encontramos con ráfagas de los automáticos y con balas reales, mientras que se puede penetrar por las paredes de las casas? ¿Por qué al lado de la gente real aparecen estos espectros surrealistas del casino? ¿O la única realidad en esa copia soy yo, que existo en algún lugar, en tanto que el resto es un espejismo, una proyección de sueños y recuerdos? ¿Recuerdos de quién? ¿Qué relación existe entre todo eso y la memoria de Lange? ¿Para qué ligar lo invinculable? ¿Por qué para establecer contacto con nosotros es necesario unir el pasado con el presente- y, además, pasado ajeno- y luego transformarlo? Hay millones de "¿por qué?" y "¿para qué?", pero ni un solo gramo de lógica.

Expuse rápido mi idea y callé. La niebla rosada se arremolinaba sobre nuestras cabezas, en tanto que hacia abajo, por la escalera, se tornaba paulatinamente cada vez más densa, adquiriendo matiz purpúreo. A metro y medio hacia abajo no se distinguía nada. Conté nada más que seis escalones: el séptimo se ahogaba ya en el humo rojo. Tuve la impresión de que este humo retrocedía, dejando al descubierto los escalones mellados de la escalera.

-La niebla continúa flotando -afirmó Zernov al atrapar mi mirada-. Permanezcamos aquí, mientras no nos toquen. Respecto a sus "¿por qué?" hay también su "por tal o cual razón". Aunque usted mismo lo podría contestar, después de que haya razonado con calma. Bien. En primer lugar: ¿qué se copia? No sólo la memoria, sino también la psiquis, los pensamientos, los deseos, las evocaciones y los sueños. Los pensamientos, como sabrá muy bien, no son siempre lógicos; las asociaciones no son siempre comprensibles y los recuerdos nunca surgen en sucesión cronológica. Siendo así, no se sorprenda de la naturaleza fragmentaria de lo visto o de su desarrollo caótico; porque eso no es una película. La vida revivida con la ayuda del recuerdo no puede presentarse de otra forma. Trata de recordar algún día memorable de su pasado. Rememórelo en sucesión cronológica, desde la mañana hasta la noche. ¿Lo podrá hacer? No, no podrá hacerlo jamás. Usted no logrará desarrollar en la mente un cuadro sucesivo y coherente, pese a todos los esfuerzos y vehemencias por hacerlo factible. Siempre quedará olvidado algo; unas cosas las recordará claramente, otras, de modo borroso. Unos recuerdos se escaparán de su mente y usted tratará con ansiedad de atrapar esos recuerdos confusos y fugitivos; pero en vano. Y, sin embargo, esto es vida. Puede ser borrosa e ilógica, mas no es inventada: es real. Aunque exista la falsa.

Sin comprenderle, inquirí:

-¿La falsa? ¿Por qué la falsa?

-La imaginada -aclaró él-. Aquella que podemos crear con la ayuda de los antojos o sueños o simplemente de las suposiciones. Por ejemplo, uno puede recordar lo leído en un libro o lo visto en el cine, figurarse héroe de esta vida imaginaria creada por otro y tomarla por una realidad; o, puede crear fantasías, es decir, inventar o idear algo. Por suerte usted y yo, hasta

el momento, no hemos caído en esa vida, si es que se puede llamar vida. Hasta el momento... -repitió pensativo-; porque esa posibilidad no está excluida. ¡No, no está excluida! Observe cómo flota...

La niebla roja retrocedía lentamente hacia los peldaños inferiores de la escalera. Suspiré:

-Hoy ha permanecido mucho tiempo en el aire. Y el silencio es bastante extraño. Preste atención: no se oye nada...

Zernov no respondió. Luego, tras breves segundos, expuso la idea que le inquietaba:

-Lo más curioso de todo esto es que nos dejan el campo libre para actuar y no se entrometen ni nos controlan; para que comprendamos.

-Martin y yo no comprendimos nada -le dije-. Hasta el momento no comprendo por qué nos permitieron alterar la copia.

-¿No acierta a ver en ello un experimento? Ellas estudian, prueban y combinan. Exponen la memoria de alguien y crean un cuadro del pasado. Ahora bien, esto no es una película, sino el curso de una vida. El pasado da la impresión de transformarse en presente y de darle forma al futuro. Siendo así, si se introdujeran nuevos factores en el presente, el futuro cambiaría indefectiblemente. ¡He ahí el quid de la cuestión! Nosotros somos ese nuevo factor, la base del experimento. Con nuestra ayuda reciben dos exposiciones de un mismo cuadro y de ese modo pueden compararlas. ¿Cree usted que comprenden todo de nuestra conducta? De seguro que no. Esa es la razón por la que realizan continuamente experimentos, uno tras otro.

-Sí, y mientras tanto nosotros somos los que sufrimos -le dije.

Parecía que la niebla se despejaba. Zernov también lo notaba.

-¿Cuántos escalones logra usted contar? -interrogó.

-Diez -repuse.

-Antes podíamos contar seis. El resto de los escalones se perdía en una mezcla rojiza. Me fastidia ya esta "isla de la salvación". Me duele la espalda. ¿No cree que deberíamos arriesgarnos... a entrar en mi habitación? Allí descansaríamos, por lo menos, como personas.

-Mi habitación está situada un piso más alto.

-Vayamos a la mía, que está más cerca-. Zernov señaló una puerta próxima, ahogada aún en el humo rojo-; ¿Nos aventuramos?

-Sí.

Nos introdujimos en la neblina roja y nos aproximamos cuidadosamente a la puerta. Zernov la abrió y entramos.

Capítulo 23 - Desafío

Pero la habitación no existía: ni techo, ni paredes, ni piso. En su lugar se extendía un camino ancho, cubierto por un polvo gris. Todo a nuestro alrededor tenía el mismo matiz gris: los arbustos que colindaban con el camino, el bosque detrás de los arbustos, todo deforme y grotesco como en los dibujos de Gustavo Doré, y el cielo que se cernía sobre el bosque y por el que se deslizaban nubes sucias y desgreñadas.

-Cruzamos el Rubicón -dijo Zernov, mirando hacia los lados-. ¿Dónde hemos caído?

El camino se bifurcaba: hacia la derecha, contorneaba una pequeña colina y se hundía en un río no visible; hacia la izquierda, cruzaba por detrás de un roble enorme, también gris, como si hubiera sido embadurnado con polvo de grafito. Desde esa dirección, nos llegaba la melodía interpretada por una flauta de pastores o, más bien, por un caramillo infantil. Deduje esto último por los sonidos primitivos y monótonos del latoso y triste estribillo.

Echamos a andar en esa dirección y logramos ver una procesión inimaginable. Eran unas decenas de niños de edad escolar vestidos unos con camisas hasta las rodillas, otros, con pantalones. Llevaban unos trajes absurdos y gorros cónicos adornados con pinceles. Delante de la procesión iba un hombre desgreñado, vestido de igual modo. Sobre sus medias largas de lana llevaba puestos unos zapatos ordinarios con hebillas de hojalata. Tocaba con su flauta

una canción que hipnotizaba a los niños. Hipnotizar es la palabra precisa, porque los niños se movían soñolientos, taciturnos y sin mirar hacia los lados, mientras que el guía continuaba tocando su instrumento a paso de soldado y levantando el polvo gris del camino.

-¡Eh! -grité, cuando la procesión llegó hasta nosotros.

-Deténgase -me rogó Zernov-. Esto es un cuento.

-¿Qué cuento?

-El cuento del flautista de Hamelin. ¿No lo recuerda?

A la distancia, en el recodo del camino que contorneaba el bosque deforme, divisábanse los techados góticos de una ciudad medieval. Y los niños, hipnotizados por la flauta encantada, pasaban sin detenerse y se alejaban cada vez más hacia adelante.

Intenté atrapar al último niño de la procesión, descalzo y con pantalones andrajosos, pero choqué contra una cosa desconocida y caí sobre el camino.

Ninguno se dio la vuelta.

-Este es un polvo muy raro -afirmé, mientras me sacudía-, pues no deja huellas.

-Quizás no haya ningún polvo, ni camino alguno -dijo Zernov sonriéndose, y agregó-: Esta es una vida falsa. ¿Recuerda lo que hablamos?

El pensamiento que me había torturado durante largo rato, me dio, al fin, la solución.

-¿Sabe usted por qué todo esto tiene el color gris? Porque éste es el sombreado, con lápiz o pluma, de la ilustración de un cuento infantil. Sombreado y esfumación, sin ningún color. Es la ilustración de un libro para niños.

-Hasta sabemos de que libro. ¿Recuerda usted al cura y a la niña del hotel?

No respondí: algo cambió repentinamente. La flauta calló. Su sonido fue reemplazado por el ruido lejano de cascos de caballos que trotaban por el camino. La niebla roja y familiar ocultó los arbustos. A poco, se disipó y los arbustos aparecieron verdes. El bosque desapareció y el camino descendía ahora por una pendiente adornada de viñedos a ambos lados. Más allá, hacia la lejanía, justamente como en Crimea, azuleaba el mar. Todo había adquirido su color: el cielo azul, que surgía tímido entre las nubes, la arcilla roja entre las rocas y la yerba amarilla y seca por los rayos implacables del sol. Hasta el polvo del camino había adoptado su tono natural.

-Alguien se acerca galopando -dijo Zernov-. El espectáculo no ha concluido aún.

Por el recodo del camino se hicieron visibles tres jinetes. Galopaban en fila y tras el último corrían dos caballos ensillados. La cabalgata se detuvo junto a nosotros. Los tres tenían puestas diferentes corazas e iguales jubones con botones de cobre. Sus botas de montar, enrojecidas por el uso, estaban cubiertas con un barro gris.

-¿Quiénes son ustedes? -interrogó en mal francés el jinete de mayor edad. Sus barbas de una semana se extendían por el rostro. Con su coraza y su espada sin vaina uncida a la cintura, asemejábase a un individuo salido de una novela histórica.

¿"Qué siglo será éste? -me pregunté mentalmente-. ¿Será acaso el de los tiempos de la Guerra de los Treinta Años? ¿Quiénes serán estos individuos? ¿Soldados de Wallenstein o de Carlos XII? ¿No serán acaso jinetes suizos que andan por Francia? ¿En qué Francia? ¿En la Francia anterior o posterior a Richelieu?".

-¿Son ustedes papistas? -inquirió el jinete.

Zernov se echó a reír: el aspecto de este jinete era verdaderamente cómico para nuestros días.

-Nosotros no tenemos ninguna creencia -replicó él en buen francés-. No somos ni cristianos. Somos ateístas.

-Mi capitán, ¿qué dice ese señor? -quiso saber el jinete más joven. Hablaba en alemán.

-Ni yo le entiendo -le explicó el de mayor edad en alemán-. Sus trajes son extraños, como los que llevan los bufones en la feria.

-Capitán, ¿y si nos hemos equivocado? Puede ser que no sean ellos, ¿no cree?

-¿Y dónde piensas que podríamos encontrar a los otros? Deja que Bonnville se las arregle como pueda-. Y dirigiéndose a nosotros agregó en francés-: Vengan con nosotros.

-Yo no sé -repuso Zernov.

-¿Qué no sabe?

-No sé montar a caballo.

El jinete se echó a reír y tradujo al alemán.

Ahora reían todos: "¡No sabe! ¡Ja, ja, ja! ¡Posiblemente es un doctor!"

-Colóquenlo en el medio. Ambos se colocarán a su lado para que no se caiga. ¿Y tú? -inquirió él dándose la vuelta hacia mí.

-No deseo ir a ninguna parte -repuse.

-¡Yuri, no discuta! -me gritó en ruso Zernov. El ya estaba encima del caballo, agarrado al arzón de la silla-. Acéptelo todo y alargue lo más posible el tiempo.

-¿En qué idioma están hablando? -quiso saber el jinete, agresivo-. ¿En gitano?

-En latín -repuse iracundo-. Dominus vobiscum. ¡Vámonos!

Y salté sobre la silla. Esta no era inglesa, moderna, sino antigua, de forma que yo no conocía y con incrustaciones de cobre a los lados. Esto no me turbó: yo había aprendido a montar a caballo en el equipo deportivo de nuestro instituto, donde nos enseñaban un poco de cada elemento del pentatlón moderno. Una vez, cierto valiente se impuso llevar con rapidez un parte. Venció todos los obstáculos que surgieron ante él: galopó, corrió, cruzó un torrente tempestuoso, disparó y peleó con espadas. Naturalmente, no todos los del grupo resultamos ser tan valientes como él, pero aprendimos algo de todo. Mi talón de Aquiles consistía en la dificultad para vencer obstáculos. "Si aparece ahora una zanja o una cerca no podré saltarla" pensé temeroso. Pero no tuve tiempo para meditar. El jinete de bigotes negros fustigó mi caballo y nos lanzamos hacia adelante, alcanzando a Zernov y a sus dos guardianes laterales. Su rostro estaba más blanco que el papel: ¡No faltaba más! ¡Era la primera vez que montaba a caballo y lo llevaban a galope rabioso! Galopábamos en silencio uno al lado de otro. El jinete de bigotes negros no apartaba de mí la vista. Oía los golpes de los cascos de mi caballo, sentía su respiración pesada, su cuello caliente y la resistencia ligera de los estribos. No, ésta no era una ilusión, no era un engaño de la visión, sino una vida real, una vida ajena en otro espacio y tiempo; vida que nos absorbía, como absorbe el pantano a sus víctimas. La cercanía del mar, la humedad cálida del aire, la serpentina pedregosa del camino, los viñedos en los declives de nuestra ruta, los árboles desconocidos de hojas anchas y largas que fulgían al sol como barnizadas, los asnos que tiraban de las carretas de dos ruedas chirriantes; en las villas, casas de piedra de un solo piso con ventanitas micáceas y de cuyos techos pendían pimientos para el secado, las esculturas rústicas de madonnas junto a las fuentes, los hombres de torso bronceado y vestidos con pantalones desgarrados, que apenas les llegaban a las rodillas, las mujeres con vestidos hechos a mano y los niños completamente desnudos: todo esto evidenciaba que nosotros nos encontrábamos en una región sureña, probablemente de Francia, pero de Francia no actual.

Nuestro galope duró dos horas. Por suerte, sin obstáculos, a excepción de los pedregones en el camino, restos del despeje del mismo a causa del corrimiento de tierras. Una pared blanca de dos metros de altura nos cortó el camino. La pared contorneaba un bosque o parque y se extendía a varios kilómetros, pues el final no se veía. Allí, donde la pared se dirigía hacia el norte perpendicularmente al mar, nos esperaba un hombre vestido con el mismo traje de máscaras de nuestros acompañantes, de un terciopelo que una vez fue verde, con las botas de montar rojas por el uso, como las de nuestros acompañantes, y con un gorro sin plumas, pero adornado con una hebilla de cobre brillante. Llevaba su brazo derecho en un cabestrillo hecho de trapos -quizás de una camisa vieja- y en el ojo derecho, una cinta negra. Su rostro me parecía familiar. Aunque no era eso lo que me inquietaba, sino la espada que pendía del cinturón. No acertaba a comprender de qué siglo había surgido este D'Artagnan, más parecido, sin embargo, a un espantajo que al héroe predilecto de nuestra infancia.

Los jinetes, presurosos, apearon a Zernov del caballo. Este, incapaz de sostenerse sobre sus piernas, cayó de bruces sobre la yerba del camino. Quise ayudarle, pero la mirada severa del tuerto me detuvo.

-¡Levántese! -ordenó a Zernov-. ¿No puede levantarse?

-No puedo -respondió gimiendo Zernov.

-¿Qué hacer con usted? -inquirió pensativo, y se dio la vuelta hacia mí-. Estoy seguro de que le he visto en algún lugar.

Ipso facto, le reconocí: era Mongeusseau, el interlocutor del director de cine italiano en el restaurante del hotel. Mongeusseau, el floretista y espadachín, el campeón Olímpico y la primera espada de Francia.

-¿Dónde los encontró? -le preguntó al de bigotes negros.

-En el camino. ¿No son ellos?

-¿Acaso no lo ve? ¿Qué hacer con éstos? -repitió pensativo-. Con éstos no seré ya Bonnville.

Una nubécula roja surgió sobre el camino. De ella apareció primero una cabeza y tras ella, un individuo vestido con un pijama negro de seda. Reconocí al director Carresi.

-Usted es Bonnville y no Mongeusseau -afirmó él. Sus labios y sus mejillas hundidas temblaban con desesperación cuando habló-. Usted es una persona de otro siglo, ¿comprende?

-Tengo mi propia memoria -prorrumpió el tuerto.

-Entonces, apáguela, desconéctela. Olvídese de todo lo que no tenga relación con la película.

-¿Y acaso ellos tienen relación con la película? -preguntó el tuerto, en tanto que hacía un gesto en dirección a nosotros-. ¿Lo previo usted?

-No, naturalmente. Esta es la acción de una voluntad ajena. Soy impotente para retirarlos. Pero usted, Bonnville, sí puede...

-¿Cómo?

-Como un héroe de Balzac que creara libremente la trama. Mi pensamiento sólo le dirige. Usted es el dueño de la trama. Bonnville tiene un enemigo a muerte: Savari. Esto lo determina todo. Pero recuerde bien: ¡sin la mano derecha!

-Como zurdo no me permitirán ni tomar parte en los concursos.

-Como zurdo, a Mongeusseau, en nuestra época, no le dejarían participar en los concursos. Pero usted es el zurdo Bonnville que vive en otro tiempo y combatirá con la mano izquierda.

-Combatiré como un escolar.

-No, combatirá como un tigre.

La niebla se espesó nuevamente, se tragó al director y se disipó. Bonnville se dio la vuelta hacia los jinetes.

-Tírenlo a través de la pared -les dijo, señalando con un gesto a Zernov, que yacía sobre la yerba-. Dejen que Savari mismo lo cure.

-¡Esperad! -grité.

Pero la aguda espada de Bonnville me tocó el pecho.

-Preocúpese de su propio pellejo -pronunció él en tono aleccionador.

Zernov, sin dar un solo grito, voló por encima de la pared.

-Asesino -proferí.

-No le ocurrirá nada -afirmó sonriendo Bonnville-: de aquel lado la yerba llega a la cintura. Pronto se levantará. Nosotros, en cambio, no perderemos el tiempo en vano. Defiéndase-, y levantó su espada.

-¿Contra usted? Tiene gracia.

-¿Por qué?

-Porque usted es Mongeusseau, el campeón de Francia.

-Se equivoca. Soy Bonnville.

-No trate de engañarme. Oí la conversación que tuvo con el director.

-¿Con quién? -inquirió sin comprender.

Le miré a los ojos: no fingía, realmente no entendía nada.

-Eso se lo ha figurado usted.

Era inútil discutir, pues ante mí se encontraba un fantasma privado de memoria propia. Por

él pensaba el director.

-¡Defiéndase! -repitió severo. Le di la espalda:

-¿Cuál es la razón? ¡Ni pienso en ello!

La punta de su espada se clavó en mi espalda, pero no profunda, sino levemente, penetrando en la cazadora, aunque sentí su punzonada. Lo más importante era que yo no dudaba ni un solo instante de que la espada me habría atravesado en el caso de que él hubiera clavado con más fuerza. Ignoro la actitud que hubiese tenido en mi lugar otra persona, pero a mí, personalmente, no me atraía el suicidio. Porque combatir contra Mongeusseau significaba también una muerte segura. Pero no era Mongeusseau el que empuñaba la espada, sino el zurdo Bonnville. ¿Qué tiempo le podría resistir? ¿Un minuto, dos?

-¿Se va a defender? -volvió a preguntar él.

-No tengo espada.

-¡Capitán, entréguele su espada! -ordenó.

El de bigotes negros, algo retirado de nosotros, me tiró su espada, la que atrapé por su empuñadura.

-¡Qué bien! -me elogió Bonnville.

La espada era ligera y aguda como una aguja y carecía del familiar guardapuntas, que ordinariamente cubre el filo de las armas de deporte. Pero tenía, en cambio, una guarnición esférica, pulida, que protegía mi mano. Su empuñadura era también cómoda. Agité su hoja en el aire y oí el silbido que producía, el cual me trajo a la memoria aquellos días en que practicaba esgrima con mi equipo.

-L'attack de droit -dijo Bonnville.

Traduje mentalmente: "ataque por la derecha". Bonnville me advertía irónicamente su plan de ataque. Y en ese mismo instante, atacó.

Lo rechacé.

-Parré -dijo. En el idioma de los esgrimistas significaba que me felicitaba por la brillante defensa.

Retrocedí un poco protegiéndome con mi espada que era más larga que la de Bonnville, lo que me daba ventajas en la defensa. Traté de recordar los consejos de mi instructor de esgrima: "No te dejes engañar; si él retrocede, tu florete cortará el aire. No ataques antes de tiempo". Le hice creer que pasaba a la defensa. Saltó como un gato y lanzó esta vez la estocada por la izquierda:

Lo rechacé de nuevo.

-Perfecto -subrayó Bonnville-. Usted posee intuición. Su suerte radica en que yo ataco con la mano izquierda; de hacerlo con la derecha, estaría en estos momentos transformado en cadáver.

Su hoja, semejante a una antena fina, se acercaba de nuevo, oscilando, como si buscara algo. Sí, buscaba la ventanita abierta que pudiera aparecer en mi defensa. Nuestras hojas parecían llevar una conversación silenciosa. La mía parecía decir: "No lo lograrás; yo soy más larga. Si te inclinas, te alcanzaré". La de él parecía decir: "No te escaparás. ¿Observas cómo se acorta la distancia? Ahora atraparé tu brazo". La mía: "No tendrás tiempo para ello. Ya pendo sobre ti: soy más larga". Pero Bonnville superó el tamaño de mi espada y, rechazándola, dio una relampagueante estocada que atravesó mi chaqueta y rozó el cuerpo. Bonnville frunció el entrecejo.

-Despojémonos de los jubones -propuso y dio un paso atrás.

Sin moverme de mi sitio, tiré la chaqueta al suelo y quedé en camisa. Me sentí más libre, pero también más indefenso.

En nuestras competiciones deportivas, usábamos habitualmente una cazadora especial, forrada con un hilo fino de metal. El contacto de la punta del florete con el metal, se registraba por un aparato eléctrico especial.

Ahora, la punta era real. Podía penetrar en la carne viva, perforar las arterias, herir gravemente y hasta matar. En verdad, si hacemos caso omiso de la maestría del esgrimista,

nuestra situación era análoga, porque las espadas podían herir igualmente y nuestras camisas se abrían por igual al encuentro de la hoja mortal. Pero, ¡qué diferente era mi simple camisa rayada de su camisa de seda blanca, copia de aquella con la cual se interpreta el papel de Hamlet!

Las espadas se cruzaron de nuevo. A la sazón recordé otro consejo de mi instructor: "No ataques antes de tiempo. Espera que el contrario pierda, por un instante, el sentido de la distancia. Espera que abra su defensa". Pero Bonnville no se abría. Su espada oscilaba ante mí como una avispa presta a picar. Pero yo retrocedía y la rechazaba. Por suerte para mí, él utilizaba la mano izquierda: yo podía anticiparme a sus movimientos.

Bonnville, como adivinando mi pensamiento, dijo:

-Con la mano izquierda sólo coso las botas. ¿Desea ver mi derecha?

Se despojó del cabestrillo y empuñó rápido la espada. Esta fulguró, rechazó la mía y se me clavó en el pecho.

-Así es como se hace -afirmó orgulloso, pero, antes de que tuviera tiempo de seguir hablando, alguien invisible le recordó:

-¡Use la izquierda, Bonnville! ¡Use la izquierda! ¡Y deje a un lado la derecha!

Bonnville cambió de mano la espada. La mancha roja de mi pecho se ensanchaba.

-Pónganle un vendaje -pidió.

Me quitaron la camisa y con ella vendaron mi pecho. La herida no era profunda, pero sangraba profusamente. Flexioné mi brazo derecho: no me dolía. Yo podía aún ganar tiempo.

-¿Dónde estudió usted? -inquirió Bonnville-. ¿En Italia?

-¿Por qué piensa eso?

-Por su manera italiana de defenderse. Sin embargo, eso no le ayudará.

Me sonreí y apenas tuve tiempo de retenerle: atacó por la derecha, flexioné levemente las rodillas y su espada sólo me rozó el hombro; la repelí hacia arriba y di a la vez una estocada certera.

-Bravo, bravo -dijo él.

-Usted está sangrando de la mano.

-No es nada de cuidado.

Y de nuevo ante mi pecho osciló su espada. La repelía y retrocedía, sintiendo cómo se helaban los dedos de mi mano que apretaban la empuñadura.

-Bonnville, no alargues el tiempo -dijo la voz invisible-. Ya no habrá repetición.

-No habrá nada -replicó Bonnville y dio un paso hacia atrás, dándome el descanso esperado-. Yo no lo puedo vencer con la mano izquierda.

-Entonces, él le vencerá. Cambiaré así el tema. Pero, Bonnville, usted es un superhombre, tal como yo lo ideé. ¡Atrévase!

Bonnville, de nuevo, avanzó hacia mí.

Ante mí había de nuevo un robot que lo olvidaba todo, exceptuando su supertarea. Sentí de pronto que mi espalda tocaba ya la pared. No podía retroceder. "¡Llegó mi final!" pensé desesperanzado.

Su espada chocó nuevamente contra la mía, retrocedió ligeramente y regresó recta a mi garganta para clavarse sin piedad. No experimenté dolor alguno, excepto el borboteo de algo en mi garganta. Las rodillas se me doblaron, traté de sostenerme con la espada, pero ésta cayó de mis manos. Lo último que oí fue una exclamación que parecía venir de otro mundo:

-¡Liquidado!

Cuarta parte: ¡El contacto se establece!

Capítulo 24 - El despertar

Lo que sucedió después cruzó por delante de mis ojos igualmente que una secuencia

fragmentaria y discontinua de cuadros nebulosos y blancos. Todo era blanco: la mancha del techo que me cubría, las cortinas de las ventanas, que no oscurecían la habitación, las sábanas junto a mi rostro, personas que giraban a mi alrededor. En medio de esta blancura, percibía las fulguraciones que despedían superficies cilíndricas niqueladas, los tubos largos que se retorcían como serpientes y unas caras desconocidas que se inclinaban sobre mí.

-Ha vuelto en sí -dijo una voz.

-Sí, ya lo veo. Anestesia.

-Profesor, todo está preparado.

La conversación se desarrollaba en francés, en un francés rápido que penetraba en mi conciencia o resbalaba por ella en un caos de términos codificados y esotéricos para mí. A poco, todo se apagó -la luz y los pensamientos-, para luego cobrar vida. Y nuevamente los rostros desconocidos se inclinaban sobre mí y algo pulido -tijeras o cucharas, relojes o jeringuillas- refulgía ante mis ojos. A ratos, el níquel era reemplazado por el amarillo transparente de los guantes y por unas manos rosadas y esterilizadas con uñas cortadas esmeradamente. Pero todo esto duró muy poco tiempo, hundiéndose todo en la oscuridad carente de espacio y de tiempo, donde sólo existía el vacío negro del sueño.

Después, los cuadros empezaron gradualmente a revelarse con mayor nitidez, como si alguien invisible regulara la luz de un foco. El rostro enjuto y severo del profesor de gorro blanco fue reemplazado por la cara más severa aún de la enfermera cuya cabeza estaba protegida por una pañoleta de monja de color blanco. La enfermera me alimentaba con caldos y jugos, vendaba mi cuello y prohibía que hablara.

Haciendo grandes esfuerzos para hablar, pregunté:

-¿Dónde estoy?

Los dedos rígidos de la enfermera se posaron sobre mis labios.

-No hable. Está en la clínica del profesor Peletier. Cuide su garganta y no pronuncie palabra alguna.

Pasó el tiempo. Una vez se inclinó sobre mí un rostro muy familiar con gafas ahumadas.

-¿Tú? -exclamé sin reconocer mi propia voz: era ronca o chillona como la de un pájaro.

-Tss... -susurró, en tanto que sus dedos se posaban sobre mis labios. Pero, ¡qué delicado, qué ligero era este contacto!-. Todo va bien, mi amor. Te recobrarás; pero, por favor, no hables. Calla y espera. Vendré otra vez a tu lado. Duerme ahora.

Dormía y despertaba y comenzaba a sentir la liberación lenta de mi cuello, el sabor del caldo, el dolor de las inyecciones; y de nuevo caía en la oscuridad. Hasta que, al fin, me desperté completamente. Ya podía hablar, gritar, cantar; y yo lo sabía: hasta me habían quitado el vendaje.

-¿Cómo se llama usted? -le pregunté a mi enfermera de rostro hosco.

-Soy la hermana Teresa.

-¿Es usted monja?

-Todas las enfermeras de esta clínica son monjas.

Notando que ella no me prohibía conversar, con astucia la interrogué:

-Siendo así, el profesor es católico, ¿verdad?

-El profesor arderá en el infierno -respondió seria-. Estamos aquí, porque él está convencido de que las enfermeras más virtuosas somos nosotras. Es una promesa que hemos hecho ante el Todopoderoso.

"Yo también arderé en el infierno" pensé y cambié de tema:

-¿Qué tiempo he pasado en esta clínica?

-Ya han pasado dos semanas después de la operación.

-¿La realizó el ateo? -inquirí sonriendo. Ella suspiró:

-Todo es realizado por la clarividencia de Dios.

-¿Y las "nubes" rosadas?

-En las sagradas encíclicas se señala que fueron creadas por seres humanos. La creación de nuestros hermanos del Universo ha sido realizada a imagen y semejanza de Dios.

Pensé que las sagradas escrituras habían cedido ante un mal peor, al darle preferencia a la hipótesis antropocéntrica. Para el mundo cristiano, ésta era la única salida. Pero, ¿y para la ciencia? ¿Qué hipótesis fue apoyada por el Congreso? ¿Y por qué hasta ahora no me he enterado de nada?

-¿Es ésta una clínica o una cárcel? -inquirí furioso-. ¿Por qué me torturan por medio del sueño?

-No le torturamos, le curamos. Empleamos la terapéutica del sueño.

-¿Dónde tienen los periódicos? ¿Por qué no me dejan leerlos?

-La completa separación del mundo exterior es también parte del tratamiento. Cuando éste termine, usted recibirá todo lo que desee.

-Pero, ¿cuándo terminará el tratamiento?

-Tan pronto como se encuentre bien.

-Sí, pero, ¿cuándo...?

-Pregúntele al profesor.

Me sonreí interiormente: no me resistió. Decidí entonces realizar un ataque por los flancos:

-Estoy mucho mejor, ¿verdad?

-Sí.

-¿Por qué no recibo visitas, pues? ¿O es que todos me olvidaron?

Había que ser monja para poder sostener el ataque de un paciente como éste. La hermana Teresa, a excepción de aquel día en que se subió de tono, se mantuvo todo el tiempo firme. Hasta algo semejante a una sonrisa se dibujó en sus labios imperturbables y dijo:

-Hoy es día de visita. Empezará dentro de... -miró el reloj de pulsera, cuya fulguración yo había visto muchas veces durante mis despertares- ...diez minutos.

Esperé esos diez minutos tan manso como un corderito. Me permitieron sentarme en la cama y conversar sin mirar el reloj: mi herida ya se había cicatrizado por completo.

Sin embargo, Irina me advirtió:

-Yo hablaré y tú preguntarás.

Empero, yo no quería preguntar nada, sino repetir eternamente estas palabras: "Querida mía", "querida mía", "querida mía..." ¡Qué interesante fue el desarrollo de nuestro amor! No hubo explicaciones previas, ni suspiros, ni insinuaciones y semialusiones. Mi duelo con Bonnville-Mongeusseau lo resolvió todo. Me pregunté si Irina lo sabía todo. Sí, ella lo sabía. Zernov se lo contó todo. Mientras yo pasaba mis desventuras, ella se encontraba en un estado de atontamiento. Era un sueño y no lo era y sentía un completo vacío en la memoria. Ya de mañana, se despertó sintiendo un amodorramiento y con pocos deseos de levantarse de la cama.

-En tanto que tú, a la sazón, sangrabas en la habitación de Zernov. Por suerte él llegó a tiempo, cuando todavía respirabas.

-¿De dónde llegó?

-Del hall. El yacía allí casi sin sentido y con todo el cuerpo llagado por golpes. ¡Qué milagros! Parecía haber regresado de las Cruzadas.

-Pienso que de una época posterior a ellas. Quizás del siglo XVI. Sus espadas no tenían vainas y las hojas eran finas como una cañita. ¡Trata de repeler un rayo!

-¿Y tú lo repeliste? ¡Qué buen mosquetero! Primeramente debes aprender la técnica de la esgrima.

-La aprendimos en el instituto. Nosotros, los cineastas, debemos saberlo todo. Ese conocimiento me fue muy útil.

-Tan útil que caíste en la mesa de operaciones.

-Porque fui atrapado en una trampa. Detrás de mí se encontraba la pared y a un lado había una zanja, en tanto que él ¡podía maniobrar libremente!

-¿Quién?

-Mongeusseau. Intenta alguna vez luchar contra el campeón olímpico. ¿Recuerdas al joven que llevaba una venda sobre un ojo en la mesa del hotel?

Irina no se sorprendió:

-El sigue en el hotel, y como siempre junto a Garresi. ¡Y yo que creía que él era un actor de cine! Ellos son los únicos, con la excepción de nosotros, que continúan hospedados en el hotel después de aquella noche terrible. ¡Qué pánico! El portero hasta se suicidó.

-Qué portero? -prorrumpí.

-Aquel calvo...

-¿Etienne? -pregunté intrigado-. ¿Por qué?

-Nadie lo sabe. Antes de suicidarse no dejó ningún papel que pudiese aclarar la decisión que tomó. Aunque creo que Zernov sospecha algo.

-Su muerte es maravillosa -afirmé-. Un perro necesita una muerte de perro: a tal vida tal muerte.

-¿Tú también sospechas?

-No sospecho; lo sé.

-¿Qué sabes?

-Es una historia muy larga. Te la contaré otra vez.

-¿Por qué ustedes me ocultan sus secretos?

-Porque hay cosas que no debes saber aún. Las sabrás más tarde. No te enfurezcas, lo hacemos por tu bien. Dime ahora, ¿qué le sucedió a Lange? ¿Dónde está?

-Se fue. Posiblemente abandonó Paris. Existe también otra historia relacionada con él -dijo riéndose-. Martin, por razones desconocidas, le pegó de tal manera que lo dejó irreconocible; por lo menos, en los primeros días. Se pensaba que habría un escándalo diplomático, pero no ocurrió nada. Los alemanes occidentales permanecieron quietecitos: Martin es norteamericano y la mano derecha de Thompson. Los Ribbentrops actuales consideran que él es un hueso duro de roer. Hasta el mismo Lange desistió de toda protesta. El afirmó que a los locos no se les condena. Los periodistas, buscando una explicación del hecho, rodearon a Martin, pero éste les brindó whisky y aseveró que Lange quiso quitarle una muchacha rusa. Se refería a mí. Todo esto es ridículo, sin embargo, creo que tras esas risas hay también gato encerrado. Martin partió ya con Thompson. No te asombres, ésta también es una historia larga de contar. Te coleccioné los recortes de los periódicos a fin de que te enteraras de todo. Entre estos recortes hay una nota que te envió Martin, aunque no dice nada sobre la pelea. Sospecho que Zernov conoce las causas de esto también. A propósito, él debe hablar mañana en la reunión plenaria. Los periodistas están esperando su intervención como tiburones tras el barco que los alimenta. Mas, él continúa postergándola; y todo por tu causa, pues desea conversar previamente contigo sobre lo acontecido y ahora mismo. ¿Estás asombrado otra vez? Ya te dije: "ahora mismo".

Zernov, rápido como una película acelerada, entró en la habitación. Le acompañaban Carresi y Mongeusseau. El efecto que produjo no pudo ser mayor. Al ver a Mangeusseau, abrí la boca por el asombro y ni respondí a su saludo.

-Les ha reconocido -afirmó Zernov en inglés, dirigiéndose a sus acompañantes-. Y ustedes no lo creían.

Me enfurecí, y por suerte para mí, me era mucho más fácil enfurecerme en inglés que en otro idioma, excepto el ruso:

-No me volví loco ni perdí la memoria. ¡Cómo podría olvidar la espada que se me clavó en la garganta!

-¿Recuerda usted aquella espada? -inquirió Carresi regocijado (lo que me extrañó mucho).

-¡Que si la recuerdo! Eso será lo último que olvidaré en mi vida.

-¿Y la suya? -preguntó de nuevo Carresi, levantándose levemente por la inquietud-. Esta era un trabajo de Milán. Una serpiente de acero que partía de la guarnición y envolvía la empuñadura. ¿La recuerda?

-Deje que la recuerde él -respondí malignamente, señalando a Mongeusseau.

Mas éste, sin ofenderse ni turbarse, respondió flemáticamente:

-Ella cuelga en mi habitación desde el año 1960. Fue el premio que recibí en Toulouse.

-Recuerdo perfectamente su hoja y su serpiente porque la vi en tu casa -apuntó Carresi.

Pero ya Mongeusseau no le escuchaba.

-¿Qué tiempo se sostuvo Ud? -inquirió él, mirándome por primera vez con interés-. ¿Un minuto? ¿Dos minutos?

-Más -repuse-. Porque usted combatía con la mano izquierda.

-Eso no tiene importancia, porque a pesar de que mi mano izquierda es mucho más débil y no posee la agilidad necesaria para la lucha, en los entrenamientos-... Por una razón desconocida no terminó la frase y, de pronto, cambió de tema-: Conozco a todos sus compatriotas que han tomado parte en competiciones internacionales; pero a usted nunca le he visto entre ellos. ¿No le han incluido aún en el equipo?

-No, abandoné la esgrima -repuse: yo no quería "delatarme"-. Hace ya mucho tiempo.

-¡Qué lástima! -dijo con lentitud y miró a Garresi.

Yo no acertaba a comprender por qué se lamentaba: ¿o porque yo había abandonado la esgrima o porque le había robado tres minutos preciosos? Al notar mi perplejidad, Carresi se sonrió:

-Gastón no estaba presente en este duelo.

-¿Qué quiere insinuar usted con esas palabras? -inquirí sin comprenderle-. ¿Y esto? -agregué tocando delicadamente con mis dedos la sutura que atravesaba mi garganta.

-El culpable soy yo -prorrumpió Carresi confuso-. Me imaginé todo eso mientras yacía acostado en el diván de mi habitación. El Gastón que fue sintetizado y que recibió la espada sintetizada, fue producto de mi imaginación. Rehúso a comprender cómo fue creado todo esto. Ahora bien, el verdadero y real Gastón no tomó parte en ese combate. No se irrite.

-Quiero decirle honestamente, que no recuerdo haberle visto sentado a la mesa del hotel -agregó Mongeusseau.

-Esa es la vida falsa -afirmó Zernov, haciéndome recordar la conversación que sostuvimos en la escalera-. Yo admitía que fue realizada una copia de suposiciones y situaciones imaginadas- le aclaró a Carresi.

-Yo no suponía nada -objetó aquél con impaciencia- y tampoco deseaba tomar a pecho esa noticia sensacional. Al principio yo me negaba a creer en la existencia de las "nubes" rosadas, igualmente que no creía en la existencia de los platillos voladores, pero luego, al ver su película, quedé petrificado. ¡Empecé a creer! Estuve una semana entera pensando sólo en eso; posteriormente me acostumbré, como nos acostumbramos a las cosas extrañas y lejanas que se repiten un sinnúmero de veces. Mi pensamiento y mi corazón estaban absorbidos por los intereses profesionales; hasta aquella tarde en vísperas del Congreso no pensaba en ninguna cosa más que en la nueva película. Anhelaba revivir una película histórica, una película que no fuese la melaza de Hollywood ni una pieza de museo, sino algo que fuera evaluado por los ojos y el pensamiento del hombre contemporáneo. Elegí el siglo, el héroe y, como dicen ustedes, el fondo histórico-social. En el restaurante del hotel encontré a la sazón a la "estrella" y le convencí. No le agradaba sólo una cosa: el combate con la mano izquierda. Y, aunque parezca extraño, yo insistía en lo mío. Recordé sus actuaciones en las competiciones y deduje que si él utilizara la espada con la mano derecha, la imagen sería demasiado profesional y él mismo no podría representar como es debido al protagonista. Por el contrario, la lucha con la mano izquierda, ¡era una genialidad! Fuerza bruta, errores, odio a sí mismo y el milagro de la naturalidad. El quedó convencido con mis proyectos y nos separamos. Luego subí a mi habitación del hotel, me acosté y comencé a meditar. La niebla roja me molestaba. "Al diablo" dije y cerré mis ojos. Comencé entonces a imaginarme el camino sobre el mar, las piedras, los viñedos y una pared blanca que contorneaba el parque de un conde. De pronto, sucede una cosa absurda: los mercenarios de Gastón, él es Bonneville de acuerdo con el papel, detienen en el camino a dos personas extrañas, que no parecen ni vagabundos ni turistas, en una palabra, a dos intrusos. El siglo cambia y el argumento también. Trato de apartarlos del pensamiento y no puedo: están como pegados a él. Entonces decido incluirlos a ellos también. El argumento se cambia y me parece hasta muy original: vagabundos o actores callejeros.

Mientras yo pensaba en todo esto, Gastón, en el hotel, meditaba sobre la película, no sobre el argumento, sino sobre la participación que tendría en ella y sobre el dilema: ¿con la derecha o con la izquierda? Discuto entonces mentalmente con él, me enfurezco, trato de convencerle, exijo, hasta que finalmente le ordeno: ¡Basta!

-Vi todo eso -apunté-. Sobre el camino flotaban espumas rojas desde las que salió usted, como satanás emergiendo desde un cajón.

Carresi cerró los ojos, tal vez imaginándose visualmente todo lo escuchado y de nuevo se regocijó:

-¡Pero, ésta es una idea genial! ¡Qué argumento! Restableceremos todo tal y como sucedió. En una palabra, ¿desea usted hacer ese papel junto con Gastón?

-No, muchas gracias -repuse irritado-, no deseo morir por segunda vez.

Mongeusseau se sonrió cortésmente, aunque con cierta picardía:

-Yo, en su lugar, habría declinado también la proposición. Pero no deje de venir a verme a Rívoli, como amigos. Practiquemos allí la esgrima. No se asuste, el combate será realizado de acuerdo con las reglas de la esgrima, con máscaras y coletos. Me intriga sólo una cosa, cómo pudo sostenerse tanto tiempo. Cuando estemos juntos probaré con mi izquierda.

-No, gracias por la invitación -dije, sabiendo que no le vería jamás.

Capítulo 25 - Destino: Groenlandia

Cuando el director de cine y el floretista se alejaron, imperó un silencio embarazoso. Yo, exasperado por esta visita innecesaria, trataba con dificultad de retener mi furia. Zernov se sonrió, en tanto que esperaba mis palabras. Irina, notando lo importante que era esta pausa, hizo mutis también.

-¿Estás furioso? -quiso saber Zernov.

-Sí -repuse-. ¿Crees acaso que se puede galantear con el individuo que te asesina?

Inconscientemente, sin acuerdo mutuo, empezamos a hablarnos de "tú"; pero ninguno lo notó.

-Yuri, Mongeusseau no es culpable. No es culpable ni indirectamente -continuó Zernov-. Lo he acabado de comprender ahora.

-Presunción de inocencia -dije con malicia. Zernov no se inmutó:

-La culpa fue mía. Los traje a los dos intencionadamente, porque quería confrontar la copia y el original. No te enfurezcas. Para mi informe necesitaba comprobar exactamente qué se copiaba, la psiquis de quién. Y lo que es más importante, qué se copiaba: la memoria o la imaginación. Ya lo sé. Ellos examinaron la una y la otra. Mientras, Gastón simplemente quería dormir, pensando amodorrado en la proposición de Carresi: ¿no es un trabajo muy duro para mí? ¿son aceptables los honorarios? Y Carresi estaba absorto en el proceso de creación, ideaba conflictos y situaciones dramáticas, o sea, creaba una vida ilusoria. Esta ilusión fue copiada por las "nubes", y bastante bien. ¿Recuerdas el paisaje? ¿Recuerdas el viñedo a la orilla del mar? Lo copiaron mejor que una fotografía.

Me toqué involuntariamente la garganta:

-¿Y esto? ¿Es también una ilusión?

-Eso fue un accidente. Probablemente al hacer sus experimentos no se dieron cuenta del peligro que éstos encerraban.

-No comprendo nada de esto -dijo Irina pensativa-. Pienso que esto no es vida, sino otra cosa. Biológicamente, esto no puede ser vida, incluso si la reproducen, porque es imposible crear la vida de la nada.

-¿Por qué de la nada? Probablemente poseen para esto su material de construcción, algo así como la materia primaria de la vida.

-¿La niebla roja?

-Tal vez. Hasta el momento nadie ha podido hallarle una explicación ni ha podido exponer

una hipótesis al respecto. -Zernov suspiró-: Mañana, no esperen de mí hipótesis, pues sólo expondré una suposición mía con relación a lo que se copia y al porqué de esa copia. En cuanto a cómo se realiza esa copia, perdónenme, pero no lo sé...

Me reí y afirmé:

-Alguien encontrará la explicación. Ya veremos.

-¿Dónde?

-¿Cómo que dónde? En el Congreso, naturalmente.

-No lo verás -afirmó y se alisó su pelo lacio y rubio. Siempre hacía esto antes de decir algo desagradable.

-No creas que me podrás retener aquí -dije con malicia-, pues no lo lograrás. Yo estoy sano ya.

-Lo sé. Pasado mañana te darán de alta y por la tarde tendrás que arreglar las maletas.

Dijo esto tan firme y decididamente que me hizo saltar y sentarme en la cama.

-¿Es que nos hacen regresar?

-No.

-¿Tendremos que ir de nuevo a Mirni?

-No, a Mirni no.

-Entonces, ¿adonde?

Zernov, sonriéndose y mirando de reojo a Irina, mantuvo silencio.

-Bien, ¿y si no acepto? -inquirí.

-Sí que lo aceptarás. Y saltarás de alegría.

-No me atormentes, Boris Arkádievich. ¿Adonde tendré que ir?

-A Groenlandia.

En mi rostro se dibujó una desilusión tan profunda, que Irina soltó una carcajada.

-Irina, él no salta.

-No, no salta.

Demostrativamente, me acosté:

-No he tomado drogas para saltar. Además, ¿por qué tengo que ir a Groenlandia?

-Ya verás -afirmó Zernov, en tanto que le guiñaba un ojo a Irina.

Esta, imitando la voz de un locutor, empezó:

-Copenhague. Nuestro corresponsal especial informa, que pilotos observadores de la estación polar norteamericana Soenre Stremfjord (Groenlandia) detectaron un curioso fenómeno natural o artificial al norte del paralelo 72, en el área de la expedición de Simpson...

Me levanté levemente sobre la almohada.

-...sobre una meseta de hielo extensa han sido observadas protuberancias azules de varios kilómetros de longitud. Algo así como una Aurora Boreal disminuida. Tiene la forma de una enorme elipse rodeada por una cinta de fuego azul, cuyas llamas se elevan a la altura de un kilómetro, formando un octaedro inmenso. ¿No es así, Boris Arkádievich?

Me senté en el borde de la cama.

-Anojin, ¿vas a saltar?

-Parece que sí.

-Bien, escucha ahora -dijo Zernov-: Los informes relacionados con esa "Aurora Boreal" han aparecido en todos los periódicos del mundo. La fulguración de este octaedro se nota a la distancia de cientos de kilómetros y no se puede acercarse a él ni a pie ni en tractores, porque lo impide aquella fuerza invisible que conocimos en la Antártida. Los aviones tampoco logran acercarse, porque son rechazados. Se supone que esto es un campo de fuerza poderoso de los visitantes del espacio. ¿Saltarás?

-Sí, Boris Arkádievich; eso significa que ya están en Groenlandia.

-Hace ya tiempo. Pero tienen algo nuevo en el interior de la meseta. Allí hay fuego y, sin embargo, los instrumentos colocados en las cercanías no registran ningún aumento de la temperatura. La presión atmosférica no se eleva, la ionización no aumenta, la comunicación por radio no se interrumpe ni a unos metros de las protuberancias y los contadores Geiger

callan y nadie sabe por qué. Es un camuflaje extraño al estilo del calidoscopio infantil: fulguran los cristalitos abigarrados y nada más. Si se mira la foto se ve el cielo claro de un día soleado que se refleja en las enormes caras de un cristal. Y los "jinetes" atraviesan esas caras como las aves las nubes. Las aves, en cambio, son rechazadas como pelotas de tenis. Los científicos intentaron probar con las palomas, pero los resultados fueron para reírse.

Envidié con amargura la suerte de mis colegas por haber filmado ese espectáculo fantástico.

-Nadie sabe si es una función feérica o una farsa -afirmó Zernov- o, tal vez, algo peor. Tomarás las películas necesarias, si no pereces en la acción. ¿Sabes cómo se llama esta operación? La "operación T": por la primera letra del apellido de nuestro amigo Thompson. El asegura que ésta es su búsqueda personal para establecer el contacto con los visitantes del cosmos. Afirma que antes de esta operación lo habían probado todo: señales lumínicas, ondas de radio, códigos matemáticos y todo tipo de figuras simbólicas trazadas en el cielo por un avión; pero, hasta ahora, sin resultados. Los "jinetes" no reaccionan. Thompson, sin embargo, estima que establecerá contacto con los visitantes. Nadie sabe de qué modo lo logrará y él continúa sin informar absolutamente nada. El cuerpo de la expedición ya fue enviado a Upernivik, lugar que fue el punto de partida de la expedición de Koch-Wegener en el año 1913. Disponen de un avión "Douglas" de carga-pasajeros, un helicóptero con base en Tule, dos cruzanieves y un trineo con hélice. Como puedes ver, la expedición no está muy mal equipada.

Yo seguía sin comprender, qué tipo de contacto podía realizar Thompson con la ayuda de un helicóptero y un trineo con hélice. Zernov se sonrió enigmáticamente y continuó:

-Los periodistas tampoco lo pueden comprender. Thompson no es un individuo tonto, pues no confirmó ninguna declaración atribuida a él por la prensa respecto a los objetivos de la expedición y a los medios con que cuenta. Por lo demás, ni una sola firma de las que lo equiparon ha respondido a las preguntas de los periodistas. A Thompson le interpelan: ¿Es cierto que la expedición dispone de botellas llenas de un gas desconocido? ¿Con qué objeto serán utilizados los instrumentos cargados hace poco en un barco en el puerto de Copenhague? ¿Se dispone él a explotar, taladrar o perforar el campo de fuerza de los visitantes? Y sus réplicas son, que el equipo de su expedición fue revisado por los controladores de la aduana y que éstos no encontraron nada prohibido para la importación a Groenlandia. Y que no sabe nada respecto a los instrumentos especiales cargados en el puerto de Copenhague. "Los objetivos de la expedición son de investigación científica. Y por lo demás, no le llamas grano hasta que esté encerrado".

-¿Dónde obtuvo el dinero?

-¡Quién sabe! En esta aventura nadie invierte grandes sumas. Ni los "rabiosos", pues no lucha contra comunistas o contra negros. Aunque, naturalmente, alguien corre con los gastos de la expedición. Dicen que el que ayuda es un sindicato de periodistas, como ocurrió con la expedición africana de Stanley. La sensación es mercancía vendible, ¿por qué no arriesgarse?.

Quise saber si la expedición estaba relacionada, con alguna recomendación o decisión del Congreso.

-No, Thompson rompió con el Congreso -aclaró Zernov-. Anunció en la prensa, aún antes de su apertura, que no se consideraba dependiente de las resoluciones futuras que se tomaran en las reuniones del mismo. A propósito del Congreso, se me había olvidado que tú no sabes lo que sucedió allí.

Zernov tenía razón. Yo ignoraba que, en los momentos en que las enfermeras me conducían de la mesa de operaciones a mi sala de la clínica, el Congreso iniciaba sus debates.

Después de que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas decidió no discutir el fenómeno de las "nubes" rosadas, dando prioridad a la resolución del Congreso de Paris y considerando con razón que la primera palabra les pertenece a los científicos, la atmósfera alrededor del Congreso se caldeó más aún.

Este se inauguró como si fuese un campeonato de fútbol: trompetas, banderas de las

diversas naciones y saludos de todas las asociaciones científicas del mundo. Los participantes más sensatos prefirieron callar, pero no así los menos cautelosos, quienes afirmaron que el esclarecimiento del misterio de las "nubes" rosadas estaba en vísperas de su realización. Como es sabido, no se realizó ningún esclarecimiento, con la excepción del informe preliminar del académico Osovets, quien al exponer y argumentar la tesis de que las intenciones de los visitantes son amistosas, contribuyó a encauzar el trabajo de los científicos por una ruta determinada. Empero, como se dice, la omnisciencia es una y las sabidurías son muchas. Al hablar de estos debates Zernov apenas pudo ocultar su decepción. Hubo colisiones de ideas y choques de hipótesis. Algunos participantes del Congreso hasta consideraron a las "nubes" como una variedad de los platillos voladores.

-¡Ah, Yuri! ¡Si tú supieras cuántos torpes hay aún dentro de las ciencias, que perdieron hace tiempo el derecho de llamarse científicos! -exclamó Zernov-. Hubo, naturalmente, discursos serios, hipótesis originales y conjeturas audaces. Pero Thompson se retiró después de las primeras sesiones. Declaró a los corresponsales que le esperaban: "Miles de ancianos tímidos no pueden idear algo que valga la pena".

De todos los participantes en el Congreso, los únicos invitados por él a tomar parte en la expedición fue el grupo de la "Jarkovchanka" e Irina. "Nosotros empezamos juntos y continuaremos juntos", le dijo a Zernov.

-Yo no empecé -le interrumpió Irina.

-Pero usted continuó -respondió Zernov.

-¿Dónde?

-Aquella noche en el hotel "Au Monde".

-No comprendo.

-Pregúntele a Anojin; él se lo podrá contar.

-¿Qué? -inquirió intrigada Irina.

-Que usted no es usted, sino su copia, creada por las "nubes" en aquella noche aciaga.

-No bromee, Boris Arkádievich.

-No bromeo; el caso es que Anojin y Martin le vieron a usted en St. Dizier.

-A ella no -le interrumpí-. ¿Lo olvidó acaso?

-No lo olvidé. Simplemente consideré que sería mejor no hablar de ello.

Una pausa nerviosa se apoderó de todos. Irina se quitó los espejuelos, los cerró automáticamente y los abrió de nuevo: primera señal de su gran inquietud.

-Ahora me he convencido -dijo ella reprochando a Zernov- de que usted y Martin me ocultaban algo. Pero, ¿qué?

Zernov evadió nuevamente la pregunta:

-Deje que Anojin se lo relate. Nosotros considerábamos que ese derecho le pertenecía sólo a él.

Yo contesté a las palabras de Zernov con una mirada parecida al golpe de la espada de Bonnville.

Irina, en completo estado de confusión, miraba a Zernov y a mí.

-Yuri, ¿es cierto?

-Sí, es cierto -le respondí, y callé. Consideré que, cuando nos encontráramos a solas le relataría lo sucedido en el casino de St. Dizier, mas no aquí.

-¿Me ocultan algo desagradable?

Zernov se sonrió. La pausa se prolongó un rato más. Por eso, me alegré al oír el chirrido de la puerta al abrirse.

-Lo más desagradable empezará ahora -repuse indicándoles la puerta abierta por donde entraba mi ángel blanco con jeringuillas-. Esta es la parte del tratamiento que ni los amigos deben contemplar.

Y el tratamiento curativo del profesor Peletier me hundió nuevamente en la vorágine del sueño.

Capítulo 26 - Congreso

Me desperté por la mañana y, al recordarlo todo, la rabia se apoderó de mí: tendría que permanecer otro día en la clínica. No me consoló ni la aparición de mi ángel blanco con el desayuno servido en el carritomesa.

-Conecte la radio, por favor -le pedí.

-No tenemos radio.

-Entonces, tráigame un transistor.

-No puedo.

-¿Por qué?

-Porque está prohibido todo lo que puede impedir el mejoramiento del estado del convaleciente...

-Ya me siento bien, pues.

-Eso lo sabrá solamente mañana por la mañana. -El ángel blanco adquirió ante mí el aspecto del demonio.

-Pero yo debo saber lo que ocurre en el Congreso. Zernov ya está hablando. ¿Comprende? ¡Zernov!

-No conozco al señor Zernov -respondió y me entregó una carpeta forrada con un cordobán rojo.

-¿Qué es esto?

-Estos son los recortes de periódicos que le trajo a usted la señorita Irina. El profesor lo ha permitido.

Este era el pan para el hombre que moría de hambre por falta de información. Y, olvidando mi desayuno, abrí la carpeta para escuchar la voz del mundo. Sí, justamente, escuchar, porque ésta era la voz del mundo que llegaba hasta mí a través del níquel y el vidrio de la clínica, a través de las paredes de ladrillos blancos, a través de la vorágine del sueño y de la delicia del restablecimiento. Era la voz del Congreso con las palabras de apertura del académico Osovets, que fijaban la única posición razonable y consecuente de la humanidad respecto a los visitantes del espacio cósmico.

"¿Qué está claro para nosotros? -decía el académico-. Que estamos ante una civilización extraterrestre; que su nivel técnico y científico es muy superior al nuestro; que ni nosotros hemos podido establecer contacto con ellos ni ellos con nosotros; y que, además, la actitud de ellos para con nosotros es amistosa y pacífica. En tres meses los visitantes han podido reunir y transportar al espacio cósmico el hielo de todos los continentes, y hemos sido incapaces de impedírselo. Bien, ¿qué representa para la humanidad esta última acción? Nada negativo y mucho de positivo. Los climatólogos establecerán dentro de cierto tiempo las consecuencias precisas de lo realizado; sin embargo, ahora podemos hablar ya sobre el considerable mejoramiento del clima polar y sus latitudes adyacentes, sobre la conquista de vastas áreas antes casi inaccesibles y sobre la inmigración más libre de la población del mundo. Aún más, la extracción del hielo terrestre no se acompañó de catástrofes geológicas, inundaciones u otras calamidades naturales. Ni una sola expedición, ni un solo barco y ni una sola estación de investigación científica de las que operan en esas áreas han sufrido daño alguno. Además, los visitantes le regalaron a la humanidad, incidentalmente, riquezas ocultas en las entrañas de la Tierra. En las montañas Yablonevi, ellos dejaron al descubierto vastos yacimientos de cobre, y en Yakutia descubrieron nuevas tierras diamantíferas. En la Antártida encontraron petróleo y por sus propios medios realizaron trabajos de perforación y luego construyeron torres originales de formas desconocidas para nosotros. Y, entre los aplausos de los presentes, concluyó con las siguientes palabras:

"Les puedo informar que en Moscú ha sido firmado un contrato entre países interesados a fin de crear una sociedad anónima industrial-comercial, que llevará las siglas SECPA, o sea, Sociedad para la Explotación Conjunta del Petróleo de la Antártida".

El académico resumió también los sucesos relacionados con la copia hecha por los visitantes de aquellos fenómenos de la vida terrestre que despertaron su interés. La lista de fenómenos era tan larga que no fue leída, sino distribuida entre los delegados a guisa de suplemento especial del informe. Citaré aquí solamente los sucesos que fueron comentados por los corresponsales Parisienses.

Además de Sand City, los "jinetes" copiaron una ciudad balneario situada en los Alpes italianos; playas francesas en las horas de la mañana, cuando parecen madrigueras de nutrias; la plaza de San Marcos en Venecia y parte del metro londinense. La atención de ellos fue atraída por el transporte de pasajeros de muchos países. Descendieron sobre los trenes, sobre aviones y barcos de línea, sobre los helicópteros de la policía y hasta sobre los globos que se utilizaban en una competición cerca de Bruselas.

En Francia, penetraron en las carreras de velocidad del velódromo de Paris; en San Francisco, en un encuentro de boxeadores de peso pesado por el título de campeón de la costa del Pacífico; en Lisboa, en un encuentro de fútbol por la Copa de Europa (los jugadores se quejaron luego ante los reporteros de que la niebla roja era tan densa que ellos no veían la portería contraria). La niebla fue igual durante una partida de ajedrez regional en Zurich; ésta permaneció también dos horas en el Gabinete Gubernamental de la República Sudafricana y por cuarenta minutos entre los animales del parque zoológico de Londres. Los periodistas aprovecharon estos dos casos para sus chistes: ambos sucesos ocurrieron en un mismo día y en ninguna de los dos casos la niebla logró dispersar ni a las bestias ni a los racistas.

La lista del académico incluía una enumeración detallada de todas las fábricas y factorías copiadas por completo o en parte por íos visitantes del cosmos: a veces copiaban un taller o una cadena de montaje; otras, algunos aparatos y tornos característicos para un tipo dado de producción, los que fueron elegidos por las "nubes" con precisión infalible. Los periodistas Parisienses, al comentar esta elección, llegaban a curiosas conclusiones. Unos consideraban que las "nubes" estaban interesadas, fundamentalmente, en los tipos anticuados de máquinas que no han tenido ningún cambio sustancial durante más de cien años y que les son menos comprensibles, como son: los medios para la elaboración de piedras preciosas y la designación de los utensilios de cocina. Por esta misma causa era copiado un taller de tallado en Amsterdam y una fábrica primitiva de juguetes en Nuremberg.

Otros observadores, comentando la lista de Osovets, señalaron el interés manifiesto de los visitantes hacia los servicios para el consumidor. El corresponsal del "Paris-Midi" escribió: "¿Nota usted la cantidad de barberías, restaurantes, casas de moda y estudios de televisión copiados? Preste atención al cuidado y esmero con que se eligen para copiar los comercios, tiendas, mercados y hasta las vitrinas callejeras. Preste atención a la variación de los modos de copiar utilizados por "ellas". A veces, las "nubes" bajan en picado sobre el "objeto" y en el acto huyen, sin que hayan podido provocar el pánico. Otras veces, la "niebla" envuelve lentamente al objeto, penetra imperceptiblemente en todos sus rincones y la gente no se da cuenta de nada hasta que la densidad del gas se hace visible. Sin embargo, incluso cuando eso ocurre, algo impide a la gente cambiar su conducta habitual, como si algo les reprimiera la voluntad y la razón. Entonces, sin experimentar terror alguno, continúan en su trabajo corriente: los peluqueros cortan el pelo y afeitan; los clientes, esperando su turno, ojean las revistas; los camarógrafos filman películas o transmiten programas de televisión; el portero de fútbol atrapa una pelota difícil; el camarero entrega cortésmente la cuenta por la cena del restaurante. Todo a nuestro alrededor adquiere un tono purpúreo, como si se estuviera bajo la luz de una lámpara roja, pero, pese a ello, seguimos en nuestros asuntos y sólo más tarde, después de que los "jinetes" se alejan llevándose nuestra imagen viva, nos damos cuenta de lo ocurrido. La mayoría de las veces nos es imposible verlas, pues los visitantes las mostraron a los seres humanos solamente durante los primeros experimentos de fijación de la vida terrestre; y posteriormente todo se ha limitado a la caída de la niebla roja de tonalidad y densidad diferentes".

El académico Osovets resumió: "Nadie ha sufrido daño durante estos experimentos y nadie

ha sufrido pérdidas materiales. A excepción del taburete que desapareció junto con el doble en la reunión de Mirni y el automóvil del piloto Martin, luego de ser abandonado imprudentemente en la ciudad copiada, nadie podría mencionarme una cosa que haya sido destruida o dañada por los visitantes del cosmos. Se escribió sobre la bicicleta perdida por un ciclista checo, que la dejó abandonada en una carretera cercana a Praga, pero se supo posteriormente que fue encontrada en la parada durante un período de descanso. Se escribió sobre el alpenstock, que le arrebató el doble al guía suizo Fred Schomer, cuando éste caminaba por un sendero montañoso. Sin embargo, el mismo Fred Schomer escribió a los periódicos negando la veracidad de esta noticia y declarando que él mismo abandonó al alpenstock, asustado por lo que había visto, pero que posteriormente las "nubes" lo devolvieron picando sobre la puerta de su cabaña. Todos los otros casos mencionados en los periódicos resultaron ser inventos de individuos que querían pasar por "víctimas", o de los propios reporteros. Las "nubes" rosadas retornan al cosmos sin causar ningún daño a la humanidad y sin llevarse nada, excepto el hielo terrestre y esas supuestas grabaciones de la vida terrestre, codificadas inexplicablemente en una niebla roja. Esta última idea, a propósito, es una hipótesis, no demostrada de ninguna manera por persona alguna".

El informe del académico Osovets fue aprobado por la mayoría de los delegados. Decidí no leer el discurso de Thompson. Este no encontró apoyo y los debates se transformaron en un cambio de réplicas y preguntas, lejos de ser polémicas, ni tampoco audaces o convincentes. Se expresaron, por ejemplo, temores de que el espíritu de paz de los visitantes era nada más que camuflaje y que ellos regresarían con otras intenciones muy diferentes.

-¿Con cuáles? -quiso saber el académico.

-Con intenciones agresivas.

-Poseyendo tales posibilidades técnicas, dudo mucho que ellos necesiten tal camuflaje.

-¿Y si esto es sólo un reconocimiento del terreno?

-¿Y qué? Los primeros encuentros les han demostrado ya la diferencia sustancial entre nuestros potenciales técnicos.

-¿Acaso les hemos mostrado nuestro potencial? -interpeló Thompson.

-Ellos lo copiaron ya.

-Pero nosotros ni siquiera tratamos de utilizarlo contra sus ataques.

-¿Hubo acaso ataques?

-No, pero, ¿puede usted asegurar que no los habrá?

-En defensa de mis aseveraciones cité numerosos hechos comprobados; en defensa de las suyas, sólo hemos escuchado hipótesis.

Después de esta discusión -sin gloria para los oponentes del académico soviético-, los "incrédulos", como fueron llamados luego en los pasillos del Congreso, empezaron a desquitarse en las comisiones que se crearon, especialmente en la Comisión para los Contactos y Conjeturas, la cual comenzaba a ser famosa por sus tempestuosas sesiones. En ella se exponía todo tipo de hipótesis y a la postre se destruían sin compasión. De una deliberación se pasaba a otra, luego a otra, alejándose así de la discusión primaria, hasta que finalmente era cortada por el timbre del presidente. Los corresponsales ni siquiera trataban de dar forma de reportaje a estas discusiones, sino que simplemente las citaban.

Tomé al azar uno de los recortes del periódico y leí:

PROFESOR O'MELLY (Irlanda del Norte). Yo sugiero una adición a la formulación del profesor MacAdo: de amoníaco y flúor.

PROFESOR MacADO (USA). La apoyo. Esto fue mencionado ya en la conferencia de prensa.

PROFESOR TAINE (Inglaterra). Si mal no recuerdo, en la conferencia de prensa se habló ya de que las nubes rosadas provenían de un planeta frío. Para los seres fluóricos, una temperatura de 100 grados bajo cero es sólo un frío placentero. No deseo ser severo, pero tengo el temor de que cualquier escolar podría corregir al colega que hizo tal declaración. El problema de las proteínas fluóricas...

VOZ DESDE EL FONDO DE LA SALA: Tal problema no existe.

TAINE: No existe, pero podría existir. Esta comisión es de conjeturas y no de hechos científicos.

VOZ DESDE EL CENTRO PARA LA PRENSA: ¡Eso aburre!

TAINE: Si no le interesa, váyase a ver un espectáculo de variedades. Los compuestos orgánicos de flúor se pueden activar sólo a temperaturas muy altas. ¿O es que mi colega olvidó la diferencia que existe entre el más y el menos? La vida fluórica es una vida basada en azufre y no en agua. En los planetas "calientes", y no en los fríos.

MacADO (saltando de su asiento): ¿Quién habló de agua o de azufre? El profesor Dilinger, que se encuentra ahora ausente, se refirió al fluoruro de hidrógeno. No me sorprende que a él no le comprendan los reporteros, pero me asombra la incomprensión de un científico de renombre. El fluoruro de hidrógeno o el óxido fluórico son justamente los que pueden ser "solventes de vida" a las temperaturas de 100 grados bajo cero y aún más bajas. Las "nubes" rosadas podrían ser huéspedes venidos desde un planeta frío, señores.

VOZ DESDE EL FONDO DE LA SALA (*el que hablaba se escondía tras la espalda del que estaba sentado delante*): ¿A qué temperatura, profesor, las nubes cortan la capa de hielo de un kilómetro de espesor?

TAINE: Ese es un tanto más en favor de la hipótesis relativa al planeta "caliente".

PROFESOR GUINELLI (Italia): Yo diría mejor en pro de la hipótesis relativa a la vida gasoplásmica.

TAINE: Es difícil creer que, aun en las condiciones extraterrestres, el gas podría servir de medio para las reacciones bioquímicas.

GUINELLI (*con arrebato*): ¿Y los experimentos famosos de Miller, que sintetizó componentes orgánicos simples en una mezcla de gases? ¿Y las investigaciones del académico soviético Oparin? En cualquier rincón del Universo pueden ser encontrados carbono, nitrógeno, oxígeno e hidrógeno. Y esos elementos, por su parte, forman combinaciones que nos elevan por la escalera de la vida, hasta el salto desde lo inanimado hasta lo animado. Entonces, ¿por qué no suponer que justamente en el medio gaseoso surgió la vida que se elevó hasta la supercivilización?

PRESIDENTE: ¿Puede usted formular su idea en forma de hipótesis?

GUINELLI: Sí, naturalmente.

PRESIDENTE: Escucharemos al profesor Guinelli en nuestra próxima sesión...

VOZ DESDE EL FONDO DE LA SALA (*interrumpiéndole*): ...Escucharemos también al Dr. Schnellinger, de Viena, que ahora está ausente. El tiene una hipótesis bastante elaborada sobre las intercomunicaciones de los visitantes: algo sobre la modulación de frecuencia directa, sobre una irradiación de impulsos de ondas ultracortas y hasta sobre la posible transmisión telepática a base de ondas gravitacionales...

RISITA CERCANA: ¡Disparates!

VOZ DESDE EL FONDO DE LA SALA (*testaruda*): Les ruego excusarme por cualquier inexactitud en la formulación de la hipótesis del profesor Schnellinger. Espero que los especialistas me hayan comprendido.

El profesor Janvier, que lleva un bonete de seda negro, se levanta lentamente (es el profesor más viejo de la famosa Escuela Politécnica francesa) y sin despojarse del aparato auditivo empieza a hablar por el micrófono.

JANVIER: Respetables damas y caballeros. Yo postergaría la información del Dr. Schnellinger hasta tanto no escuchemos las hipótesis respecto a dos cuestiones: ¿con quién nos las tenemos que ver, con seres vivos o con sistemas biocibernéticos superorganizados? En el primer caso podríamos admitir la comunicación telepática directa.

El observador Parisiense concluyó su reportaje con las siguientes palabras: "Yo no sugiero ninguna hipótesis, pero temo que todas éstas tengan una fuente única e inagotable. Y ustedes, queridos lectores, también pueden aprovechar esta fuente que es nada más que una rica fantasía. Precisamente por eso ustedes pueden leer en los periódicos que el número de

hipótesis presentadas en las sesiones de esta comisión supera la cifra de cien..."

Tomé en la mano otro recorte de periódico. Este citaba fragmentos de otro estenograma, pero escogidos y comentados con el mismo estilo irónico. En el tercer reportaje el autor recordaba a Guliver y se compadecía condescendientemente de los hombres que no sabían asemejarse a los liliputienses, los cuales no inventaban hipótesis. Sin embargo, después del discurso de Zernov, no quedó nada de esa condescendencia irónica. Cuando abrí los periódicos de la tarde traídos por Irina, vi que esta vez su solidaridad era de otra índole:

"¡El enigma ha sido resuelto!" "¡Los rusos han penetrado en el misterio de las nubes rosadas!" "¡Anojin y Zernov establecen contacto con los visitantes!" "¡Los Soviets sorprenden de nuevo al mundo!" Bajo estos encabezamientos se relataba sobre la transformación del moderno Paris en la ciudad provincial de St. Dizier de los tiempos de la ocupación fascista, sobre la materialización maravillosa de la trama de un famoso director de cine y sobre mi duelo con el primer floretista de Francia. Esto último fue lo que más cautivó a Paris: que un cineasta común y corriente cuyo nombre nunca figuraba en los campeonatos de esgrima hubiera cruzado su espada con el propio Mongeusseau y quedado vivo. Esa misma tarde Mongeusseau fue entrevistado varias veces por los periodistas y pidió duplicar sus honorarios por la participación en la película. Los corresponsales, luego de sacarles todo a Mongeusseau y Carresi, se lanzaron al asalto de la clínica del profesor Peletier y sólo su severo régimen monasterial me libró de otra conferencia de prensa. Zernov tuvo suerte. Aprovechándose de los rituales que acompañan a la apertura y conclusión de las sesiones del Congreso, salió furtivamente de la sala y, en el primer taxi, se alejó de la ciudad con rumbo a la casa de un conocido suyo.

No encontré nada nuevo en el informe de Zernov, acompañado de comentarios detallados, pues todo su contenido había nacido en nuestras discusiones sobre lo acontecido; empero, los comentarios hechos por los periódicos más conservadores, no podían por menos que halagar el orgullo a todo hombre soviético.

En la primera página del "Paris Jour", adjunto a las fotografías de Martin, Zernov y la mía, se decía: "Dos rusos y un norteamericano vivieron una aventura fantástica durante una noche en un hotel Parisiense. Esa noche les hizo recordar las pesadillas de una novela gótica. No todo individuo, transportado en un instante del mundo corriente y verdadero al mundo de sueños materializados y de visiones extraídas de una mente ajena, hubiera actuado con tanta valentía, comprensión de las circunstancias y lógica razonable de las acciones como los tres participantes de esa Odisea asombrosa. Ahora bien, Zernov debe ser destacado entre los tres, puesto que fue el único científico del mundo capaz de responder a la pregunta que inquieta a millones y millones de habitantes de nuestro planeta: ¿por qué los visitantes, pasando por alto nuestros intentos por establecer contacto con ellos, no tratan por sí mismos de comunicarse con los seres de nuestro planeta?" Zernov responde: "La diferencia que existe entre nuestra vida psíquica y física y la de ellos es, posiblemente, inconmensurablemente mayor que la que puede existir, digamos, entre la organización biológica y psíquica del hombre y la de las abejas. ¿Qué ocurriría si cada cual buscara comunicarse con sus propios medios: el hombre, con sus medios humanos y la abeja, con sus medios insectiles? Siendo así, nos preguntamos ahora, ¿es posible, en general, el contacto entre dos formas de vida aún más diferentes? Sí. Nosotros no pudimos lograrlo, pero ellos lo encontraron. Hubieran podido no mostrarnos las copias de nuestra propia vida, pero nos las mostraron. ¿Y para qué? Para estudiar nuestras reacciones psíquicas y físicas, el carácter y la profundidad de nuestro razonamiento y la capacidad de comprender y valorar las acciones que ellos mismos han realizado. Ellos eligieron a argonautas dignos, pero sólo Zernov resultó ser Ulises: él comprendió a los dioses y se mostró más listo que ellos".

Leí este artículo con el rostro tan alegre, que Irina, sin contenerse, me dijo:

-Quisiera castigarte por lo que me ocultas; pero, bueno, te lo mostraré.

Y me enseñó un telegrama desde Umanak, Groenlandia.

"Paris. Congreso. Para Zernov.

Escuché su informe por la radio. Conmovido. Quizás aquí, en Groenlandia, usted pueda hacer un nuevo descubrimiento. Les espero a usted y a Anojin en el próximo vuelo. Thompson".

Ese fue mi día más feliz en Paris.

Capítulo 27 - Imaginación o previsión

Pero no fue sólo mi día feliz, sino también el de ella. Particularmente cuando le relaté lo acontecido con su madre. Al principio no lo creyó y se sonrió como una muchacha en la plazoleta de baile:

-¿Me tomas el pelo?

No respondí. Luego le pregunté:

-¿Tomó tu madre parte en la Resistencia? ¿Dónde?

-Sí, tomó parte, pero ignoro dónde. Nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores quiso averiguarlo por medio de los camaradas franceses, mas fue inútil, porque desconocen el sitio exacto. Su grupo fue diezmado por completo y hasta ahora se desconoce el lugar donde ocurrió su muerte.

-Ocurrió en St. Dizier -le dije-. No está lejos de Paris. Ella era intérprete en un casino de oficiales alemanes y en ese mismo lugar fue capturada.

-¿Cómo lo sabes?

-Ella misma lo relató.

-¿A quién?

-A mí.

Irina, lentamente, se quitó los espejuelos y los dobló:

-No debes bromear con esas cosas.

-No bromeo. Martin y yo la vimos aquella noche en St. Dizier. Nos tomaron por pilotos ingleses cuyo avión fue derribado aquella misma noche en las afueras de la ciudad.

Los labios de Irina temblaban de un modo tal, que eran incapaces de pronunciar palabra alguna.

Entonces le conté toda la historia de nuestras vicisitudes, desde el principio hasta el final; sobre Etienne y Lange, sobre la ráfaga del automático que Martin tiró en la escalera del casino y sobre la explosión que oímos en la ciudad en tinieblas.

Ella seguía encerrada en su silencio. Me enfurecí al reconocer la impotencia de las palabras para reproducir no ya la vida, sino la copia de la vida.

-¿Cómo era ella? -me preguntó de repente.

-¿Quien?

-Creo que sabes a quién me refiero.

-Ella cambiaba levemente, en dependencia de quién recordaba sobre ella: Etienne o Lange. Era joven, de tu edad. Ambos, Etienne y Lange, la admiraban, pero a pesar de ello, uno la traicionó y el otro la asesinó.

-Ahora comprendo a Martin -dijo ella casi susurrando.

-La acción de Martin fue demasiado simple para que pueda ser considerada como un castigo para Lange.

-Comprendo -afirmó ella y se quedó pensativa. Luego, preguntó-: ¿Me parezco mucho a ella?

-Eres su copia. ¿Recuerdas la sorpresa que se llevó Etienne cuando entraste en el hotel? ¿Y la atención concentrada de Lange? Si lo dudas, pregúntale a Zernov; él te lo relatará.

-¿Y qué sucedió después?

-Después subí por las escaleras del hotel "Au Monde".

-¿Y todo se desvaneció?

-Sí, para mí.

-¿Y para ella?

Me encogí de hombros. ¡Qué podía responder!

-No entiendo nada -dijo ella-. Existe el presente y el pasado, existe la vida; pero, ¿Y esto qué es?

-Una copia.

-¿Viva?

-Lo ignoro. Tal vez es una copia grabada en sus películas -dije sonriéndome.

-No te rías. Esto es terrible. Vida. ¿Dónde? ¿En qué espacio? ¿En qué tiempo? ¿Se llevan acaso esa vida con ellos? ¿Y para qué?

-Escucha, Irina -le aclaré-, mi imaginación no es tan frondosa como para responder a todas esas interrogantes.

Pero había un individuo que poseía la imaginación necesaria. Nosotros nos encontramos con él al día siguiente.

Por la mañana, fui dado de alta de la clínica y me despedí del profesor Peletier, seco, como siempre, de una manera masculina y discreta: ("Usted me salvó la vida, profesor; estoy en deuda con usted") y abracé a mi enfermera, a mi ángel blanco de jeringuillas diabólicas ("Mademoiselle, ¡si usted supiera lo triste que es decirle adiós!"). Ella me respondió no con las palabras de una monja, sino de Maupassant ("¡Oh! ¡Qué canalla!") y salí al malecón Voltaire donde me esperaba Irina. Me comunicó en seguida que Vanó Chojeli y Anatoli Diachuk habían partido de Copenhague y volado directamente a Groenlandia y que nuestros visados estaban preparándose en la embajada danesa. Yo aún podía estar presente en la sesión plenaria del Congreso.

El asfalto de la calle se derretía por el calor; las escaleras y corredores de la Sorbona, donde se celebraba ahora el Congreso durante las vacaciones estudiantiles, estaban frías y tan silenciosas y desiertas como una iglesia después de la misa. En ellas no se encontraban los retrasados, ni los amantes del cigarrillo o del chisme en los pasillos, ni se reunían los grupos de discutidores.

Todas las habitaciones para fumar y las cantinas estaban vacías. Todos se hallaban reunidos en un auditorio, que ni durante las conferencias más cautivadoras estaba tan repleto como ahora. La gente se sentaba en todas partes: en los pupitres, en los corredores de la sala y en las escaleras del anfiteatro, donde finalmente logramos encontrar un sitio libre.

Hablaba un norteamericano y no un inglés. Lo supe en seguida por la manera de pronunciar las palabras, como la maestra de inglés de mi Instituto que había estudiado en Princeton o en Harvard. Yo lo conocía por su nombre -como todo el mundo de los lectores-, pese a que él no era un hombre de Estado ni un científico famoso, lo que hubiera correspondido a la composición de la asamblea y la lista de sus oradores; era un escritor. Y no era un escritor que podríamos llamar de moda o un especialista en la vida de los científicos, sino simplemente un escritor de ciencia-ficción, que conquistó como Wells en su tiempo, celebridad mundial. Él, en realidad, no se preocupaba mucho de la base científica de sus asombrosas fantasías y, a pesar de que hablaba ante las "estrellas" de la ciencia contemporánea, tenía la osadía de afirmar que a él personalmente no le interesaban las informaciones científicas sobre los visitantes del cosmos que el Congreso obtenía grano a grano y gimiendo (así se expresó: "grano a grano y gimiendo"), sino el hecho mismo del encuentro entre dos mundos completamente diferentes, en esencia, entre dos civilizaciones completamente incompatibles.

Esta declaración y el rumor que se levantó posteriormente en la sala, ya de voces de aprobación, ya de protesta, lo oímos mientras estábamos buscando sitios en los escalones del anfiteatro.

"Señores, no se ofendan por las palabras: grano a grano-, continuó él, dibujándose una sonrisa maliciosa en sus labios-. Sin lugar a dudas, ustedes acumularán toneladas de información de sumo valor en las comisiones de glaciólogos y climatólogos, en las expediciones especiales, en las estaciones e institutos de investigación científica, en los

trabajos científicos concernientes a las nuevas formaciones de hielo, a los cambios del clima y a las consecuencias meteorológicas producidas por el fenómeno de las "nubes" rosadas; pero su misterio sigue siendo un enigma para todos nosotros. Hasta el momento desconocemos la naturaleza del campo de fuerza que ha paralizado todos nuestros intentos para aproximarnos a ellos, el carácter de la vida con la que hemos chocado y su localización en el Universo.

Las conclusiones de Boris Zernov respecto a los experimentos de los visitantes para establecer contacto con los terrícolas son muy interesantes, mas éstos son sus experimentos y no los nuestros. Ahora puedo proponer nuestro experimento para establecer el contacto con ellos, si acaso se presenta la oportunidad. Debemos considerar el mundo creado por ellos como un canal directo hacia su conciencia y su raciocinio y conversar con ellos a través de los "dobles" y "espíritus" creados por ellos. Es de suma importancia utilizar toda copia y toda sustancia (estructura) materializada por ellos a modo de micrófono para la comunicación directa o indirecta con los visitantes. Esta sería parecida a una conversación telefónica, sin matemáticas, sin química y sin señales de comunicación. Y hablaremos el lenguaje corriente, inglés o ruso; eso no tiene ninguna importancia: nos comprenderán de todas las formas. Ustedes me podrían refutar diciendo que son fantasías; sí, señores, eso son fantasías. Pero el Congreso se ha elevado ya -observen lo que digo, "se ha elevado" y no "ha descendido"- hasta el nivel de auténticas fantasías científicas. Además, no insisto particularmente en la palabra científica, sino que subrayo simplemente la palabra "fantasía", o sea, esa inspiración cuando la imaginación se transforma en previsión. (*Ruido en la sala*). ¡Los científicos son personas corteses! ¿Por qué no gritan más fuerte? ¡Sus palabras son un sacrilegio en el templo de las ciencias!" (*Gritos en los bancos: "¡Claro que es sacrilegio!"*). Señores, sean más justos. ¿Previeron acaso los científicos la televisión, el videoteléfono, el láser, los experimentos de Petrucci y los vuelos cósmicos? No, señores, todo eso fue previsto por los escritores de ciencia-ficción.

He estado presente en todas las sesiones de la Comisión de Conjeturas y me he quedado admirado hasta lo indecible por todo lo oído: aquello era fantasía pura. Explosiones de imaginación. ¿No era tal vez fantasía la hipótesis sobre el holograma, o sea, sobre la capacidad de los visitantes de percibir visualmente cualquier objeto con la ayuda de ondas luminosas reflejadas? Este tipo de fotograbación se percibe a modo de representación tridimensional y posee todas las particularidades ópticas del paisaje natural. Esta hipótesis ha sido corroborada por la información recibida ayer relativa a los icebergs marcados con pintura en la bahía de Malville, en Groenlandia. Los icebergs fueron pintados por la expedición danesa del barco "Reina Cristina", ante los ojos de los "jinetes" que galopaban por el cielo. Desde el barco, a la distancia de cien metros, era imposible ver a simple vista las huellas de la pintura; sin embargo, los "jinetes", volando a varios kilómetros de altura las notaron, bajaron en picado, lavaron la pintura y sólo después de limpiar el iceberg atraparon la gigantesca masa de hielo. De este modo, la conjetura de que los visitantes poseen una supervisión es un hecho científico.

No toda fantasía es previsión y no toda hipótesis es racional. Quisiera citar como ejemplo la hipótesis de la Iglesia Católica, la cual afirma que los visitantes no son seres vivos dotados de inteligencia, sino creaciones artificiales de nuestros hermanos por "imagen y semejanza de Dios". En esencia, ésta es la misma fórmula religiosa respecto a Dios, a la Tierra y al hombre, en la cual la idea de "Tierra" se extiende a la escala del Universo. Hablando filosóficamente, éste es un tributo al antropocentrismo ingenuo que puede ser refutado incluso basándonos en esos "granos" de conocimiento que hemos obtenido respecto a las "nubes" rosadas. Si sus creadores hubieran sido humanoides, entonces, al enviar esas criaturas cibernéticas para la exploración del espacio cósmico, sin duda, habrían tenido en cuenta la posibilidad de encontrar a hermanos similares, si no por su inteligencia, por lo menos, por su aspecto. Programados como corresponde, esos biorrobots habrían encontrado un lenguaje común con los terrícolas y la vida humana no les habría resultado tan compleja y misteriosa. No, pese a todas las aseveraciones de los teólogos y antropocentristas, estamos frente a una forma de

vida diferente a la nuestra, y por ahora desconocida e incomprensible. Posiblemente que sea una incomprensión mutua, pero eso, de ninguna manera alivia nuestra situación. Tratemos de preguntarnos, por ejemplo: ¿Cómo viven nuestros visitantes en su mundo? ¿Son inmortales o simplemente tienen una larga vida? ¿A qué distancia viven de nosotros? ¿Cómo se reproducen, cómo organizan biológica y socialmente sus vidas y en qué medio -líquido o gaseoso- se desarrollan? ¿No necesitan quizás ningún medio para vivir y mantienen su existencia simplemente a costa de las concentraciones de energía aisladas del medio exterior por campos de fuerza? Apelo a sus fantasías, señores: ¡prueben a responder! (*Ruido en la sala, aplausos*). Sus aplausos son un voto de confianza a mis palabras. Siendo así, este insolente escritor de ciencia-ficción puede continuar hablando, ¿no es así?"

En ese momento noté que el presidente miraba involuntariamente a su reloj de pulsera y alargaba su mano en dirección al timbre, pero el ruido de los aplausos y los gritos en diferentes idiomas: "¡Continúe! ¡Continúe!", le hicieron desistir de ello.

"En su informe, Boris Zernov recurrió al ejemplo del hombre y la abeja para exponer dos formas de vida incompatibles. Abandonémonos ahora a la fantasía y veamos este ejemplo al revés. ¿Y si se encuentran una supercivilización de abejas y una civilización humana atrasada miles de años en comparación con la primera? Los observadores notaron ya una diferencia funcional en la conducta de los visitantes: unos cortan hielo; otros lo transportan al cosmos; los terceros graban el esquema atómico del modelo y los cuartos crean la copia. Correspondientemente, existen diferencias en las formas estructurales de los creadores: unos adquieren la forma de un serrucho; otros, la de un cáliz gigantesco; los terceros, la de una niebla roja y los cuartos adquieren el aspecto de una jalea de guindas. Continúa en pie la interrogante: ¿no estamos ante un enjambre, ante un enjambre de seres super-desarrollados con un desarrollo funcional específico? A propósito, la vida en las colmenas está organizada de un modo diferente que la de los apartamientos de Nueva York o de Moscú. La vida de estos últimos está encauzada por la senda del trabajo y del descanso. Pero, ¿y ellos? ¿Necesitan descanso? ¿Poseen el sentido de lo hermoso? ¿Tienen, digamos, música? ¿Cuál es para ellos el sustituto del deporte? De nuevo repito: ¡prueben a responder! Esto es muy parecido al ajedrez, en el que se calculan las variantes posibles. Es difícil, ¿verdad? Sin embargo, el mismo proceso mental se verifica en la cabeza de cualquier gran maestro del ajedrez.

No acierto a comprender, ¿por qué los grandes maestros de la ciencia no se han preguntado la cosa más importante de todas: la razón de la visita de esos seres extraños? (*Agitación en la sala.*) Todos tienen una respuesta, lo sé, lo sé, tienen hasta dos respuestas. Algunos -cerca del 90%- consideran que vinieron en busca del hielo terrestre, que quizás es único por su composición isotópica en todo el universo. La minoría, encabezada por Thompson, cree que es un vuelo de reconocimiento con planes agresivos en el futuro. A mi juicio, el reconocimiento fue realizado ya hace mucho tiempo, pero nosotros no lo notamos. Esta vez, llegó una expedición poderosa y bien equipada (*un silencio tenso se apoderó de la sala, sólo se oía el zumbido de los magnetófonos de los corresponsales*); pero no de conquistadores, señores, sino de vuestros colegas de otros mundos, a fin de estudiar otra forma de vida (*Gritos en la sala: "¿Y el hielo? ¿Y el hielo?"*). Esperen unos minutos y tendrán su hielo. Esa es una operación secundaria. Lo más importante para ellos... somos nosotros mismos: la forma más alta de vida albuminoidea basada en el agua. Sin embargo, algo les impide estudiar esta vida aquí en la Tierra. Tal vez el medio ambiente o quizás el temor de alterarlo. ¿Qué se debe hacer? ¿Por dónde empezar? Como Dios, por la creación del mundo. (*Murmullos en la sala y alguien grita: "¡Cállese, blasfemo!"*). Yo soy tan blasfemo como Wiener, el padre de la cibernética. A la sazón, cuando él vivía, se oyeron voces idénticas a ésas: "¡Es obra del demonio! ¡Atenta contra el segundo mandamiento de la ley de Dios! ¡Está creando ídolos o algo semejante!" Sin embargo, hoy en día ustedes construyen robots y sueñan con crear el cerebro electrónico. La idea de construir la copia de nuestra vida captando toda su riqueza y complejidad es algo inherente a nuestros visitantes, porque, ¿qué otra cosa es el conocimiento,

sino la copia de las cosas con la ayuda del pensamiento? Además, la transición de la copia mental a la copia material es sólo un paso más en el camino del progreso. No está lejano el día en que nosotros también logremos eso. Algunos afirman que se realizará en el siglo próximo. Siendo así, ¿por qué no aceptar que la supercivilización de los visitantes logró tal desarrollo, digamos, hace miles de años?"

El escritor hizo mutis, bebió un sorbo de un refresco y quedó pensativo. La sala esperaba. Nadie tosía, nadie se agitaba, nadie susurraba. Ignoro la lección que haya sido escuchada con tanta atención. Y el escritor continuaba encerrado en su silencio, en tanto que su mirada, pensativa y ensimismada, parecía vislumbrar algo lejano e inaccesible para todos los presentes, excepto para él:

"Si es posible crear la copia de la vida, entonces es posible también llevarla a otro lugar -siguió diciendo el escritor, pero en voz tan baja que en cualquier otro ambiente no lo hubiesen oído ni a tres metros de distancia, pero en esta sala no se perdió ni siquiera la entonación de sus palabras-; y allí, creando un medio favorable para su desarrollo, restablecerla. ¿Qué es necesario para ello? Sólo se necesitaría un satélite artificial, un asteroide, un planeta, la copia de la atmósfera terrestre y de la radiación solar, y, además, lo más importante: el agua, el agua, el agua, sin la cual es imposible la vida albuminoidea. He ahí la razón por la cual transportan el hielo terrestre en cantidades suficientes para irrigar por completo todo un planeta. De ese modo, en las profundidades de nuestra galaxia (o quizás en otra) surgirá un mundo nuevo, no la repetición del nuestro, sino su semejanza, y, además, de un parecido absoluto. ¿Por qué? Porque todas las copias hechas por los visitantes del cosmos son precisas y completamente análogas. (*Réplica: "¡Un parque zoológico cósmico con antropoides en libertad!"*).

Claro que en este zoológico se encontrarán individuos como el autor de la última réplica (*Risas*). Pero yo le corregiría: no un parque zoológico, sino un laboratorio. O, para ser más exacto: un instituto de investigación, donde la vida del hombre, con toda la complejidad de sus aspectos psíquicos, sociales, etc., será objeto de un estudio profundo, cuidadoso y atento. Esa vida, sin lugar a dudas, será estudiada -por alguna razón se realiza este experimento-, pero sin entrometerse en su curso; será estudiada en su evolución y progreso, y luego, al comprender su desarrollo, tal vez logren especificarlo y acelerarlo. Es todo lo que quería decirles. Esta es mi hipótesis. Ustedes pueden impugnarla, porque como toda hipótesis nueva, nacida de la imaginación, lleva en sí el germen de la contradicción y puede ser refutada. Sin embargo, a mí me es grato pensar que en un lugar lejano del Universo vive y evoluciona un corpúsculo de nuestra vida. No importa que haya sido copiada, no importa que haya sido sintetizada, lo que importa es que fue creada en aras de un gran objetivo: para el acercamiento mutuo de dos civilizaciones que hasta el presente están tan separadas, acercamiento cuyos cimientos fueron colocados en la Tierra. Y si acaso los visitantes regresaran, entonces volverían ya comprendiéndonos, enriquecidos por esa comprensión de que supieron tomar algo de nosotros y con el conocimiento seguro de lo que nos deben dar a fin de marchar juntos por la senda del progreso".

El escritor, levemente encorvado, abandonó la tribuna. Le acompañó un silencio profundo, un silencio mucho más elocuente que una tempestad de aplausos.

Capítulo 28 - La mancha violeta

Abrieron una especie de trinchera en el mismo borde de la meseta de hielo, que parecía cercenada por un cuchillo gigantesco. El profundo tajo que fulgía por la claridad y que reflejaba el azul del cielo carente de nubes, descendía desde la altura de un edificio de cinco pisos. No era realmente un corte, sino una excavación ancha, aproximadamente de 300 metros de diámetro, que se prolongaba hacia el horizonte. Su forma ideal y recta hacía recordar el cauce de un canal artificial en espera del agua. Este canal vacío, cortado en la masa de hielo,

se extendía hasta la mancha violeta.

En la ininterrumpida pared del fuego frío y azul, esta mancha obscura parecía ser una entrada o una salida, por la que podía pasar libremente no sólo un cruzanieves, sino hasta un rompehielos de proporciones medianas, aun sin tocar sus bordes desiguales y pulsatorios. Enfoqué mi cámara en dirección a la mancha violeta, gasté varios metros de película y me detuve. La mancha era como otra cualquiera, sin presentar nada maravilloso.

La pared de fuego, por el contrario, superaba a todas las maravillas del mundo. Imagínese usted la llama azul de una lámpara de alcohol iluminada por detrás por los rayos de un sol pálido que penda sobre el horizonte. Las lenguas de fuego refulgen en la luz y adquieren tonalidades azules, ascienden una junto a la otra, pero no se funden en una llama densa y regular, sino que colindan por los bordes creando un fantástico cristal.

Imagínese ahora que las llamas hayan ascendido hasta la altura de un kilómetro, que se hayan doblado hacia adentro allá en el cielo azul pálido y confluido en un cristal gigante, que no refleja, sino que rapta toda la belleza del cielo pálido, de la mañana blanca y del sol lánguido. Fue un error llamarlo octaedro. En primer lugar, su parte inferior era plana como la meseta en que descansaba, y en segundo, porque tenía muchas caras irregulares y asimétricas, tras las cuales brillaba y serpenteaba un gas azul de sin par belleza.

-No puedo apartar mi vista de este fenómeno -dijo Irina cuando caminábamos por un campo de patinaje en dirección a la llama azul. Estábamos a 30 metros de ésta, pero no podíamos avanzar más porque nuestros cuerpos adquirían una pesadez invencible-. La cabeza me da vueltas como si estuviera en el borde de un precipicio. Yo vi las Cataratas del Niágara, son maravillosas, pero no se pueden comparar con lo que vemos ahora. Esto deja a uno hipnotizado.

Traté de contemplar la mancha violeta. Esta era real y hasta trivial: parecía una tela de color lila extendida y limitada por un marco deforme.

-¿Será ésta la entrada? -se preguntó en voz alta Irina-. Es la puerta que conduce al milagro.

Recordé a la sazón la conversación que mantuvieron ayer Thompson y Zernov.

-Ya le dije a usted que ésta es la entrada -afirmó Thompson-. Humo o gas. El diablo lo sabrá. Ellos pasaron por ella uno tras otro, en cadena. Lo vi con mis propios ojos. Ahora pasamos por ella nosotros.

-No, ustedes no, sino la onda explosiva dirigida -replicó Zernov.

-¿Y cuál es la diferencia? Les demostré que los hombres son capaces de razonar y hacer conclusiones.

-Si un mosquito encuentra un hueco en el mosquitero y chupa la sangre del hombre, ¿cree usted que eso es suficiente para afirmar que ese mosquito razona y hace conclusiones?

-¡Bah! ¡Ya me cansan estas conversaciones sobre las civilizaciones de mosquitos! Nosotros somos una civilización real y no mosquitos o bichos. A mi juicio, ellos se dieron cuenta de eso: y esto ya de por sí es un contacto.

-Nos costó demasiado caro. Una persona ha pagado ya con su vida.

-Fue un accidente elemental. Posiblemente los alambres de los detonadores se humedecieron o algo por el estilo. Todo puede suceder. Un petardista no es un jardinero. Además, Hanter pereció por su propia culpa, ya que tuvo tiempo suficiente para saltar a la grieta. De haberlo hecho, la onda explosiva rechazada habría pasado por encima de él.

-La rechazaron, a pesar de todo.

-Rechazaron sólo la segunda, no lo olvide, porque la primera traspasó la cortina. Es muy probable que Hanter, cuando lo intentó por segunda vez, se equivocase al determinar la dirección de la onda explosiva.

-Sería más exacto decir que ellos mismos determinaron la fuerza de la carga explosiva y la dirección de la onda, para luego rechazarla.

-Probaremos otra cosa.

-¿Qué? Ellos son insensibles a los rayos beta y a los rayos gamma.

-¿Y qué me puede decir del láser o de un chorro fuerte de agua? Yo me refiero a la

utilización de un simple hidromonitor. Cualquier cambio realizado por nosotros en los medios para penetrar tras la mancha violeta, por sí mismo, es ya suficiente para dejarlos pensativos; y eso a su vez implica ya el contacto, o por lo menos, el preámbulo del contacto.

La nueva arma de Thompson fue llevada a quince metros de la "mancha". Por lo visto el campo de fuerza no actuaba en esa microrregión. Desde el lugar en que me encontraba, en la meseta, el hidromonitor me pareció ser un gato gris dispuesto a saltar sobre la presa. Su superficie metálica y pulida fulgía opacamente en la nieve. El mecánico inglés comprobaba por última vez no sé que embragues y contactos del aparato. A su lado habían abierto una zanja de dos metros de profundidad.

Irina no se encontraba aquí, ya que después de la muerte del minador, se había negado a presenciar los "suicidios" organizados y pagados por un maniaco cuyo lugar más seguro era el manicomio. El "maniaco", junto con Zernov y otros consejeros, daba órdenes personales por teléfono desde su cuartel general. Este se hallaba situado a poca distancia de donde me encontraba yo, en la meseta, y dentro de una cabaña construida de bloques especiales con aislamiento térmico. A su lado se divisaba un tanque de metal en cuyo interior se derretían grandes bloques de hielo, y el agua se suministraba al hidromonitor. A decir verdad, la expedición había sido abastecida y concebida, desde el punto de vista técnico, irreprochablemente.

Me preparé para comenzar a filmar. ¡Atención! ¡Empiecen! El chorro de agua a presión, como una espada brillante, atravesó la cortina gaseosa de la "mancha" sin encontrar resistencia alguna y desapareció, como si hubiese sido cortado con unas tijeras. Después de medio minuto el chorro de agua se desplazó por la "mancha", cruzó oblicuamente el espejismo de color violeta y se desvaneció de nuevo. Pese a mis binóculos de marinero, no logré apreciar cambio alguno en la estructura de la "mancha" -ni huecos, ni corrientes turbulentas o laminares- que podía haberse producido por el impacto del chorro de agua en un medio afín.

Esto se prolongó no más de dos minutos. De repente la "mancha" se desplazó hacia arriba como una mosca por una cortina azul. El chorro de agua, al encontrarse con el centelleo azul, no lo atravesó, sino que se dispersó, como se dispersa el agua de una bomba de incendios al chocar contra los cristales de una vitrina. Al instante, el chorro de agua rechazado formó una tromba y, en movimiento circular descendente, cayó sobre la meseta.

No pretendo arrogarme la exactitud en la descripción de este fenómeno. Los especialistas que posteriormente vieron la película afirmaron que en el movimiento del chorro de agua existía cierta regularidad. Pero a mí me pareció tal como lo describí.

Por unos minutos continué filmando, luego cerré mi cámara, pensando que lo que acababa de filmar era suficiente para la ciencia, y para el público hasta era más que suficiente. En ese instante, el chorro de agua también cesó. Thompson, al parecer, se dio cuenta de lo absurdo que era seguir el experimento. La "mancha", mientras tanto, subía más y más hasta desaparecer a gran altura, tras la curva de las gigantescas lenguas azules que se torcían hacia adentro.

Esta fue la cosa más impresionante que observé en Groenlandia, pese al gran número de impresiones que tuve desde mi salida de Paris. La primera de ellas fue el maravilloso aeropuerto de Copenhague, luego siguieron los sándwiches daneses de muchas capas y, finalmente, el paisaje multicolor de Groenlandia cuando nos aproximábamos volando a sus costas: el blanco perfecto de la meseta de hielo en el norte; el negro de la altiplanicie en el sur, donde el hielo había sido rapado; el rojo oscuro de los promontorios de las montañas costeras; el azul del mar, pasando al verde opaco de los fiordos y, al final, el viaje en goleta a lo largo de la costa hacia el norte en dirección a Umanak, desde donde partió por última vez la famosa expedición de Wegener.

En la "Akiuta" -así se llamaba la goleta- nos encontramos en una atmósfera de turbulencia general y en medio de una excitación incomprensible que hizo presa de toda la tripulación, desde el capitán hasta el cocinero. Como desconocíamos los idiomas escandinavos seguíamos

sin comprender el porqué de toda esta inquietud, y posiblemente habríamos seguido sin comprenderla a no ser por la ayuda que nos prestó el doctor Carlos Petersen, miembro de la estación polar Godhaven, quien resultó ser una persona muy comunicativa con un conocimiento excelente del idioma inglés.

-¿Habían visto ustedes antes nuestros fiordos? -preguntó, bebiendo café en la sala de pasajeros-. ¿No? Bien, pues antes, hasta en julio, el viento empujaba el hielo del mar. Aparecían campos de hielo de tres y de cinco kilómetros. En Godhaven, durante todo el año, la mitad de la bahía se cubría de hielo. Caravanas de icebergs descendían desde los glaciares de Upernivik y desde regiones más al norte, y todo el golfo de Baffin se llenaba de ellos tomando el aspecto de una carretera muy agitada. Dondequiera que mirábamos nos encontrábamos con dos o tres icebergs. Ahora, en cambio, podemos navegar todo el día y no ver ni un solo. ¡Y qué clima más templado! En el agua y en el aire. ¿Han notado la inquietud de la tripulación? Amenazan con dejar la goleta para pescar los bancos de arenques y bacalaos que están llegando desde las aguas de Noruega. Afirman, además, que desde el aire es posible verlos hasta en los fiordos orientales. Pienso que, por lo menos, ustedes han visto el mapa de nuestro país. ¿Qué es nuestro litoral oriental? Por él ni en invierno ni en verano se puede pasar, porque todo el hielo polar ruso se concentra en ese lugar. ¿Y dónde está ahora todo ese hielo polar? ¿En Sirio? Nada más sé que los "jinetes" se lo llevaron con ellos. A propósito, ¿por qué los llaman "jinetes"? Quienes los vieron afirman que parecen más bien globos o dirigibles. Yo personalmente no he tenido la suerte de observarlos. Quizás aparezcan durante nuestra travesía o en Umanak.

Pero no los encontramos ni durante la travesía ni en Umanak. Ellos habían aparecido en esos lugares mucho antes, cuando empezaron a extraer el hielo de los glaciares que descendían hacia el agua de la bahía. Luego se fueron, dejando cortado sobre el hielo un canal perfecto que se internaba a trescientos kilómetros en la meseta continental. Parece como si ellos supieran que nosotros los perseguiríamos, teniendo como punto de partida la ciudad de Umanak, desde donde tuvo que arrastrarse lentamente en trineos por el hielo, salpicado de guijarros, la expedición de Wegener. A nosotros nos esperaba ahora una carretera de hielo maravillosa, mucho más ancha que cualquier avenida de asfalto existente en el mundo, y un todoterreno sobre orugas que habíamos encargado en Dusseldorf. La tripulación era la misma que en la expedición antártica, pero el nuevo cruzanieves era más pequeño que la "Jarkovchanka" y no tenía ni su velocidad ni su resistencia.

-Todavía sufriremos con esta máquina; ya lo verás. Será una hora de travesía y dos de espera -dijo Vanó, quien justamente acababa de recibir un radiograma del cuartel general de Thompson informándonos que otros dos cruzanieves de la expedición salidos un día antes no habían llegado hasta el momento a su destino-. Estamos hartos de todo. En lugar de azúcar, nos dan melaza. Por suerte traje conmigo unti para proteger las piernas, pues en el caso contrario habría tenido que ponerme las kamikis con hierba.

Kamikis son botas de esquimales hechas de piel de perro que usan todas las expediciones de Groenlandia y los untis el calzado de los pobladores de Siberia.

Vanó estaba muy lejos de admirarlas. También permanecía indiferente ante el paisaje que se abría frente a sus ojos, paisaje cuya poesía cantó el pincel de Rockwell Kent. Anatoli Diachuk, a su vez, observaba con reproche a Irina por la admiración que mostraba ante las montañas góticas de Umanak y las gamas del verano de Groenlandia, que por una razón desconocida nos hacía recordar el verano de los alrededores de Moscú.

-La razón de todo esto es muy simple -afirmó Anatoli-. La ruta de los ciclones cambió y no hay nieve. Soplan los vientos de julio. No gimotees, Vanó, llegaremos sin incidentes.

Pero los incidentes comenzaron tres horas después de nuestra salida. Fuimos detenidos por un helicóptero enviado por Thompson. El almirante necesitaba consejeros y deseaba acelerar la llegada de Zernov. Martin pilotaba el helicóptero.

Lo que él relató era fantástico hasta para nosotros, habituados ya a los misterios de los "jinetes del mundo incógnito". En el helicóptero, Martin circunvoló la nueva maravilla de los

visitantes: las protuberancias azules que se unían allá arriba formando una especie de tapa tallada en facetas. Como siempre, las "nubes" rosadas aparecieron de repente y de un lugar ignoto. Cruzaron sobre Martin sin prestarle atención y se desvanecieron en el cráter color violeta, en cierto lugar cerca del borde de la "tapa". Hacia allá dirigió Martin su helicóptero.

Aterrizó en la "tapa" violeta y no encontró apoyo alguno. El helicóptero descendía más y más, penetrando con facilidad en el medio nebuloso de color lila oscuro. Durante dos minutos la visibilidad fue nula, después el helicóptero de Martin se encontró volando sobre una ciudad moderna y extensa, aunque con horizontes limitados. La cúpula azul del cielo la cubría a guisa de tapa. La ciudad le parecía a Martin muy familiar. Hizo descender un poco más la máquina y la condujo a todo lo largo de la avenida principal que cortaba a la ciudad por la mitad. De repente, la reconoció: Broadway. Esto le pareció tan absurdo, que cerró con fuerza sus ojos a fin de aclararlos, porque no creía en lo que veía; pero al abrirlos, vio de nuevo lo mismo. Sí, era Broadway. Allí se encontraba la calle 42; tras ella, la estación del ferrocarril; un poco más cerca, Times Square; a la izquierda, Wall Street. Pudo ver hasta la iglesia famosa de los millonarios. Reconoció el centro Rockfeller, el museo Huggenheim y el enorme Empire State Building, desde cuya plataforma de observación le saludaron con pañuelos las figuritas de los turistas. Abajo, por las calles, se deslizaban automóviles multicolores, formando un collar en sus movimientos. Martin tornó en dirección al mar, pero algo le impidió avanzar. Comprendió entonces que no era él quien pilotaba el helicóptero, sino unos ojos y unas manos invisibles. Unos tres minutos después era conducido sobre el río, cortado ahora por la cúpula del cielo. Desde adentro, el resplandor azul del fenómeno tomaba el aspecto de un cielo de verano iluminado por un sol oculto tras el horizonte. Luego fue llevado sobre el Parque Central, casi hasta Harlem, y allí elevado, más bien empujado hacia arriba, a través de una masa incorpórea violeta y sacado a la atmósfera natural de la Tierra. De ese modo, se encontró repentinamente en nuestro medio ambiente, conduciendo el helicóptero, mientras debajo del fuselaje del mismo se extendía la ciudad rodeada por la llama azul. Al instante se dio cuenta de que el aparato le obedecía nuevamente y, sin pensarlo dos veces, empezó a descender, aterrizando en la meseta de hielo cerca del campamento de la expedición.

Le escuchamos atentamente, emocionados, dejando que lo relatara todo hasta el final. A poco, Zernov, meditabundo, inquirió:

-¿Informó usted al almirante?

-No. El sin esto ya está haciendo excentricidades.

-¿Observó usted todo con atención? ¿No se equivocó? ¿No se confundió?

-Es imposible confundir a Nueva York. Aunque en esto hay algo que me intriga, ¿cómo pudieron copiar Nueva York, si todavía no se han acercado a esa ciudad? ¿Quién de ustedes ha leído que las "nubes" rosadas aparecieron sobre Nueva York? Ninguno.

-Tal vez la visitaron de noche -le dije.

-¿Para qué? -objetó Zernov-. Ellos no necesitan visitarla. Sabemos que crearon copias a base de imágenes visuales y a base de impresiones de la memoria. ¿Conoce usted la ciudad de Nueva York en todos sus detalles? -le preguntó a Martin.

-Yo nací en ella.

-¿Cuántas veces paseó por sus calles?

-Miles de veces.

-Ya ve, usted paseó, observó y se acostumbró a la ciudad. Sus ojos grabaron todo lo visto y la memoria lo guardó. Ahora bien, ¿qué hicieron ellos? Simplemente atisbaron en la mente de usted, sacaron lo necesario y lo reprodujeron.

-Esto significa, ¿que ésa era mi Nueva York, tal como yo la he visto?

-No puedo aseverarlo. Pudieron haber copiado la psiquis de muchos neoyorquinos, incluyendo la suya. Existe un juego llamado rompecabezas, ¿lo conoce?

Martin asintió.

-Bien, pues, con un gran número de pedacitos pequeños y multicolores se componen cuadros, retratos, paisajes y naturalezas muertas. Ese mismo método es el empleado por ellos:

ensamblan miles de impresiones visuales para crear cosas que existen realmente, con la particularidad de que estas cosas fueron vistas y recordadas por diversas personas de modo distinto. Yo pienso que el Manhattan reconstruido en el laboratorio de los visitantes no es exactamente igual al Manhattan verdadero. Entre los dos existen diferencias notables, ya sea en los detalles, ya sea en los puntos de vista. La memoria visual raramente repite las cosas exactamente como ellas son, porque no sólo graba, sino que crea. Y la memoria colectiva es, a su vez, un material para la creación conjunta. Es una especie de mosaico.

-Sir, yo no soy científico -empezó diciendo Martin- pero considero que eso es imposible, porque la ciencia no es capaz de explicarlo.

-La ciencia... -repuso Zernov sonriéndose con ironía- ...Nuestra ciencia terrestre no acepta aún la posibilidad de repetir la creación del mundo. Sin embargo, prevé esta posibilidad en un futuro lejano, pero muy lejano.

Después de escuchar el relato de Martin, todo me pareció rutinario y común, hasta el momento en que observé y filmé las protuberancias azules y la "mancha" violeta: esta maravilla de los visitantes del espacio cósmico era tan extraordinaria y tan inexplicable como todas las que le precedieron. Estos eran los pensamientos que rodaban por mi mente cuando retornaba al campamento.

A mi encuentro venía corriendo Irina, alarmada:

-Rápido, Yuri, rápido. Thompson te quiere ver. Ha llamado ya a todos los miembros de la expedición. Habrá un consejo de guerra.

Capítulo 29 - El rompecabezas

Nosotros fuimos los últimos en llegar al campamento y en el acto notamos una atmósfera de curiosidad y precaución. El carácter urgente y hasta de emergencia de la reunión, convocada inmediatamente después del experimento, evidenciaba que Thompson estaba indeciso. Él, que había sido partidario de las decisiones unipersonales, ahora quería oír la opinión de la mayoría de los miembros de la expedición.

En la reunión se hablaba en inglés. Los que no comprendían escuchaban la traducción de sus colegas.

-El experimento ha sido un éxito -empezó diciendo Thompson sin ninguna palabra de apertura-. Ellos se han puesto ya a la defensiva, al trasladar la entrada violeta a la parte superior de la cúpula. En vista de eso, probaré usar algo nuevo; desde arriba, desde el aire.

-¿Una bomba? -inquirió alguien.

-Y si fuese una bomba, ¿qué sucedería?

-Usted no tiene bombas nucleares -observó Zernov con frialdad-, ni tampoco bombas de demolición. Lo único que podría tener sería la bomba plástica empleada para el rompimiento de cajas de caudales o automóviles. ¿A quién desea asustar con esos petardos de papel?

El almirante, lanzándole una mirada rápida, objetó:

-No me refiero a las bombas.

-Martin -dijo Zernov-, le ruego que relate todo lo que vio.

-Ya conozco todo eso -le interrumpió el almirante-. Conozco esas alucinaciones dirigidas y esos hipnoespejismos. Probaremos con otro individuo y no con Martin.

-Sólo tenemos un piloto, sir.

-Yo no me dispongo a arriesgar el helicóptero, sólo necesito paracaidistas. Y no sólo paracaidistas, sino... -movió sus labios en busca de la palabra apropiada- ...sino individuos que se hayan encontrado anteriormente con los visitantes.

Cambiamos las miradas. Zernov estaba fuera de la elección porque no era deportista. Vanó se había herido en la mano durante el último viaje. Yo había saltado en paracaídas solamente dos veces, pero sin sentir placer alguno.

-Me gustaría saber -siguió diciendo Thompson- si Anojin podría realizar esta operación.

Me enfurecí:

-El asunto no radica en la destreza, sino en el deseo, señor almirante.

-¿Quiere usted decir que no tiene deseos?

-Usted es un adivino, sir.

-¿Cuánto desea, Anojin?

-Ni un solo centavo. Yo no recibo sueldo por el trabajo que realizo en la expedición, señor almirante.

-Sea como fuere, usted se encuentra subordinado a las órdenes de su superior.

-Sí, señor almirante, pero sólo en el trabajo corriente. Yo filmo lo que considero necesario de filmar y le entrego a usted la copia de las fotos. Tanto más que entre las obligaciones del camarógrafo no entra la habilidad en el salto con paracaídas.

Thompson, lamiéndose de nuevo los labios, inquirió:

-¿Desea alguno de ustedes probar?

Anatoli, mirándome con reproche, dijo:

-Sólo he saltado desde una torre del parque de Moscú; pero me atrevo a saltar ahora.

-Yo también -afirmó a su vez Irina.

-No te metas en este asunto -la detuve-. Esta no es una operación para muchachas.

-Ni tampoco para cobardes.

-¿De qué hablan ustedes? -preguntó Thompson después de esperar pacientemente que nuestro diálogo terminara.

Entonces yo, adelantándome a la respuesta de Irina, respondí:

-Estamos hablando sobre la formación de un destacamento especial, señor almirante. Saltarán dos de nosotros: Anatoli Diachuk y Anojin. Anojin será el jefe del destacamento. Eso es todo.

-No me equivoqué con respecto a usted -afirmó sonriente el almirante-. Usted es un hombre con carácter, justamente lo que nosotros necesitamos. Okay. Martin será el piloto del avión -y mirando a todos los presentes agregó-: Por hoy basta, señores.

Irina se levantó de su asiento y ya cerca de la salida se dio la vuelta para decir:

-No sólo eres un cobarde, sino también un provocador.

-Gracias -repuse, sin deseos de discutir con ella, pues era muy probable que nos esperase un nuevo St. Dizier.

Antes del vuelo Thompson nos dio las instrucciones necesarias:

-El avión ascenderá hasta una altura de dos mil metros. Se aproximará desde el noreste y descenderá en dirección al objetivo hasta una altura de doscientos metros. En este momento no corren ningún peligro. La única cosa que encontrarán debajo será un tapón de aire. Guando lo atraviesen, habrán llegado al objetivo. Martin no experimentaba frío y respiraba libremente. En cuanto a lo que será después, nadie lo sabe.

El almirante observó a cada uno de nosotros y, como si dudara de nuestra decisión, agregó:

-Si alguien teme, puede rehusar de hacerlo. No insistiré en ello.

Anatoli y yo nos miramos.

-Está nervioso -me dijo éste-, ha empezado ya a eximirse de la responsabilidad. ¿Cómo te sientes?

-Bien. ¿Y tú?

-Maravillosamente bien.

El almirante, escuchando el idioma extraño, aguardaba en silencio.

-Nosotros cambiábamos algunas impresiones -le aclaré con sequedad-. Ya estamos preparados para la misión, almirante.

El avión despegó desde la meseta de hielo, tomó altura y se dirigió al este, contorneando las protuberancias pulsatorias. Luego viró y se lanzó bruscamente en dirección contraria a la ruta que llevaba, descendiendo paulatinamente. Debajo de su fuselaje, azuleaba peligrosamente un mar de fuego furibundo que no quemaba. La "entrada" violeta era claramente visible -un remiendo de color lila sobre un brocado azul- y parecía tan densa y

sólida como la tierra. Por unos minutos tuve miedo: era un salto de poca altura y posiblemente tendrían que recoger nuestros propios huesos.

-No teman -dijo Martin consolándonos-; no se harán daño. Aquello que hay allá abajo es como la espuma de la cerveza un poco coloreada.

Y saltamos. Me lancé detrás de Anatoli. Los paracaídas se abrieron sin dificultad. Debajo de mí, el de Anatoli asemejábase a una mariposa multicolor. Vi a Anatoli entrar en el cráter violeta y me dio la impresión de que se hundía en un pantano implacable: primero Anatoli y después su sombrilla multicolor. Por un instante me quedé aterrado: "¿Qué me esperaba allí detrás de la tapa de gases turbios? ¿Hielo, sombras o la muerte por el impacto o por la falta de aire?" Antes de que tuviese tiempo de adivinarlo, penetré en una sustancia negra y apenas tangible, desprovista de temperatura e inodora. El color lila se tornó rojo, que era tan conocido para nosotros. La intangibilidad del medio hizo que mi propio cuerpo perdiera las sensaciones. Yo no veía ya mi cuerpo, pues parecía que se había disuelto en el gas. Tenía la sensación de que era mi conciencia, mi pensamiento, y no mi cuerpo, lo único que nadaba en esta espuma purpúrea e incomprensible. No había nada: ni paracaídas, ni cuerdas, ni cuerpo. Yo no existía.

De repente, mi vista sufrió algo como un choque: sobre nuestras cabezas apareció el cielo azul y debajo de nuestros pies, una ciudad. Al principio apenas vislumbrábase oculta por la niebla, luego, al disiparse ésta, sus contornos se dibujaban con mayor claridad mientras descendíamos. ¿Por qué Martin la llamó Nueva York? A pesar de que yo nunca había estado en esa ciudad y jamás la había visto desde un aeroplano, tenía una idea, por algunos detalles, de cómo podía ser desde el aire. Esta ciudad que veíamos ahora era completamente diferente que Nueva York, porque no se notaban ni la Estatua de la Libertad, ni el Empire State Building, que conocíamos tan bien por las fotos, ni las calles-cañones con las abruptas paredes de los rascacielos, a cuyos pies, a guisa de abalorio multicolor, movíanse los automóviles. No, ésta no era aquella Bagdad sobre el Subway que había descrito O'Henry, no era aquélla la ciudad del Diablo Amarillo maldecida por Gorki, ni tampoco el Mirgorod de Acero descrito por el poeta Esenin, sino otra ciudad completamente diferente y mucho más familiar para mí. Sabía que pasados unos minutos la reconocería.

¡Y la reconocí! Debajo de mí, erguida en el espacio tridimensional, estaba la gigantesca letra A de la Torre Eiffel. A su lado, a la derecha y a la izquierda, notábanse las sinusoidades del río Sena: una banda argentino-verdosa brillante al sol. Mas al instante, el verde triángulo del Jardín de las Tullerías me mostró la diferencia entre una verdura real y la ilusoria. A muchas personas, desde el aire, los ríos les parecen de color azul; yo los veo siempre verdes. Y este Sena verde se encorvaba a la derecha en dirección a Ivry y a la izquierda hacia Boulogne. Mi vista divisó el Louvre y el recodo del río Sena cuya concavidad oprime a la isla de la Cité. Desde donde me encontraba, apreciaba el Palacio de Justicia y la Catedral de Notre Dame semejantes a dos cubos pétreos con sus contornos adornados de encajes negros; pero aun así los reconocía; como reconocía el Arco de Triunfo en su famosa plaza desde donde parten radialmente más de diez calles.

"¿Por qué Martin se equivocó?" me pregunté intrigado. Yo no era un gran conocedor de Paris, puesto que apenas lo había visto una sola vez desde la ventanilla del avión; sin embargo, esa sola observación concentrada me fue suficiente para orientarme ahora. Aquel día del aterrizaje, recorrí junto con Irina los lugares vistos desde el aire. No tuvimos tiempo suficiente para verlo todo, pero lo que observamos se me quedó grabado firmemente en la memoria. De repente, a mi mente llegó una duda: "¿Y si Martin no se equivocó realmente? ¿Y si él vio Nueva York y yo veo ahora Paris? En ambos casos era un hipnoespejismo, como afirmó Thompson. Bien, pero, ¿por qué los visitantes nos imponen diversas alucinaciones? ¿Toman para ello, quizás, la memoria de la infancia? Pero, ¿por qué yo, que nací en Moscú y no en Paris, debo ver la Torre Eiffel y no la Catedral de San Basilio? Si aceptamos que las "nubes" eligieron el pasado reciente, ¿por qué Martin vio Nueva York, si hacía diez años que él no veía esa ciudad? ¿Qué lógica se encerraba en esta proyección de películas

completamente diferentes? De nuevo tuve reflexiones agobiadoras: ¿Y si no son ni películas, ni espejismos, ni alucinaciones? ¿Y si de veras en este laboratorio gigantesco ellos reproducen las ciudades que más les impresionaron? Pero, ¿cómo las reproducen, mental o materialmente? ¿Y con qué objeto? ¿Con el objeto de concebir la urbe como la forma estructural de nuestra comunidad? ¿Para concebirla como el núcleo social de nuestra sociedad? ¿O simplemente como una parte viva, multifacética y vibrante de nuestra vida humana?"

-Todo esto parece una pesadilla -afirmó Anatoli. Me di la vuelta en el aire y le vi a dos metros de mí, colgando de las cuerdas de su paracaídas. Dije, "colgando", porque él no caía, ni flotaba, sino que precisamente pendía fijo, inmóvil, en el aire. No soplaba el viento y en el cielo no se notaba ni una sola nube. Existían tan sólo el cielo ultramarino, la ciudad a la distancia y Anatoli y yo que estábamos a medio kilómetro de altura suspendidos por las cuerdas rígidas de los paracaídas, que se mantenían de modo inexplicable en el aire. Digo "en el aire", pues respirábamos libre y fácilmente como en el Albergue de los Once situado sobre la cima del Elbruz.

-Martin nos mintió -afirmó Anatoli.

-No, él no nos mintió -objeté.

-Entonces, se equivocó.

-No lo creo.

-¿Y qué estás viendo ahora? -inquirió alarmado.

-¿Y tú?

-Pues, la Torre Eiffel, naturalmente. ¿Acaso crees que no la conozco?

Anatoli veía también Paris, lo que significaba que la hipótesis sobre la hipnoalucinación destinada especialmente al sujeto de estudio, se excluía.

-Pese a todo, éste no es Paris, porque hay algo que lo distingue del verdadero -dijo Anatoli.

-Tonterías.

-Entonces, dime, ¿dónde puedes encontrar montañas en Paris? ¿No sabes acaso que los Pirineos y los Alpes se encuentran lejos de esta ciudad? Mas, ¿qué es aquello?

Al mirar a la derecha, observé una cadena de montañas pobladas de bosques y coronadas con picos de piedras y sus cimas de nieve.

-Puede ser que esto sea la Groenlandia real -sugerí.

-Eso es imposible por dos razones: primero, porque estamos dentro de la cúpula y, segundo, porque se ven cimas cubiertas de nieve. ¿No sabes acaso que ahora no hay cimas de nieve en ningún lugar de la Tierra?

Observé nuevamente la cadena de montañas. Entre ésta y la cúpula divisábase una línea azul de agua: ¿un lago o un mar?

-¿Cómo se llama el juego? -inquirió de sopetón Anatoli.

-¿Qué juego?

-El juego en que se reconstituyen los dibujos y cuadros recortados caprichosamente.

-¡Ah! Rompecabezas.

-¿Cuántos empleados trabajaban en el hotel? -razonaba Anatoli ensimismado-. Cerca de treinta. ¿Eran todos Parisienses? Posiblemente que alguno era de Grenoble, o de alguna región donde había montañas y mar. Si pegáramos los recuerdos que tienen esos individuos tanto de Paris como de su ciudad natal, no habría copia, por lo menos, resultaría cualquier cosa, pero no una copia.

Repetía la hipótesis de Zernov. Yo, empero, seguía en mis reflexiones. "Este es un juego. Hoy construimos y mañana destruimos. Hoy es Nueva York y mañana Paris. Hoy es Paris con el Mont Blanc y mañana es Paris con el Fuji Yama. ¿Por qué no? ¿Acaso lo que ha sido creado en la Tierra por el hombre y la naturaleza es el límite de la perfección? ¿No supone, quizás, la repetición de la creación cierto mejoramiento? ¿Se está buscando en este laboratorio lo típico de la vida terrestre? ¿Se está verificando y especificando lo típico del mundo? Y toda esta mezcolanza irreal para nosotros, ¿es acaso para ellos lo que precisamente están

buscando?"

Al fin y al cabo me sentí confundido. El paracaídas flotaba sobre mi cabeza a guisa de techo de café callejero. Lo único que faltaba era la mesa y la limonada. Sólo ahora empecé a sentir calor. El sol no alumbraba, pero el bochorno era insoportable.

-¿Por qué no caemos? -inquirió Anatoli.

-¿Terminaste la escuela secundaria o te expulsaron de la primaria?

-No charlatanees. Te estoy hablando en serio.

-Y yo también. ¿Has oído hablar del fenómeno de la ingravidez?

-Sí. En la ingravidez uno flota, mas ahora no ocurre lo mismo, pues yo no puedo moverme. Hasta mi paracaídas parece estar hecho de madera, como si algo lo retuviera.

-No "algo", sino alguien.

-¿Por qué?

-Por gentileza. Dueños hospitalarios dan una lección de cortesía a huéspedes no invitados.

-¿Y para qué crearon Paris?

-Tal vez les gusta su geografía.

-Eso sucedería si ellos fuesen seres racionales... -explotó Anatoli.

-Me gusta tu "si".

-No te mofes de mí. Te estoy hablando en serio. Ellos deben tener un objetivo determinado.

-Tienes razón. Ellos graban nuestras reacciones y, posiblemente, están grabando ahora nuestra conversación.

-Eres insoportable -afirmó Anatoli, y calló. Al momento, fuimos empujados de nuestra posición por un soplo de viento y empezamos a volar sobre Paris.

Al principio descendimos unos doscientos metros. La ciudad estaba más cerca y sus detalles se distinguían con más claridad. Pudimos ver el negro humo entrecano que subía haciendo volutas sobre las chimeneas de las fábricas. Las grandes barcazas que descansaban sobre el Sena se diferenciaban ahora de las lanchas de motor. El gusanito largo que veíamos desde nuestra antigua posición deslizándose por la orilla del Sena, tomó ahora el aspecto de un tren que se aproximaba a la estación de Lyon. Las personas, como granos derramados sobre las calles, se veían ahora a guisa de mosaico abigarrado de trajes y vestidos de verano. Luego, fuimos empujados hacia arriba y la ciudad empezó a alejarse y a disiparse a la distancia. Anatoli voló hacia arriba y desapareció con su paracaídas en el tapón color violeta. Pasados dos o tres segundos, yo desaparecí también, y ambos, como dos delfines, saltamos sobre el borde de la cúpula azul. En este proceso, nuestros paracaídas no cambiaron de forma y se mantuvieron abiertos como si los soplaran corrientes de aire imperceptibles. A poco, descendimos sobre la banda blanca del glaciar.

A pesar de que nuestra caída fue mucho más suave que los saltos corrientes en paracaídas, Anatoli se cayó y rodó sobre el hielo. Rápido, me quité el paracaídas y le ayudé. Hacia nosotros se aproximaban Thompson y los compañeros del campamento. Thompson, a la cabeza del grupo, con su cazadora desabrochada y botas canadienses, sin gorro y con el pelo cortado a lo erizo, me hizo recordar a un viejo entrenador como los que vi en las Olimpíadas de Invierno.

-Bueno, ¿qué tal? -quiso saber él mostrando un ademán de vencedor.

Su ademán, como siempre, me irritó:

-Todo fue normal -repuse.

-Martin nos comunicó que ustedes habían emergido felizmente a través del tapón.

En silencio, me encogí de hombros. ¿Para qué retuvieron a Martin en el aire? ¿Habría podido él ayudarnos, si no hubiéramos salido felizmente del tapón?

-¿Qué hay allá dentro? -preguntó finalmente Thompson.

-¿Dónde?

"Espera, querido, espera".

-Usted sabe muy bien a qué me refiero.

-Sí, lo sé.
-Bueno, entonces, hable.
-Allá hay un rompecabezas.

Capítulo 30 - La apuesta

Nosotros regresamos a Umanak. Cuando hablo de nosotros me refiero a nuestro grupo antártico, al personal técnico-científico de la nueva expedición, a los dos vehículos todoterreno (donde nos habíamos instalado) y a la caravana de trineos con todos los equipos. El helicóptero había retornado ya a su base polar de Tule y nuestro comandante Thompson, junto con todos los aparatos que pudo acomodar a bordo del avión, voló a Copenhague.

Allí, en Copenhague, tuvo lugar su última conferencia de prensa, en la que refutó todas sus declaraciones privadas y oficiales sobre los éxitos obtenidos por la expedición. En la caseta de radio del vehículo escuchamos este sombrío intercambio de preguntas y respuestas transmitido desde Copenhague y lo grabamos en cinta magnetofónica para las generaciones futuras. Cortamos todas las exclamaciones, ruidos, risas y gritos del público, considerándolos superfluos y dejamos tan sólo la osamenta de las preguntas y respuestas:

-¿Hará usted, comandante, en calidad de introito, alguna declaración oficial?

-Sí, ésta será breve. La expedición fue un fracaso. No pudimos realizar o llevar hasta el final experimento científico alguno. Yo no logré determinar la naturaleza físico-química de la aureola azul ni de los fenómenos que se producían fuera de sus límites; me refiero al espacio limitado por las protuberancias.

-¿Por qué no lo logró?

-Porque el campo de fuerza que rodeaba a la aureola resultó impenetrable para nuestra técnica.

-Se refiere usted, naturalmente, a la técnica de la expedición; pero ¿es impenetrable, en general, teniendo en cuenta todas las posibilidades técnicas de la ciencia terrestre?

-No lo sé.

-Sin embargo, en la prensa hubo información sobre cierta penetración en la aureola azul. ¿Qué puede comunicar al respecto?

-¿A qué se refiere usted?

-A la "mancha violeta".

-Hemos visto algunas de tales "manchas". En efecto, éstas no están protegidas por el campo de fuerza.

-¿Solamente las vieron o intentaron penetrar en ellas?

-No sólo intentamos, sino que penetramos. Primeramente utilizamos una onda explosiva dirigida y, posteriormente, un chorro de agua a presión ultrarrápido.

-¿Cuáles fueron los resultados?

-No hubo resultados.

-¿Y la muerte de uno de los miembros de la expedición?

-Esta se debió a un simple caso de negligencia. Nosotros tuvimos en cuenta la posibilidad del surgimiento de una onda reflejada y se lo advertimos a Hanter; pero, desgraciadamente, éste no hizo caso de la advertencia y no utilizó el refugio.

-Hemos oído decir que el piloto de la expedición logró penetrar en la cúpula. ¿Es cierto eso?

-Sí, es cierto.

-¿Por qué, entonces, se niega a hablar? Revele usted el secreto.

-Su conducta no encierra ningún secreto. Simplemente, que yo prohibí divulgar las informaciones que tienen relación con nuestro trabajo.

-No acertamos a comprender el porqué de esa decisión. Explíquelo, por favor.

-Porque mientras la expedición no sea disuelta, yo respondo personalmente de toda la

información.

-¿Quién, a excepción de Martin, logró penetrar en la aureola azul?

-Dos rusos: el camarógrafo de la expedición y el meteorólogo.

-¿De qué modo?

-En paracaídas.

-¿Y cómo regresaron?

-Del mismo modo.

-Los paracaídas son para saltar hacia abajo, comandante, no para volar. ¿Hicieron uso de un helicóptero?

-No, no utilizaron ningún helicóptero. Simplemente, el campo de fuerza los detuvo, los rechazó y los hizo descender.

-¿Qué vieron ellos?

-Pregúnteles a ellos mismos cuando la expedición sea disuelta. Tengo la convicción de que todo lo que ellos vieron fue un espejismo inculcado.

-¿Con qué propósito?

-Con el propósito de turbar y asustar a la humanidad. Con el objeto de inculcarle a ésta la idea de la capacidad todopoderosa de la ciencia y de la técnica extraterrestre. En cierto grado, a mi me convencieron las palabras de Zernov en el Congreso, cuando dijo que todo ese superhipnotismo de los visitantes es una forma de contacto. Sí, pero debo agregar, que es un contacto entre colonizadores futuros y sus esclavos.

-¿Y aquello que vieron el piloto y los paracaidistas les asustó y turbó?

-No creo. Esos muchachos son fuertes.

-¿Concuerdan ellos con su criterio?

-Yo no le impongo mi criterio a nadie.

-Sabemos que el piloto vio Nueva York y que los rusos vieron Paris. Algunos creen que eso fue una copia real al estilo de Sand City. ¿Cuál es su opinión?

-Ya les he expuesto mi criterio al respecto. Por lo demás, el área de la llama azul no es tan grande como para construir en ella dos ciudades con las dimensiones de Nueva York y Paris.

COMENTARIOS DE ZERNOV: "El almirante tergiversa los hechos. No es cuestión de construir, sino de reproducir las imágenes visuales que los seres cósmicos lograron grabar. Esto sería igual a un montaje fotográfico, donde una cosa se elige, se examina y luego se adapta a otras. Nuestros jóvenes y Martin tuvieron la suerte de ver aquel laboratorio de los visitantes: les dejaron entrar por la "trastienda".

Así transcurría el tiempo mientras corríamos por el camino a Umanak. Este era el camino más asombroso del mundo. Creo que ninguna máquina nuestra hubiera podido construir una superficie tan ideal. Sin embargo, pese a esa perfección del camino, nuestro vehículo todoterreno se detuvo, bien porque una de sus orugas se rompió, bien porque el motor se averió. Sólo sé que Vanó no nos explicó nada y farfulló: "Ya les advertí que tendríamos mucho trabajo con este aparato". Una hora después, cuando el segundo todoterreno y los trineos que lo acompañaban se habían perdido ya en el horizonte, nosotros seguíamos reparando el aparato. Nadie, sin embargo, acusó a Vanó de negligente, ni se lamentó. El único que se movía por el interior de la máquina era yo, molestando a todos mis compañeros. Irina escribía un artículo para la revista "Mujeres soviéticas". Anatoli trazaba sobre sus mapas ondulaciones -incomprensibles para mí- de las corrientes de aire, debidas a los cambios de temperatura. Zernov, como él afirmó, preparaba el material para su trabajo científico, quizás para su nueva tesis.

-¿Estás preparando tu segunda tesis de doctorado? -le pregunté asombrado-. Pero, ¿para qué?

-No te asombres. Esta no es mi segunda tesis de doctorado, sino la tesis de candidato a doctor en ciencias.

Creí que bromeaba.

-Deja tus bromas -le dije.

Me miró con compasión, (profesores bondadosos se apiadan siempre de los imbéciles), y luego, con paciencia, respondió:

-Mi ciencia -aclaró él pacientemente- ha sido destruida por los sucesos actuales, y será muy larga la espera del futuro. Yo no viviré tantos años como para verlo.

Yo seguía sin comprenderle y le dije:

-Pero, ¿por qué eres tan pesimista, si dentro de algunos años, al repetirse el invierno, llegará de nuevo la nieve y con ella el hielo?

-El proceso de formación del hielo -me interrumpió- lo conoce cualquier escolar. A mí me interesa el hielo continental milenario. Dices tú que vendrán grandes fríos y se formará otro hielo. Sí, vendrán. Durante los últimos 500 mil años hubo, por lo menos, tres invasiones de hielo. La última ocurrió hace 20 mil años. ¿Quieres que yo espere la siguiente? ¿Y por dónde vendrá? No, amigo, no esperaré a que el eje de la Tierra se incline. Aquí no sirve andar con tretas, tendré que cambiar de profesión.

-¿Y cuál elegirás?

Se rió:

-Trataré de no alejarme mucho de los "jinetes". Me dirás, quizás, que hay más material hipotético que experimental. Sí, así es; pero, como dicen los cibernéticos, se puede encontrar la solución casi óptima de casi todos los problemas -su mirada empezó a mostrar aburrimiento, porque aun los profesores más bondadosos se cansan de los "por qué"-. Sería mejor que salieras a caminar y filmaras algo. Tu profesión todavía se cotiza.

Salí de la máquina llevando conmigo la cámara, pero al pisar el suelo no encontré nada que pudiese ser de interés para la filmación, a excepción de los últimos pedazos de hielo sobre la tierra. Vanó soldaba la oruga rota. El haz de chispas blancas que despedía su aparato no me permitía molestarle. Miré hacia los lados y, de pronto, quedé intrigado: a la distancia de un kilómetro delante de nuestro vehículo y en medio del perfecto camino de hielo se veía algo grande de color rojo vivo, parecido a un mamut acostado, si los mamuts hubieran vivido aquí y, además, hubiesen tenido una piel tan roja. ¿O puede ser que el color rojo desde lejos adquiera este matiz por los reflejos del sol que cuelga en el horizonte? ¿O era esto simplemente un gran reno de color taheño?

El objeto me obligó a aproximarme a Vanó.

-Vanó, por favor, mira el camino.

El miró:

-¿Qué debo mirar? ¿Aquella roca rojiza?

-No es rojiza, sino de un rojo vivo.

-Aquí todas las rocas son rojas.

-Sí, pero, ¿por qué ésta está en el medio del camino?

-No está en el medio, sino al lado del camino. Posiblemente cuando ellos cortaron el hielo la dejaron en ese lugar.

-Eso no puede ser, porque aquella vez que pasamos por este sitio esa roca no se encontraba allí.

Vanó la observó con más atención:

-Quizás tengas razón. Bien, cuando emprendamos la marcha, veremos lo que es.

A distancia, la roca parecía inmóvil y cuanto más la observaba tanto más me convencía de que su forma era más parecida a una roca que a un animal agazapado. En la escuela había aprendido que en Groenlandia no habitan animales grandes, y mucho menos, renos. ¿Cómo se alimentaría un reno en este glaciar continental que además había sido cortado por mitad?

Vanó, sin prestar atención ni a mí ni a la roca, continuó en su trabajo de soldadura. Decidí acercarme a la roca. Un magnetismo inefable me empujaba hacia ella. No acierto a explicar claramente qué era eso, pero me señalaba la roca y decía: "Ve y sabrás". Y eché a andar en dirección a ella. Al principio la roca o el animal agazapado no me traía a la memoria ninguna asociación con las cosas del pasado, pese a todos los esfuerzos que hacía por recordar mis días de antaño. Ocurre a veces que no podemos traer a la mente algo que nos es muy conocido, a

pesar de todos los esfuerzos para recordarlo. Eso ocurría ahora conmigo.

Seguí caminando en su dirección y observándola con atención. ¿La recordaré o no la recordaré? ¿La reconoceré? Y, finalmente, cuando el animal alazán se hizo visible ante mis ojos noté que no era ni un animal ni una roca. La reconocí.

Ante mí, casi atravesando el camino, estaba nuestra "Jarkovchanka", el cruzanieves antártico. Y lo más asombroso y terrible de todo consistía en que éste era justamente el mismo cruzanieves, con el mismo vidrio delantero abollado y la misma soldadura en la oruga. Esta era la misma "Jarkovchanka" que utilizamos en la búsqueda de las "nubes" rosadas, la misma que cayó en la grieta y se duplicó luego ante mis ojos.

Por primera vez me aterré de verdad. ¿Qué es ésto, un hipnotismo o de nuevo la maldita realidad de ellos? Cuidadosamente, más bien cautelosamente, contorneé la máquina. Todo había sido reproducido con la misma exactitud estereotipada. El metal, era metal, la abolladura de la escotilla delantera era reciente, y el forro interior de la puerta -ahora semiabierta- sobresalía levemente por su borde inferior. Al notar la puerta semiabierta, pensé que caería de nuevo en la trampa y que haría otra vez el papel de conejillo de Indias. ¡Quién sabe lo que me esperaba! Yo podía, naturalmente, alejarme del lugar y regresar junto con mis compañeros (esto hubiera sido lo más razonable y menos peligroso); pero, de nuevo, la curiosidad venció al miedo. Anhelaba abrir la puerta, tocar con fruición el tirador, apretarlo fuertemente, oír su ruido metálico y entrar en el cruzanieves. Ya adivinaba lo que vería: mi cazadora en la percha, los esquíes en los sujetadores y el piso mojado por las botas de los compañeros. Crujiría, como de costumbre, la puerta interior semiabierta y el aire frío del cancel empezaría a colarse hacia la cabina.

Eso fue exactamente lo que sucedió. Se repitió todo lo que momentos antes había recordado de aquel día aciago. Me daba risa ver la reproducción de los detalles: la cazadora con la manga cosida, la alfombra pisoteada con huellas de nieve no derretida y hasta las rozaduras que hizo en el piso el trineo, cuando fue introducido en la cabina y sacado luego a través de la escotilla superior: esto ocurrió después de nuestra caída en aquella grieta de la Antártida. Yo vi todas estas huellas cuando salía de nuestro cruzanieves antes de ver a mi doble y cuando entraba en el cruzanieves-gemelo para encontrar a mi doble. Ahora las veía por tercera vez. La puerta ahora se estremeció de nuevo y otra vez vacilé: entrar o no entrar. Mis piernas temblaron, mi garganta se secó y mis dedos se pusieron fríos.

-¡Entra, entra! ¡Animo! -oí una voz desde el interior de la cabina-. No estás en el consultorio del dentista, ni te sacarán las muelas.

Era una voz familiar, tan familiar, que era imposible no reconocerla.

Era mi voz.

Empujé la puerta y entré en la cabina donde Anatoli trabajaba ordinariamente y donde volví en sí después del accidente de la Antártida. Junto a la mesa, con una sonrisa dibujada en los labios, se encontraba mi doble. Estaba alegre; lo que no podía afirmar de mí mismo. Mirándolo detenidamente, se podría decir en seguida que ésta era otra persona y no aquella que yo encontré entonces sin conocimiento en la cabina del cruzanieves copiado por los visitantes. Esta era ahora mi copia moderna, reproducida, posiblemente, durante aquellos minutos en que mi paracaídas cruzaba la cúpula azul por el tapón de gases de color violeta. El traje que llevaba yo a la sazón había sido arrojado descuidadamente sobre el diván. Lo noté posteriormente, al vencer el miedo y el asombro, mas al primer instante creí que todo esto era una repetición -cuyos propósitos desconocía- del espectáculo de la Antártida.

-¡Siéntate, amigo! -dijo, señalando un lugar vacío frente a él.

Me senté. Por un momento creí estar sentado frente a un espejo, tras el que se hallaba un país fantástico donde vivía mi brujo o mi "anti-ego". "¿Con qué fin ha resurgido? -pensé-. ¿Y para qué ha traído consigo la "Jarkovchanka"?"

-¿Dónde quieres que viva, pues? -preguntó él-. Por todas partes hay hielo y nadie me ha dado un apartamento con calefacción central.

Sin temor ya, me enfurecí:

-¿Y para qué necesitas vivir? -inquirí-. ¿En qué depósito te conservaron antes de darte la resurrección?

Entornó los ojos con picardía, justamente como hago yo, cuando me doy cuenta de mi superioridad física e intelectual sobre el oponente.

-¿A quién resucitaron? ¿A un tonto miedoso que estuvo a punto de enloquecerse al ver su modelo?

-Entonces, tuviste miedo aquella vez, después de todo -repliqué con ironía.

-Yo era tu repetición. Era -recalcó él-. Mas, ahora yo soy, yo existo. ¿Comprendes?

-No, no comprendo.

-Aquella vez yo ignoraba cómo transcurrió tu vida en los últimos meses, lo que comiste, lo que leíste, de qué te enfermaste y lo que pensaste. Ahora lo sé. Y sé más que eso.

-¿Qué más aún?

-Ahora sé más y mejor. Tú sólo te conoces a tí mismo y mal. Yo te conozco a tí y a mí mismo. Soy tu copia perfeccionada, que te supera a tí en tal grado, como la cámara de filmar moderna supera a la cámara de Lumiere.

Puso una mano sobre la mesa. Yo se la toqué: ¿es un ser humano o no lo es?

-¿Te has convencido? Yo soy tú, pero construido más inteligentemente.

Recurrí a la ayuda de mi as de triunfo. Ahora jugaré:

-¡Qué superhombre! -le dije con premeditado desprecio-. Te construyeron durante mi salto en paracaídas y sabes todo lo que sucedió antes del salto. Bien, pero, ¿qué sucedió después del mismo?

-Sé también lo que sucedió después del salto. ¿Quieres que cite la conversación que sostuviste con Thompson después del descenso? ¿O que hable sobre el rompecabezas? ¿O sobre la conversación con Zernov respecto a los hielos y las profesiones? ¿O sobre la conversación que tuviste con Vanó con relación a la roca roja? -él se echó a reír.

Hice mutis y me esforcé por encontrar la réplica necesaria.

-No la encontrarás -afirmó.

-¿Cómo? ¿Acaso lees mis pensamientos?

-Sí. Nosotros en la Antártida podíamos solamente adivinar el pensamiento, o más exactamente, la idea del otro. ¿Recuerdas tú cómo querías matarme? Ahora, por el contrario, sé todo lo que piensas. Mis antenas neurónicas son simplemente más sensibles que las tuyas. He ahí la razón por la cual sé lo que te sucedió después del descenso. No olvides que yo soy tú, más algunas correcciones de la naturaleza, algo así como elementos de relé suplementarios.

No me sorprendí ni sentí miedo, sólo experimenté la sensación del jugador derrotado. Pero todavía me quedaba una carta de triunfo, o por lo menos, así lo creía.

-Lo acepto, mas, pese a todo, yo soy el verdadero y tú eres el artificial. Soy un ser vivo y tú eres un robot. Yo vivo y a tí te destruirán.

Él, sin ningún tono de bravata y como conociendo algo que nosotros ignorábamos, respondió:

-En relación con la destrucción, ya veremos -e imitando mi entonación agregó-: El problema de cuál de nosotros es el verdadero y cuál es el artificial, es un asunto que se debe debatir. Si te parece, preguntemos a nuestros amigos y hagamos una apuesta. ¿Aceptas?

-Acepto -respondí-. ¿Cuáles son las condiciones de la apuesta?

-Si yo pierdo, te comunicaré una cosa muy interesante, a tí solo. Si tú pierdes, se la comunicaré a Irina.

-¿Dónde lo probaremos?

-Aquí, si lo deseas, en mi cuartel general, en esta tierra pecaminosa.

No respondí.

-¿Tienes miedo?

-No, yo simplemente recordé ahora el automóvil de Martin que se desvaneció en Sand City. ¿Lo recuerdas?

-Sí, pero Martin no se desvaneció.

-Tú eres una copia más perfecta que los fantasmas de Sand City.

Entornó el ojo izquierdo, como lo hacía yo, y se sonrió:

-Bien -dijo-, veremos cómo se desarrollarán los acontecimientos.

Capítulo 31 - Supermemoria o subconocimiento

Dejamos nuestras cazadoras en el guardarropa y entramos en la cabina de nuestro vehículo todoterreno. Éramos tan parecidos como los gemelos de la película "La máscara de hierro". Llegamos justamente en el momento en que Irina, vestida toda de blanco, servía la sopa del almuerzo.

-¿Dónde te perdiste? -preguntó ella sin mirar, pero, al levantar la cabeza, dejó caer el cucharón.

Imperó un silencio prolongado, casi siniestro. Mi "anti-ego" no se inmutó:

-Vanó, aquello que vimos no era una roca. ¿Sabes lo que era? -dijo él con mi propia voz, tan idéntica que temblé como si la hubiera oído por primera vez-. No lo sabes. Pues aquello era la "Jarkovchanka" de Mirni. Aquel mismo cruzanieves-doble que tú viste y yo filmé. Pueden admirarlo ahora: está estacionado allá. Y este pretendiente -me señaló-, estaba sentado en su interior, esperándonos.

La insolencia de mi doble me quitó el habla. Era una escena de Dostoievski: El señor Goliadkin entumecido y su espabilado doble. Antes de que pudiera replicarle, cuatro pares de ojos, que antes eran amistosos, me observaron con hostilidad. En ellos no existía el asombro de los ojos que ven un milagro, sino la enemistad de los que observan a un bandido.

Zernov fue el primero en volver en sí:

-Ya que ha venido a la hora del almuerzo, sea nuestro invitado -me dijo-. La situación no es nueva, pero es muy interesante.

-Boris Arkádievich -imploré yo-, ¿por qué me habla usted con ese tono tan oficial? El doble es él, no yo. Hicimos una apuesta para saber si ustedes podrían diferenciarnos.

Zernov, en silencio, nos miraba con atención, deteniendo su vista más prolongadamente en mí. Luego dijo:

-Este es un enigma. Son tan idénticos como dos fósforos de una misma caja. Bien, digan, por favor, ¿quién de ustedes es el verdadero?

-Me ofende usted -le dije.

-No te ofendas -rogó mi reflejo-; los dos somos verdaderos.

Creí ver una chispa de comprensión en los ojos de Zernov, cuando éste miró a mi doble y después se dio la vuelta hacia mí:

-A la mesa, compañeros -nos invitó, y dirigiéndose a Irina, agregó-: Traiga otros cubiertos, por favor.

-He perdido hasta el apetito -afirmé-. ¿Tendremos de nuevo bacalao?

¡Qué dije! Mi "anti-ego" atacó rápido:

-Ya ves, Irina, ahora puedes saber cuál de los dos es Yuri Anojin. ¿Quién te encargó por la mañana ensalada de guisantes en conserva?

Realmente yo le encargué a ella esa ensalada, pero lo olvidé, voló de mi cabeza. Yo me di cuenta de la mirada de agradecimiento que le mostró Irina a mi oponente. La lucha se desarrollaba en su favor.

-Bien -dijo Zernov, mirándonos atentamente a ambos, ora a uno ora a otro-, lo comprobaremos a base de un método muy conocido.

-No dará resultados -afirmé exasperado-: él sabe todo lo que hice y pensé en ese intervalo maldito entre la creación y la aparición. El mismo aclaró que sus antenas neurónicas son inconmensurablemente más sensibles que las mías.

-Eso lo dijiste tú -replicó mi "anti-ego". Quise arrojarle a la cara mi sopa fría que no podía

comer. Lamenté no haberlo hecho, porque él continuó:

-A propósito, los dobles no pueden comer, porque carecen de aparato digestivo.

-Anojin, usted está mintiendo -le dijo Zernov. Ahora nos hablaba a los dos de "usted".

-Boris Arkádievich, nosotros todavía no lo hemos verificado -apuntó sin inmutarse mi "anti-ego"-. No hemos verificado aún muchas cosas. Por ejemplo: la memoria. Tú afirmas -dijo mi torturador volviéndose hacia mí- que tus antenas son más sensibles que las mías. Bien, lo comprobaremos ahora. ¿Recuerdas tú la olimpíada de literatura que tuvo lugar en el noveno grado de nuestra escuela?

-¿Que ocurrió en tiempo del rey que rabió? -pregunté sarcástico.

-Justamente en el rey, mejor dicho, en el zar fue donde fallé. ¿Recuerdas en qué pregunta? En la tercera.

Yo no recordaba ni la primera, ni la segunda, ni la tercera pregunta ¿De qué zar se trataba? ¿Del zar Pedro en el "Jinete de bronce"?

-Tus antenas están funcionando mal -me dijo-. Era una pregunta sobre "Poltava", señor Goliadkin.

¡El canalla está leyendo mis pensamientos! Estoy perdiendo. ¿Será posible que yo lo haya olvidado todo?

-Ignoro si lo olvidaste todo o parte del todo. Bien, ¿recuerdas el epígrafe de "Fiesta"? ¿Lo olvidaste?

-Sí, lo olvidé.

-¿Y no era éste tu libro favorito?

-Escrito por Gertrude Stein -recordé-. ¿Y qué dice textualmente?

Guardé silencio.

-¿Estás esperando que yo lo repita en mi mente? -me preguntó-. Tú no recuerdas nada, sólo me quitas lo que está grabado en mis células de la memoria. -Se dio la vuelta hacia Anatoli y agregó: Anatoli, pregúntale algo más fácil. Haz que su memoria trabaje.

Anatoli pensó un momento y preguntó:

-¿Recuerdas nuestra conversación sobre los monzones?

-¿Dónde?

-En Umanak. ¿Hablamos acaso sobre los monzones? Apenas tengo una idea vaga sobre ellos. Sólo sé que son unos vientos específicos.

-¿Qué dijiste a la sazón? -continuó Anatoli.

-¿Qué dije? ¡Que me aspen! No lo recuerdo aunque me torturen.

-Pregúntame a mí -rogó el otro señor Goliadkin triunfalmente-. Dije, a la sazón, que desde la infancia había confundido a los monzones con los vientos alisios.

A mi mente llegó el recuerdo del final de las novelas de Agatha Christie, cuando Hércules Poirot desenmascara al criminal sentado en medio de los presentes y que sufre el fuego cruzado de las preguntas. Así, como ese criminal, me sentía yo ahora.

De pronto, en los momentos en que mi torturador miraba a todos con aires de triunfo, Irina, observándome pensativa, dijo:

-Yuri, eres terriblemente parecido a él. Eres tan parecido, que da hasta miedo.

A veces, en las competiciones de fútbol, ocurre que el jugador más insignificante y despreciado por todos los fanáticos mete un gol decisivo. El público, perplejo, ni siquiera aplaude, sólo mira con los ojos desorbitados el "milagro" realizado. Así me miraban ahora los cuatro pares de ojos, en los cuales volvió a asomar la simpatía.

Ésta vez mi "anti-ego" no replicó, tan sólo esperó. Estaba tranquilo y, según me pareció, algo indiferente hacia todo lo que ocurría. "¿Será posible que mis ojos estén también tan vacíos y muertos?" pensé.

-Yo hace ya tiempo que he comprendido quién era nuestro Yuri -afirmó Zernov en tanto que se daba la vuelta hacia Irina-. Pero me intriga cómo pudo saberlo usted.

-Lo supe por la memoria -dijo ella-, justamente por la memoria -repitió con convicción-. Un ser humano no puede recordarlo todo. Las cosas no esenciales desaparecen siempre de su

memoria, se borran; tanto más que Yuri es un olvidadizo. Este, por el contrario, lo recuerda todo: las competiciones en las escuelas, las conversaciones, las citas... Su memoria no es humana.

Mi "anti-ego" seguía guardando silencio. Miró a Zernov como si presintiera que era él quien le daría el golpe final.

Y Boris Arkádievich afirmó:

-A mí me convenció una frase expresada por él -señaló con el codo a mi oponente-. El dijo: "los dos somos verdaderos". ¿La recuerdan? Ahora bien, nuestro Yuri o cualquiera de nosotros no habría dicho una cosa igual jamás. Cada uno de nosotros hubiera estado convencido de que el verdadero era él mismo y que el doble era la copia, la sintetización. Nuestros dobles antárticos, reproducidos con gran exactitud, hubiesen razonado como nosotros, porque ellos no sabían que eran meras copias del hombre. No sucede lo mismo con estos dos que llegaron ahora, pues uno de ellos sabía que era una copia y que la copia, en esencia, no se puede distinguir del ser humano. Sólo él podía decir: "Los dos somos verdaderos". Solamente él.

Oyéronse aplausos: mi "anti-ego" aplaudía:

-¡Bravo, bravo, Boris Arkádievich! Su análisis fue propio de un científico. Es imposible refutarlo. Sí, yo soy en realidad la copia, aunque más perfecta que ustedes, creados por la naturaleza. Le había hablado a Yuri sobre el particular. Yo puedo percibir sin dificultad los impulsos de sus células cerebrales, o hablando con más sencillez, puedo leer todos sus pensamientos y, a su vez, puedo transmitirle mi propio pensamiento. Mi memoria no es parecida a la de ustedes, porque no es humana. Irina lo notó en seguida. Ese fue mi otro error. No supe ocultar este hecho. Recuerdo con exactitud todo lo que Anojin hizo, habló y pensó durante los años de su vida: en la infancia, en el ayer no lejano y hoy. Recuerdo todo lo que él leyó u oyó recientemente. En otras palabras, conozco de memoria toda la información que él ha recibido sobre las "nubes" rosadas y la actitud de la humanidad ante la aparición y conducta de esas "nubes". Conozco de memoria todos los recortes de periódicos que Anojin ha leído y analizado con relación al Congreso de Paris. Puedo citar palabra por palabra cualquier informe, réplica o conversación en los pasillos que hayan llegado hasta los oídos de Anojin. Recuerdo perfectamente las conversaciones que él sostuvo con usted, Boris Arkádievich, tanto en el mundo real, como en el sintetizado. Y, lo que es más importante, sé para qué fue necesaria mi supermemoria y por qué ella está relacionada con la segunda sintetización de Anojin.

Yo le miraba ahora casi con gratitud. Mi torturador había desaparecido y se había transformado en mi amigo, en mi compañero de aventuras en el mundo de lo desconocido.

-Entonces, ¿supo usted desde el primer momento que fue sintetizado?

-Naturalmente.

-¿Y supo cuándo fue sintetizado y de qué modo?

-No del todo. Desde el primer momento en que aparecí en la cabina de la "Jarkovchanka", yo era ya Anojin; sin embargo, sabía que existía otro Anojin, independientemente de mí, y sabía qué diferencia había entre nosotros dos. Yo fui programado de otro modo y con otras funciones.

-¿Con qué funciones?

-Fundamentalmente, con la función de aparecer ante ustedes y contárselo todo.

-¿Contarnos qué?

-Contarles que la segunda sintetización de Anojin está relacionada con la información que él ha obtenido y estudiado con respecto a la actitud de la humanidad ante el fenómeno de las "nubes" rosadas.

-¿Por qué fue elegido Anojin para ese fin?

-Quizás porque él fue el primero cuyo mundo psíquico fue estudiado por los visitantes.

-Usted dijo: "Quizás". ¿Es esa una conjetura suya?

-No, es sólo un comentario. Yo lo sé.

-¿Quién se lo dijo?

-Nadie. Simplemente lo sé.

-¿Qué quiere usted insinuar con la palabra "simplemente"? ¿De qué fuentes lo supo?

-Las fuentes existen en mí mismo, a guisa de memoria heredada. Conozco muchas cosas, pero desconozco su origen, como si me llegaran de la nada. ¿Qué sé? Sé que soy una copia, que poseo una supermemoria, que existen dos Anojin y que debo retener y transmitir toda la información que el verdadero Anojin ha recibido.

-¿Transmitirla a quién?

-No lo sé.

-¿A los visitantes?

-No lo sé.

-No puedo entender su "lo sé" y su "no lo sé" -dijo Zernov, cuya voz adquirió un tono de irritación no común en él-. Déjese de misticismo y explíquese mejor.

-En mis palabras no hay mística -respondió riéndose condescendientemente mi "anti-ego"-. El conocimiento no es más que la calidad y la cantidad de la información retenida y analizada. Mi conocimiento fue programado y nada más. Yo lo llamaría subconocimiento.

-Querrá decir subconciencia -corrigió Zernov.

Pero el doble declinó la corrección.

-¿Quién conoce los procesos que tienen lugar en la subconciencia? Nadie. Mi conocimiento es incompleto porque ignoro sus fuentes, sin embargo, es un conocimiento verdadero. Así también es mi subconocimiento: es algo opuesto a la supermemoria.

-¿Y qué más sabe usted, además del hecho de que es una copia? -inquirió Irina de sopetón.

Me parecía ver mi imagen en el espejo riéndose de una manera desembarazada. Pero, naturalmente, éste era él. Su respuesta fue también desembarazada:

-Sé, además, que yo la amo tanto como la ama Yuri Anojin.

Todos rieron, excepto yo. Me sonrojé. Pero, ¿por qué me sonrojé yo y no Irina? Ella continuó:

-Supongamos que Yuri esté enamorado de mí, supongamos que esté dispuesto para contraer nupcias conmigo y llevarme consigo. Pero, ¿y usted?

-Yo también me la llevaría conmigo.

Yo no habría podido decir eso con mayor disposición.

-¿A dónde?

Reinó el silencio.

-¿Acaso vale usted algo en comparación con Yuri? -preguntó ella con un timbre de compasión en su voz-. Usted es simplemente una pompa de jabón. Si ellos soplaran, se desvanecería.

-Sí, pero tengo otro presentimiento... sé algo completamente distinto.

-¿Sobre qué?

-Sobre mi vida tras los límites de la psiquis de Yuri Anojin.

-¿Existe acaso esa vida?

Mi doble, meditabundo por primera vez y puede ser que hasta triste, reflexionaba sobre algo. Luego afirmó:

-A veces creo que existe, o que alguien o algo me dice internamente que existirá.

-¿Qué quiere insinuar usted con "alguien" o "algo"? -preguntó Zernov.

-Me refiero a lo que fue programado. Por ejemplo: tengo la convicción de que la persona que se aproximó más a la verdad, no fue un científico, sino el escritor de ciencia-ficción que habló en el Congreso de Paris. O, por ejemplo, tengo el convencimiento de que la hipótesis de Zernov relacionada con el contacto con los visitantes es verdadera. Además, tengo la sensación de que a nosotros no nos comprenden del todo -digo "nosotros", como un ser humano; no se ofendan, porque yo no soy una "nube" rosada-; la sensación de que muchas cosas de nuestra vida y de nuestra psiquis son aún incomprensibles para "ellos" y necesitan un estudio más prolongado y que las investigaciones se continuarán. No me pregunten dónde y

cómo se investigarán, porque lo ignoro. No me interroguen con respecto a lo sucedido debajo de la cúpula, porque no lo vi. Más exactamente, lo vi con los ojos de Anojin. Ahora bien, sé una cosa con absoluta seguridad: tan pronto como yo les informe a ustedes de todo esto, las funciones programadas se desconectarán. Excúsenme por la terminología: yo no soy un especialista en cibernética. Entonces, cuando eso ocurra, me llamarán-. Se sonrió. -Ya me están llamando. Adiós.

-Te acompañaré -le propuse.

-Yo también -dijo Vanó-. Quiero ver de nuevo la "Jarkovchanka".

-Ya no se encuentra aquí -aclaró Yuri-segundo, mientras abría la puerta que conducía al cancel-. No me acompañen, por favor. ¿Para qué? Lo que me ocurrirá lo vieron ustedes ya en la película de Yuri -y se sonrió con tristeza-. Soy aún un ser humano y no quisiera ver la curiosidad que mostrarían ante mi desaparición.

Salió; desde la puerta me dijo adiós con el brazo y afirmó:

-Yuri, no te irrites por mi mistificación, o por mis bromas.

-Como te guste más. Te prometo que haré lo que te propuse en la apuesta. Nuestro acuerdo sigue en pie.

Capítulo 32 - ¡Por los siglos de los siglos!

Después de su salida, nadie tuvo la osadía de hablar. El aliento de la muerte que rondaba sobre el camino helado parecía haber llegado hasta nosotros. Pese a la copia y a la sintetización, ¡él era un ser humano!

-¡Qué lástima! -suspiró finalmente Anatoli-. Seguramente que ellas vuelan ya...

-No hables, por favor -le pidió Irina, no es necesario.

Pero ya no queríamos seguir guardando silencio.

-Si esto ocurriese de nuevo, uno se enloquecería otra vez -afirmó Vanó, arrugando el rostro, quizás al recordar las aventuras de la Antártida, y agregó turbado-: Yuri, no te reconocí en el primer momento. El otro me pareció más inteligente.

-A todos nos pareció así -afirmó Anatoli con un tono irónico o de admiración en su voz-. ¡Posee la memoria de una biblioteca! ¡Esa es la memoria con que yo desearía vivir!

"Él de seguro que tenía muchas ganas de vivir".

Este fue mi pensamiento, y él respondió:

-¿Qué crees que soy un leño? ¡Claro que quería vivir, desde el primer momento! ¡Y ahora también!

Su voz sonaba en un lugar de mi conciencia. Yo no componía, no inventaba, ni imaginaba nada, sólo lo oía.

-¿Dónde estás ahora? -le pregunté mentalmente.

-En el camino de hielo. Todo a mi alrededor está blanco; pero no hay nieve. ¿Cuál es la diferencia? ¿Verdad que es igual?

-¿Tienes miedo?

-Un poco. Después de todo no soy de plástico. Yuri, te pido sólo que no me tengas pena ni pienses en esa forma tan ampulosa: ¡el aliento helado de la muerte! ¿Por qué te lo pido? Porque ésa es una frase muy común y porque no es cierta.

-Pero, desaparecerás de todas las formas.

-Eso no es la muerte, sino la transición a otro estado.

-A un estado en que ya no existes.

-¿Por qué no? Uno simplemente no siente ningún tipo de sensación, como en el sueño.

-El sueño pasa, pero, ¿y tu caso?

-También pasará.

-¿Crees que regresarás?

-Sí, algún día.
-¿Y si no te vas ahora?
-No puedo quedarme.
-Rebélate.
-Lo que experimento es más fuerte que yo, viejo amigo.
-¿Qué clase de hombre eres tú, pues? Tú no tienes libre albedrío. No tienes, ¿verdad?
-Por el momento, no.
-¿Qué quieres decir con las palabras "por el momento"?

-Yuri, ¿qué estás susurrando? ¿Un poema? -preguntó Irina.

Posiblemente que yo movía mis labios al conversar con mi doble.

-El está rezando -afirmó Anatoli-. Está implorando a Dios que reviva al doble. Cuando el sacristán que vivía en nuestra casa se emborrachaba, hablaba del mismo modo.

-¡Implorando a Dios! -repitió con burla Irina-. Que sea el almirante el que reza. Yuri es poeta. Yuri, ¿de quién son esos versos?, ¿son tuyos...?

Tuve que mentir.

-De Blok. "¡Te reconozco, vida, te recibo y saludo con el sonido de mi escudo!".

-¿La vida de quién?

-¿Y acaso no es igual? Cualquier vida, hasta la sintetizada.

-Esa es una formulación inexacta -se entrometió él inmediatamente-. Los ortodoxos podrían meterse contigo y decir que afirmas que un perro vivo es mejor que un león muerto y que tú sostienes este lema colaboracionista y llamas a la colaboración con una civilización hostil.
-Eso lo diría Thompson. Ya estoy cansado de él.
-Ellos también. Ya le comprendieron.
-¿Lo supones?
-No lo supongo, lo sé.
-¿Qué querías decirme?
-Que te veré de nuevo.
-¿Por qué me lo dices a solas?
-Porque fue programado así. Tu deber es pensar y pensar, simplemente. No creo que por el momento sea necesario precisar los detalles.
-¿Quieres que te sea sincero?
-Sí, como no, ¿que sucede?
-No me gusta todo esto, de ningún modo me gusta.
-Viejo, eso es una descortesía de tu parte.
-Escucha, ¡ya estoy harto de todos estos milagros y trucos! ¡Estoy hasta el gollete!

-¿Qué está susurrando otra vez? -quiso saber Irina.

-Se siente agobiado -afirmó Anatoli-. Si yo hubiera estado en el lugar de Yuri, habría gritado de terror.

Zernov, sin que nadie lo notara, guardaba silencio. No, ya lo han notado.

-¿Por qué calla usted, Boris Arkádievich? ¿Está cansado de nuestra cháchara? -le preguntó Anatoli.

-No, no, simplemente estaba pensando -respondió Zernov con diplomacia-. Pero, en verdad, ¡qué experimento más interesante! Es asombroso por su idea: recibir por medio de Anojin toda la información que ellos necesitan; crear una especie de memoria duplicada. Por lo visto, ellos aún no son capaces de percibir la información lingüística y semántica directamente, por medios acústicos y ópticos. Hasta ellos no llega ni la palabra hablada ni la escrita. La única información que ellos pueden percibir es la elaborada por la mente humana: las ideas y las imágenes mentales.

-Pero, ¿por qué escogieron a Yuri y no a cualquier científico? -preguntó Anatoli con naturalidad-. ¿Será posible que haya sido simplemente por ser él el primer sintetizado? ¿Qué importancia puede tener el número uno?

-El número uno, sin lugar a dudas, no tiene ninguna importancia. ¡Pero el primer experimento sí! También puede ser porque Anojin posee una capacidad extraordinaria para percibir imágenes. Cada persona tiene esa capacidad, pero manifestada de diferentes maneras. El matemático, por ejemplo, ve el mundo de un modo muy diferente que el pintor o el músico; y, naturalmente, el poeta tiene su propia visión de las cosas. A guisa de ejemplo tomemos la palabra "palo". Cada individuo creará su propia imagen de esa palabra, ya sea consciente, ya subconscientemente. Un individuo recordará vagamente el dolor que experimentó una vez; otro, el bastón que vio en el escaparate de una tienda; el tercero, el asta de una bandera. ¿Y tú, Anojin, qué has recordado?

-La pértiga que utilizaba para saltar en el estadio.

Todos se rieron.

Él también. Percibí al instante su risa. Pero no el mismo sonido de la risa, sino el estado de las células nerviosas del cerebro que la generan.

-¿Te ríes? -inquirí yo.

-Claro. ¡La pértiga! -Se rió de nuevo-. ¡Cómo sufrí con ese palo!

-¿Por qué tú?

-No hagas preguntas tontas. A propósito, Zernov tenía razón al referirse a la necesidad de percibir la información por medio de imágenes.

-¿Estás oyendo nuestra conversación?

-Sí, a través de ti. Yo percibo toda la información elaborada por tí, por cuya razón estoy presente, invisiblemente, en todas tus conversaciones.

-Pero ahora yo no escucho todo.

-No escuchas, pero oyes. Y yo acumulo todo eso en la "alcancía" de mi memoria. Presta atención ahora. Boris Arkádievich está hablando de ella.

-...en esta "alcancía" se acumulan muchas cosas y una memoria entrenada extrae inmediatamente lo necesario. A decir verdad, la "supermemoria" no es un milagro como tal. Recuerden a Arago. ¡Qué fenómeno! ¿Y los ajedrecistas? Estos poseen una memoria profesional asombrosa. ¡Ay, si nosotros supiésemos el código y el mecanismo del recuerdo...!

-¿Y ellos lo saben? -inquirió Irina incrédula y con cierta ironía. Pero Zernov no nota la ironía y sigue muy serio:

-No tengo la plena convicción de ello. Tal vez, Anojin es nada más que un experimento exitoso. De lo que sí estoy seguro es de que ellos descubrirán este mecanismo, allá, en sus parajes.

-¿Cree usted en esa hipótesis?

-¿Y por qué no? ¿Por qué piensa usted que esta hipótesis puede ser peor que otras? ¿No se ha dado cuenta que hay la misma cantidad de argumentos en su favor que en su contra? Por lo demás, esta hipótesis no le hace ningún daño a la humanidad; por el contrario, hasta le infunde respeto. Es el último eslabón para el contacto, para el estudio mutuo y, como consecuencia, para el cambio de información entre dos civilizaciones cósmicas.

-¿Escuchaste? Nuestro Boris Arkádievich es un hombre muy inteligente. El último eslabón. ¡Cuánta verdad! Es el eslabón que faltaba.

-¿Crees también en esa hipótesis?

-Por el momento, me callaré.

-¿Por qué?

-Porque es demasiado temprano para hablar de ella. Aún no tengo libre albedrío, pero llegará el día...

Me da risa:

-Empiezas ya con tu misticismo. Yo no creo mucho en tu vida de ultratumba.

-¿Y no crees en el salto del reino de la necesidad al reino de la libertad? Podría formularse del modo siguiente: libertad de voluntad, libertad de pensamiento y libertad de creación. ¿Por qué nosotros no repetimos ese camino?

-¿Entonces, resulta que el escritor de novelas fantásticas tenía razón? ¿Piensas que aparecerá en un lugar un planeta copia de nuestra Tierra, con nuestra agua, nuestro aire y nuestras ciudades?

-Puedes burlarte si lo deseas. Por lo demás, nadie sabe qué ni dónde aparecerá. El estudio de algo no encierra siempre una repetición, con más frecuencia es una búsqueda.

-¿Búsqueda de qué? ¿De sueños sintetizados? ¿De supermemorias?

-Todo esto es un ensayo, amigo, nada más que un ensayo. Vivimos en un mundo de constantes. Y por cuanto la naturaleza creó para las condiciones de la Tierra y para la vida albuminoidea parámetros y formas óptimos, ¿para qué necesitan cambiar las constantes?

Tal vez repetí estas últimas palabras en voz alta, porque Zernov respondió, sonriéndose:

-Claro, no tiene sentido.

Me puse rojo: ¿cómo explicar a mis compañeros mis "pensamientos en voz alta"? Vanó me sacó del apuro.

-Boris Arkádievich, ¿no cree usted que deberíamos partir? -propuso él-. El motor está ya arreglado y el camino podríamos decir que es una pista de carreras. Zernov me miró con atención:

-¿Y tú, Yuri, qué crees? ¿Ha llegado la hora de partir?

"¿Por qué me pregunta de esta forma? ¿Será posible que haya comprendido?".

-Sí, hace ya tiempo que ha comprendido, y tú ya sabes que él lo comprendió. No finjas. Dile que sí, que podéis partir. Dile que Anojin-segundo está preparado para la partida.

-No me tortures.

-Te estoy hablando en serio. Es ya hora. Por el momento, tendré que partir. Yo estoy lejos, y ellos están cerca.

De pronto, sentí una pesadez horrorosa, como si se me hiciera un nudo en la garganta y no pudiera respirar. No veía ahora a nadie, sólo al compañero solitario parado en el campo blanco.

-Entonces, adiós.

-No te digo adiós, te digo hasta el próximo encuentro.

-¿Y tendrá lugar?

-Sin duda alguna.

-¿Aquí o allá?

-Lo ignoro, Yuri. Lo que no sé, no lo sé. Así pues, no nos encontraremos solamente tú y yo, sino dos mundos: nosotros, los hombres, y ellos. ¿Recuerdas las palabras finales del escritor de ciencia-ficción en el Congreso? El dijo:

-...y si regresaran, entonces volverían ya comprendiéndonos, enriquecidos por esa comprensión de que supieron tomar algo de nosotros y con el conocimiento seguro de lo que nos deben dar, a fin de marchar juntos por la senda del progreso". ¡Esas fueron palabras inmortales!

De repente, sentí una libertad absoluta de pensamiento.

-Sí, Zernov, podemos partir -le dije con un ligero temblor de voz y tratando de que él no lo notara.

-¿Y por qué es Yuri el que decide? -inquirió intrigado Anatoli.

Zernov respondió, porque yo me sentí completamente exhausto:

-Porque de los tres mil millones de habitantes de la Tierra, solo uno, Anojin, está en contacto con la civilización extraterreste; tal vez con una civilización extragaláctica. Siendo así, Yuri, ¿qué le diremos a la humanidad? ¿Habrá contacto y por cuánto tiempo?

-Por los siglos de los siglos -respondí.

FIN